el cárabo

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

13-14

CONTRA TAYLOR

EL TRABAJO ENCADENADO

PARA UNA CRITICA DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS / LA ORGANIZACION DEL AGOTAMIENTO / LAS RELACIONES DE TRABAJO EN UNA EMPRESA «SOCIALISTA» / LA TAYLORIZACION DE LA ACTIVIDAD HUMANA / LA DIVISION CAPITALISTA DEL TRABAJO EN EL DEBATE ACTUAL MARXISTA / DEL FORDISMO AL NEOFORDISMO / ENCUESTA SOBRE LA ORGANIZACION DEL TRABAJO: CCOO, UGT, CSUT, SU

André Gorz / Emile Pouget / M. Haraszti / Flavio Cocho / Juan Carretero / Christian Pallois

EL DILEMA ENERGETICO. Angel Pestaña

Angel Vera · 4685394

el cárabo

EDITORIAL

13-14

SUMARIO

Entre nuestro anterior número de EL CARABO, dedicado al estudio de Stalin, y este que está en sus manos en España se han producido unas elecciones legislativas (año y medio después de las anteriores) y unos comicios municipales (¡nada menos que cuarenta y seis años después de los últimos!), y como consecuencia de sus resultados, una nueva situación política.

Nueva situación política que el Consejo de Redacción de EL CARABO ha considerado indispensable discutir y analizar para después de ello encauzar el contenido de los próximos números, para mantener o trans-

ARTICULOS

CONTRA TAYLOR (EL TRABAJO ENCADENADO). *Consejo de Redacción.* 9
PARA UNA CRITICA DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS. *André Sora.* 17
LA ORGANIZACION DEL AGOTAMIENTO. *Emile Pouget.* 43
LAS RELACIONES DE TRABAJO EN UNA EMPRESA «SOCIALISTA». *M. Haraszti.* 73
LA TAYLORIZACION DE LA ACTIVIDAD HUMANA. *Flavio Cocho.* 85
LA DIVISION CAPITALISTA DEL TRABAJO EN EL DEBATE ACTUAL MARXISTA. *Juan Carretero.* 107
EL PROCESO DE TRABAJO DEL FORDISMO AL NEO-FORDISMO. *Christian Palloix.* 123
ENCUESTA A LAS CENTRALES SINDICALES. *Carlos Prieto y J. J. Castillo.* 151

NOTAS

SABIDURIA DEL PODER. *Gabriel Albiac.* 161
SOBRE LO TEATRAL. *David Kaisergruber.* 176
EL DILEMA ENERGETICO. *Angel Pestaña.* 181

LIBROS 196

INFORMACION BIBLIOGRAFICA 201

formar su línea editorial, e incluso para refrescar nuestras ideas sobre la necesidad de una revista de este tipo, medio de comunicación de ese «marxismo creador y crítico que hable, en lenguaje claro, de los problemas que condicionan nuestro mundo», del que hacíamos gala en nuestro primer número y que hemos reafirmado en varios editoriales posteriores, sin por ello desconocer ¡cuánto más difícil es hacerlo que decirlo!

Los hechos son los siguientes: la izquierda llegó al proceso electoral en condiciones muy desfavorables, al haber perdido toda iniciativa, en base a la política de consenso y pactos con la derecha, durante el período precedente, con lo que la grave crisis económica que padecía el pueblo, ante la falta de alternativas, se convertía en desánimo y desmovilización, condiciones éstas en las que pretender un avance victorioso de la izquierda resulta quimérico. A esto hay que sumar la profunda división en su seno, con los partidos mayoritarios empeñados, por razones diversas, en políticas peyorativamente partidistas y antiunitarias, mientras los partidos de izquierda extraparlamentaria no conseguían ni encontrar lenguaje, ni materializar su espacio político, catalizando el descontento popular. Frente a ellos, el proyecto emergente y cada vez más consolidado de UCD como derecha atlantista y lugar sociológicamente adecuado para el capital monopolista y multinacional.

En estas condiciones, las elecciones generales se han saldado con la victoria de UCD, el mantenimiento de posiciones de la izquierda mayoritaria y la permanencia en el espacio extraparlamentario de los partidos que salieron con tal carácter de las elecciones del 15 de junio, a las que tuvieron que presentarse sin haber sido aún legalizados. Hoy, bajo sus propias siglas, no han conseguido modificar dicha situación. El rechazo a la evolución política, al deterioro de las condiciones de vida y trabajo, se ha canalizado hacia la abstención y también a propuestas nacionalistas de formulación radical que, por lo menos, brindan una ruptura, aunque sea a través de perspectivas parciales y de ambigua o incipiente elaboración.

El resultado es que la derecha tiene garantizada la mayoría parlamentaria y el gobierno durante la próxima legislatura, en cuyo transcurso —no lo olvidemos— va

a producirse, en desarrollo constitucional, la reordenación que impone el tratamiento de la crisis económica y el inicio real del proceso autonómico, en el que está en juego que pueblos enteros del Estado comprendan, con la fuerza de los hechos, que la democracia permite un respeto a su identidad, de la que solamente puede surgir la solidaridad y un proyecto común. Y son temas cuya gestión fundamental va a estar en manos de UCD. Este es el alcance de la derrota, porque como tal debe calificarse. Por lo pronto, un mayor acercamiento a situaciones como las de las sociedades europeas, consideradas mucho más inamovibles e integradas, que lo que era la situación española hasta ahora, con el agravante de que la situación aquí dista de ser, por múltiples conceptos, europea, lo que crea una dinámica nueva, fluida e inestable por debajo de las apariencias. En efecto, si es cierto que a partir del 1 de marzo va a ser más difícil cambiar de forma sustancial la correlación de fuerzas creada, no es menos cierto que «ese barco encallado» que es la propuesta oligárquica maniobra dentro de una crisis económica estructural, que está poniendo en cuestión todo el modelo de acumulación del capital monopolista, vigente hasta ahora.

A nivel internacional el sistema capitalista está en crisis, en crisis profunda, tanto de acumulación como de horizonte, de proyecto de sociedad. Y cuando hablamos de crisis no nos referimos ni a ruina, ni a derrumbe, sino a agudas contradicciones que exigen para poder ser superadas un replanteamiento de las relaciones entre países, una nueva división internacional del trabajo, una transformación en las alianzas de clase internas y, quizás, también en las formas de dominación, junto a profundas reordenaciones en las estructuras económicas de los respectivos países.

A ningún observador perspicaz se le oculta que el estrujamiento y la depredación a que ha sido sometido en los últimos tiempos el Tercer Mundo por las clases dominantes de las potencias imperialistas no resulta ya suficiente para el capital, que necesita intentar desarbolar aún más ahora a la clase obrera de la metrópolis, para mantener o regenerar las condiciones de acumulación. Este apretar de nuevo la tuerca se manifiesta en la contingentación y recorte de los derechos democráti-

cos de los trabajadores que se da ya en algunos países europeos, y que tiene su máxima expresión en la República Federal Alemana (en donde se asiste a una generalización de las jurisdicciones de excepción, aunque ésta se mantenga en el marco de la sociedad civil). El pueblo va a resentir en sus propias condiciones de vida y trabajo (aumento del paro, deterioro de las prestaciones colectivas, presión sobre los salarios reales, etc.) esta nueva política a que se va a ver obligado el capital monopolista, abriéndose con ello un período de agudización de la lucha de clases, que los monopolios necesitan ver saldado con una derrota del proletariado en los países de capitalismo avanzado. Es indudable que el ascenso histórico de la rebeldía en el Tercer Mundo, descomponiendo el orden capitalista internacional, unido a la desaparición de algunas de las condiciones fundamentales en que se apoyaba la capacidad integradora del capitalismo occidental, son condiciones objetivas que favorecen el resquebrajamiento del sistema y el avance hacia el socialismo.

¿Y las condiciones subjetivas? A nivel general la izquierda marxista tiene ante sí graves dificultades. Su proyecto de sociedad, con toda la capacidad movilizadora que esto conlleva, ha perdido credibilidad como consecuencia de los resultados a que han conducido las experiencias históricas de construcción del socialismo, diferenciaciones aparte. Más aún, la confianza en que la liberación de las fuerzas productivas abriría ineluctablemente paso a una sociedad de abundancia se enfrenta hoy a los condicionantes ecológicos y a la necesidad de teorizar un comunismo de nuevo tipo. Por añadidura, los intentos de ganar posiciones en el seno de la sociedad civil, objetivo cuya corrección e interés es poco discutible, no han sido capaces de articularse en una estrategia revolucionaria, adoptando las diversas variantes una dinámica sin perspectiva de ruptura y auténtica superación del sistema capitalista, no consoguiendo los grupos que pretenden mantenerse fieles a los principios del marxismo y leninismo, arraigo, capacidad de análisis y transformación de las sociedades de nuestro tiempo. De aquí no se deriva un horizonte de pesimismo y de tristeza, sino un camino a recorer, un camino que puede y debe recorerse. Existen las condiciones objetivas, se

trata ahora de que cristalice, surja una izquierda revolucionaria capaz de dar respuesta a las cuestiones abiertas, de convencer, de enraizarse en las masas, de «coger a tiempo este tren», de hacer la revolución que nuestro tiempo permite y exige, no otra.

Volviendo de nuevo a la sociedad española, el resultado de las elecciones municipales y la realidad de que la izquierda ha practicado una pol:tica sensata de apoyo mutuo en la elección de alcaldes y otros cargos, abre una brecha de optimismo si estos hechos sirven de plataforma para que se vaya gestando una política unitaria, capaz de ofrecer y protagonizar alternativas. Junto a ello, las recientes unificaciones de MC-OIC (consumada ya) y la de PTE-ORT (en trance de verificarse) son hechos nuevos, modificativos de la situación anterior. No pretendemos tomar postura sobre los mismos. Es indudable que surgen posibilidades y se abren interrogantes. En la sociedad española existe espacio político, no ya por los seiscientos mil votos recogidos por partidos marxistas fuera de PSOE y PCE, sino porque la evolución de la situación ecnómica y política va a crear tensiones, liberadoras de fuerzas objetivamente proclives a partidos que sean capaces de proponer el realismo y la ambición de todas las revoluciones que en la historia han sido.

Partiendo de estos análisis hemos estudiado la propia evolución de EL CARABO en el contexto de las revistas teóricas que invaden el pequeño mercado del pensamiento en este país. Entendemos que tras el «boom» de este tipo de medios de expresión, que coincide con la muerte del dictador, ahora tocan tiempos de clarificación y de selección. Las diferentes tendencias del pensamiento marxista van produciendo instrumentos de reflexión teórica y política acordes con su posición ideológica. La propia derrota hace más necesario el análisis, la investigación rigurosa, la polémica, como requisitos indispensables para comprender, rectificar, ganar base social e influencia política. ¡Triste perspectiva si la izquierda marxista se encierra a cal y canto en la autosuficiencia de su propio esquematismo o por el lado opuesto se integra en un pragmatismo con más retórica que principios!

Creemos que las posibilidades de enriquecer un debate abierto y sin sectarismo son inmensas y, como reflejo de nuestras propias limitaciones, casi vírgenes. Desde fuera de las partidos políticos (ya que tienen sus revistas teóricas), pero sin enfrentamientos ni inhibiciones ante ellos, pensamos estimular la reflexión sobre nuestra propia realidad, su conocimiento analítico y también las aportaciones y extensión de la polémica sobre tantas y tantas cuestiones que permanecen en la penumbra o en la total oscuridad, levemente indicadas por los clásicos o ni siquiera supuestas por ellos y sin cuyo estudio queda desguarnecida en la confrontación cotidiana nuestra ideología y bloqueado el avance de nuestras posiciones políticas. Esta es la forma que nos parece más consecuente de aplicar el marxismo y el leninismo, en que siempre se ha inspirado esta revista.

Conviene incidir un momento en la pobreza teórica del marxismo leninismo en España, que redunda en la ausencia histórica de una verdadera cultura marxista, por lo menos al mismo nivel que otros países europeos. Perry Anderson ha escrito últimamente que un partido comunista de masas, al que se adhieren sectores importantes de la clase obrera, y una intelectualidad numerosa que desarolle la teoría, son los dos elementos que deciden el que haya una cultura marxista en cualquier zona. Y se pregunta: «El caso español, no obstante, sigue siendo un importante enigma histórico. ¿Por qué España nunca dio un Labriola o un Gramsci, pese a la extraordinaria combatividad de su proletariado y su campesinado, aun mayor que la de Italia, y a una herencia cultural del siglo XIX que, si bien ciertamente menor que la de Italia, estaba lejos de ser despreciable?» Pues bien, el hecho es que en España la teoría siempre ha sido rebasada por la praxis del movimiento obrero. El por qué es precisamente uno de las decenas de temas que es preciso investigar. Pretendemos convertir EL CARABO en un campo de confrontación que enriquezca esas fuerzas intelectuales, incluyendo en sus páginas las aportaciones que se logren en la ciencia marxista europea especialmente, mediante traducciones e intercambios con las revistas teóricas de planteamiento similar o complementario de la nuestra.

Empezamos a conectar todas estas intenciones con la pasada monografía sobre Stalin y su obra, y la continuamos con la que manda en este número: «Contra Taylor. El trabajo encadenado». En ella hemos tratado de analizar la no neutralidad de la técnica, que genera procesos de organización del trabajo que son inherentes a su propia esencia, y que llevan la impronta de la sociedad que ha potenciado su desarrollo. La técnica en nuestro país sirve para reproducir las relaciones de producción de la sociedad capitalista.

La victoria de la derecha en las elecciones legislativas, representada por UCD, y su continua presencia en el Gobierno y en el Poder, sirven para ejemplificar estos estudios de organización del trabajo, entendiendo que los próximos tiempos serán pródigos en dureza en las relaciones laborales. Los asalariados de este país sufrirán una extracción de las plusvalías mediante métodos más modernos y más científicos, a lo que habrán de responder con su resistencia desde el conocimiento de estos métodos y de sus consecuencias. Esto es lo que el número 13 de EL CARABO intenta aportar en su monografía.

Al margen de ella, sumamos dos artículos de distinta temática. En uno de ellos («Sabiduría del poder. Por una lectura materialista de Michel Foucault»), Gabriel Albiac penetra en la polémica nacida en «El Viejo Topo», número 29, sobre el filósofo francés.

El otro artículo está basado en la oportunidad que supone relanzar una vez más el debate energético, ante el accidente en Pensilvania de la central nuclear de Three Mile Island. En varios artículos hemos insistido en la necesidad de producir ese debate en España, y a ello pretende aportar su visión Angel Pestaña en «El dilema energético».

Consejo de Redacción.

NOTA DE «EL CARABO»

Por causas técnicas ajenas a este Consejo de Redacción, el número doble que ahora está en manos del lector se ha retrasado indebidamente mucho más de lo habitual. Aspectos estrictamente administrativos, la huelga de Artes Gráficas, etc., son algunas de esas causas que, previsiblemente, no volverán a ocurrir.

Entendemos que este tipo de retrasos son el pan nuestro de cada día en revistas como la nuestra, sin apenas aparato burocrático con el que funcionar. Sin embargo, ello sólo nos sirve para intentar separarnos de estas fallas y que el lector y suscriptor tenga otro elemento diferenciador más para interesarse habitualmente por EL CARABO.

Para remediar en lo que quepa esta imagen de atemporalidad sucedida en los volúmenes dedicados a *Stalin* y a la *organización del trabajo*, y para cumplir con nuestras obligaciones con los suscriptores, anunciamos desde aquí la inmediata aparición (antes del verano) de otro número de EL CARABO —el 15— dedicado a los *Aparatos ideológicos del Estado* (televisión, radio, prensa, escuela, cine, teatro, etc.), y en el que iniciaremos una serie de trabajos analíticos sobre la *realidad china*, y proseguiremos el *debate nuclear*, que varias veces ha ocupado ya nuestras páginas.

Consejo de Redacción.

CONSEJO DE REDACCION

Contra Taylor. el trabajo encadenado.

Cuando en la primavera de 1978, Charles Bethelheim, intenta hacer un «primer esfuerzo de reflexión sistemática sobre los cambios políticos que han tenido lugar en China desde octubre de 1976 y sobre las condiciones que los han preparado» (*), y sin entrar ahora a considerar las conclusiones a que llega el gran teórico marxista, desarrolla un análisis, cuyo punto de partida es el mismo que inspira el presente número de *El Cárabo*: los procesos directos de producción; y más específicamente la organización del trabajo, intentando establecer la determinación que la misma impone a la sociedad global, a las relaciones sociales globales dominantes en cada formación social.

La *centralidad de la fábrica,* para decirlo restringiendo estas consideraciones al sector industrial, dominante en las sociedades capitalistas avanzadas, ha sido en muchas ocasiones olvidada por quienes colocan sus trabajos teóricos en la dirección de las fuerzas sociales ascendentes y, más específicamente, del proletariado.

Es cierto que el *obrerismo* (en el sentido que se ha dado en Italia a *operaismo*) puede cegar la capacidad de realizar

(*) Ch. Bettelheim, *Réflexions sur la Chine après la mort de Mao Tse-Toung.* París, Maspero, 1977.

análisis más globales, pero no parece ser ése el caso de España. Por otro lado, esa *centralidad* en el proceso de trabajo, puede ser, justamente, origen y marco de una política que, al «fijar la atención sobre lo que sucede en la fábrica, sirva para entender la línea de la evolución de la sociedad en su conjunto» (1). Desde este punto de vista, se pone en valor una afirmación básica de la teoría marxista, frecuentemente olvidada: «La fábrica es el lugar donde las relaciones de clase existentes en la sociedad se revelan más claramente» (2).

(1) Lichtner, *L'organizzaziones del lavoro in Italia*. Roma, Ed. Riuniti, 1975, p. 35.

(2) Lichtner, *ibidem*.

Lo cierto es que, dadas las condiciones de dominación política y el lento recuperarse de las organizaciones obreras tras la guerra civil de 1936, las posibilidades de reflexión y aplicación en la lucha de los trabajadores sobre la organización capitalista del trabajo, y sobre las alternativas de transformación no han sido muchas. Durante todo este tiempo la clase obrera se ha visto obligada a volcar sus esfuerzos en una guerra de dos frentes: el inmediatamente económico y el político general.

La década de los años 50 conoce en España la aplicación —en línea con las directrices del Plan Marshall para Europa, especialmente acentuada tras los acuerdos con los Estados Unidos— de una política de intensificación del trabajo, sin grandes inversiones en nuevas tecnologías, en la cual la «Organización científica del trabajo», las relaciones humanas —sancionadas incluso por *Ecclesia,* el órgano oficial de la Iglesia católica, en febrero de 1956—, el salario con incentivo, son los grandes protagonistas. Es, por otra parte, de la creación de la Comisión Nacional de Productividad Industrial, de la fundación de la Escuela de Organización Industrial, del nacimiento de revistas como *Productividad,* que viene a sumarse a otra de características semejantes, *Racionalización);* prueba todo ello de la intensa actividad que se despliega no sólo desde el Estado, sino también desde instituciones que, conviene indicarlo, se sitúan en distintas opciones católicas: el Opus Dei, a través de las numerosas publicaciones de la Editorial Rialp sobre estos temas; los jesuitas, a través de ESADE, ICADE o Deusto, etc.

Estos cambios ponen las bases de la nueva etapa que conocerá el capitalismo español a partir de la política que se inicia con el Plan de Estabilización y que hará posible la «década prodigiosa» de 1960-1970. En el terreno del trabajo nos encontraremos modificaciones en la organización de los

procesos de producción directa (en particular, las relacion das con el salario a rendimiento) que tienen, a nuestro juici una importancia capital en la explicación del «desarrollo ec nómico» español. Son los años en que la Asociación para Progreso de la Dirección inicia sus trabajos o en que Acció Social Empresarial difunde en sus congresos «la remuneració por rendimiento» y otras técnicas de dirección patronal.

Pero no es únicamente ese aspecto que vincula direct mente el estudio de las formas de organización del trabaj con la totalidad social, lo que nos induce a presentar un nu mero monográfico como el presente.

Existen, además, otras razones vinculadas al hecho de qu para los trabajadores, conocer las razones, los límites, y l crítica de la pretendida *ciencia* que regula un tercio de su vidas, como mínimo, es algo que forma parte de la necesida de que el cambio de relaciones sociales no remita, al dí siguiente de la revolución, las mejoras que hagan posible un existencia más humana.

No existen estudios en España que puedan evaluar e qué medida la organización del trabajo, colabora a esa des trucción de fuerza de trabajo en la cual somos uno de lo primeros países europeos: los accidentes de trabajo. Per una publicación oficial del Ministerio de Trabajo (3) colocab en segundo lugar, en 1972, entre las causas del increment de los accidentes en la década 1960-1970, los cambios e los métodos de organización del trabajo.

No en vano ha dicho Jacques Rancière que la «invención de la organización «científica» del trabajo, junto al sindicat de colaboración de clases son los dos grandes factores d desarrollo de las fuerzas productivas en el siglo xx.

Desde el punto de vista de los trabajadores, en nuestr país, han sido pocos los análisis que hayan puesto en tel de juicio la presunta *neutralidad* (por «científica») de la orga nización *capitalista* del trabajo. En otros países, de los cuale el ejemplo más representativo quizá sea Italia, la lucha d los trabajadores, especialmente desde 1968-1969, ha llevado una renovación de los análisis concretos, desde posicione que han supuesto, también, una renovación del marxism anquilosado. *Quaderni Rossi* es el punto de arranque de es línea de trabajo, animado por Raniero Panzieri, luego diver sificado en distintas tendencias, organizadas o no, que produ cen un gran número de revistas especializadas y centenare de libros (4).

(3) Plan Nacional de Higiene y Seguridad del Trabajo, 1972, según *Panorámica Social*, 1974, Madrid, 1975, la tasa de accidentabilidad pasó de 39 por 1.000 en 1950 a 92 por 1.000 en 1970. La mortalidad (fallecidos/personas activas) de 50 por millón en 1950, a 129 en 1970.

(4) Para una apreciación, véase la revista *Analisi e Documenti*, que incluye amplias reseñas bibliográficas (hoy ha cambiado su nombre por *Sociologia del Lavoro*, c.p. 413, Bolonia).

Consideramos que, en la actual etapa de remodelación capitalista en España, las posiciones de los trabajadores en este campo serán determinantes de la orientación del sistema productivo y de las condiciones de trabajo para muchos años.

Es esta razón la que nos lleva a querer llamar la atención sobre esta cuestión, convencidos de que sólo por una implantación *práctica,* esto es por la lucha de clases, del análisis marxista, se puede transformar la sociedad. Sólo si una teoría crítica de la sociedad es asumida por los trabajadores podemos asegurar el propio desarrollo de la teoría. Práctica y teoría van estrechamente unidas.

Un vacío, como el que se acaba de bosquejar, no puede cubrirse —ni siquiera enunciativamente— en las páginas de que disponemos. Hemos elegido —tras largos debates— el intentar plantear, al menos, la *problemática* que desde nuestra perspectiva podía colaborar a *plantear* los temas centrales, que podrían orientar un debate en profundidad.

Aunque, parcialmente, algún artículo aluda a ello, no se han podido tocar temas que evidencian los problemas derivados, como ha escrito Fioravanti, de que el mundo sea cada vez más «una inmensa fábrica en la que los diferentes países no son más que secciones o talleres especializados en tareas muy concretas»; problemas ligados al análisis del lugar que ocupa España en la cadena imperialista: cuestiones como la «cesión» de tecnología y técnicas FIAT a la SEAT española, fórmula de transferencia de «organización del trabajo» rechazada por el movimiento obrero italiano, sólo pueden explicarse desde ese punto de vista, como ha hecho Faustino Miguélez (5).

En la selección de los artículos (y recensiones) hemos pretendido que, a partir de la consideración concreta del taylorismo, como formulación más clara de la OCT, criticada en tanto que «científica» y en tanto que *neutra* fuerza productiva (que se trata tan sólo de manejar desde el punto de vista de los trabajadores para que cambie su carácter de clase), llegar a una crítica de la propia neutralidad de las fuerzas productivas, de la tecnología, que ponga en guardia contra cansinos análisis que todo lo siguen esperando del advenimiento de la contradicción entre la base material y las relaciones de producción.

Esta cuestión, ciertamente básica, del papel y forma en que se articulan tecnología y relaciones sociales, del carácter y límites que impone la primera sobre las segundas, de los

(5) F. Miguélez, SEAT. La empresa modelo del Régimen. B. Dopesa, 1977.

límites del «obrerismo voluntarista», se puede decir que subyace a toda la argumentación recogida.

En buena medida, el artículo de Carretero plantea, como presentación de un conocido artículo de André Gorz (6) toda esta problemática, dentro del debate histórico fuerzas productivas/relaciones de producción y sirve, por tanto, de marco global.

Las críticas al taylorismo han prescindido con demasiada frecuencia de una lectura directa de los propios textos de Taylor, que «sigue siendo la fuente más preciosa para cualquier estudio de la organización científica del trabajo», pues, «confiesa abiertamente lo que los jefes de empresas piensan para sí guardándose mucho de decirlo públicamente» (7). Antes al contrario, el *antitaylorismo* está hoy de moda. Que ello es tan sólo una fórmula de camuflaje modernizante, especialmente en España, es obvio: las «nuevas formas de organización del trabajo» están muy escasamente implantadas y en muchos casos esa «modernidad» viene en buena medida condicionada por el propio proceso productivo.

Emile Pouget (1860-1931) militante obrero, fundador de uno de los primeros sindicatos franceses en 1879, anarquista, dirigente más tarde de la CGT, publicó el folleto de donde se extrae su artículo «la organización del agotamiento» en 1914, como un medio concreto de lucha, que tenía por marco la huelga en Renault contra el «sistema Taylor» que se intentaba implantar. Una expresión de la resistencia obrera a una transformación organizativa que constituía (y constituye hoy bajo capa de «modernización tecnológica», un momento clave de la lucha de clases, punto de reflexión en la nueva división del trabajo que el capital intenta imponer.

El texto, que supera muchos análisis actuales, hecho por los propios trabajadores, recoge ampliamente las afirmaciones del propio Taylor, como se verá y deja entrever ya un análisis que se corresponderá con el desarrollado por Lenin a partir de 1918 según el cual habría aspectos positivos en el taylorismo (Pouget habla bien de Gilbreth) que se deben conservar, por tanto, en una sociedad socialista. Se publica aquí por primera vez en castellano.

Christian Palloix, conocido publicista de temas relacionados con la «economía mundial capitalista» (8) es el autor del artículo sobre «El proceso de trabajo. Del fordismo al neo-fordismo», en el cual se nos presenta la problemática de esa «mecanización» del taylorismo que es el fordismo, sus-

(6) A. Gorz (Michel Bosquet): «Técnica, técnicos y lucha de clases», recogido en el libro *Crítica de la división del Trabajo*, Barcelona, Laixa, 1978, del que se hace una amplia recensión ne este mismo número.

(7) H. Braverman, *Travail et capital monopoliste*. París, Maspero, 1976, p. 82.

(8) Título del libro publicado en 1971 en París, Ed. Maspero, al que han seguido otros muchos libros y artículos.

tituyendo las coerciones «políticas» *(el despotismo de fábrica)*, por condicionantes técnicos, mecánicos, cuya más conocida expresión es la cadena de montaje. La máquina *naturaliza* así las relaciones sociales que toda tecnología lleva consigo.

Quizá lo más importante, para el argumento de la centralidad del proceso de trabajo que enunciábamos más arriba, sea el destacar que este artículo no es sino recogido parcial de los trabajos del profesor de Grenoble que ha dedicado sus dos últimos libros al análisis del proceso de trabajo, como resultado de sus investigaciones y análisis de la economía mundial capitalista hoy (9). Esta *necesidad* teórica justifica, creemos, el enfoque que ha guiado nuestra elección.

El breve texto de M. Haraszti sobre los *cronometradores*, se inserta —como se dice en la nota de presentación— en función de destacar el papel que la organización del trabajo en la fábrica, tiene sobre las relaciones sociales globales. Si la técnica no es neutra, la técnica capitalista conlleva relaciones sociales en las que predomina una división del trabajo caracterizada por relaciones de explotación. No se puede seguir manteniendo una concepción *instrumentista* de la organización del trabajo: en sí no es «mala»; todo depende de quien la use. Esa teoría, como es sabido, prevaleció en la Unión Soviética y, por razones históricas muy precisas (11), fue especialmente defendida por Lenin. De las consecuencias que ello tuvo —y tiene— en la configuración de las formaciones sociales soviéticas y del carácter de las relaciones de clase en ellas imperante no es punto explicativo menor esta circunstancia (12), que no suele merecer mucha atención en los análisis al uso: qué transformaciones (si las hubo) del sistema productivo, en las sociedades llamadas «socialistas», están condicionando un cambio radical en la vida de los obreros. Bettelheim, como decíamos más arriba, ha utilizado, precisamente, los cambios en cuestiones de organización del trabajo para caracterizar el rumbo actual de la República Popular China.

El argumento que se utiliza contra los obreros en la fábrica húngara de que nos habla Haraszti está basado en la consideración *científica, necesaria, objetiva* de las normas; normas que vienen impuestas —dicen— por condicionantes *tecnológicos*: nada hay de «político» en todo ello. Exactamente el mismo argumento que caracteriza el *one best way* (el sólo hay una solución óptima) taylorista. Por ello, cuando Georges Friedmam visitó la URSS en 1933 tenía que argu-

(9) Ch. Palloix, *Procès de production et crise du capitalisme*. París, Maspéro-Prsses Universitaires de Grenoble, 1977; *Travail et production*. París, Maspéro, 1978.

(11) R. Linhart, *Lénine, les paysans*. Taylor, París, Seuil, 1976, pp. 77 y ss.

(12) Sobre este asunto, en la década 1960-1970, véase el artículo de J. M. Chanvier, en *El Cárabo*, número 9.

mentar que no era lo mismo el uso de las máquinas e países capitalistas que en la URSS, pero no podía aporta argumentos para ello. El análisis del gran sociólogo francé concluía: «La URSS ha tomado como punto de partida d su organización del trabajo el taylorismo, pero debidament analizado, criticado y liberado de todo lo que en él estab orgánicamente ligado a un sistema de beneficio» (13).

El artículo de André Gorz, «Para una crítica de las fuer zas productivas» fue escrito como respuesta a una amplia farragosa crítica del sociólogo húngaro (se trata, al parecer de un seudónimo) Marc Rakowski al libro *Crítica de la divi sión del trabajo,* que se reseña más abajo, y que se publica en el mismo número de *Temps Modernes* del que tomamos el trabajo de Gorz.

Con este texto se abren las vías de discusión más genera les que ponen en cuestión, a partir de la organización del trabajo, el modelo tecnológico y el modelo de sociedad que lleva implícito. Las argumentaciones de Gorz enlazan con una crítica como la que se recoge en el libro del sindicato francés CFDT (ver «Información Bibliográfica» en este mismo número), *Los costes del progreso,* cuya más importante consecuencia es la necesidad de luchar hoy por una orientación del desarrollo productivo que no hipoteque las transformaciones futuras, incluidas aquellas que podrían emprenderse tras el acceso al poder de un bloque de izquierdas.

Finalmente, el artículo de Flavio Cocho, plantea cómo la tayloración impregna toda actividad humana, mostrando los mecanismos de su analogía en la psicología del aprendizaje, como los mecanismos de parcelación, desposesión del saber, dependencia, jerarquía, etc., se imponen en esa relación.

No podíamos cerrar el número sin incluir algún trabajo sobre la problemática de la organización capitalista del trabajo en el momento actual. No ha sido fácil lograrlo. Después de intentos frustrados por organizar una mesa redonda con militantes de las *centrales sindicales* con implantación estatal, hemos tenido que optar por recoger las respuestas formalizadas de las mismas a un breve cuestionario. No es exactamente lo que nosotros buscábamos, pero consideramos que el resultado sigue siendo de gran interés.

La sección de notas y recesiones la hemos centrado también en presentar —con amplitud— algunos libros de interés para desarrollar las ideas críticas que han constituido el eje de este número.

■ Consejo de Redacción

(13) G. Friedmann, *Problèmes du machinisme en URSS et dans les pays capitalistes.* París, EDI, 1934.

THE BOSS.

ANDRE GORZ

Para una crítica de las fuerzas productivas. Respuesta a Mark Rakovski

Querido Rakovski. ¿Conoce usted este texto? «En una fase superior de la sociedad comunista, cuando hayan desaparecido la esclavizadora subordinación de los individuos a la división del trabajo y, con ella, la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual; cuando el trabajo no sea únicamente un medio de vida, sino que se convierta en la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo multilateral de los individuos, las fuerzas productivas se multipliquen a su vez y manen con abundancia todas las fuentes de la riqueza colectiva, sólo entonces podrán superarse definitivamente los limitados horizontes del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: «De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades.»

Leyéndole a usted parecería como si todo esto, con excepción de la consigna final, hubiese sido escrito a finales de los años 60 por un autor «perteneciente a esta tendencia de la crítica interna de la tecnoestructura a la que habitualmente se denomina (?) 'crítica de la división del trabajo'». Semejante recelo, como usted dice, no carece totalmente de fundamento: el autor de este texto se opone, desde luego, a lo que usted llama «la concepción clásica del marxismo». Dice usted que este autor, Karl, Marx, superado su período de juventud, «relegó a un último plano» la crítica de la división (capitalista) del trabajo.

No le faltan citas para apoyar esta afirmación contradictoria. Pero ¿de qué sirven? Aparte del placer que me sigue proporcionando a veces

su lectura, me trae sin cuidado
saber si ya Marx pensó
lo mismo que yo pienso.
El argumento de autoridad es válido
para los que se aferran
a un dogma. Marx no los tenía:
jamás negó ni redujo la complejidad
de lo real con el objeto
de hacerlo encajar dentro
de unos esquemas. Tampoco
negaré que ciertos pilares centrales
de su teoría se han venido abajo
en el curso de los cuarenta años
transcurridos, ni que algunos
de sus instrumentos
de pensamiento se han vuelto
inutilizables o utilizables sólo
con circunspección y después
de ser sometidos a una corrección
adecuada.
Lo primero que quería decirle
a propósito de su artículo
es que lo encuentro dogmático;
sin duda porque, fiel al estilo
universitario, usted critica
(sobre todo en las dos primeras
partes) la «crítica de la división
del trabajo» no en su realidad,
en tanto que práctica efectiva
de una parte de la clase
obrera, sino únicamente en sus
«teorías», y porque critica
a sus »teorías» no a la luz de una
interpretación diferente de lo real
sino sobre todo a la luz
de los textos
de los clásicos.
Por diversas razones creo
que su artículo presenta, pues,
los síntomas de esclerosis propios
del marxismo que se practica
en los países que se autodenominan
socialistas; en los partidos
«marxistas» que se fijan
la «conquista del poder del Estado»
como tarea esencial; y
en las universidades
que lo enseñan como una disciplina
entre otras y hacen
de la capacidad de manejarlo
según los cánones académicos
una de las condiciones necesarias
para el acceso a la élite.
Fíjese en la presentación
del pensamiento de Marx,
situado en relación con la tecnología
de su época, que sigue
a su muy perspicaz introducción.
Se muestra usted tan preocupado
por conferir una cohesión lógica
a las facetas más cambiantes
de los desarrollos del mismo
Marx que termina por reducirlo
a simple discípulo de Engels, sin
que, de repente, sepa ya qué
hacer de este «individuo
plenamente desarrollado» (allseitig)
en el que, con toda justicia,
ve usted un momento esencial
del pensamiento marxiano.
Vea a dónde lleva esto.
Empieza usted lanzando, en su
nota 8, un avieso zarpazo
contra Stephen Marglin. En
su opinión, Engels habría tenido
razón al escribir: «El automatismo
mecánico de una gran fábrica
es mucho más tiránico de lo
que los pequeños capitalistas
han sido jamás. Cuando, gracias
a la ciencia y a su genio inventivo
el hombre ha sometido
a las fuerzas de la naturaleza,
éstas se vengan sometiéndole, en
la misma medida en que han sido
doblegadas por él, a un verdadero

despotismo, independiente de cualquier organización social. Querer abolir la autoridad en la gran industria, es tanto como querer abolir la industria misma, destruir la máquina de vapor para volver a la rueda.»

¡Bonita mentalidad!

Se da usted cuenta de que, al dar la razón a Engels, corre el riesgo de meterse de lleno en un feo embrollo: afirmar la ineluctabilidad del despotismo de fábrica es tanto como decir que la emancipación del proletariado es un sueño. Pero si tal es el caso, o bien Stalin y Rakouski tienen razón y Marx se equivoca, o bien es necesario abolir, al mismo tiempo que las relaciones de dominación, la tecnología de fábrica a la que Engels se refería.

Colocado ante esta alternativa, usted vacila: Engels le intimida, teme caer en el «utopismo» y proyecta este temor sobre Marx, quien, según su opinión, se cuidó muy mucho de «reemplazar el paradigma de la gran fábrica mecánica» por ningún otro. Pero, por otra parte, Marx es de todas formas un teórico de la «asociación obrera», de la apropiación por el proletariado de una totalidad de capacidades, del pleno desarrollo del individuo.

¿Cómo logrará salir del aprieto? No muy airosamente. Dice usted primero que, para Marx, «la utilización socialista» de la técnica *tal como es* (pues, según usted, en ningún momento Marx se plantea su transformación) consiste en eliminar los excesos de arbitrariedad despótica: el trabajo obrero no cambia sino que, dice usted, es reducido «a unas dimensiones razonables» y transformado «en deber asumido conscientemente por los trabajadores». Usted se da cuenta de que este despotismo interiorizado como disciplina militar «libremente aceptada» no es una solución y añade que, teniendo en cuenta su simplicidad repetitiva, las más diversas tareas pueden ser desempeñadas por el mismo obrero: en definitiva, estalinismo más rotación de trabajos. Esta rotación de obreros especializados entre los diferentes trabajos propios de obreros especializados sería, dice usted, el único cambio positivo que el socialismo aportaría a la fábrica. Por lo demás, los obreros seguirían sometidos a la ley del rendimiento: «Los productores asociados podrían intensificar la eficacia de la utilización de las fuerzas productivas mecánicas hasta el máximo posible» ¿Habría sido Marx, entonces, un precursor de Stajanov?

No del todo: usted concede que, en Marx, la rotación es también «un medio de superar la división entre trabajos intelectuales y manuales» (lo que supondría que no se

efectúa entre los diferentes trabajos de O. E.) Pero esta visión, dice usted, carecía de base material en la época de Marx y para Marx mismo: «En su concepción del desarrollo de las fuerzas productivas, escribe, no hay lugar para una modificación sustancial del modelo de la fábrica moderna.» Aquí yo me pregunto sinceramente si habla usted de Marx o de Lenin o de Stalin. Porque es precisamente Marx quien ha escrito cosas como las siguientes, que Radovan Richta ha explotado añadiendo al error de previsión de Marx sus propios errores de observación e interpretación: «En tanto que aspiración infatigable a la forma general de la riqueza, el capital empuja (...) al trabajo más allá de una relación basada en la naturaleza, creando de este modo los elementos materiales para el desenvolvimiento de la individualidad plena, tan omnilateral en la producción como en el consumo, y cuyo trabajo ya no aparece sólo como trabajo, sino como pleno desarrollo de una actividad en la que ha desaparecido la necesidad natural en su forma inmediata.» (*Grundrisse*, p. 231 de la edición alemana.)
Este pasaje, y tantos otros que sin duda usted conoce (1), indica que Marx creía en un desarrollo de las fuerzas productivas orientado hacia el enriquecimiento del trabajo obrero, hacia la reunificación de lo manual y lo intelectual, hacia la polivalencia y la autonomía. Para él, la apropiación, por los «trabajadores asociados», de los medios de producción e intercambio, *suponía* precisamente que el «modelo de la fábrica mecánica» hubiese sido ya sobrepasado y que, por tanto, el proletariado hubiese dejado de ser una masa de peones y de O. E. para convertirse en una clase de trabajadores politécnicos, manuales e intelectuales al mismo tiempo, capaces de abolir un despotismo de fábrica ya inútil, de suprimir a patrones, jefes y encargados *sin sustituirlos*, de suprimir, en una palabra, el poder y los órganos de poder. Este era el desarrollo previsto por Marx.
Pues bien, Marx se equivocó: el trabajador no ha sido sustituido por el obrero polivalente, universal autónomo; la automatización no ha adquirido la extensión prevista, no ha conducido, como pensaba Marx, a un gran aumento del tiempo libre y al acceso de la clase obrera a todos los campos del saber.
Marx no supo anticipar a Marcuse, y le confieso que no me siento orgulloso de las objeciones que yo hacía a éste hace once años: no me atreví a preveer que el campesinado europeo, incluido el francés, sería hasta tal punto oprimido por

(1) V. sobre todo Jean Fallot, *Marx et le machinisme*, ed. Cujas, 1966, donde encontramos ya esbozadas algunas tesis que serían desarrolladas más tarde, por Stephen Marglin principalmente.

el capitalismo; ni que éste, a despecho de la antigüedad de las tradiciones campesinas y del culto al paisaje, arrasaría el medio ambiente con la misma violencia rapaz que los señores del petróleo de Texas o los reyes mineros de Virginia, transformando el Loira en un valle atómico, el Sena y el Ródano en cloacas radioactivas; ni que cubriría la aglomeración parisiense con una capa de bruma química en la que los visitantes llegados de Los Angeles en seguida reconocen su «smog»; ni que la «banlieu» francesa terminaría por confundirse con los bárbaros paisajes urbanos de Buffalo o Detroit. No me atreví a preveer que la clase obrera francesa sería, si no integrada en el sistema, sí al menos de estructurada culturalmente hasta el punto de que, a excepción de momentos y lugares concretos (y muy especialmente en las regiones en que su origen rural es todavía evidente), sería casi tan impotente como la americana para superar, a través de sus actos y su imaginación, el horizonte del capitalismo —es decir, del sistema del salariado, del reino de la mercancía, de la dependencia frente al poder del Estado—; y que, si bien resulta imposible plantearse una revolución sin la clase obrera, tampoco puede considerarse ya a ésta como clase revolucionaria.

El proletariado no se ha convertido en la clase revolucionaria que Marx preveía, por falta, precisamente, del desarrollo que vaticinaba: el progreso de las fuerzas productivas, en lugar de «crear los elementos materiales para el desarrollo del individuo pleno», ha creado un individuo empobrecido, más dependiente y más heterogéneo. Ya no tiene un «oficio» que le confiera la capacidad de hacer por sí mismo, sino solamente (en el mejor de los casos) una «cualificación» que le permite vender a un patrono una fuerza de trabajo de la que él no puede hacer uso alguno. Se trate de un programador o de un soldador, de un biólogo

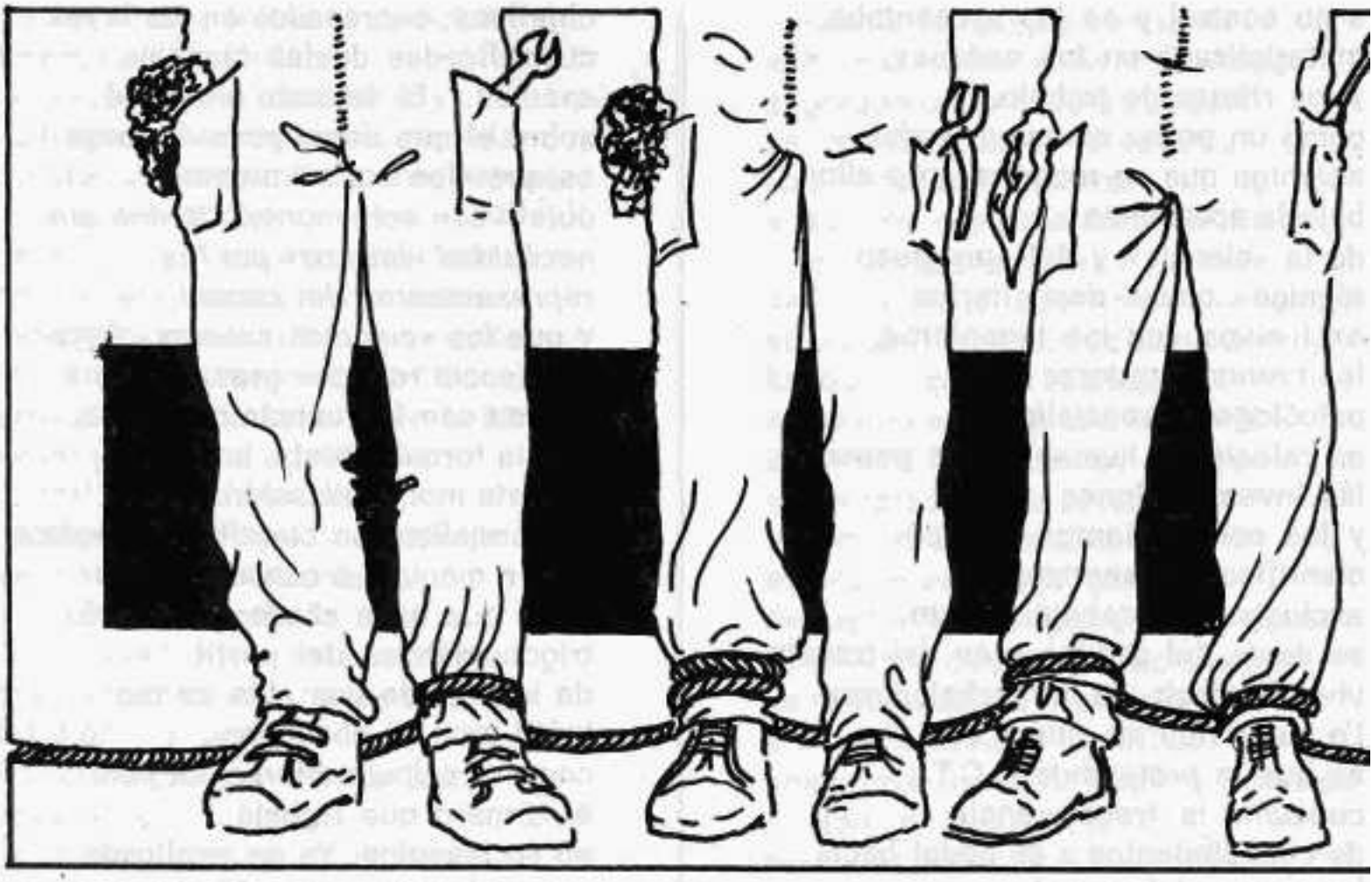
molecular o de un O. E. de la prensa, su trabajo no desarrolla en él ni la capacidad ni el sentido de la actividad «omnilateral» y autónoma, sino más bien la dependencia para con un patrón y un Estado que son los únicos capaces de utilizar esta «cualificación» combinándola con otras, igualmente parciales e inutilizables incluso para aquellos que las poseen. Por esto la reivindicación espontánea de obreros, empleados y funcionarios consiste en solicitar una intervención más completa por parte del capital y del Estado. Estamos lejos de los «trabajadores tomando directamente bajo su control...», etc. Y continuaremos lejos de ello en tanto que el trabajo sofoque en el individuo la capacidad y el sentido de la actividad autónoma.

No diré ya, pues, que la cerrazón anglosajona y nórdica ante el marxismo pueda aplicarse en parte por una impregnación protestante que, a diferencia de la impregnación católica, ha eliminado primero la escatología, y a continuación la facultad de buscarle un sentido a la historia. No supe preveer que la impregnación marxista, lejos de protegernos contra la «unidimensionalidad» socio-cultural, llegaría a su vez a convertirse en un instrumento de unidimensionalización: que el marxismo mismo se vería achatado gracias a un tratamiento estructural-cientifista, tan conforme con la tradición positivista francesa y que ha barrido con toda comodidad el pensamiento dialéctico todavía apenas aclimatado gracias a Hyppolite, Lefebvre, Merleu-Ponty y Sartre.

En resumen, me equivocaba al pensar que la visión de Marcuse era aplicable esencialmente al capitalismo americano y que aquí no habríamos de sufrir lo que en ella se nos mostraba.

2. Las primeras páginas de su segunda parte, si he llegado a entenderle del todo, se ocupan de la introducción del taylorismo y de la «organización científica del trabajo» (O.C.T.). En ellas sostiene que la crítica del *proceso* de trabajo (lo que llama crítica interna) y de la subdivisión del trabajo «no puede alcanzar una significación social mientras el crecimiento del consumo de masas siga siendo un fin en sí mismo. Lo que explica que las capas medias intelectuales sean las primeras en reaccionar ante las transformaciones históricas de la industria moderna» y que «la reacción de estas capas no esté libre de un cierto romanticismo», que usted califica de anticientífico.

No sé en qué se basa usted estas afirmaciones, pero le aseguro que son erróneas. La resistencia a la introducción del taylorismo y de la O.C.T. fue,



en todo el mundo,
una resistencia obrera
de masas: lo mismo en Detroit
que en Billancourt, en Colonia
que Göteborg o Turín,
los obreros combatieron el taylorismo
(y luego el sistema M.T.M.) y
—Benjamin Coriat, de quien puede
leer más adelante un estudio
lleno de enseñanzas,
lo ha demostrado cumplidamente
en su tesis sobre las fábricas
Renault— el taylorismo no pudo
ser impuesto a los obreros sino
después de su derrota militar,
que fue también derrota política
y organizativa de todo el movimiento
obrero. Esta resistencia
de los años 1950 y 1960,
en el momento de la introducción
de la O.C.T. No es verdad,
pues, que un alto nivel
de conciencia y la posibilidad
concreta de una organización
del trabajo diferente sean
las condiciones de la contestación
obrera. Y me parece
muy imprudentes afirmar que
esta contestación era «anticientífica»
y exigía una vuelta al artesanado.
¿Se trataba sólo
de un movimiento
antiproductivista? Lo cierto
es que los obreros luchaban
contra la intensificación del trabajo,
el reforzamiento de la opresión,
la descalificación, la robotización,
la transformación de su trabajo
en una cantidad exterior,
predeterminada, que escapaba

a su control y se les presentaba, materializada en las cadenas y los ritmos de trabajo, como un poder enemigo. Poder enemigo que se muestra ante ellos bajo la apariencia de la «ciencia» y del «progreso técnico» cuyos depositarios exclusivos son los ingenieros, los cronometradores y los psicólogos especialistas en relaciones humanas que ponen las investigaciones y los conocimientos técnico-científicos al servicio exclusivo del trabajo muerto, es decir, del capital, y no del trabajo vivo, es decir, de los trabajadores.
Lo que usted no quiere ver es que la pretendida O.C.T. *consuma* la transferencia de conocimientos y de poder hacia las manos del capital y sus funcionarios: los obreros son totalmente desposeídos de cualquier cualificación y posibilidad de iniciativa; todo el saber científico y técnico, lo mismo que todo el poder, se encuentra ahora concentrado en la «tecnoestructura».
No se trata de una simple mutación tecnológica, en sí misma neutra y fundada científicamente, como sugiere usted al escribir: «Los procesos tecnológicos se han emancipado de los límites orgánicos de las capacidades humanas, las competencias profesionales encarnadas en la habilidad individual de los artesanos han sido reemplazadas por unos conocimientos objetivos, expresados en las leyes cuantificadas de las ciencias exactas.» El aspecto esencial sobre el que usted pasa de largo es que «los conocimientos objetivos» son *monopolizados sin necesidad «interna» por los representantes del capital*, y que las «ciencias exactas» cuya apariencia revisten gratuitamente no son con frecuencia otra cosa que la forma elitista, burguesa de esta monopolización.
La formalización científica se aplica muy a menudo a conocimientos a los que nada añade: el cálculo trigonométrico del perfil de la pata de una silla es tan inútil para el ebanista como el cálculo diferencial para el tornero que trabaja en su máquina. Ya he explicado por qué siguen enseñándose uno y otro: para persuadir al obrero de la inferioridad de su intrucción manual y de la superioridad de quien, en las condiciones muy particulares de la escuela, ha aprendido a dominar las matemáticas, abriéndose así camino hacia trabajos no manuales.
La *forma*-ciencia de los conocimientos, *tal* como es enseñada y monopolizada por la élite, tiende a reemplazar al latín y a la ortografía como instrumento principal para seleccionar a quienes accederán a la cultura dominante y a los empleos «superiores».
Lamento no poder hacerle leer el hermoso texto de un físico italiano

Daniel Amati, sobre el carácter jerarquizante, elitista, voluntariamente esotérico y «autopotenciador» de la ciencia institucionalizada. Pero comprobará más adelante, en el estudio de Benjamin Coriat, que incluso en un país técnicamente poco avanzado, que aún no ha vencido la penuria ni superado la ética productivista, la separación entre saber práctico y conocimiento científico no tiene nada de inevitable y que la *sumisión* del obrero a la ciencia —es decir, a quienes la monopolizan— es cualquier cosa excepto una necesidad. No digo —y tampoco Coriat— que los chinos hayan resuelto el problema de la reunificación de lo intelectual y lo manual; digo únicamente que ellos han demostrado que este problema puede ser enfocado desde el ángulo opuesto: la desigualdad de conocimientos no debe ser jamás confundida con su jerarquía ni estructurada jerárquicamente; el saber no debe entrañar poder ni privilegios, sino tan sólo el deber, para el que más sabe, de hacer aceptar su autoridad en el terreno específico en que los otros tienen todavía cosas que aprender de él. Pero preste atención a este extracto firmado por François Sapeur, del número 46 de *Klapperstei:* «Tenemos que desmitificar, "desocultar" y "desescolarizar" la ciencia, tenemos que perder nuestros complejos escolares ante ella, todos esos complejos segregados por el largo trabajo de intimidación de la escuela. Los profes nos hicieron sudar con sus problemas de física y lo que queda de ello, cuando se ha olvidado todo, no es una cultura sino con frecuencia un inmenso hastío, o, cuando menos, el sentimiento de una extrema dificultad y de que hay que ser superdotado para sacar algo en limpio. En realidad todos somos inteligentes, capaces de captar lo esencial de cada cosa. Y dejemos que los especialistas se ocupen de las especialidades. Un nuevo espíritu científico, una nueva forma de hacer y entender la ciencia (que tal vez se podría resumir con la palabra "ecología"), una verdadera *revolución cultural* de la ciencia se ha manifestado ya en los libritos del C./S.F.R., de la A./P.R.I., o en una revista como *Impascience* mucho antes de que los filósofos y los ideólogos, siempre retrasados, hayan empezado a ocuparse de ello en provecho de sus carreras universitarias y políticas.»

3. Tiene usted razón: «la organización técnica del trabajo en la fábrica no es más que un aspecto particular» de las relaciones de producción. ¿Y quién sostiene lo contrario? ¿Por qué reduce la «crítica de la división del trabajo» a una «crítica de la división técnica del trabajo»? Lo que realmente

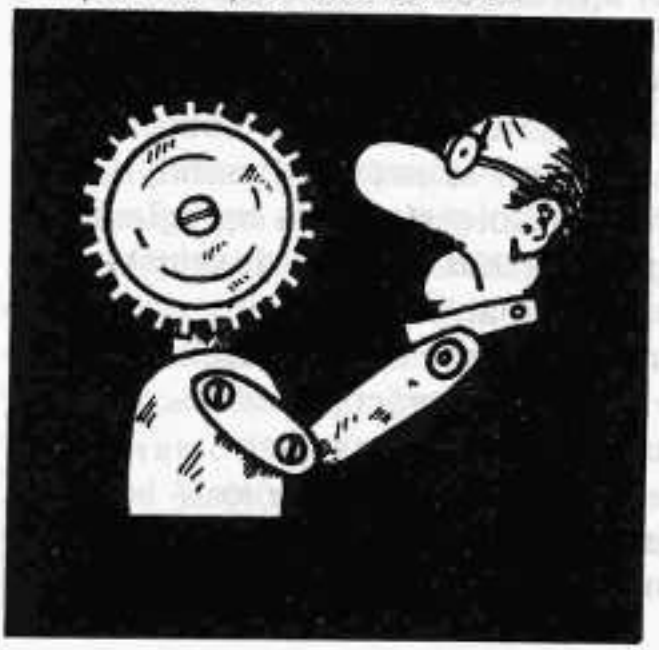
está en juego aquí es una opción estratégica: ¿la revolucionarización de las relaciones de producción debe comenzar por arriba, por la toma del poder del Estado y la estatalización de los medios de producción, o debe comenzar con la lucha de los trabajadores por someter a su voluntad colectiva las condiciones, las formas (tecnológicas), los objetivos del trabajo y, por tanto, las relaciones de trabajo que son una de las matrices de las relaciones sociales, de la cultura y del modo de vida? Conoce usted mi posición (que no es en absoluto personal).
La revolucionarización debe partir de la base, es decir, de los lugares de producción, y ello por dos razones: 1.ª La división técnica del trabajo lleva en sí la impronta de las relaciones sociales de producción capitalistas y condiciona la división social del trabajo al tiempo

que es condicionada por ella.
2.ª La lucha en la fábrica es una palanca indispensable para atacar las relaciones de producción y la división social del trabajo, ya que es en la fábrica donde los obreros están agrupados y tienen posibilidades de establecer una relación de fuerzas que les sea favorable. Si no trae a los trabajadores la libertad en el trabajo y en la determinación de sus fines la «toma del poder» no significa que los «trabajadores asociados» destruyen el poder que se ejerce sobre ellos, sino sólo que ese poder cambia de titulares, que el sistema cambia de forma de gestión pero no, en lo fundamental, de naturaleza.
Si usted quiere decir que las luchas de fábrica no bastan, que es necesario unificarlas basándose en lo que haya de común entre ellas, por medio de una visión estratégica y polític y una reflexión a escala de las ramas de producción, segú el modelo y las prioridades de la producción y de las necesidades que deben ser cubiertas, todo esto me parece evidente. Unicamente le haré notar que si, en Francia, no nos cansamos de insistir en la necesaria autonomía en la ba de las luchas de fábrica, ello ocurre precisamente porque nuestros marxistas autoritarios, ampliamente mayoritarios en la dirección del movimiento

obrero, prefieren las luchas uniformadas, dirigidas desde arriba, que prefiguran una «democracia» en la que el poder central se encargará de resolver todos los problemas a los trabajadores. ¿Pero por qué dice usted (nota 13) que nosotros identificamos relaciones de producción y organización jerárquica del trabajo? ¿No se ha dado cuenta de que lo que demostramos *ad nauseam* es cómo el capitalismo subordina en todas partes el trabajo vivo al trabajo muerto, cómo la lógica del capital (es decir, sus exigencias inertes) imponen su ley en todos los terrenos de la vida social e individual? Cuando las sociedades de tipo soviético perpetúan esta subordinación del trabajo vivo al trabajo muerto, de las necesidades de los individuos a las necesidades inertes de unos medios de producción tanto más opresivos en cuanto que el centralismo burocrático conduce al gigantismo, y viceversa, no tengo necesidad de afirmar que se trata de *sociedades capitalistas (sui generis,* se lo concedo) para constatar que en ellas no se han abolido las *relaciones de producción capitalistas.*

No parece que usted y yo tengamos la misma noción de las «relaciones de producción» ni de la división social del trabajo. Esta es, para usted, el conjunto de «relaciones que unen a las fábricas concretas en una sola economía nacional»: es decir, el mercado, el plan, la política económica y financiera del Estado y la Banca. Yo, por mi parte, entiendo por división social del trabajo (como la mayoría de los marxistas occidentales) la división de la sociedad en clases jerarquizadas entre ellas y cada una en sí misma. La división social del trabajo propia del capitalismo desarrollado que tiene, además, la característica de llevar al extremo las especializaciones territoriales y de negar, tanto a las naciones, regiones, comunidades y grupos como a los individuos, ese mínimo de autonomía sin el que se rompe cualquier relación inteligible entre producción y consumo, y todo sentido del trabajo y toda cultura quedan destruidos en provecho de relaciones, de consumos y de apetencias mercantiles, que se expresan en el acto de pagar y la necesidad de dinero.

No parece que entendamos



la misma cosa, usted y yo, por «fuerzas productivas». Me pregunto por qué complica la idea de un «superdesarrollo» de las fuerzas productivas del capitalismo, cuando (según Marx) las fuerzas productivas son: los recursos naturales, la fuerza de trabajo, el capital, la tecnología. «Superdesarrollo» significa esencialmente que hay superabundancia de fuerza de trabajo (sobre todo de trabajadores «cualificados»), de capitales (sobre todo de capitales fijos: es decir, de capacidades de producción) y de potencial tecnológico en relación con las posibilidades de *producción rentable* que se presentan en un período determinado. Esta superabundancia se manifiesta a través de: el paro y/o el desarrollo de los empleos improductivos; la existencia de capacidades de producción excedentarias (superacumulación) y/o de capitales excedentarios que no encuentran inversiones rentables; el atraso del aparato de producción en relación con los recursos técnicos, en la medida en que la utilización de éstos (piense en la automatización, en la explotación de la energía solar) agravaría aún más los desajustes del sistema.

Antes de caer en la presente crisis de superacumulación, que todo hace presagiar será larga, el capitalismo desarrollado (o neocapitalismo) fijó unos mecanismos que debían permitirle aplazar la crisis o eludirla —eso se pensaba— tomándole la delantera. Como otros, yo he definido estos mecanismos como técnicas de despilfarro, es decir, de producción destructiva, siendo esta destrucción, integrada en la forma de producir y en el modo de utilizar los productos, la condición del mantenimiento de un alto nivel de producción e incluso de crecimiento (2). Le recuerdo que, para mí, el aspecto más importante, con mucho, de esta destrucción es la destrucción: primero de las capacidades autónomas y, segundo, de recursos naturales hasta hace poco gratuitos:

1.º La destrucción de las capacidades autónomas se produce antes incluso que la división del trabajo, a través de la escolarización que la prepara. El discurso oculto de la Escuela, lo que a uno le enseña a través de todas sus enseñanzas, es que en todas las actividades hay especialistas que uno nunca conseguirá igualar y que, si se quiere hacer bien cualquier cosa, hay que especializarse en algo y renunciar a lo demás. «El aficionado» nunca valdrá lo que «el profesional, el «individuo pleno» o «íntegramedte desarrollado» jamás será otra cosa que

(2) V. A. Gorz, *Stratégie ouvrière et néo capitalisme*, capítulos II y III, Le Seuil, 1964

un «dilettante», un «metomentodo», en resumen, un pobre hombre. El discurso ideológico de la Escuela («a cada uno su oficio») nos compromete, pues, a renunciar a la polivalencia y a la autonomía en pro de «cualificaciones» (de saberes) escolares cuya característica esencial es que para nosotros no tienen nigún valor de uso, sino tan sólo un valor de cambio: no podemos hacer nada con lo que la Escuela nos enseña, sólo podemos intentar vendernos en el «mercado de trabajo». Preguntemos cuántas personas han aprendido en la escuela a hablar una lengua extrajera, o a hablar su lengua materna, o a cantar, o a servirse de sus manos y de sus pies, o a alimentarse saludablemente. Si la gente ya no canta, sino que *compra* millones de discos de profesionales que cantan para ella; si no sabe alimentarse, sino que *paga al médico* y a la industria farmacéutica para hacerse tratar contra los efectos de una alimentación malsana; si no sabe educar a sus hijos sino que alquila los servicios de puericultoras diplomadas; si no sabe reparar ni un aparato de radio ni un grifo, ni cuidar un esguince, ni curar sin medicamentos una gripe, ni cultivar una lechuga, etc. etc., la Escuela tiene algo que ver con ello. No *sólo* la Escuela, por supuesto, sino también la acción desintegradora, infantilizante, desculturizadora de la Escuela en cuanto se integra en y refuerza la acción que el medio ejerce en el mismo sentido que ella. Si ese medio, si la sociedad fuese «educativa», es decir, sostenida por una cultura vivo omnipresente, la Escuela no podría tener la acción esterilizante que tiene ni ser lo que es. Si es lo que es, ello es debido a que el saber, la cultura, la autonomía han sido expulsados del trabajo (y la Escuela debe preparar para ese trabajo), así como de las relaciones entre entre las personas y con la naturaleza, del espacio que se habita y de la vida fuera del trabajo, para ser concentrados en unas instituciones especializadas donde, necesariamente, pierden su existen. La heteronomía y la dependencia son condición y consecuencia a la vez de la expansión del mercado de bienes y servicios.

2.° La destrucción de recursos naturales pueden ser productiva (por la misma razón que el «consumo productivo» del que habla Marx) en cuanto que permite producir más de lo que destruye y refuerza, por ejemplo, los equilibrios dinámicos y los ciclos que, dentro del ecosistema, son favorables al desenvolvimiento de las formas superiores de vida. La Naturaleza no es ni buena ni intocable, la vida es «negantropía», el hombre, según la expresión de Sartre,

«improbable». En este sentido, el proyecto «prometéico», común a la burguesía de los siglos XVIII y XIX y a Marx, de «dominar» y «domesticar» la Naturaleza no debería escandalizar a los ecologistas ni ser incompatible con la preocupación por una administración del ecosistema que salvaguarde sus grandes equilibrios: la domesticación de los recursos renovables, especialmente de la energía solar, es un proyecto tan «prometéico» al menos (aunque incomparablemente menos destructivo) como la explotación de la energía nuclear. A la inversa, la producción puede ser destructiva cuando: *a)* destruye los recursos naturales renovables y gratuitos para monetarizarlos como valores de cambio; *b)* cuando exige «inputs» (o «intrants») crecientes para un nivel constante de satisfacción de necesidades.

a) El aire, el agua, la luz, el espacio, los bosques son recursos renovables abundantes y gratuitos a condición de que sean administrados con respecto hacia sus ciclos. Enrarecidos a causa de su destrucción industrial, que tiene por única razón el respetarlos haría aumentar a corto plazo los costos de producción de la industria, estos recursos sufren la apropiación por el capital y son luego ofrecidos de nuevo al consumo bajo forma industrializada a provistos de servicios o medios de acceso industriales: «industria turística», residencias secundarias, barrios residenciales, salones de masaje y relax, industrias y servicios sanitarios, etc. (3). En una palabra, la destrucción de recursos naturales en principio gratuitos es un factor de crecimiento de la producción de bienes y servicios. Si las mejoras higiénicas en el modo de vida y las condiciones de trabajo eliminasen las enfermedades de civilización, el producto nacional bruto sufriría una disminución y la «crisis» del sector sanitario supondría un duro golpe para la industria química, entre otras.

b) Se puede preveer que la producción destructiva va a exigir inputs crecientes para reparar, al menor en parte, las destrucciones provocadas por el crecimiento de otros inputs. De lo que resulta la necesidad de una producción en aumento para asegurar un grado estacionario de satisfacción de necesidades.

La crítica del modelo de desarrollo capitalista pone también en evidencia dos cosas que usted

(3) *Cf.* «Socialisme ou éco-fascisme», in M. Bosquet, *Ecologieet Politique*, Galilée, 1975.

confunde sin motivo bajo el concepto de «superdesarrollo absoluto de la producción de bienes y servicios»: *α)* el superconsumo de recursos naturales, y *β)* la falta de correspondencia entre el crecimiento de la producción material y la satisfacción estacionaria o incluso decreciente de las necesidades o deseos.

α) El superconsumo absoluto de recursos naturales no puede ser evaluado por medio de ninguno de los criterios de la ciencia económica en vigor: ésta desconoce la existencia de límites físicos y trata a «los recursos» como cantidades puras, infinitas por naturaleza. Sabe de precios de equilibrio pero ignora que los equilibrios dinámicos del ecosistema *no tienen precio:* cualquiera que sea el precio que se les asigne, no por ello se salvará el lago Erie, no se hará disminuir, antes de veinte años, la tasa de polución por D.D.T. de los océanos y metales pesados, no se repoblarán los mares cuando hayan muerto, no se logrará resucitar las especies desaparecidas ni se librará al planeta de residuos por mucho tiempos radioactivos. La única superproducción (o superconsumo) *absoluto* es la que causa destrucciones absolutas, es decir, irreparables. No son necesariamente las *cantidades* producidas y consumidas, sino las tecnologías empleadas, las que aquí se cuestionan (4): los pesticidas y fertilizantes químicos, absolutamente destructivos, pueden ser reemplazados por fertilizantes y pesticidas biológicos; la calefacción eléctrica de las habitaciones puede ser reemplazada por la calefacción solar, etc. Si el capitalismo obstaculiza esta clase de soluciones, es porque los procesos naturales, a diferencia de los procesos y productos industriales, no pueden ser fuente de plusvalía ni se dejan comercializar ni monopolizar.

β) El recurso a tecnologías destructivas y la indiferencia ante los límites físicos no son en modo alguno accidentales: la maximización es una exigencia inherente a la lógica capitalista. Para ésta, la mejor gestión posible consiste en crear el máximo de necesidades y en satisfacerlas con el máximo de bienes y servicios, realizando un máximo beneficio con un flujo máximo de materias y energía. En este tipo de sistema, toda la población ve crecer su consumo, pero el crecimiento es más fuerte, cuantitativa y cualitativamente, en la cúspide de la pirámide que en su base.

(4) Sobre este tema, v. Commoner, *L'Encerclement*, Le Seuil, 1971.

Dicho de otra manera, el crecimiento reproduce de forma continuada las desigualdades y exacerba la frustración y la insatisfacción de una masa a la que nos hemos acostumbrado a llamar «subprivilegiada», en lo que se sobreentiende que no es el grado de satisfacción de sus *necesidades vitales* sino la *extensión de sus privilegios* lo que es inferior a la norma. El mismo término deja entrever también que los «subprivilegiados» aspiran no a una vida *satisfactoria* sino a una vida *privilegiada*, semejante a la de las «capas superiores».

La pobreza, en este sistema, es también privación de cosas *«socialmente deseables»*, sin que quede claro si son deseables en sí mismas, independientemente de su posesión por «los privilegiados». La pobreza se define como imposibilidad de vivir y consumir según el modelo dominante de consumo y de vida, que es el propio de ese 20 por 100 de la población constituido por el sector más acomodado de la misma (y que, como se sabe, tampoco se muestra satisfecho). Es, pues, radicalmente imposible que, en una sociedad jerarquizada que ha eliminado la escasez de lo que es necesario para vivir, el crecimiento atenúe o suprima la pobreza; pues el crecimiento siempre comienza haciendo crecer un tipo de consumos «ricos», suntuarios, que son, por definición, inaccesibles a la mayoría de las personas. Estas reciben de rebote algunos de los beneficios del crecimiento, pero no sin constatar que permanecen intactos los privilegios de los privilegiados, que la escasez se reproduce a un nivel cada vez más alto y que lo mismo ocurre con la miseria.

Ahora considere un modelo opuesto de sociedad, donde sea la optimación el objetivo consciente de la actividad: en ella se trataría de cubrir del mejor modo posible todas las necesidades conscientes mediante un conjunto de productos accesibles a todos y un consumo mínimo de trabajo, energía y materias. Será una sociedad igualitaria donde se nieguen a producir lo que sólo está destinado a una minoría y donde únicamente se produzca socialmente aquello que conviene a todos : nada, por ejemplo, de «Concordes» ni de aviones para hombres de negocios, sino una gran cantidad de tranvías y autobuses; y en lugar de rascacielos con piscina y aire acondicionado obligatorio, auténticos sumideros de energía, barrios con edificios aislados térmicamente e insonorizados, que faciliten la circulación y comunicación de sus habitantes.

Pues bien, en este modelo de sociedad, se podría alcanzar un grado de satisfacción de necesidades muy superior al nuestro con un nivel de consumo y, por tanto, de producción mucho más bajo. El sofisma que usted opone a este tipo de demostración me parece tan estúpido que he tenido que preguntarme durante mucho tiempo si acaso le entendía mal. Pero no: acierta usted al decir que la industria automovilística (y su crisis) no prueban ni el superdesarrollo ni la superacumulación. Pues, añade, ese superdesarrollo es la otra cara de un infradesarrollo de los transportes colectivos, que, por su parte, no podrían ser asegurados ni con las mismas máquinas y métodos, ni con la misma «tecnoestructura». Cierto, amigo Rakovski, pero reflexione un poco: ¿acaso la producción y utilización de autobuses, tranvías y bicicletas inmovilizará nunca tanto capital, consumirá nunca tanta fuerza de trabajo, tanto tiempo perdido en transportes y tantos recursos naturales como nuestro «automovilismo de masas» que, en Francia, consiste en hacer circular (muy mal) catorce millones de vehículos y producir tres millones y medio de ellos al año? ¿Por qué no quiere usted admitir que las «alternativas al automovilismo» serían *absolutamente* menos costosas que éste, es decir, exigirían la movilización de una *menor cantidad de fuerzas productivas* (de capital, de trabajo, de materias primas, de infraestructuras), cualquiera que fuese, por otra parte, el grado de desarrollo de las mismas? Todavía más: ¿no ve usted que, más allá de cierto grado de desarrollo industrial, las «contrafinalidades» (el término es de Sartre) o «contraproductividades» [americanismo aclimatado en Francia por Illich (5)] del sistema industrial crecen más rápidamente que la producción útil (los «valores de uso»), lo que equivale a decir: el costo del crecimiento supera a sus ventajas; es forzosa la aparición de inputs crecientes que compensen las «desutilidades» (o perjuicios, o contrafinalidades) de los inputs crecientes? ¿No rechazará la idea de superacumulación, de superconsumo y de superdesarrollo industrial porque profesa la religión de las fuerzas productivas, tan extendida entre los marxistas institucionales? Usted escribe: «O bien no hay superacumulación absoluta, o bien la tecnoestructura es neutral respecto a la estructura de la producción.» Pues no: la tecnoestructura y la estructura de la producción son ambas

(5) V. el capítulo III de *Némésis médicale*, Le Seuil, 1975.

funcionales frente a una lógica de la acumulación que conduce necesariamente a la superacumulación y a las destrucciones del capital. En los textos que cita (6) trataba yo de dilucidar dos cuestiones de las que usted, curiosamente, parece haber entendido sólo los aspectos más superficiales, no el fondo: 1.° ¿Cuál es la situación de clase de los científicos que trabajan en la investigación? 2.° ¿Cuál es la situación de clase de los ingenieros y técnicos superiores de producción? Para responder a la primera cuestión, evidentemente primero hay que preguntarse para qué sirve la investigación que practica la industria capitalista o que financia el Estado. Usted pasa totalmente de largo ante el problema cuando me hace la objeción de que la investigación se concentra en las industrias punteras (¡como si eso pudiera dudarse!) Así pues, me parece posible distinguir dos grandes funciones de la inversión en innovación técnica. Estas dos funciones no se excluyen mutuamente. Pero según el estadio de desarrollo y la fase del ciclo dominará una u otra:

a) En los primeros estadios y durante la fase expansiva del ciclo dominan las inversiones que tienen por finalidad ampliar al mismo tiempo la producción y el mercado. Estas inversiones tienen, por tanto, como finalidad:

- el aumento de las capacidades de producción;
- la disminución de costos unitarios por medio de la racionalización y normalización de los procesos de producción y de los productos;
- la invención de productos y necesidades nuevos.

Estos objetivos, estrechamente ligados entre sí, implican una preocupación creciente por la productividad: hacer crecer el volumen de mercancías producidas más rapidamente que el costo de producción (en lenguaje marxista: hacer crecer a un tiempo la plusvalía absoluta y la plusvalía relativa). El interés recae, pues, en las inversiones en medios y procedimientos de producción.

b) En un estadio de madurez del capitalismo y/o cuando la saturación del mercado es virtualmente un hecho, la innovación ya no tiene por objetetivo principal hacer crecer el volumen de producción y ampliar el mercado, sino acelerar la obsolescencia de los producto y la sustitución de un tipo

(6) Recogidos en su mayor parte en A. Gorz (ed.), *Critique de la divisíon du travail*, Le Seuil, 1973.

de productos por otro.
La razón de esto es evidente:
la capacidad física
de absorción del mercado
es limitada, los individuos
no pueden tener sino un número
limitado de coches,
de televisores, de zapatos, etc.
Si se quiere que continúen
comprando, hay que ofrecerles
clases, formas, materiales
que, sin ser necesariamente
«mejores», sean
«revolucionarios», «sofisticados»,
en una palabra, «nuevos».
La tendencia que parece
escapársele y que yo creo
esencial, es que la innovación
dirigida a la sustitución y
la renovación de los productos
ya no trata de aumentar
el volumen de valores
de uso producidos, sino de hacer
crecer el valor de cambio
de un volumen constante
(e incluso decreciente)
de mercancías. La aceleración
de la obsolescencia
(el lanzamiento de «novedades»)
adquiere una importancia
decisiva para el mantenimiento
e incluso el aumento
de las tasas de beneficios
y pasa a ser condición
para que la acumulación sea
posible (sobre todo la inversión
en nuevos procedimientos,
en nuevas máquinas). Hay, pues,
una total alteración del orden
de prioridades en relación
con la fase *a)*. El principal
factor de crecimiento
es ahora la aceleración
de la circulación, cuyo medio
es la aceleración
de la obsolescencia.
La investigación cumple
la función de asegurar ésta.

Esta función de la investigación
influye inevitablemente
en su naturaleza, sus fines,
su organización, la jerarquía
de las disciplinas. Por esto digo
que hay especializaciones
y especialistas de la investigación
que sólo son productivos en el marco
del capitalismo: en el comunismo
su capacidad o especialidad
no serán utilizables. (Más
adelante volveré sobre su status.)
Me objeta usted entonces
que los mayores inversores
e innovadores en materia
de investigación son la industria
química, la construcción eléctrica
y mecánica, a las que habría
que añadir (ya que usted
la olvida) la aeronáutica. (Por
compasión hacia usted, pasaré
por alto los presupuestos
de investigación militar.) ¿Quiere
que examinemos esas industrias
una a una?
En cuanto a la aeronáutica,
estará usted sin duda de acuerdo:
la supersónica de transporte
era una estupidez, los «jets»
para dirigentes y ministros están
llamados a desaparecer juntamente
con el poder y los privilegios
de aquellos a quienes transportan;
y el avión no está adaptado
a los transportes de masas;
nunca podrá llegar a ser accesible
a todos pues no hay suficiente

nergía para ello. La crisis de superdesarrollo de la industria aeronáutica no se resolverá, pues, con la popularización comunista del avión.

La industria química: Si ha leído las notas a pie de página de «Technique, techniciens...» etc., habrá encontrado en ellas algunas cifras sobre el sector químico que más investiga: la farmacia. Se trata también del sector que organiza más sistemáticamente el superconsumo de productos inoperantes o nocivos, la sustitución acelerada de productos conocidos por productos nuevos, más caros pero la mayoría de las veces no mejores. Si hay una industria superdesarrollada, de ésta se trata sin duda. Añada usted la petroquímica, una de cuyas principales actividades es la fabricación de envases desechables (no biodegradables), y la química agrícola, que ha cumplido la hazaña de reemplazar y destruir unos procesos naturales y gratuitos con productos de síntesis industriales (6) con las consecuencias que usted conoce (7) en el balance energético de la agricultura. He aquí, pues, todo un sector en el que después de la revolución habrán de ser particularmente importantes las reconversiones y ceses de actividad.

¿La construcción mecánica? Es un caso interesante: logra numerosas innovaciones empíricas invirtiendo poco. La mayoría de los inventos, muchas veces importantes, son hechos en pequeñas empresas del sector, que no cuentan con medios para imponerlos. Si existe una industria en que la investigación no necesita ser una *actividad aparte,* se trata sin duda (como parece confirmar Coriat más adelante) de ésta. Más todavía: es uno de los últimos bastiones de los obreros profesionalmente muy cualificados, difíciles de dominar. Esta es también sin duda la razón de que la importancia de la construcción mecánica decline al lado de las de otras industrias, más maleables y más esencialmente capitalistas. La industria mecánica tiene, pienso yo, un hermoso porvenir en el comunismo.

La construcción eléctrica, para acabar. El esfuerzo de investigación más sostenido se lleva a cabo en la electrónica

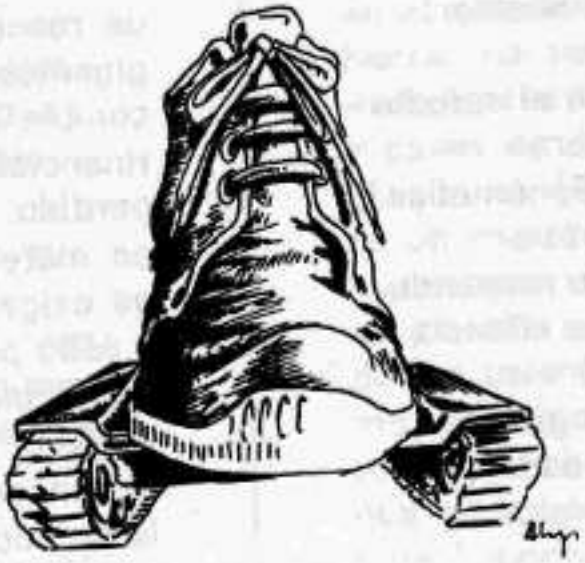
(7) V. Barry Commoner, *op. cit.*

(8) V. David Pimentel y otros, «Un gouffre d'énergie: l'agriculture occidentale», in *les Temps Modernes,* agosto-septiembre 1975. Desde la publicación de este estudio, se ha calculado que si se añade a las personas que trabajan *directamente* en la producción agrícola las que trabajan en las industrias agrícolas (química, maquinaria) y alimenticias (acondicionamiento y transformación de productos de la tierra), nos encontramos, los Estados Unidos, con un 30 por 100 de población activa ocupado en el sector ag alimenticio; así, pues, hace falta una pers activa para alimentar a otras tres, proporc fácilmente alcanzada en sociedades mu menos industrializadas.

y en la industria electro-nuclear.
Seré breve en cuanto
a la electrónica: le remito al estudio
sobre la IBM (8) y a la obra
de Emmanuel Jancovici (9): en ellas
constatará hasta qué punto
la investigación-desarrollo responde
menos a una búsqueda de eficacia
técnica (de valor de uso)
máxima que a una estrategia
comercial y a una necesidad
de «control» (que en el inglés
de América quiere decir
«dominación»). Esto es tan cierto
que empresas que en comparación
con I.B.M. resultan enanas, son
las primeras en lanzar
las técnicas más avanzadas,
que I.B.M. preferiría guardar
en reserva. La utilización
de la electrónica por una sociedad
comunista será sin duda
sensiblemente distinta, lo mismo
que las orientaciones
de su investigación
y las características de sus máquinas.
En cuanto a la industria
electro-nuclear, es una perfecta
ilustración de que la importancia
del esfuerzo de investigación
puede no tener ninguna relación
con la eficacia técnica y el interés
económico de la tecnología
que promete: no existe sistema
de producción de energía más
costoso, más contaminante, más
centralizado, más aleatorio.
La investigación-desarrollo en materia
de reactores exige instalaciones
gigantes, numerosos equipamientos
complejas infraestructuras,
financiaciones públicas a fondo
perdido. La investigación-desarrollo
en materia de energía solar
no exige nada de esto: es llevada
a cabo por pequeños equipos
y descuidada por los monopolios
y por el Estado, cuando está
destinada a terminar ofreciendo
la producción más segura, menos
costosa y menos centralizada
de una energía inagotable.
El capitalismo ha elegido
la tecnología menos digna
de confianza y más sucia
porque permite llevar al máximo
los flujos físicos y finacieros
(una central nuclear no puede
funcionar más allá de quince o
veinte años) y reforzar el monopolio
del poder central, mientras que
la energía solar obedece a la lógica
inversa. La electro-nuclear
es la primera industria
verdaderamente paramilitar: presenta
peligros tan graves que hay que
protegerla contra el miedo,
la ignorancia, el error y la
malevolencia de la gente.
La actitud constante
de las autoridades ha sido proteger
esta industria contra los hombres
(su inquietud, sus protestas),
en vez de proteger a los hombres
contra esta industria. Para
desarrollarse y funcionar exige
la militarización de la sociedad.
Aldous Huxley ya lo había visto
en 1946, en su prefacio
a la reedición de *Un mundo feliz*.
Si le presento estos pocos

(9) V. XXX, «I.B.M. ou l'emergence d'une nouvelle dictature», *Les Temps Modernes*, noviembre 1975.

(10) V. Emmanuel Jancovici, *Capitalisme et Informatique*, Maspero, 1973.



elementos de una crítica «interna» de la investigación-desarrollo no es para terminar afirmando la inutilidad de toda investigación técnico-científica especializada, sino para mostrarle que las «fuerzas productivas» llevan siempre el sello de las relaciones de producción y que algunas de las «maquinarias» más evolucionadas son totalmente irrecuperables para el comunismo. Lo mismo ocurre con algunas cualificaciones y competencias. Digo lo contrario, en suma, de lo que usted me quiere hacer decir: no puede haber revolución comunista sin revolucionarización de las orientaciones, prioridades y objetivos de la investigación-desarrollo, de la tecnología de producción y de la estructura del consumo. Pretender realizar el comunismo con las fuerzas productivas del capitalismo (sus tecnologías, sus máquinas, sus competencias y cualificaciones), es tanto como negarse a ver que todo esto no sólo es el producto sino también el marco de unas relaciones sociales jerárquicas, de la estructura piramidal de todas las instituciones, de los monopolios culturales, políticos, profesionales. Y puesto que el comunismo sólo puede resultar de una revolución total a todos los niveles —y no de una toma del poder del Estado por los especialistas de la organización comunista—, la crítica interna y externa de la división del trabajo tiene su importancia: como acción aislada sino como fundamento de la crítica del producto, de la estructura del consumo, del modo de vida, de la ciencia y de la técnica (10). Pero en cuanto que hablar de todo esto, lo que usted (como la mayoría de los dirigentes del P.S. y P.C. franceses) entiende es lo siguiente: «Esta gente quiere suprimir la ciencia y la técnica.» Como si éstas fuesen

(11) V. principalmente «Le despotis d'usine et ses lendemains», in A. Gorz, *cit.*

necesariamente *actividades separadas* (la expresión es de Marx) que deberían ser monopolizadas por instituciones y profesiones especializadas. En este punto su falta de discernimiento es tal que, allí donde escribo «actividades separadas», usted lee «actividades especializadas»: ¿será que, según usted, uno puede ser trabajador intelectual o trabajador manual, pero nunca las dos cosas a la vez o las dos alternativamente, ni tampoco simple trabajador manual que oriente y controle el trabajo de los investigadores especializados de acuerdo con unos criterios prácticos y estéticos?

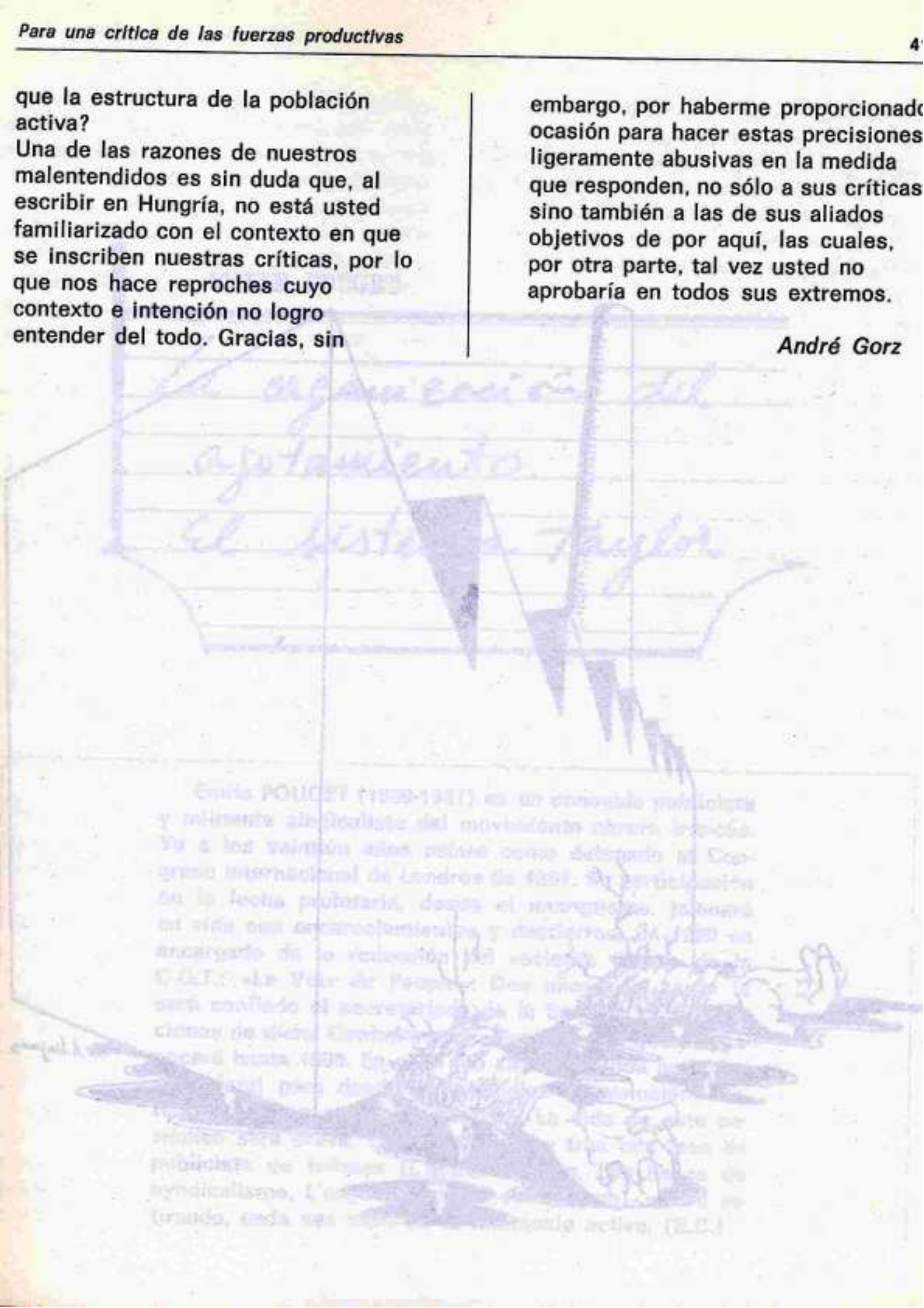
Así como cede continuamente a la tentación de considerar las «fuerzas productivas», las técnicas y especializaciones como hechos independientes del modo de producción capitalista, del mismo modo acepta como un hecho la estratificación de la clase obrera en O. E., O. P., técnicos, ingenieros e investigadores, para concluir que un movimiento revolucionario sólo podrá ganarse a estas capas cualificadas si tiene en cuenta sus intereses específicos y no les pide que renuncien a su status privilegiado, a su eventual parcela de poder, a su tipo de cualificación o de competencia.

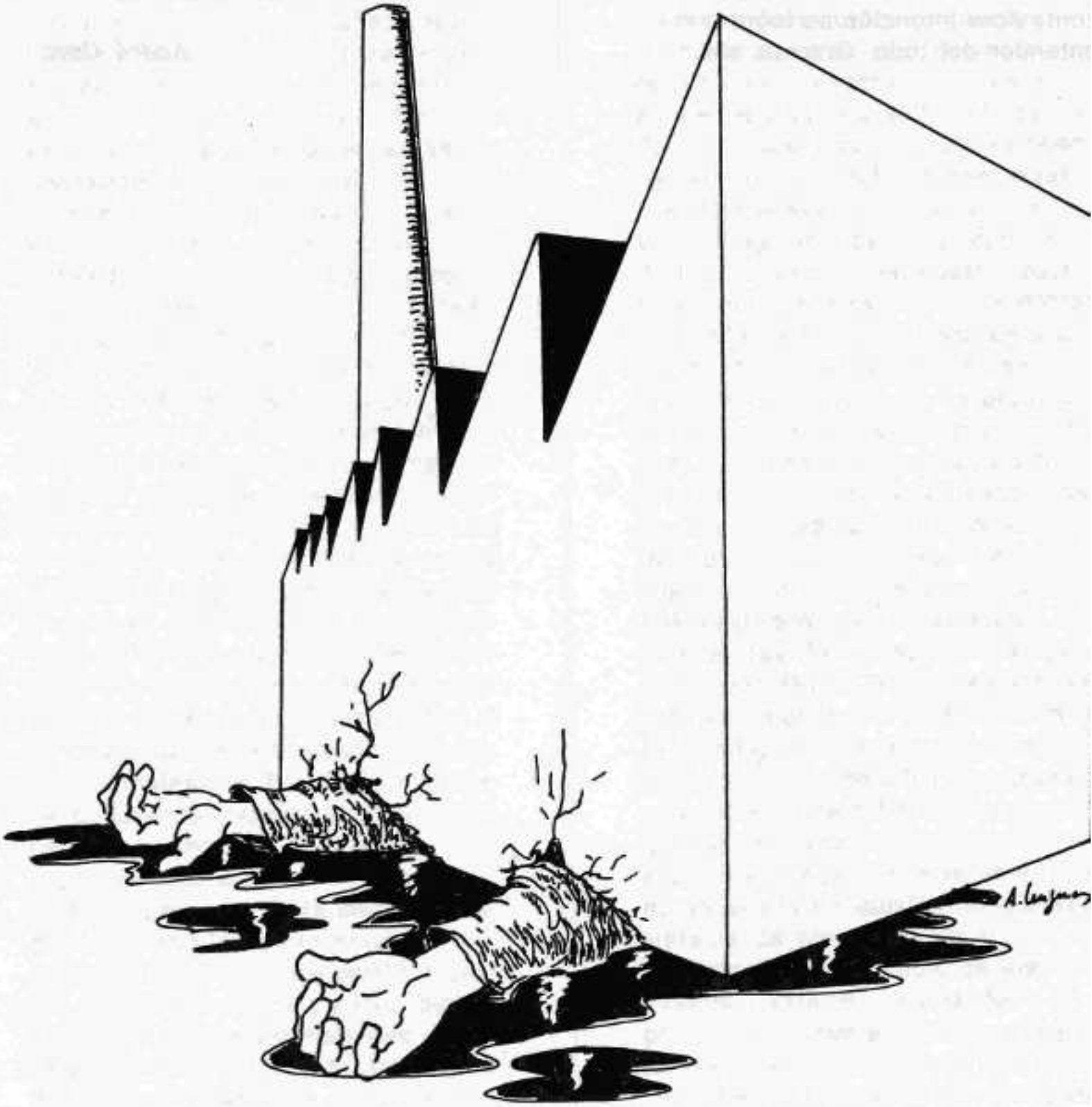
Pero la experiencia de los años 1968-1972 ha demostrado que los trabajadores científicos y técnicos, precisamente porque son intelectuales, son muy sensibles al radicalismo *de las ideas* puestas en circulación por las luchas obreras más avanzadas, y que no se adhieren a un movimiento revolucionario porque éste halague o proteja sus «intereses específicos», sino en la medida en que su dinamismo, su autonomía y su carácter abierto, les permita cumplir hasta el final con su trabajo de intelectuales, es decir: de contestatarios radicales, de creadores y propagadores de ideas. Es precisamente porque estos trabajadores son, en gran parte, intelectuales frustrados en su trabajo al carecer de toda posibilidad de autonomía, de expansión y de colaboración con los obreros en lucha, por lo que pueden ser atraídos por un movimiento que apela, a través de sus ideas, al intelectual que hay en ellos y que, por definición, no puede confundirse con ninguna especialización técnica ni con ningún interés corporativo. A la inversa, un movimiento que prometiese privilegios de status y un empleo de su especialidad a todos los que han recibido una formación no sólo carecería de honestidad sino también de cualquier perspectiva revolucionaria. En efecto, la mayoría de los estudios o diplomas, primero, no tienen valor de uso autónomo para sus titulares; segundo, les ofrecen en esta sociedad salidas profesionales insuficientes, y

tercero, no les ofrecerían más salidas, y sí a menudo menos, en una sociedad comunista.
Los dos primeros aspectos señalan de un modo típico en el «superdesarrollo» capitalista una clase de competencias que cumplen una función en relación con la división del trabajo capitalista. No insistiré en ello. Sólo le haré notar que el interés intrínseco, es decir, el valor de uso autónomo de los estudios es la mayoría de las veces inversamente proporcional a su «cotización» en el mercado y a su valor de cambio, es decir, a su utilidad para encontrar un empleo calificado. Los licenciados en letras, ciencias, filosofía, así como los bachilleres técnicos y los titulados en un C.A.P. apenas si poseen conocimientos que les permitan producir o ser empresarios ellos mismos. Dependen totalmente, para su subsistencia, del empleo que sólo una institución puede proporcionarles. Y por ello tienden espontáneamente a dirigirse al Estado, con mentalidad de beneficiarios de la Asistencia pública o clientes, para pedirle que se haga cargo de una forma más completa de sus «intereses profesionales». El Estado capitalista es totalmente incapaz, por supuesto, de asegurarles esta defensa (contraria, por otra parte, a su ideología, aunque hasta cierto punto pueda parecerle políticamente oportuna). Cuando unos partidos que se dicen de izquierdas sacan partido de esta situación prometiendo que el Estado, cuando ellos lo dirijan, sabrá dar empleo a todos los psicólogos, lingüistas, licenciados en inglés, en francés, en historia, en ciencias naturales, en matemáticas; auxiliare contables, mecanógrafas, diplomada en corte y confección, montadores eléctricos, etc., cada uno en su especialidad y con el *status* privilegiado al que aspiran, esta promesa demagógica sofoca la conciencia crítica y la naciente politización de estos sectores y, al animarles a colocarse bajo la tutela de un Estado fuerte, hace retrocede hasta el infinito el horizonte de las transformaciones revolucionarias.
La prolongación de la escolaridad y de los estudios es en nuestro país un expediente para retrasar la entrad en la vida activa y el paro. Es una estafa que este expediente sea disfrazado de promesa de promoció social para aquellos que la merecen. Esta es la razón de que haya dicho que, en la mayoría de los casos, las cualificaciones conseguidas son inútiles en esta sociedad y en cualquier otra. ¿Sabe usted, querido Rakovski, que nuestro VII Plan «prevé» (es decir, recomienda) para el período 1976-1980 la creación de cero empleos en el sector industria la disminución de la población activa agrícola en 370.000 personas y la creación de 1.080.000 empleos e Bancos, seguros, comercio y servicios? ¿Y pretendería usted que no sacase la conclusión de que «el sistema de competencias y conocimientos técnicos, de los medios y procedimientos de producción, lleva en sí el marchamo de las relaciones de producción capitalista», lo mismo, por otra part

que la estructura de la población activa?
Una de las razones de nuestros malentendidos es sin duda que, al escribir en Hungría, no está usted familiarizado con el contexto en que se inscriben nuestras críticas, por lo que nos hace reproches cuyo contexto e intención no logro entender del todo. Gracias, sin embargo, por haberme proporcionado ocasión para hacer estas precisiones ligeramente abusivas en la medida que responden, no sólo a sus críticas sino también a las de sus aliados objetivos de por aquí, las cuales, por otra parte, tal vez usted no aprobaría en todos sus extremos.

André Gorz





EMILE POUGET

La organización del agotamiento. El sistema Taylor

Emile POUGET (1860-1931) es un conocido publicista y militante sindicalista del movimiento obrero francés. Ya a los veintiún años asiste como delegado al Congreso internacional de Londres de 1881. Su participación en la lucha proletaria, desde el anarquismo, jalonará su vida con encarcelamientos y destierros. En 1900 es encargado de la redacción del naciente órgano de la C.G.T.: «La Voix du Peuple». Dos años más tarde le será confiado el secretariado de la Sección de Federaciones de dicha Confederación, puesto en el que permanecerá hasta 1908. En este año abandona toda actividad confederal para desde su periódico «Revolución» defender la línea anarco-sindicalista. La vida de este periódico será breve. Con su fracaso y tras una fase de publicista de folletos (L'action directe, Les bases du syndicalisme, L'organisation du sur-menage), se irá retirando, cada vez más, de la militancia activa. (S.C.)

EL HOMBRE DEL SISTEMA

Frederic Winslow Taylor nació en 1856. Ingeniero de gran valor, lo es sin duda..., pero es, sobre todo, uno de esos *capitanes de industria* de los que surgen en los Estados Unidos —uno de esos capitanes que tienen más aspecto de *conquistadores* ** o de negreros que de capitanes de uniforme.

Se ha dicho de Taylor que es un obrero que «se ha hecho a sí mismo». Aunque en los Estados Unidos no sea raro el caso de un «prolo» salido de la nada y llegado a la fortuna, a la gloria —Carnegie, Rockefeler, Edison son ejemplo de ello— la aserción es inexacta para nuestro hombre.

Taylor cursó sus estudios científicos —hasta los dieciocho años— en el célebre colegio de Harvard. Si se salió a esta edad fue únicamente porque tenía diz, más tarde obrero... no por necemal la vista y es entonces cuando, decidiéndose a *completar su educación* en un camino diferente, entró como aprendiz en Sellers y Cía., en el taller de fabricación de modelos.

Resaltemos este punto: se hizo aprensidad de ganarse la vida, sino simplemente para *completar su educación...*, a fin de llegar a ser, como él diría más tarde, «un jefe de fábrica formado en su oficio...».

Terminado su aprendizaje de obrero, nuestro «aprendiz de jefe de industria» comenzó como peón, en 1878 en los talleres de la «Midwale Steel Company».

Se estaba en pleno período de dep sión, los negocios iban mal, los pe dos eran escasos, y por eso Taylor empleó como peón a jornada, a fa de un puesto de mecánico. Por o parte, no permaneció mucho en e puesto. Poco después, al incurrir en fidelidad el contable del taller, el e pleo fue confiado a nuestro joven, «p que tenía más instrucción y educaci que los otros».

De contable Taylor pasa a tornero a continuación, se hace notar por u producción intensa, superior a la de s compañeros mecánicos que trabajan tornos semejantes al suyo. Este celo vale el ser nombrado encargado de tornos. Desde entonces, va a estar condiciones de exteriorizar sus «cua dades» de capitán de industria..., m aún, de negrero...

A este propósito, Taylor cuenta qu el día en que fue nombrado encargad los obreros vinieron a verle uno tr otro y le dijeron:

«Estamos muy contentos, Fred, que haya sido nombrado encargado; c noce bien su ocupación y estamos seg ros que no vendrá a molestarnos con trabajo a destajo; si actúa de acuer con nosotros todo irá bien; pero si tenta cambiar nuestras tarifas, pue estar seguro de que le echaremos.»

Nuestro hombre explicó a estos obr ros —que eran sus amigos person les— que «desde ahora él estaba c otro lado de la barricada...», del lado la dirección, y que tenía la intenci de hacer que todos los tornos dier un rendimiento conveniente».

Enseguida comenzó la guerra ent Taylor y sus antiguos amigos..., guer amistosa al principio, pero que, con

(*) E. Pouget: *L'Organisation du Surmenage (Le système Taylor)*. París, Librairie des Sciences Politiques et Sociales, M. Rivière, 1914, 71 p. (Traducción de Santiago Castillo).

(**) En castellano en el texto *(N. d. T.)*.

tiempo, llegó a ser cada vez más ás-
pera.

Taylor dice que él «empleó *todos los expedientes* para obtener un rendimien-
o satisfactorio». Despidió o degradó a os que, a su juicio, no hacían un es-
uerzo bastante grande; disminuyó los precios del trabajo por pieza; contrató nuevos obreros a los que impuso sus puntos de vista; impuso multas que con-
sistían en el pago de una parte de las reparaciones necesarias en caso de ave-
ía de las máquinas-herramientas (mul-
as ingresadas en la sociedad de soco-
ros mutuos de la fábrica).

Lo que en el curso de esta lucha —que duró tres años— le sirvió de mu-
ho a nuestro «negrero», fue el que *sus padres no eran obreros*, de lo que los irectores de la compañía concluyeron ue sus orígenes burgueses probaban ue se tomaba a pecho los intereses de a fábrica.

Al cabo de tres años el rendimiento e las máquinas había sido aumentado, n bastantes casos doblado... y Taylor abía ganado sus galones de jefe de aller.

Desde ese día, teniendo las manos bres, comenzó a poner en aplicación u «sistema científico» inspirándose en as investigaciones hechas sobre la re-
istencia del *animal humano* por el Ins-
tuto de Washington. Para ello, obtuvo el presidente de la «Midwale Steel Company» ciertos créditos que le fue-
on acordados «más bien como recom-
ensa por haber aumentado el rendi-
iento del taller que por cualquier otro motivo...».

Taylor cuenta que, entre las investi-
aciones emprendidas, una consistía en eterminar algunas reglas que permitie-
sen al jefe de taller saber, de antema-
no, qué cantidad de *trabajo sostenido* era capaz de producir un obrero hábil en su especialidad; dicho de otro modo, estudiar la fatiga causada por un tra-
bajo regular sobre un obrero de *primer orden*. Se comenzó por ocupar a un jo-
ven licenciado en buscar todo lo que se hubiese escrito sobre esta materia en inglés, alemán y francés...

No habiendo dado resultado esta bús-
queda preliminar, se emprendió una se-
rie de experiencias enteramente nue-
vas: se escogió a dos obreros de *pri-
mer orden, vigorosos y hábiles;* recibie-
ron doble paga durante el período de experiencias, a condición de *trabajar lo mejor posible en todo momento.*

Estas experiencias no dieron ningún resultado y fueron abandonadas... para reemprenderlas, algunos años más tar-
de, cuando lo permitió la situación fi-
nanciera... y sin dar aún resultado...

«Se hizo evidente, confiesa Taylor, que no existe ninguna relación directa entre la fracción de caballo-vapor que el obrero desarrolla y la fatiga causada por el trabajo. El autor, sin embargo, es-
taba más firmemente convencido que nunca de que existía una ley simple y denida que permite determinar el tra-
bajo diario normal...»

Es un matemático el que proporcionó a Taylor la ley (?) que «él quería», y asegura, con su flema de yankee, que «esta ley es tan simple que es verda-
deramente curioso que no la haya des-
cubierto más pronto...».

El, por otra parte, la define de una forma curiosamente simple: «*Es, dice, una ley del esfuerzo sostenido, corres-
pondiente al trabajo del caballo de tiro más que al de trote...*»

¿No es verdad que es originalmente maravillosa esta pretendida «ley»? Tanto más maravillosa que Taylor confiesa que no es aplicable siempre y que, a menudo, debe ser reemplazada por otra.

Esta «ley» que se caracteriza por una ausencia tan singular de fijeza, hace pensar en cierto *farsante* de *Marc Twain*, el espiritual y socarrón compatriota de nuestro hombre.

¡Con qué hilaridad se acogería un descubrimiento tan ridículo si no se supiese que esta jerigonza pedantesca enmascara la ruda y feroz obstinación de obtener del *animal humano* el máximo de esfuerzo productivo de que son capaces sus músculos!

Entre tanto, Taylor había andado su camino. De encargado había pasado a maestro mecánico, encargándose del mantenimiento de todas las fábricas de la Compañía; después fue nombrado director de estudios y, en fin, en 1884, llegaba a ingeniero jefe del negocio.

Así ,en un plazo de seis años, Taylor pasaba de las funciones de peón a las de ingeniero jefe. Tenía en ese momento veintiocho años y tenía bajo sus puños a 6.000 obreros.

Desde entonces, más influyente, teniendo aún más libres las manos para afrontar los gastos, Taylor reemprendió su serie de experiencias.

Sólo que, en lugar de continuar buscando la fórmula —lo que él llama la «ley»— que permitiese, conocida la resistencia, la fuerza muscular de un hombre, fijar el máximo de rendimiento que se puede exigir de él, se dedicó a descubrir esta fórmula para la materia.

En este sentido, se las ingenió para establecer los datos que permitiesen hacer conocer a los obreros que tr bajan con las máquinas-herramienta (tornos, taladros, cepilladoras, etc.) qué velocidad deben hacerlas girar qué avance deben adoptar.

Esta nueva serie de experiencias fu continuada durante un período de vei tiséis años —salvo interrupciones fo tuitas—.

«Se construyeron —nos dice Taylor- diez máquinas de experiencias difere tes para hacer este trabajo. Se regi traron de 30.000 a 50.000 pruebas, ad más de muchas otras cuyos resultado no fueron conservados. El estudio estas leyes necesitó el empleo de 4 toneladas de hierro y de acero y el ga to total se elevó de 750.000 a un mill de francos.

Un esfuerzo de este género es extr madamente interesante para todo aqu que se ocupe de investigaciones cie tíficas. No hay que olvidar, sin emba go, que esta vez los directores q permitieron la continuación de estas e periencias durante numerosos años proporcionaron los créditos y las fa lidades para llevarlas a cabo, no bu caban un puro conocimiento científic su objetivo, esencialmente práctico, e procurarse las informaciones que n cesitaban, para permitir a sus mecá cos hacer su trabajo lo mejor y lo m rápidamente posible.

Al ingeniero que había descubie la «ley» del máximo de trabajo que p de exigírsele al *animal humano* — Barth—, es al que otra vez se le ac dica la tarea de extraer del montón experiencias acumuladas en el curso este período de veintiséis años, u fórmula simple que permita (por m dio de una regla de cálculo de su

vención) a cualquier buen mecánico darse cuenta en un minuto de la velocidad y del avance a que debe hacer andar a su máquina.

En el curso de estas experiencias, Taylor, habiéndose dado cuenta de la utilidad de hacer afilar todos los útiles por un mismo obrero —cosa materialmente impracticable— se vio llevado, para conseguir este fin, a inventar una afiladora mecánica. Y es así como al mismo tiempo encontró los aceros de «corte rápido» que han doblado y triplicado el rendimiento de las máquinas-herramientas (1).

Pero de estos resultados importantes, de estos descubrimientos e inventos serios y útiles, Taylor se sintió menos orgulloso que de su sistema de organización de fábricas.

En adelante había adquirido, por esto, una notoriedad que haca que los grandes de los Estados Unidos desearan y buscaran su colaboración.

En 1890 llegaba a ser direcitor general de una enorme empresa, la «Manufacturing Investement Co.». Permaneció en su cargo dos años y, en 1892, al expirar su contrato, se consagró únicades hombres de negocios industriales mente a introducir en las diversas industrias su sistema de organización del trabajo.

Una tras otra, las enormes fábricas de Pittsburg, Detroit, Milwaukee, llamaban a Taylor. Nuestro hombre llegaba, con plenos poderes y, en un período de seis meses, transformaba la antigua organización, luego se volvía a marchar.

Desde entonces, bastante atiborrado de dólares, Taylor se jubiló. Ya no se ocupa más de instalar personalmente su sistema de organización en las fábricas. Pero no deja de alentar a las com-

(1) Le Chatelier afirma, en su prefacio a la traducción de la obra de Taylor, que éste es el inventor de los aceros de corte rápido.

Basándose en esa afirmación, le atribuí ese descubrimiento al ingeniero americano en *Le Matin* del 4 de marzo de 1913 y he recibido de M. A...., la interesante protesta que adjunto: «Estoy sorprendido de que usted atribuya al Sr. Taylor la invención de los aceros de corte rápido. Es a un francés, Fattelay Victor, a quien se debe este descubrimiento.

Fattelay fabricó sus primeros aceros rápidos en 1893. En esta época hizo probar sus aceros en diversos talleres de esta localidad. Se constató la marcha rápida y sobre todo la dureza de sus aceros, pero la mediocridad de los útiles sobre los cuales se hacían estos ensayos y el elevado precio de estos aceros, no interesó a los constructores que no tenían en sus manos el utillaje necesario para sacar partido de todas las ventajas de los aceros de marcha rápida.

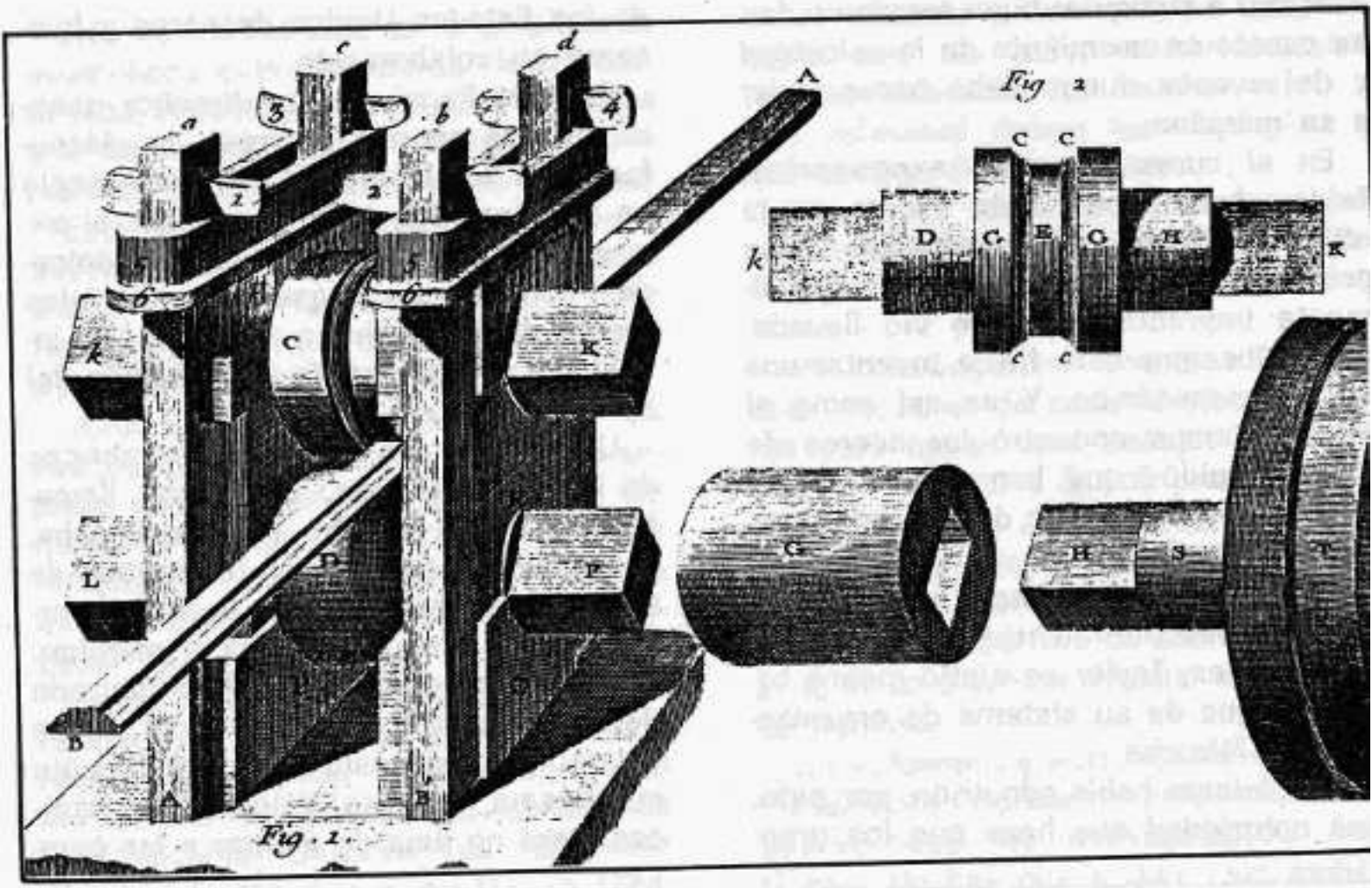
Fattelay había llegado demasiado pronto.

En cuanto a Taylor no ha plagiado a Fattelay. Si hubiera conocido su acero, se habría contentado con copiar lo que se hacía en Francia. El acero de Taylor estaba lejos de marchar rápidamente. Y era poco práctico, así, el acero extendido hoy en el mundo entero no es el que producía Taylor cuando lo dio a conocer en Francia.

Entonces, concediéndole el honor de este descubrimiento estamos al lado de la verdad. Sin embargo, Taylor tiene el mérito de haber enseñado a los constructores a servirse de los aaceros de marcha rápida.

En 1900, en la exposición de Vicennes, las acerías Bethlehem habían expuesto herramientas, tornos, etc., de una solidez extraordinaria, anchas poleas, amplias corresas de transmisión... ¡Todo indicaba fuerza! Por otra parte, una puesta en escena muy americana lo revalorizaba. Estas herramientas estaban pertrechadas con acero Taylor de marcha rápida.

Lo que debía sorprender al público —y le sorprendió— fueron las virutas de metal que los aceros de marcha rápida arrojaban: eran azuladas por la rapidez de la marcha, ¡tan calientes estaban!



Este espectáculo desacostumbrado interesó sobre todo a los especialistas y les hizo comprender todas las ventajas de las herramientas de corte rápido empleadas por sólidas máquinas.

Todo era perfecto, *excepto el acero*. La apariencia de rapidez del corte se obtenía por una habilidad manual de fabricación; la fórmula química de este acero se parecía mucho a la de los aceros conocidos (Mushel) y el aumento de velocidad de las herramientas se debía a una forma especial de templarlas tan complicada que todas las herramientas cuyo filo estaba usado, tenían que volver a Bethlehem para ser templadas.

Esta dificultad debía, en poco tiempo, impedir el empleo de los aceros de marcha rápida, limitar su empleo en gran medida, si Fattelay no hubiera creado el suyo, que está hoy extendido a los más pequeños talleres.

Tras la demostración hecha en Vincennes por las acerías de la Bethlehem, todos los fabricantes deseosos de aumentar su producció se apresuraron en obtener aceros rápidos.

En 1901, se lanzó al mercado un acero rápid cuya fórmula química no se parecía en nada acero Taylor que se templaba simplemente aire y cuyo rendimiento era por lo menos doble del expuesto en Vincennes. Este ace se extendió muy rápidamente. *Todos* los extra jeros lo copiaron con algunas variantes, mant niéndose de acuerdo en el fondo.

Fattelay, en 1901, ya no era fabricante de ac ros. El que lanzó el nuevo acero, era uno sus antiguos capataces que conocía su fórmu

Lo que acaba de leer puede ser confirma por todos los fabricantes de Saint-Etienne.

En cuanto a Fattelay, sigue siendo el mis investigador, naturalmente no muy rico; me a ban de comunicar que ha descubierto un nue método de fabricar acero.

Quién diría al ver este viejecito que ha hec triplicar la producción de todas las máquin herramientas y dado a luz millones de negoci

A. A.... Saint-Etienne, 18 abril 191

pañías que piensan recurrir a este mé-
odo y se pone a su disposición para
ugerirles los medios de conseguirlo.
Se preocupa de dárselo a conocer a
os que lo ignoren a través de sus *Prin-
ipios de organización de las fábricas:*
«El autor, dice, piensa consagrar en
delante su tiempo a aconsejar a los
ue desean hacer de este trabajo (la
rganización de las fábricas siguiendo
u método) su profesión y a indicarles
los jefes de industria las etapas nece-
arias durante este cambio.»
Y ahora que conocemos al hombre,
asemos al examen de su sistema.

A DEFINICION DEL SISTEMA

¿Qué es exactamente el sistema de
aylor?
Al decir de sus panegeristas, sería
ada menos que la sistematización de
os métodos de producción, su organi-
ación científica, con la preocupación
onstante de acrecentar el rendimien-
o del trabajo, reduciendo a la vez el
sfuerzo humano... o por lo menos sin
umentarlo!
El avalista francés de Taylor, el miem-
ro del Instituto, Le Chatelier, que es
mbién director de un periódico patro-
al, la *Revue de la Métallurgie,* afirma,
n su prefacio a los *Principios de la
rganización científica de las fábricas,*
e F. Taylor, que la idea central de este
mericano apunta «al crecimiento del
ndimiento del trabajo sin aumentar la
tiga del obrero...»
El ciudadano Fournier, por su parte,
a definido así el sistema de Taylor:

«La invención consiste, dice, en limi-
tar el esfuerzo del obrero a los gestos
estrictamente necesarios y, sin fatiga
suplementaria, en elegir los gestos más
apropiados para el trabajo a realizar...
Es la aplicación a la industria del mé-
todo del jiu-jitsu, que permite a un me-
quetrefe con pequeños gestos que pa-
recen caricias y un esfuerzo que no
llega a distender su sonrisa, tumbar de
espaldas al Hércules más auténtico» (2).

Estas dos definiciones ¿concuerdan
con los hechos? He ahí todo el pro-
blema.

Si está probado que el sistema Taylor
aumenta la producción sin aumentar el
derroche de esfuerzo humano, no se de-
be —¡no se puede!— oponer a su ex-
pansión, de igual modo que no debe-
mos oponernos a la introducción de
una máquina de rendimiento superior.
Sin embargo, la introducción de una
máquina o de una herramienta perfec-
cionada —como el telar Northrop en
las hilaturas o el sedal en la pesca de
la sardina— puede causar un perjuicio
momentáneo a los obreros que trabajan
con las herramientas antiguas.

Sólo en este caso, es asunto de los
trabajadores en cuestión el defenderse,
el exigir que —bajo forma de salarios
más elevados o en forma de disminu-
ción de la jornada de trabajo— se les
compense, en gran parte, el perjuicio
que les ocasiona el aumento de la pro-
ducción resultante del empleo de las
máquinas o herramientas nuevas.

Por no citar más que un ejemplo de
este tipo de hechos, es suficiente con
mencionar que, para compensar el con-
siderable aumento de la producción de
la linotipia, los tipógrafos han exigido
y obtenido la limitación de la jornada de

(2) *Dépêche de Toulouse,* 19 de febrero de
13.

trabajo a siete horas —ocho horas como máximo— y con un salario que llega hasta 14 francos.

Este argumento —que el sistema Taylor tiene por finalidad esencial aumentar la producción—, Le Chatelier no lo ha descuidado. Establece una comparación entre este sistema y la creación de los ferrocarriles:

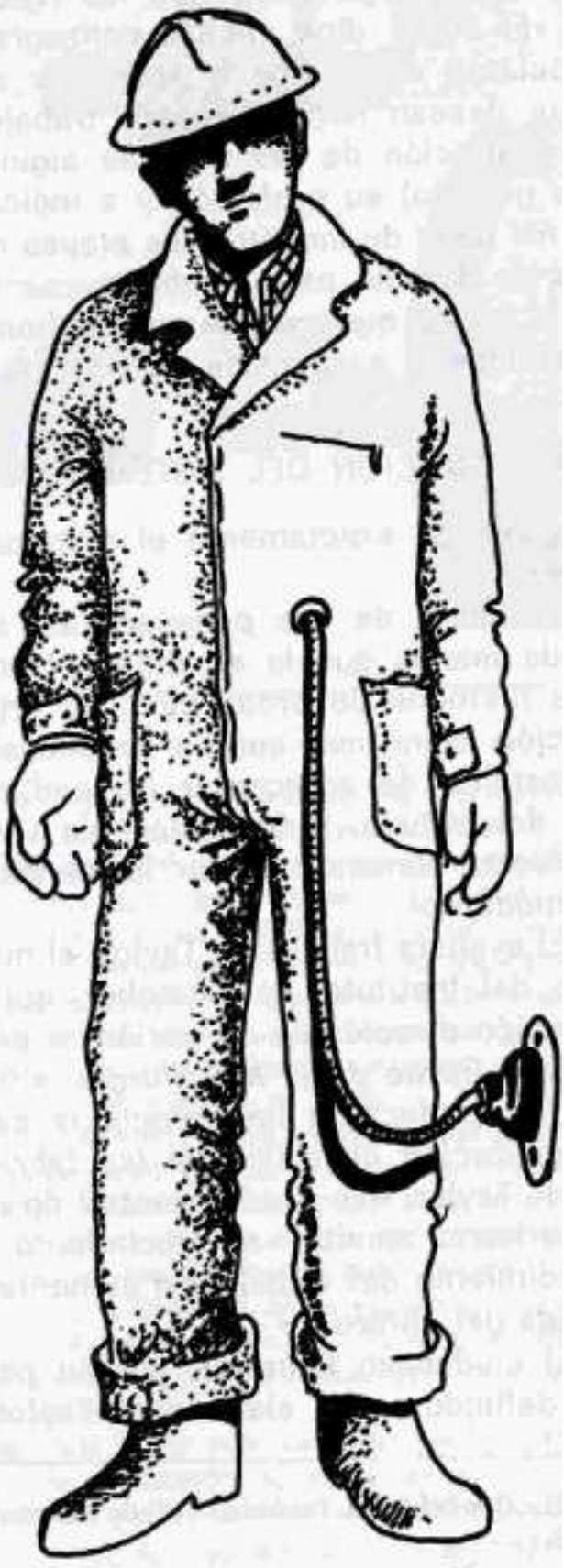
«Hacia el año 1840..., dice, la naciente industria de los ferrocarriles tenía que privar de trabajo a numerosas poblaciones, quitar el pan de la boca a todos los carreteros, a todos los conductores de diligencias y arruinar la agricultura al hacer desaparecer el empleo de los caballos. Los campesinos no eran los únicos en manifestar estos temores; hombres intruidos que ocupaban puestos importantes en los negocios y la política se asociaban a sus quejas. A pesar de estas previsiones pesimistas, el número de coches y de caballos en circulación no cesó de crecer...».

Y después de haber concluido que hoy, ningún sindicato obrero sería lo suficientemente loco como para pedir la supresión de los ferrocarriles, Le Chatelier reprende a los obreros y les dice:

«¿Estáis seguros de no equivocaros al retomar, contra el sistema Taylor, los argumentos de vuestros abuelos... Oponiéndoos, como ellos, al desarrollo de los medios de producción...?»

La cuestión queda así netamente precisada.

No queda nada más que examinar si, como afirma el director de la *Revue de la Métallurgie*, el método Taylor tiene por solo y único fin el crecimiento de la producción... sin (no lo olvide-



mos, es un punto esencial) ocasionar un aumento de fatiga al obrero.

Es preciso que estas dos nociones estén irrefragablemente ligadas la una a la otra en el proceso del sistema Taylor, para que dicho sistema no defraude las esperanzas que sus panegiristas ponen en él.

Ahora bien, a él le despreocupa —y mucho— que esto sea así. Voy a demostrar, en efecto, que el mayor rendimiento que resulta de la aplicación de los procedimientos de Taylor no se consigue más que con un aumento de fatiga y agotamiento para los obreros que trabajan así, y también gracias a una hábil selección... merced a la eliminación de los obreros de fuerza media.

Extraeré esta demostración únicamente de la exposición que el mismo Taylor hizo de su sistema: es de los *Principios de la organización científica de las fábricas*, de donde esta prueba va a brotar clara e indiscutiblemente.

Antes de avanzar más en el estudio del sistema de este americano, es necesario observar que las preocupaciones que le han conducido a hacer lo que él llama su «descubrimiento» no son propiamente suyas.

Ultimamente, desde hace veinte años a lo sumo, en Europa, y sobre todo en los Estados Unidos, físicos y fisiólogos se han esforzado, mediante trabajos de laboratorio, en medir y evaluar el rendimiento del *motor humano*.

Sus trabajos han tenido como primer resultado el demostrar experimentalmente la identidad que hay entre la máquina humana y las máquinas industriales. Han establecido que el cuerpo humano se comporta como un motor térmico y que como él desarrolla fuerza y calor, gracias a su consumo de combustible. Este combustible le es proporcionado en ofrma de oxígeno que queman los pulmones, en forma de alimento que el estómago amasa, tritura y que, después de diversas transformaciones y fermentaciones, pasa a la circulación general— a la sangre y a los músculos.

No obstante, relativa —nada más que relativa— es la identidad entre el motor inanimado y el motor humano. En efecto, mientras que para el primero, en período de descanso, su gasto de combustible es nulo, para el motor animado, el consumo es siempre indispensable: trabaje o no, está sometido a su funcionamiento continuo. Es verdad que el consumo es menor en reposo que en período de actividad..., sin embargo, nunca puede ser suspendido sin perjuicio de graves desórdenes... de ruina, de muerte.

Estas experiencias de laboratorio fueron continuadas —y continúan— por diversas investigaciones, como la evaluación de la ración alimenticia necesaria a un obrero; las variantes de esta ración según los trabajos realizados; la búsqueda del mejor alimento; el desgaste muscular que necesitan tales o cuales tareas, etc.

Estas investigaciones son interesantes, aunque puedan aparecer algunas dudas sobre el valor de ciertas conclusiones.

Así, se puede preguntar, con justa razón, si los resultados de las experiencias sobre la *actividad intelectual* (mental works) que publicó en 1909 el Instituto de Washington son de innegable valor científico.

Estas experiencias habrían demostrado que el consumo de energía es exactamente el mismo para el hombre que piensa que para el que no piensa con tal de que permanezcan estrictamente en reposo.

Esta afirmación implica que el cerebro es una máquina de un género especial... un máquina que trabaja y *produce* sin alimentos; ¡sin desgaste! ¡sin fatiga!...

Bastantes pobres locos se han esforzado en la investigación del movimiento perpetuo. Ya está resuelto... si nos fiamos de los eminentes sabiondos del Instituto de Washington. Ya está resuelto... al menos para el trabajo intelectual... puesto que, de dar crédito a estos señores, el cerebro funciona y produce... ¡sin consumir nada!

Veamos cómo se expresa un sesudo doctor, Jules Amer, a propósito de este descubrimiento «científico»:

«Así, por más que profundicéis en vuestro espíritu en las áridas nociones de la metafísica, en resolver operaciones matemáticas complicadas, e, incluso, en determinar el cociente electoral de vuestra provincia, bastará con que vuestros movimientos físicos hayan sido desdeñables, vuestra emoción de republicano demasiado poco intensa como para no contraer vuestros músculos; será suficiente con que, del estado de reposo al estado de reflexión, únicamente se hayan añadido a vuestra existencia las operaciones del espíritu, para que ello no os cueste nada: ni una caloría, ni un gramo más de pan será consumido...»

No se necesita más que el sentido común para hacer justicia a esta pretendida experiencia, para revelar el absurdo de estas chocantes conclusiones. En efecto, todo ser humano, que ha «pensado» mucho... incluso sin que el objeto de sus elucubraciones cerebrales se haya traducido a través de la palabra o de la escritura, sabe que esta atención de espíritu, fatiga..., igual que fatiga cualquier trabajo manual. Ahora bien, si hay fatiga, hay forzosamente consumo de energía, desgaste vital.

Sería ocioso, pues, detenerse en discutir tan estrafalaria afirmación. Es, sin embargo útil tener en cuenta esta *experiencia* para demostrar a qué monumentales errores pueden dejarse llevar los sabios (?) que lo hacen de buena fe ciertamente, pero que sea por insuficiencia de sus aparatos o de sus métodos, no aportan, en su determinación del valor y de la fuerza del *motor humano*, el rigor científico indispensable.

Ahora bien, es de estas experiencias de donde derivan, en cierta medida, los procedimientos de intensificación del trabajo del obrero, de los cuales Taylor pretende haber descubierto las reglas científicas.

Por otra parte, él no es el único que se lanza por este camino. Uno de sus compatriotas, Gilbreth, realizó un importante estudio sobre la forma de colocar ladrillos (trabajo esencial en un país como los Estados Unidos, donde se construye mucho con ladrillos). Taylor tiene la pretensión de incorporar a su sistema los procedimientos de Gilbreth, y por ello en sus *Principios de organización* hace una exposición sustancial... a fin de sembrar la duda en la mente del lector y llevarle así a suponer, que hay identidad entre los dos métodos —el Gilbreth y el suyo— cuando, a lo sumo sólo hay algunos puntos de contacto.

Gilbreth analizó escrupulosamente cada uno de los movimientos de los que ponen ladrillos y constató que los movimientos necesarios para colocar un ladrillo, que con el antiguo método de trabajo son dieciocho, pueden, mediante ciertas modificaciones y transformaciones, reducirse a cinco.

Para hacer esto, estudió cuál era la altura más favorable para colocar la artesa del mortero y para los ladrillos... y luego mandó construir un andamio con una tarima encima sobre la que se colocan los materiales. Este andamio es móvil y se eleva a medida que la pared va cobrando altura, pues un peón tiene por función especial elevarle cuando es necesario. Gracias a este dispositivo se le ahorra al albañil la molestia de agacharse y levantarse para coger un ladrillo o una paletada de mortero.

Además los ladrillos en vez de traerse en pila informe a los pies del obrero, son, desde la descarga de los coches, cuidadosamente clasificados por un peón, y colocados en una plataforma de madera con el mejor canto hacia arriba. Estas plataformas, de manejo fácil, son colocadas después por el ayudante al alcance del obrero y en la posición conveniente encima del andamio, junto a la artesa del mortero. De este modo, el colocador no tiene más que extender la mano para coger los ladrillos, se ahorra tener que darles vuelta, examinar sus bordes antes de colocarlos para apreciar qué canto es el mejor y colocarlo hacia el exterior de la pared.

Gilbreth, al notar que los albañiles dan varios golpecitos con el mango de la paleta a cada ladrillo, tras colocarlo sobre la capa de mortero, para asegurar el espeso conveniente de la junta, pensó emplear mortero suficientemente líquido para que los ladrillos pudieran ser hundidos a la profundidad necesaria con una simple presión de la mano. Recomendó a los mezcladores de mortero que le dieran la fluidez conveniente y ganó así el tiempo consumido en golpear el ladrillo. En fin, Gilbreth sustituyó la antigua artesa, en la que el mortero se extendía en una capa fina, por una artesa honda.

De lo expuesto anteriormente resulta que la simplificación y aceleración en la colocación de ladrillos es obtenida por Gilbreth:

1.° Gracias a un perfeccionamiento de las herramientas.

2.° Gracias al empleo inteligente de mano de obra suplementaria.

Gilbreth no pensó en seleccinar a los obreros, en eliminar a los de fuerza media y no dejar más que a los «vigorosos»; no pensó tampoco en poblar las obras con una cuadrilla de cronometradores y vigilantes.

En fin —punto importante— es con obreros sindicados (que una vez puestos al corriente ponían 350 ladrillos por hora en lugar de 120) cómo Gilbreth ha demostrado el valor de su método.

Más adelante veremos cómo todo esto esto está en contradicción formal con el sistema Taylor.

Se impone otra observación: «la salsa humanitaria», en la que se ahogó el pez —o mejor la culebra— que es el sistema Taylor, ha sido añadida por su prologuista francés. Le Chatelier ha tenido la intuición de que si presentaba este «invento» bajo la forma cínica y brutal que Taylor le había dado, no había la posibilidad de hacerlo aceptar en Francia.

Tenemos, pues, derecho a suponer que algunos de los que se han hecho los panegiristas de este método —al menos los que lo son de buena fe— debieron por pereza de espíritu..., por falta de tiempo..., o por razones similares... limitarse a leer el prólogo del director de la *Revue de la Métallurgie* y, si han ojeado el texto de Taylor lo han hecho simplemente al galope, únicmente para extraer de él los ejemplos tópicos que proporciona el americano.

En cuanto a los móviles que condujeron a Taylor a su «descubrimiento»... ¿No les han preocupado?

Sin embargo, eran estos móviles los que hubiese sido necesario estudiar... porque son los que proporcionan la clave del sistema.

Ahora bien, si estos panegiristas hubieran profundizado un poco, habrían descubierto que Taylor no aprecia al hombre más que por su producción... que no ve en él más que el *motor humano*... y que no tiene más que un objetivo: hacerle rendir al máximo... y esto disciplinándolo, esclavizándolo, agotándolo... haciendo de él la prolongación del motor de hierro y acero que es la máquina... esa máquina americana tan perfeccionada y que gira a velocidades tan vertiginosas.

Y entonces, se hubieran dado cuenta de hasta qué punto es salvaje, bárbaro, inhumano su infernal método..., y, sobre todo, hasta qué punto es peligroso para el porvenir de la raza humana.

LA GUERRA A LA «VAGUERIA»

La exclusiva preocupación de Taylor —su única, su gran preocupación, podría decirse— es la de evitar «el despilfarro diario del esfuerzo humano», pues no concibe al ser humano sino como bestia para producir... ¡producir sin descanso!

Dirigiéndose a los capitalistas les amonesta —en su *Introducción*— a fin de hacerles tomar conciencia de la necesidad que tienen de aumentar el rendimiento de sus obreros.

Después se cuida de ponerlos en guardia contra un exceso de optimismo cuando, habiendo conseguido dar con «el hombre de dirección del que pueden fiarse», descansen en él.

> «En lo sucesivo, les manifiesta será necesario acostumbrarse a l idea de que nuestros jefes de fá brica deberán estar formados e su oficio, y que no habrá nadie, po muy hábil que sea, que pueda es perar luchar con éxito contra u grupo de hombres muy ordinarios pero bien organizados y que coo dinan sus esfuerzos.»

¿A qué grupos de hombres hace alu sión Taylor?

¡No los busquéis! Alude —sin nom brarlos— a los sindicatos obreros. Po lo demás, él ha forjado su sistema ta to para ir contra ellos como para aume tar los beneficios de los capitalista No hay duda a este respecto. Adem no lo disimula. En el curso de una conf rencia dada a los patronos, en los Est dos Unidos, se dedicó a demostrar qu para hacer fracasar las maniobras s dicalistas, no hay más que un medi la aplicación de su método... y qu sólo en su aplicación se encuentra solución de la cuestión del sindical mo...

También desde este punto de vista, los capitalistas tienen interés en adoptar para sus empresas *la organización científica*, pues, asegura Taylor, tendrán, gracias a ella, menor necesidad de hombres enérgicos para dominar a los obreros. Lo que nuestro «inventor» expresa así:

> «En el pasado el hombre era todo; éste será en adelante el sistema...»

Ahora bien, su sistema lo condensa Taylor en una guerra incansable contra lo que califica de *vaguería*. He ahí su objetivo esencial para obtener el rendimiento máximo que pretende obligar a prestar a cada obrero.

Estamos lejos de los ditirambos del ciudadano Fourniére, que compara el sistema a un *jiu-jitsu* industrial, y lejos también de los interesados asertos del señor Le Chatelier.

Escuchaz a nuestro Yanqui:

«En la fábrica [el obrero] lejos de esforzarse por trabajar lo mejor que puede, se las arregla las más de las veces para hacer deliberadamente el menor trabajo posible. En muchos casos, este trabajo no representa más que el tercio o la mitad de una jornada cumplida a conciencia; pues si se esforzase en realizar el máximo de trabajo posible, este obrero sería perseguido por sus compañeros de taller... Esta *vaguería*, caracterizada por la limitación sistemática de la producción, es casi universal en las fábricas, se constata también en los negocios y se puede asegurar, sin miedo a ser contradicho, que constituye el peor defecto de la clase obrera en Inglaterra y América...

Se puede llegar a doblar sensiblemente el rendimiento de cada hombre y de cada máquina *persiguiendo sin tregua esta vaguería bajo todas sus formas...*»

Y Taylor insiste a través de páginas y más páginas:

«Esta pérdida de tiempo —añade— resulta de dos causas; en primer lugar, del instinto natural y de la tendencia de los obreros a arreglárselas a su gusto, lo que puede llamarse la *vaguería natural;* en segundo lugar, de ideas y de razonamientos más o menos confusos, surgidos de sus relaciones con los otros obreros, lo que se puede llamar la *vaguería sistemática.*

»Esta tendencia común a arreglárselas a su gusto aumenta cuando se pone a un cierto número de obreros juntos en un trabajo similar y se les paga con una tarifa diaria uniforme.

»En este sistema, los mejores obreros disminuyen de forma gradual, pero firme, su velocidad hasta llegar a la de los obreros peores y menos productivos.

»La pereza natural de los hombres es grave, pero el mayor de los males... es la *vaguería sistemática,* más o menos universal en todos los sistemas ordinarios de organización.

»Esta vaguería es tan universalmente practicada que es difícil encontrar en un gran establecimiento un obrero que trabajando a *jornada* o a *destajo, en empresa o siguiendo cualquier otro sistema ordinario,* no pase una parte considerable de su tiempo en estudiar cuál es la lentitud adecuada con la que debe trabajar consiguiendo convencer a su patrón de que va a buena marcha.»

Tras decir y repetir esto con áspera insistencia, Taylor lanza vituperios con-

tra los hombres de los sindicatos obreros, los jefes de partido, y las *gentes de aspecto filantrópico* «que persuaden a los obreros de que están extenuados», y vitupera igualmente a las «*personas sentimentales* que no saben nada del trabajo moderno».

Luego, tras haber afirmado profusamente, en diez amplias páginas, que la base de su «sistema» es hacer imposible la *vaguería* natural y sistemática de los obreros, Taylor concede sólo diez líneas a la única cosa realmente científica de su método y que consiste en «eliminar los movimientos inútiles reemplazando los movimientos lentos e ineptos por movimientos rápidos».

Esto, por otra parte, no es cosecha de Taylor. Es la aplicación de las experiencias realizadas sobre el *motor humano*, tanto en Washington como en otras partes; es un préstamo tomado de los trabajos de Gilbreth... Sólo que aquí se aprecia cómo penetra el acento en el sentido del agotamiento, pues Taylor aspira por encima de todo a obtener *movimientos rápidos*.

He aquí pues todo lo esencial del famoso método: suprimir la vaguería de los obreros sometiéndolos a *movimientos rápidos*.

¿Cómo conseguirlo? Existe por supuesto un método que practican numerosos jefes de industria y que consiste en sobreexcitar la iniciativa del obrero con promesas de «un estimulante especial» (precios altos por tarea, primas o bonificaciones por trabajo rápido).

Pero Taylor conceptúa este método como demasiado simplista, inoperante, y lo condena... pues, dice, «está en contradicción formal con el método científico que puede resumirse en cuatro puntos:

«1.° Desarrollar para cada elemento de trabajo del obrero una ciencia que reemplace los antiguos métodos empíricos.

2.° Especializar, formar y entrenar al obrero en vez de, como antaño, dejarle elegir su oficio y aprenderle como pudiera.

3.° Vigilar de cerca a cada hombre para asegurarse de que el trabajo está bien hecho conforme a los principios establecidos.

4.° Repartir igualmente la responsabilidad y la tarea entre la dirección y los obreros, encargándose la dirección de todo lo que sobrepase la competencia de aquéllos.»

Ahora bien, después de haber establecido estos cuatro «principios», Taylor tiene a bien confesar que:

«A ciertos lectores estos principios pueden parecerles frases sin alcance. Que su enunciado no es suficiente para probar su valor con evidencia. Que esta demostración no puede hacerse más que por ejemplos prácticos.»

Es la confesión implícita de que estos cuatro famosos «principios» tienen la inconsistencia y la inestabilidad de su «ley» que permite determinar «el trabajo diario normal».

Vamos, por lo demás, a seguir a Taylor en la exposición de los ejemplos prácticos que va a proporcionarnos... Vamos a analizar estos ejemplos y a comprobar si revelan el carácter «científico» de los cuatro pretendidos principios que acaba de exponer.

LA MANIPULACION DE LINGOTES DE FUNDICION Y EL PALEO DEL CARBON

La manipulación de lingotes de fundición es el primer ejemplo escogido por Taylor.

«Es el tipo —explica Taylor— de una de las formas de trabajo más rudimentarias y más simples que se puede pedir a un hombre... Es tan simple, tan elemental, que quizás fuese posible *adiestrar a un gorila inteligente para hacer de él un cargador de lingotes más económico que un hombre.*»

Sí, muy probablemente sería posible enseñar a los gorilas a acarrear en una jornada las *cuarenta y siete toneladas y media* de fundición (47.500 kgs) que Taylor obtuvo de sus hombres.

Sin embargo, el señor Taylor no se arriesgará por esta vía. En efecto, si se le ocurriese, habría de querellarse con la Sociedad protectora de animales... y, con toda certeza, los tribunales le impondrían fuertes multas, e incluso la prisión...

Mientras que con hombres, no se corren riesgos de ese tipo.

Pero aún así nuestro yanki farolea. Tras haber declarado que la manipulación de lingotes es un trabajo rudimentario y simple, añade:

«Sin embargo, la ciencia del transporte de los lingotes es tan complicada, que a un hombre curtido en ese trabajo le es imposible el comprender sus principios e incluso si los comprende, el seguirlos sin la ayuda de un hombre más instruido que él.»

Es en las fábricas de la *Bethelehem Steel Company* donde Taylor pudo hacer alarde de su «ciencia» para la organización del transporte de lingotes de fundición.

Cuando llegó, un equipo de 75 hombres de *buen valor medio*, dirigido por un *excelente* contramaestre, manipulaban lingotes de alrededor de 45 kilos cada uno, a razón de doce toneladas y media (12.500 kilos) por día y por hombre.

¿Qué fue lo primero que hizo nuestro ingeniero? No vayáis a suponer que tra-

tándose de hombres de *buen valor medio* se le ocurrió enseñarles a trabajar economizando sus gestos... ¿Tampoco a llevar los lingotes de forma que se fatigasen lo menos posible? ¡No! ¡No!

Comenzó por «estudiar la cuestión» y afirma «haber constatado con sorpresa que un *buen cargador* debía manipular entre 47 y 48 toneladas por día».

Así, en el origen de sus «estudios» encontramos una afirmación arbitraria... basada en unos cálculos más o menos aparentes (3): un buen cargador, un «obrero escogido» debe manipular de 47 a 48 toneladas por día.

Taylor decidió pues que sería así en adelante. «La primera operación —añade— fue escoger *científicamente* al hombre que se necesitaba...»

Algunos podrán argüir que no hay nada «científico» en la elección del hombre más fornido, el más «buey» y el más bruto de un equipo.

Pero esos, evidentemente, forman parte de esas «personas sentimentales» de las que se burla desdeñosamente Taylor».

Pero escuchemos a nuestro inventor:

«Se estudió cuidadosamente, durante tres o cuatro días, a los 75 hombres del equipo, LO QUE PERMITIO CONSERVAR CUATRO DE ELLOS, que parecían físicamente capaces de manipular 47 toneladas y media por día...»

Así, de 75 hombres, cuatro —¡solamente cuatro!— fueron considerados lo suficientemente forzudos como para trajinar a la velocidad exigida.

Ciudadano Fournière, tome nota de la confesión: el *jiu-jitsu* del señor Taylor no se ha inventado para los mequetrefes... ¡Es él quien se lo dice!

Efectuada esta elección de cuatro, nueva eliminación... «pues es regla indispensable ocuparse en principio de un solo hombre a la vez... no abordar a los obreros en grupo, sino conducirlos individualmente al estado de rendimiento y prosperidad máximo».

Se echó el ojo a «un hombrecito de Pensylvania que pasaba por ser excesivamente avaro y por acordar un valor enorme al dinero... un hombre al que *una perra le parecía tan grande como una rueda de carreta*».

Este obrero llamado Schmidt, tenía «la primera de las cualidades que debe poseer un hombre que quiere hacer de la manipulación de lingotes de fundición su oficio...» que es, «tener *tan poco*

(3) Las «experiencias» de Taylor habían demostrado la existencia de la siguiente «ley»:

1.° *Un excelente obrero entrenado en este tipo de trabajo puede estar cargado el 42 por 100 de tiempo de la jornada, quedando libre durante el 58 por 100 del tiempo.*

2.° *Un hombre que cargue lingotes apilados en el suelo, en un vagón que va por una vía adyacente a estas filas, debe cargar 47 toneladas y media por día; siendo el precio de la tonelada 19 centavos y medio, deben ganar 9 francos 25 de media, en lugar de 5 francos 75 como antes.*

47 toneladas y media representan 1.156 lingotes de 41 kilos cada uno; el 42 por 100 de tiempo de una jornada de 600 minutos, representa 252 minutos cargado, lo que da 22 centésimas de minuto por lingote cargado. El cargador de lingotes camina en terreno llano a razón de 30 cm en seis milésimas de minuto; la distancia media que separa las pilas del vagón es de 11 metros... Con esta distancia media, estos hombres hacen, por día, cerca de ocho millas cargados y ocho millas sin cargar.

En las condiciones descritas, los cargadores de lingotes hacían en su jornada un recorrido de trece kilómetros con las manos vacías (la milla equivale a 1.609 metros) y trece con una carga de 41 kilos 400 gramos.

espíritu y tan obtuso que se parezca intelectualmente a un buey más que a cualquier otro tipo».

He aquí el diálogo «algo brutal» que tuvo Taylor con este hombre de «inteligencia limitada».

—Schmidt, ¿es usted un buen obrero?

—Por supuesto, pero no entiendo bien lo que usted quiere.

—Es evidente: lo que quiero saber es si usted es o no, un buen obrero.

—Sí, pero no veo bien lo que quiere decirme.

—Veamos, responda a mis preguntas. Deseo enterarme si es usted un buen obrero o uno de esos pobres diablos que existen por ahí; deseo saber si usted quiere ganar nueve francos veinticinco por día o si tiene bastante con cinco francos setenta y cinco, como ganan todos sus camaradas.

—¿Que si quiero ganar nueve francos veinticinco por día? ¿Que si soy un buen obrero? Por supuesto que soy un buen obrero.

—Venga aquí. ¿Ve esta pila de lingotes? ¿Ve ese vagón?

—Sí.

—Bien. Si usted es un buen obrero, me cargará mañana toda esta cantidad de fundición en ese vagón por nueve franco veinticinco y veremos si es o no un buen obrero.

—Por supuesto. ¿Es verdad que tendré nueve francos veinticinco por cargar esta cantidad de fundición en ese vagón mañana?

—Sí, y tendrá nueve francos veinticinco por día si carga una pila como esa todos los días del año; eso lo puede hacer un buen obrero, usted lo sabe tan bien como yo.

—Entonces, ¿cargando esta cantidad de fundición en ese vagón, tendré mañana nueve francos veinticinco y podré tenerlos de igual forma cada día?

—Ciertamente.

—Se hará, tan cierto como que soy un buen obrero.

—Espere, espere. ¿Conoce a ese hombre?

—No, no lo he visto nunca.

—Bueno. Si es un buen obrero, mañana hará exactamente lo que le diga ese hombre, desde la mañana a la tarde; cuando él le diga que coja un lingote y camine, usted tomará el lingote y caminará, y cuando le diga que se siente y descanse, usted se sienta y así toda la jornada... Veremos qué pasa.

¿Un buen obrero se desdecirá de su palabra?... Vendrá a trabajar aquí mañana y, antes de que acabe la jornada, sabré si es o no un bueno obrero...»

El hombre-buey que era Schmidt se sometió al cronometraje y, hábilmente adiestrado transportó en su jornada los 47.500 kilos de fundición... efectuando, entre idas y venidas, un trayecto de 26 kilómetros, de los que la mitad (13 kilómetros) los hizo con una carga de 41,400 kg... y ganó sus 9,25 francos.

Sus compañeros debieron sujetarse a hacer lo que este ser obtuso había hecho... o si no, ser eliminados.

¿Cuántos pudieron plegarse a este trabajo de galeotos? Taylor va a informarnos.

«El equipo de 75 porteadores no contaba más que con alrededor de *un hombre sobre cada ocho* físicamente capaz de manipular 47,5 toneladas por día. *Con las mejores intenciones del mundo, siete de cada ocho hombres eran incapaces, físicamente, de trabajar a*

esta marcha, el octavo no era evidentemente un hombre más destacable que los otros; simplemente pertenecía al tipo de buey»...

Así, lo categórico reside en que no es a un trabajo normal concebido racionalmente, a lo que Taylor obliga a los porteadores de lingotes seleccionados, sino más bien a un trabajo hercúleo que siete hombres de cada ocho no tenían capacidad de cumplir.

Añado que con este nuevo régimen de trabajo, el equipo fue reducido de 75 a 19 hombres.

¿Qué les sucedió a los 56 hombres eliminados?

Taylor tiene la impudicia de afirmar: «No os conmovais por su suerte», añade:

«Esa simpatía está fuera de lugar, pues *la mayor parte de ellos* fueron inmediatamente empleados en otros tajos por la *Bethelehem Steel Company*. Más aún, la expulsión de estos hombres del equipo de cargadores de fundición, donde no estaban en su lugar, fue una ventaja para ellos; pues les permitió ocuparse en otros trabajos para los que eran aptos y gracias a los cuales pudieron, tras una formación suficiente, ganar normalmente y legítimamente a mejores jornales.»

Retengo este aserto, sobre el que tendré ocasión de volver más adelante..., y, cifras en mano, demostraré cuán inexacto y falso es.

El trabajo con pala fue el siguiente objeto de las preocupaciones de Taylor, siempre por cuenta de la *Bethelehem Steel Company* que entonces empleaba cerca de 600 paleadores.

Aplicó a los paleadores la *ley* descubierta por el matemático Barth, que «rige la fatiga producida a un *obrero seleccionado* por un *trabajo sostenido*», pretendida ley que, lo sabemos, es «una ley de esfuerzo sostenido, *correspondiente al trabajo del caballo de tipo más que al de trote*».

Las experiencias hechas con dos o tres «vigorosos» a quienes se les había prometido una prima para estimularlos a trabajar sin interrupción y a quienes, además, se les vigilaba estrechamente para impedirles «vaguear», demostraron que *el buen obrero paleador obtiene su rendimiento máximo con una carga de alrededor de 10 kilos y cuarto*.

Fijado este punto, se compraron palas de diferentes tamaños según la materia que había que palear —mineral, carbón, escoria de hierro, etc.—, cuidando de que cada uno pudiera cargar 10 kilos y cuarto de una materia determinada.

Por otra parte, con el cronómetro se fijó el tiempo necesario para verter la pala, lanzar la carga, etc., y se obtuvo así un total de paladas que se decidió exigir más en adelante a cada obrero.

Establecidos estos datos preliminares, en lugar de dejar a los paleadores trabajar por equipos, como haasta entonces, se individualizaron sus tareas. En adelante, trabajaron a las órdenes de cronometradores que asignaban a cada uno un trabajo diario, casi cuatro veces superior a la suma de trabajo exigido anteriormente.

En este ejemplo —de igual modo que en el de los cargadores de lingotes de fundición— el objetivo principal de Taylor consistió, pues, no en enseñar a los obreros de fuerza media a trabajar mejor, sin más fatiga, sino, sobre todo, en obtener el rendimiento máximo que

únicamente eran capaces de dar los paleadores de vigor excepcional.

Cada mañana, a su llegada a la fábrica, el obrero recogía del casillero con su número dos fichas. Una indicaba las herramientas de que debía proveerse y el lugar donde debía ir a trabajar. La otra resumía el trabajo realizado la víspera y el salario ganado; blanca, indicaba que la dirección estaba satisfecha; amarilla, que el hombre no había realizado su trabajo, la víspera, y, por tanto, no había ganado 9,25 francos...

Un cierto número de fichas amarillas era el despido, «porque, dice Taylor, cada uno sabía que *sólo los obreros escogidos* se mantenían en este equipo».

Esta intensificación del trabajo llevada al extremo, no funcionó sin una organización más complicada y que, en el caso del trabajo de palear, fue la siguiente:

«1.° Un personal encargado de desarrollar la ciencia del trabajo mediante el estudio de los tiempos.

2.° Un personal compuesto principalmente de obreros hábiles encargados de instruir, ayudar y guiar a sus compañeros en su trabajo.

3.° Un personal ocupado de proveer a los obreros de los útiles apropiados y de asegurar el mantenimiento de este utillaje.

4.° Empleados, en fin, que preparaban el trabajo de antemano, disponiendo a los hombres de manera que perdieran el menor tiempo posible y registrando lo ganado diariamente por cada obrero.»

... ...

La formación individual de cada obrero exigió la construcción de una oficina especial para el ingeniero y los empleados encargados de este servicio. En esta oficina, el trabajo de cada obrero se preparaba enteramente por adelantado, y los empleados seguían en los diagramas y los planos la utilización de cada uno de los hombres, disponiéndolos como piezas sobre un tablero, gracias a un sistema de teléfonos y mensajeros organizado a este efecto...»

Así, uno de los resultados inmediatos del sistema Taylor es, paralelaamente la reducción del número de hombres realizando un trabajo real, el crecimiento considerable de los vigilantes, cronometradores, contables, etc., el desarrollo del papeleo y la complicación administrativa.

Hemos constatado más arriba que el equipo de los cargadores de lingotes fue, gracias a la introducción del «sistema» reducido de 75 a 19 hombres. Veamos ahora a qué cifras fueron reducidos los equipos de paleadores:

Los resultados obtenidos al tercer año de la puesta en marcha de la nueva organización, fueron los siguientes:

Número de obreros	400 a 600	140
Tonelaje diario por hombre	16	59
Jornal medio del obrero	5,75	9,40
Precio de coste de la tonelada	0,36	0,165

Así, calculando bajo, Taylor eliminó 300 obreros. Los equipos de paleadores que oscilaban de 400 a 600 descendieron a 140, y cada hombre —*obrero escogido*, ¡como es justo!— debió manipular 59 toneladas por día (¡59.000 kilos!) en lugar de las 16 toneladas manipuladas anteriormente..., es decir, que un solo obrero realizó el trabajo de casi cuatro (exactamente de 3 obreros y 3/4 de obrero).

Cuando Taylor llegó a la Bethlehem (4), la fábrica tenía 8.000 obreros; cuando se fue, el personal había descendido a *dos mil setecientos*. Antes de su llegada, la fábrica nunca había distribuido dividendos superiores al 7 por 100. Tras su paso, hace diez años, la misma fábrica no ha repartido nunca dividendos inferiores al 17 por 100...

Cuando Taylor dejó las acerías, los obreros de la Bethlehem formaban el mejor cuerpo de trabajadores que se haya visto nunca. Todos eran, efectivamente, obreros de primer orden, *porque la tarea que se les pedía, exigía que lo fueran. Las tareas, planificadas, se habían tornado tan rudas que no podían ser aceptadas más que por uno de cada cinco hombres.*

Así, en bloque, el personal de la «Bethlehem Steel Company» fue reducido por Taylor de ocho mil a dos mil setecientos obreros.

Relacionemos esta constatación de hecho con la afirmación de nuestro hombre, citada más arriba: pretndió decir que los 56 hombres eliminados del equipo de los cargadores de lingotes fueron inmediatamente empleados en otros tajos y con la oportunidad, incluso, de ganar mayores salarios.

Aparece ahora, con indiscutible evidencia, que ésta es una afirmación gratuita... ¡una pura e impúdica mentira!...

Los 56 obreros en cuestión fueron despedidos, sencillamente... como lo fueron los cinco mil obreros que el sistema de agotamiento intensivo, instaurado por Taylor, volvía inútiles... puesto que, en adelante, cada obrero era obligado, bajo pena de eliminación, a hacer, cuando menos, la tarea de tres.

Sabemos que para este trabajo, tres veces —sino cuatro— superior a las antiguas tareas, Taylor aumentó los salarios en un 60 por 100 —los elevó de 5,25 francos a 9,25 y 9,40.

Este apreciable aumento del salario, como es evidente, era el estimulante indispensable para obligar a los obreros a agotarse. Taylor, por otra parte, lo confiesa: «Era imposible, afirma, *hacerles trabajar mucho tiempo por encima de la media*, sin asegurarles un aumento de salario notable y permanente.»

Así, en su opinión, las tareas que imponía a los obreros de la «Bethlehem Steel Company» estaban POR ENCIMA DE LA MEDIA.

En otra parte declara:

«El patrón-tipo constituye la cantidad de trabajo sostenido que se puede exigir a un buen obrero, de tal suerte que pueda mantener su ritmo durante *varios años* sin ponerse enfermo...»

¿Qué significa exactamente la expresión: *varios años?*

¿No hay aquí un equívoco?

Si Taylor tuviera la certeza de que los obreros a quienes somete *a un trabajo por encima de la media* (gracias a cebo de un mejor salario) serán aptos

(4) C. Faroux, *L'Auto*, 2 de febrero de 1913.

para trajinar a este ritmo desordenado hasta su vejez, lo hubiera dicho claramente. Estamos en el derecho de inferir —lo que se desprende de las declaraciones de Taylor— que: *al cabo de algunos años... después de VARIOS AÑOS de este trabajo por encima de la media*, los obreros caerán *enfermos*.

Es decir que, gastados antes de tiempo, bajo el esfuerzo de un trabajo demasiado intenso, se convertirán en ruinas humanas... como mucho, serán de esos obreros de «fuerza media» que el sistema Taylor elimina despiadadamente.

¡Estarán entonces en la antesala de su *decadencia física*, consecuencia del sistema Taylor... ¡previsto por el mismo Taylor!

¿Qué será de ellos? ¡qué le importa a nuestro americano! Le traen sin cuidado esos «desechos»... y no tendrá miedo de reconocer que por un agotamiento desordenado —que, aumenta ciertamente los beneficios de los capitalistas— desemboca en un *«despilfarro diario del esfuerzo humano... en un pérdida del rendimiento nacional»*, mucho más perjudicial para la sociedad que la «vaguería» obrera, que él ha pretendido estirpar de las fábricas.

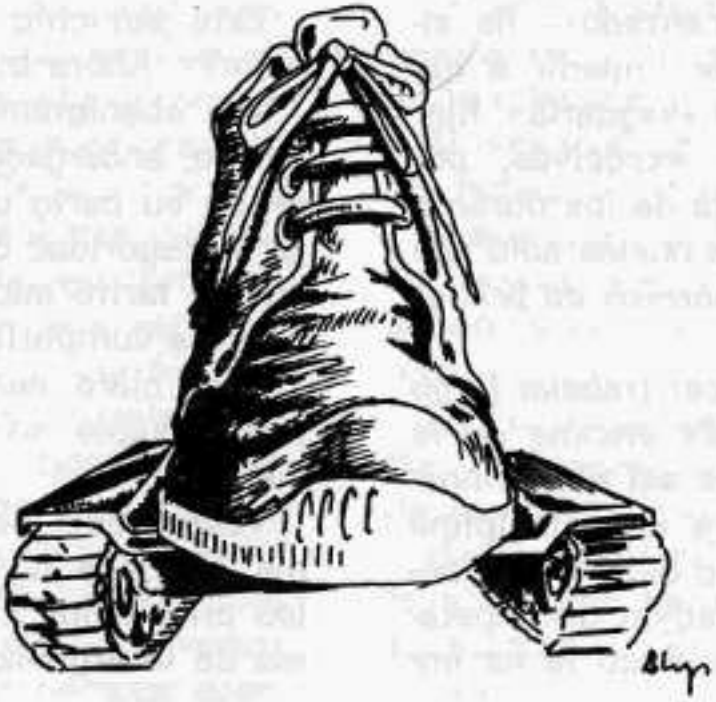
¿Por qué en remuneración de un trabajo, al menos *tres veces superior* a la antigua tarea, Taylor no ha triplicado los salarios? ¿Por qué se ha limitado a aumentarlos solamente en un 60 por 100?

El va a decírnoslo:

«Una larga serie de experiencias, unidas a observaciones precisas, ha mostrado que si el aumento de salario sobrepasa el 60 por 100, muchos de [estos obreros] se ponen a trabajar de manera irregular y se vuelven extravagantes y disipados; lo que demuestra, en suma, que no es bueno para la mayor parte de las personas enriquecerse demasiado aprisa.»

La *larga serie de experiencias... las observaciones precisas...* es el bluff —siempre el bluff— de nuestro americano.

Continuamente pone por delante las «experiencias» hechas... las «leyes» descubiertas...



¡Ruido y piruetas solamente! En efecto, ¿se puede tomar en serio al señor Taylor cuando afirma que si el aumento salarial sobrepasa el 60 por 100, *muchos* de los obreros que se benefician de este aumento trabajan irregularmente, se vuelven extravagantes, disipados?

Si esta «ley» es verdad para los obreros, debe también aplicarse a los patronos... pues aún no ha sido establecido, «experimentalmente» que ellos sean de una raza diferente a los obreros.

¿Debemos, pues, deducir de las aserciones de Taylor, que *muchos* capitalistas son extravagantes, disipados?... pues, en fin, ganan algo más de diez francos por día.

Pero es inútil volverse pesado sobre el lado fantasioso del sistema... más vale hacer hincapié sobre lo que tiene de odioso y de inhumano.

¿Qué se desprende de los ejemplos expuestos anteriormente?

¿Ha pretendido Taylor enseñar a los obreros —a todos los obreros— de la «Bethlehem Steel Company» a trabajar mejor y más rápido, sin mayor fatiga?

¡No! El único objetivo que se ha propuesto —y además alcanzado— ha sido, bajo el pretexto de impedir a los obreros entregarse a la «vaguería», fijar arbitrariamente tareas excesivas, por encima de la resistencia de los obreros de *fuerza media*, y a las cuales sólo han podido someterse los *obreros de primer orden*.

Después, a fin de hacer *trabajar largo tiempo a este ritmo por encima de la media*, a estos hombres así seleccionados, les ha sometido a una disciplina de hierro, les ha puesto bajo la vigilancia incesante de una legión de capataces y cronometradores. Poco le ha importado condenar a esos trabajadores elegidos a una *decadencia física* prematura... ¡poco le ha importado!... pues, gracias a esta sistematización del agotamiento, ha obtenido el resultado esencial: elevar del *7 por 100 al 17 por 100* los dividendos de los capitalistas de la *Bethlehem Steel Company*.

PSICOLOGIA DEL OBRERO

Bajo este título, Taylor investiga los móviles que impulsan a los obreros y nos enseña que después de *experiencias minuciosas, cuidadosamente preparadas y realizadas durante varios años* —¡siempre su bluff!—, ha llegado a descubrir que en las cuestiones de trabajo, la «ley» más importante es *«el efecto que produce la idea de tarea sobre el rendimiento del obrero»*.

Y añade:

«Es imposible hacer trabajar [a los obreros] *largo tiempo por encima de la media*, sin asegurarles un aumento de salario notable y en correspondencia.»

Este aumento es la prima al agotamiento. Ahora bien:

«Es absolutamente necesario que el obrero, encargado de una tarea que exige de su parte una *gran actividad*, tenga la seguridad de que va a ser pagado con la tarifa máxima, cada vez que *alcance* a cumplirla...»

Pero, claro, como la *tarea* es ruda, ¡el pobre diablo no siempre consigue hacerla!

«Estos dos elementos, *trabajo y prima*, continúa Taylor, constituyen dos de los principales engranajes del mecanismo de la organización científica. *Su im-*

portancia deriva de que son, por así decirlo, su colofón...»

La confesión es clara, formal, categórica. El pensamiento rector de Taylor aparece aquí expuesto crudamente: de hecho, su famosa «organización cintífica», se resume en la organización del agotamiento, bajo el latigillo del interés pecuniario, sabiamente sobreexcitado.

En cada página de la exposición de su sistema —por todos sitios y continuamente— hemos constatado que su preocupación dominante, se podría decir que única, es hacer trabajar mucho tiempo a los obreros por encima de la media, mediante el cebo de una prima.

Sólo que, como nuestro inventor se da cuenta de que, incluso la amalgama de la *tarea* y de la *prima* es insuficiente para mantener a los obreros en el estado de aceleración productiva constantemente exigido, recurre a otros elementos de excitación... que se materializan en forma de una legión de capataces.

Y capataces y vigilantes abundan con el sistema Taylor.

«En el caso de un taller de mecánica, dirigido según los métodos modernos —dice nuestro inventor— se establecen de antemano, por el servicio de preparación de trabajo, unas instrucciones escritas, indicando al detalle la mejor manera de hacer cada pieza. Estas instrucciones representan el trabajo combinado de los empleados de este servicio, en el que cada uno tiene una función bien definida. Uno está especializado en el estudio de las velocidades y del utillaje...; otro analiza los movimientos que debe hacer el obrero para colocar o quitar rápidamente en su máquina las piezas que debe trabajar; un tercero elabora un cuadro de los tiempos acordados para ejecutar cada elemento del trabajo. Las instrucciones de cada uno de estos hombres se escriben en una ficha que se le entrega al obrero...»

Nuestro americano precisa:

«Estos empleados pasan la mayor parte de su tiempo en una oficina, donde tienen a su disposición los informes y los datos a los que deben referirse constantemente...

Con esta organización, *el antiguo capataz es reemplazado por OCHO HOMBRES cada uno con una misión especial...*

Uno de estos instructores, *el inspector*, se asegura de que el obrero comprenda los dibujos y las instrucciones recibidas...

Una segunda persona, *el jefe de equipo*, le enseña cómo debe colocar la pieza en la máquina y le indica los movimientos que debe hacer para trabajar lo más rápido posible...

Un tercero, *el jefe de ritmo*, comprueba que la máquina sea manejada a la velocidad conveniente y que se emplee el utillaje adecuado...

El jefe de mantenimiento [vigila], la regulación y el mantenimiento general de la máquinaria y de su transmisión...

El contable, se encarga de establecer las fichas de paga.

El empleado, indica en qué orden debe ser realizado el trabajo y de qué forma deben pasar las piezas de un taller a otro...

En fin, en el caso de que haya protestas [interviene], *el empleado encargado de mantener la disciplina general...»*

¡Total siete! ¿Qué hace, pues, el octavo? Taylor ha descuidado el definir su función... ¿Tal vez vigila a los vigilantes?...

Podemos imaginarnos fácilmente cuán deprimente, desmoralizante es para el obrero la obsesión de saberse constantemente vigilado por *ocho* guarda-esclavos. Taylor tiene a bien reconocer que esta perspectiva no tiene nada de agradable y confiesa: «que la primera impresión del obrero es que *este sistema tiende a hacer de él un puro autómata*» y que a esta impresión el obrero añade: «Cómo, ¿no puedo tan siquiera pensar ni hacer un movimiento sin que alguien me lo impida o lo haga por mí?»

A esta objeción Taylor cree haber respondido victoriosamente, argumentando que el obrero está en la misma situación que el estudiante de bachiller que encuentra en el colegio profesores de matemáticas, química, etc., o que el joven cirujano que durante sus estudios, está bajo la dependencia del médico experimentado que le enseña.

Es la mejor ocasión para demostrar que «comparación no equivale a razón».

Ese cirujano y ese estudiante de bachiller son *aprendices* y no un cirujano formado o un hombre cuya educación es completa, mientras que los ocho capataces del sistema Taylor se imponen, no a aprendices de mecánica, sino a obreros cuya formación profesional está acabada.

Por tanto, el argumento carece de valor.

Además, este automatismo no es sólo horripilante. Tiene otro grave inconveniente, un inconveniente que lo anula por defectuoso: mata la iniciativa, sofoca la ingeniosidad obrera.

Ahora bien, no hay un industrial que no sepa que muchos de los perfeccionamientos e invenciones importantes han brotado de cerebros obreros que, trabajando constantemente con sus máquinas, han encontrado el medio de aportar preciadas modificaciones.

Este peligro es demasiado patente para que Taylor se atreva a nergarlo:

«Puede parecer —confiesa— que con la organización científica el obrero está menos estimulado que antes a dar pruebas de ingeniosidad, buscando perfeccionar sus métodos de trabajo y su utillaje. No puede, es verdad, servirse más que de los métodos y los útiles que le sean indicados; pero, es necesario, sin

embargo, alentar a todo aquel que sugiera algún perfeccionamiento...»

¡Sí, sí! ¡Es ya el momento de «alentar»..., de prometer «gratificaciones y recompensas»... cuando ha embrutecido, cretinizado, al obrero, cuando le ha reducido a no ser más que la prolongación de la máquina que en adelante debe manejar a ciegas, de forma inconsciente!

CONSEJOS DE TAYLOR A LOS PATRONOS

He seguida página a página —podría decir que línea a línea— la exposición de Taylor en su «organización científica» que, como salta a la vista, no es más que la *organización del agotamiento.*

Faltan por examinar los consejos que nuestro americano da a los industriales que, incitados por las ventajas de su sistema, quieran aplicarlo a su fábrica.

Taylor les recomienda prudencia, discreción, gran tacto e insiste mucho en que operen la transformación con una lentitud inteligente.

«El gran problema de la transformación del sistema de organización —explica— consiste en un cambio completo en la actitud y las costumbres de los obreros y a la vez de quienes los dirigen...»

Ahoraa bien, para resolver este «gran» problema sin dificultades —es decir, sin huelgas— hace falta tiempo, ¡mucho tiempo!

Sino:

«Los resultados son casi siempre desastrosos... y se tropieza con trastornos serios, a menudo huelgas... por no haber escuchado las advertencias de quienes han dedicado años a efectuar estos cambios.»

¿Años?... ¡Pues claro!... ¿Creen ustedes que se doma, se deprime y se embrutece a varios centenares de obreros en tres semanas o en tres meses?... ¡No! ¡No! Se necesita tiempo y paciencia.

Se necesitan de tres a cinco años.

Se hace poco a poco, cogiéndolos uno tras otro..., expulsando a los rebeldes y a los *razonadores*..., contratando de aquí y de allá obreros de baja mentalidad y con fuertes biceps..., eliminando también a los antiguos capataces y escogiendo concienzudamente a otros nuevos... Gracias a todas estas precauciones es como un capitán de industria llega a reclutar una cohorte de obreros dóciles que se dejarán arrastrar

---

(5) Este aislamiento que impuso Taylor a las obreras es característico de su sistema y precisa la enorme distancia que hay entre su método, que no persigue más que el agotamiento, y el de Gilbreth.

Este último no concibe que en taller reine un silencio de muerte. Así, en su obra *Motion Study*, se extendió ampliamente sobre los procedimientos a emplear para desterrar el aburrimiento y hacer olvidar a los obreros la monotonía de su tarea.

Por esto, tras haber pregonizado que los talleres sean pintados en tonos clarón y alegres, añade que la música y la lectura son estimulantes preciosos, y aconseja a los patronos inteligentes que utilicen en sus talleres el fonógrafo y la música, para divertir a los obreros mientras trabajan.

«Se ha reconocido, afirma, que hay interés para el empresario en incluir este estimulante en sus gastos.»

Esto confirma lo que ya he demostrado: que los métodos de trabajo pregonizados por Gilbreth no tienen nada en común con el sistema Taylor.

a una superproducción insensata, fantástica, sin preocuparse de su salud física.

No vayan a creer que exagero. Cito textualmente:

«El cambio de espíritu del obrero pide tiempo y no se puede intentar obtenerlo demasiado aprisa. El autor ha advertido mil veces a los que querían cambiar su sistema de organización que era cuestión de dos a tres años y, a veces, de cuatro a cinco. Los primeros cambios deben hacerse con excesiva prudencia y se debe comenzar por aplicarlos a un solo obrero; hasta que éste no esté convencido de las ventajas que le ofrece el nuevo método, no habrá que emprender ningún otro cambio. Los obreros son inducidos después uno tras otro, a modificar su manera de trabajar. Cuando un cuarto o un tercio de los obreros estén formados en el nuevo método, se obtienen ya progresos rápidos...

Ciertos directores, ignorando las operaciones necesarias para efectuar el cambio sin peligro de huelga y sin riesgos para la prosperidad de la fábrica, intentaron aumentar el rendimiento de una fábrica muy complicada, que empleaba a 3.000 ó 4.000 obreros... Los directores de este asunto no se tomaron ni el tiempo ni la molestia de formar convenientemente a los capataces para guiar e instruir a los obreros; intentaron, con el antiguo capataz, y la nueva arma del estudio de los tiempos, conducir a los obreros, a pesar suyo, y *sin beneficio sensible,* a trabajar mucho más... sin instruirlos gradualmente en el nuevo método...

«El resultado de este desprecio de los principios fundamentales, fue una serie de huelgas...»

Estas críticas formuladas para capitalistas americanos, se aplican de forma exacta a las industrias francesas que hasta ahora han querido implantar el sistema Taylor en las fábricas.

Por otra parte, la mayoría de ellas lo ha plagiado groseramente: seducidos por las ventajas que esperaban sacer del *estudio de tiempos,* se limitaron a imponer el *cronometraje* en sus talleres.

Así se operó, entre otras, en Arbel, en Donai, en la Berliet de Lyon, en la Renautl de París, en la Compagnie Générale d'Electricité de Ivry.

Los resultados no se han hecho esperar. A pesar del ínfimo número de sindicados que había en estos talleres (6), la consecuencia casi inmediata de la introducción del cronometraje ha sido la huelga.

No podía suceder de otro modo. Efectivamente, en estas casas, no solamente habían descuidado el recibir los consejos de Taylor, «de instruir gradualmente a los obreros» sino, lo que es más, en lugar de asegurarles el *beneficio sensible,* el estimulante necesario para «arrastrarlos» al agotamiento, gracias al cronometraje se habían rebajado sus salarios.

Nada más sencillo que el cronometraje según la fórmula del fabricante de automóviles Renault: un obrero extremadamente hábil, escogido por su destreza, tiene la misión de colocar una *pieza* de una serie determinada; elige la hora en que está dispuesto, en forma, pues trabaja todo lo más algunas horas por semana, de este modo acaba rápi-

(6) En Arbel, 18 sindicados de 1.700 obreros; en Berliet, ni un sindicado entre 1.800 ó 2.000 obreros; en Renault, 50 de 4.000; en la Compagnie d'Electricité, media docena.

damente su pieza, tanto más aprisa cuanto que no tiene más que hacer un esfuerzo grande intermitente, y que trabaja con herramientas nuevas que le permiten una ejecución rápida. El «tiempo» que tarda en fabricar la *pieza* en cuestión, sirve de base para establecer el salario pagado a los obreros que en adelante van a fabricarla en serie. Ahora bien, como estos trajinan diez u once horas, como a menudo su utillaje deja mucho que desear, se concibe que a pesar de sus esfuerzos, no llegan a producir el número de «piezas» que preveían los cálculos establecidos según el patrón del cronometrador... De donde resulta un descenso en sus salarios.

En diciembre de 1912, al día siguiente de la adopción del cronometraje, los obreros de Renault habían pedido una cosa totalmente normal: que los cronometradores trabajasen con ellos, hiciesen el mismo número de horas que ellos... No se hizo caso a su reclamación... ¡Y con razón! ¡Esto hubiese supuesto el hundimiento del cronometraje!

Desde entonces, la casa Renault ha sufrido la huelga de su personal..., de igual modo que todos los industriales franceses que hasta ahora han aplicado el sistema Taylor de la manera informe que acabo de exponer.

Lo que todos ellos han hecho es lo que censura nuestro americano: han querido *«forzar a los obreros a aumentar su producción diaria, sin sacar de ello algún beneficio apreciable»*.

¡En esto se reconoce a los industriales franceses! ¡Sólo nuestros capitalistas podían tener una mentalidad tan cerril para ser tan mezquina y estúpidamente rapaces!

Cierto, el sistema Taylor es monstruoso, de un salvajismo refinado: de él se desprende un tufo nauseabundo de esclavitud.

Sin embargo, sin cesar de reprobarlo y de denunciarlo con virulencia, estamos obligados a convenir que su inventor, por muy cínicamente bárbaro que se revele, tiene preocupaciones que —aunque son la expresión de un interés personal bien comprendido— denotan, no obstante, una amplitud de miras de la que están privados nuestros capitalistas, tan cretinizados como roñosos.

El sistema Taylor conduce al intensivo agotamiento del trabajador. ¡Perfectamente! A pesar de esto, su víctima encuentra —al menos hasta que sea afec-

tado por la *decadencia física*, anunciada por el mismo Taylor— una compensación precaria, bajo forma de salarios más elevados y jornadas más cortas de trabajo.

Al contrario, las industrias francesas, que han plagiado groseramente el sistema, no han descubierto en él más que el medio de hacer trabajar más a su personal, sin disminuir ni un solo minuto, la duración de su labor, disminuyendo al tiempo su salario.

CONCLUSIONES

La conclusión se desprende lógicamente del examen de la obra de Taylor:

1.° Es falso que, como lo ha pretendido Le Chatelier, el sistema Taylor, aspire al aumento del rendimiento del trabajo sin aumentar la fatiga del obrero.

Cierto, aspira al aumento del rendimiento... pero forzando al obrero a agotarse, gracias al cebo de las primas y gracias a la férula de una legión de capataces.

2.° Es falso que, según la definición de Fourniére, el sistema Taylor sea la aplicación a la industria del método del *ji-jitsu* que permite que un mequetrefe esté a la altura de un hombre robusto y con buenos músculos.

Por el contrario, el sistema Taylor no tiene más que una preocupación: eliminar del taller no sólo a los mequetrefes, sino también a los obreros de fuerza media, para no conservar más que a los fornidos, los «matadores», los *hombres-bueyes*, capaces de resistir un agotamiento intensivo. Además, es evidente que así como lo ha proclamado Taylor últimamente, ante un auditorio de patronos americanos: *su sistema hace fracasar las intrigas sindicalistas*.

¡Nada más exacto! Automatizando el trabajador, rebajándole a no ser más que el siervo y el subordinado de la máquina, se mata en él toda iniciativa, toda dignidad, hasta toda inteligencia... y por consiguiente todo espíritu de rebelión.

Así pues, en una fábrica en que, al cabo de tres a cinco años de hábiles maniobras se *ha operado un cambio completo en la actitud y en las costumbres* de los obreros; cuando se les tiene bien seleccionados, completamente domados, domesticados, adaptados... cuando están bien controlados por la legión de cronometradores y vigilantes que exige el sistema..., entonces, ya no hay que temer ninguna huelga.

Sí, ya no hay huelga que temer... pero cabe temer una calamidad mayor que desgastados prematuramente por el espantoso agotamiento al que se ven obligados, los obreros sometidos al «sistema» sean alcanzados por la *degradación física* prevista por Taylor.

Es cierto que estos desgraciados tendrán un consuelo... a condición de que el consejo «filantrópico» de Taylor no se quede en papel mojado: en efecto, nuestro hombre aconseja a los capitalistas que establezcan, sobre los beneficios obtenidos gracias a la aplicación de su método, un fondo para ayuda a los obreros afectados por el *deterioro físico*. En estos casos, los pobres diablos tendrán un refugio abierto: ¡El hospital o el manicomio!

Si no, se contentarán con el cementerio... como en Pittsburg.

¿No es formidablemente simbólico la odiosa respuesta dada en Pittsburg, a

ingeniero inglés Fraser, por un capitán de industria que le acompañaba?

Este ingeniero, después de visitar las minas, extrañado de no haber encontrado más que obreros jóvenes y vigorosos, preguntó al americano: «¿Dónde están, pues, los obreros maduros?

Al principio el americano no respondió. Después, ante la insistencia de Fraser, le ofreció su pitillera y perezosamente dijo:

—Tome este cigarro, y al tiempo que fumamos iremos a visitar el cementerio...

Este industrial era, evidentemente, un discípulo de Taylor.

Podría detenerme aquí... porque una frase tan atroz y cínica lleva consigo la condena del sistema. Sin embargo, permítaseme citar la condena —menos simbólica, pero más precisa— lanzada contra el sistema Taylor por uno de sus compatriotas, el contra-almirante John Edwards, inspector general de máquinas de los barcos de guerra americanos:

«El método Taylor, escribe, debe fracasar en todas partes, por los siguientes motivos:

Concede poco valor al elemento humano de la mano de obra; no se puede forzar a los hombres como a las máquinas.

Desacredita de forma extraordinaria a los obreros al acusarles de falta de conciencia.

Tiende a imponer una tarea diaria por encima de las fuerzas del obrero normal; éste puede trabajar durante un tiempo limitado con el esfuerzo que se le exige, pero la intensidad del trabajo impide que el tiempo sea prolongado.

Exige un estado-mayor más elevado de planificadores y capataces, cuando ya nos faltan ahora.

Lleva el sistema a un grado tal que llega a ser un obstáculo más que una ayuda para una dirección eficaz y un desarrollo de la industria.

Desalienta a los mecánicos en cuanto a demostrar su iniciativa e inventar mejoras para los defectos inherentes a la construcción, sobre todo desde el punto de vista de las reparaciones.

Busca introducir métodos de precisión, de refinamiento y de disciplina, que son incompatibles con la actividad práctica de los talleres.

He ahí de donde proviene... la oposición profundamente motivada de los sindicatos obreros.»

Clara y magistral es esta ejecución del sistema Taylor.

Sin embargo, hay un punto que el contra-almirante John Edwards ha dejado en la sombra: es el gran peligro que la generalización del sistema haría correr a la raza humana.

¿Qué sería de las generaciones futuras descendientes de una clase obrera locamente agotada, tempranamente desgastada, avocada a la extenuación prematura, al nerviosismo, a la degradación física?

Sí, ¿qué sería de las nuevas generaciones?

El crecimiento del «rendimiento industrial», tan prestigioso como pueda imaginársele ¿compensaría el deterioro de la raza? ¡Evidentemente, no!

Y al margen de cualquier otra preocupación, esto solo condena al sistema Taylor de forma inapelable.

Emile Pouget

M. HARAZSTI

las relaciones de trabajo en una empresa "socialista"

Si alguien nos describiera una unidad de producción como una fábrica en la que el criterio último y omnipresente de funcionamiento fuera el de máximo rendimiento y de máxima rentabilidad económica. Una fábrica en la que todas las decisiones vinieran impuestas desde arriba, sin la más mínima participación de los de abajo, es decir, de los trabajadores. Una fábrica en la que se diera una total separación entre concepción y ejecución del trabajo. Una fábrica en la que la organización de las relaciones de trabajo se hallara burocratizada de modo que toda relación de poder y dominación se hallara materializada en normas abstractas. Una fábrica en la que las condiciones de trabajo fueran duras y hasta peligrosas. Una fábrica en la que los trabajadores realizaran tareas parcializadas y sin cualificación. Una fábrica en la que los salarios de los trabajadores directos fueran a rendimiento (forma «modernizada» —y ya antigua— del salario a destajo). Una fábrica en la que existieran cronometradores, los cuales, como es

natural, cronometrarán para «ellos», o, lo que es lo mismo, tendieran a incrementar «la norma» lo más posible y justificaran sus decisiones arbitrarias por la cientificidad de sus métodos. Una fábrica en la que toda contestación obrera fuera considerada por los responsables como «propaganda», puesto que los obreros no están en la empresa más que «para trabajar»...

Si alguien nos describiera una fábrica concreta con estos rasgos, no dudaríamos: Nos estarían hablando de una fábrica cualquiera de cualquiera de las formaciones sociales capitalistas del mundo.

Y, sin embargo, no es así. La fábrica en cuestión es una fábrica —¿cualquiera?— de un país «socialista» —¿cualquiera?—. Se trata de una fábrica húngara.

Claro que, a continuación, nos preguntaríamos si una fábrica con estas características tiene algo que ver con el socialismo. Y si una formación social con fábricas de ese estilo tiene derecho a proclamarse socialista, como lo hace. Porque, a no dudar, si el socialismo ha de notarse en algo, este algo ha de ser, antes que nada, en los condiciones sociales concretas de producción; y, en este caso, el que describe el texto que aquí se recoge, todo parecido con una condiciones concretas de producción socialistas es pura coincidencia. Léase si no.

* * *

El artículo que publicamos en estas páginas constituye uno de los capítulos de un trabajo de M. Harazsti publicado en Francia con el título de «Salaire aux pièces. Ouvrier dans un pays de l'Est» (París, du Seuil, 1976). En él, el escritor húngaro describe, con agudo sentido sociológico, las condiciones de trabajo de la empresa de tractores húngara «Estrella Roja», en la que estuvo empleado un tiempo como peón especialista. A causa del mismo, se vio procesado(ya lo había sido en ocasiones anteriores) por «incitación a la subversión» en 1974. La oposición de Haraszti al régimen «socialista» húngaro parte de los mismos presupuestos ideológicos en que pretende apoyarse éste: los presupuestos del marxismo.

Carlos Prieto

Veo poco a los *cronometradores*. Su sección está en el edificio de las oficinas. Ninguno de los obreros que trabajan conmigo ha entrado allí. Los cronometradores aparecen en el taller sólo cuando hay «algo que no marcha». (...)

Una inesperada visita de los cronometradores suele ser siempre mala señal. Es un presagio de que van a volver a cronometrar una pieza o medir un nuevo montaje. En todo caso lo que está en juego es nuestro salario y nunca se molestan en subirlo.

También pueden bajar al taller como resultado de una reclamación, pero estas escasas visitas no forman parte de lo que se llama la «revisión de las normas». No necesitan para ello bajar, las basta simplemente con disminuir de vez en cuando (una vez al año o menos) el tiempo por pieza de la mayoría de los trabajos. Bonito trabajo, limpio, sin problemas, y que no les obliga a respirar el olor asfixiante a grasa de las máquinas, ni a sortear las chispas y esquirlas de las piezas, ni a aguantar las observaciones y «groserías» de los obreros.

Por supuesto, no son sólo motivos de comodidad los que les retienen en sus despachos durante el período de revisión de las normas. De hecho, el argumento con que justifican el aumento del ritmo de trabajo es el de que, puesto que el nivel medio de rendimiento es demasiado alto, es obvio que las normas no son bastante rigurosas. Sin embargo, saben de de sobra que este argumento dejaría de ser válido en cuanto se pusieran a cronometrar pieza por pieza, en el taller.

Trabajan según directrices. Por lo menos eso dicen a los obreros cuando aparecen porque «algo no marcha». Quizá sea verdad por lo que se refiere a la revisión de las normas, ya que los cronometradores que bajan a vernos son jóvenes que acaban de sacar el título y no los cronometradores jefes que no aparecen nunca. El hecho de ser jóvenes no impide que sus cronometrajes revelen un celo increíble —de ello depende su ascenso. Mucha atención, firmeza, total insensibilidad a las heridas del adversario, es todo lo que necesitan: la «revisión de las normas» es una lucha.

Los trabajadores en máquinas no hacen ninguna reclamación, ni mucho menos, cada vez que están convencidos de que la norma es irrealizable. Mientras quede una posibilidad de saltarse las reglas para ganar más, incluso rozando el accidente o poniendo en peligro la calidad, no exigen al capataz que envíe a un cronometrador: su experiencia les enseña que cualquier reclamación seguida de éxito para una pieza lleva inevitablemente consigo una reducción del tiempo concedido a otras.

Nadie ha explicado nunca a los trabajadores del taller los principios que presiden la elaboración de las normas, pero la experiencia les ha enseñado algunos. Muy pocos obreros consideran como una venganza personal la revancha que viene después de una reclamación victoriosa. Ven claramente que los cronometradores ajustan los salarios por pieza con referencia a una media —lo que explica que cualquier corrección obliga-

da de una norma implica el empeoramiento de las demás, incluso antes de que venga una nueva revisión general de las normas. En cuanto a la naturaleza fundamental de esta media, sigue siendo totalmente impenetrable. «Es eso lo que les parece rentable», dice mi compañero.

Los cronometradores no explican nunca sus principios de trabajo. «Si les pides que te cronometren una de tus piezas, se ponen de mal humor y responden sin más: «Oye, los otros trabajos que haces, ¿cómo van? Sus tiempos son buenos, ¿no es así? Incluso demasiados buenos; y sin embargo te callas, ¿eh?

A veces ocurre que, a pesar de todo, alguien llama a los cronometradores para verificar de nuevo un trabajo. Se lanza a esta aventura, destinada a la larga al fracaso, sólo cuando la pieza en cuestión le ha llegado en gran cantidad y va a tener demasiada importancia en su salario mensual: esta perspectiva es aún menos soportable que la de tener que aumentar la cadencia, dos meses después, para sacarse el salario. Además, puede ser que, al fin y al cabo, la venganza impersonal de los cronometradores no vaya dirigida a él individualmente, o que no vaya dirigida sólo a él, siendo repartida entre todas las máquinas que hacen la misma clase de trabajo. No hay mal que por bien no venga.

La primera manga se juega en el despacho del capataz. Hay que insistir varias veces para que, por fin, descuelgue el teléfono (los obreros no pueden dirigirse directamente a los cronometradores). El capataz intenta primero desanimar al solicitante y, a veces, lo consigue. Por ejemplo, le promete darle un «buen trabajo» en vez de uno «malo». Al capataz no le gustan las visitas de los cronometradores, que crean siempre una tensión en el taller, hacen menos inofensivos los temas de conversación y animan a los tímidos a reclamar.

Por fin llega el cronometrador. Estrecha la mano al solicitante y el juego empieza —una batalla con unas reglas complicadas.

El que ha llamado al cronometrador no gana mucho. Pero cuando habla con el cronometrador, los asuntos de dinero desaparecen en beneficio de las cifras escuetas (los tiempos por pieza) y los dos bandos ya no parecen motivados más que por el amor a la verdad pura y desinteresada. La discusión puede eternizarse por unas décimas de minuto.

El modo de proceder del cronometrador es aparentemente correcto: no mide el tiempo con una pieza aislada sino que deja pasar diez, veinte, treinta y calcula la media. Pero ahí está el problema, porque detiene su cronómetro cada vez que le parece inútil un movimiento e incluso, de una manera arbitraria, cuando piensa que el trabajo no va bastante deprisa. En los tiempos que mide, no tiene en cuenta ni los preparativos, ni el examen de la muestra, ni la elección de las herramientas, ni el reglaje, y eso, sin mencionar todos los contratiempos imprevisibles, ni los instantes inevitablemente perdidos al iniciar el control o al hablar con el capataz.

Por supuesto, el que reclama también tiene sus trucos, el mejor de éstos consiste en *limitarse* a las pres-

cripciones tecnológicas y en hacer funcionar la máquina a la velocidad ndicada. También observa las recomendaciones de seguridad: no toca la mesa mientras funciona la máquina, afloja todas las tuercas, barre las limaduras después de cada pieza. Pero, le todas formas, sin exagerar: no llegará a pedir nunca al capataz unas gafas de protección, nadie ha visto jamás aquí ninguna visera de plexiglás tal exigencia sonaría a verdadero iento de sabotaje.

Tampoco se puede decir que el brero que pide que le cronometren rabaje con lentitud (se ruborizaría on las observaciones que el cronometrador o el capataz le podrían haer), pero tampoco va a un ritmo exaerado, única forma real de llegar a acerse con un salario decente: traaja como le gustaría trabajar normalmente.

Esto no ablanda al cronometrador, ue para su cronómetro sin piedad uando le parece oportuno. Si los ambios de piezas le parecen lentos, mite uno de tres. El tiempo medido on el cronómetro es inferior siempre l tiempo indicado por el reloj del taer. Incluso cuando está convencido e que se realiza la pieza a la velociad prescrita, el cronometrador *sabe* ue el ritmo de trabajo normal suele er más rápido que el que observa, y so le basta.

«Por mucho que les hables, no sirve e nada, piensan todos para sí: ahora as a paso de tortuga, pero en cuanto e dé la vuelta correrás como una ebre. Y tienen razón. No necesitan alir de su despacho para saberlo. Les asta simplemente con hacer el total de lo que gano para ver que en una hora de trabajo puedo producir hasta dos horas normalizadas. Total, que mientras tenga que correr así para ganarme la paga, a este tío no le podré mirar a la cara», dice un fresador.

Cuando es el obrero el que ha llamado al cronometrador, suele resultar, unos días después, un leve incremento del tiempo por pieza en la nómina. No es en absoluto casualidad: los que reclaman lo hacen sólo cuando están seguros de la jugada. Escoge con cuidado la pieza litigiosa entre el montón de las piezas cuyas normas no se pueden realizar. El beneficio de esta pequeña victoria no tarda en desaparecer, pero al llamar a los cronometradores han satisfecho su mal humor.

Se repite la misma escena, pero con más frecuencia y con un resultado opuesto, cuando son los mismos cronometradores los que se presentan en el taller a iniciativa suya —para probar un nuevo montaje, por ejemplo. Con la ayuda del capataz, eligen el obrero más experimentado entre todos los que han realizado ya dicha pieza. Le obligan a interrumpir su trabajo y el capataz le promete un complemento de sueldo por someter el montaje a prueba. No puede decirse que esta perspectiva sea acogida con serenidad: el nuevo montaje significa que el salario por pieza va a bajar aún más y empieza la lucha por obtener la disminución más leve posible.

No dicen, ni siquiera al obrero que está realizando la prueba, qué disminución esperan alcanzar, en primer lugar porque no es asunto suyo, y en

segundo lugar porque allí, en su despacho, misteriosa cocina de rentabilidad, aún pueden modificar a su antojo el resultado medio. Si comunicaran el resultado final del cronometraje, el obrero que realiza la pieza podría usarlo como medio de control.

En la terminología oficial del departamento de normas, la palabra *norma* no figura nunca. Hablan de «tecnología», de «tecnología de la producción», o algo parecido. Con ello se pretende que su trabajo se vuelva estrictamente técnico, indispensable a la producción. De hecho, son ellos los que descomponen todas las tareas de esta fábrica gigantesca en miles de movimientos aislados. Según sus palabras, su misión consiste en determinar el proceso de producción mejor y más lógico. En realidad, tienen que determinar el método que dé el mayor beneficio. La solución tecnológica que eligen está supeditada a un único fin: que todos los obreros, en todas las máquinas, den el rendimiento máximo por el salario más bajo posible. En resumen, su papel consiste en encontrar la tecnología que permita mantener nuestro salario (y la masa salarial) a un nivel establecido de antemano. Cuando descomponen el proceso de producción de un producto en gestos y movimientos, tienen en cuenta no sólo la utilización máxima de las máquinas y la economía del material, sino también la utilización menos costosa y más eficaz de los obreros. Nuestro salario ha de depender del menor movimiento que realizamos y nuestro pensamiento del salario que cobramos. Nuestro pensamiento, programado de forma que tenga que oscilar siempre entre la satisfacción del momento y la obligación de volver a empezar al día siguiente, está dirigido hacia la producción. La tecnología está planificada de tal manera que nos transforma en sus siervos y sus enemigos cuando somos nosotros los que la creamos.

La tecnología de las normas es una tecnología milagrosa: con el trabajo de los que conocen sólo una parte crea una totalidad; con el trabajo de personas que no saben para qué sirve el producto ni conocen su propia labor (ya que su objetivo sólo consiste en subsistir), realiza un producto acabado; con objeto de conseguir una cantidad cada vez mayor, asegura la calidad del trabajo de unas personas para quienes la calidad es una enemiga y la cantidad una carga; consigue ser admitida por personas que ni la conocen ni la quieren, pero que producen a pesar de todo lo suficiente para que ella se pueda reproducir.

El que trabaja por un salario (por el que le han comprado —pieza por pieza o globalmente— su tiempo, su fuerza, su capacidad) sabe que no trabaja para el mismo. Sabe que ha vendido incluso el derecho a fijar su rendimiento. La norma no es sino la quintaesencia de estas relaciones entre los hombres que las ciencias sociales llaman relaciones de produccin de trabajo asalariado. En circunstancias favorables, el salario puede ser generoso, decente; la norma nunca lo es. La norma es la coerción apenas oculta que actúa en el ambiente aparentemente voluntario del trabajo asalariado y que recuerda continuamente

los que sueñan con un salario justo la verdadera naturaleza del trabajo asalariado— justamente cuando, debido a la amenaza constante que pesa en sus condiciones de existencia, ellos mismos establecen «voluntariamente» el marco para un crecimiento sin fin del rendimiento. La norma es una declaración indignante de cinismo: los que la usan no tienen interés en que la producción sea fruto de la voluntad viva de los obreros.

De un libro publicado en 1960 se desprende que los obreros siempre han aprovechado los momentos de tensiones y de rupturas políticas para deshacerse de la norma, por ejemplo en 1953 o en 1956. Y el primer paso hacia la estabilización política ha consistido siempre, al contrario, en intensificar la norma (András Hegedüs (1), *Le Système des salaires dans notre industrie*, pp. 94-95). Cualquiera que trabaje en una fábrica sabe, sin recurrir para ello a las estadísticas, que para los obreros sujetos a la norma la argumentación compleja, según la cual los obreros son dueños de los medios de producción, no es más que palabrería. Esta argumentación sólo les permite alimentar para con ellos mismos una burla amarga y dolorosa.

El sistema de las normas no sirve tanto para aumentar la producción como para tener presa la imaginación: el sueño más atrevido de los asalariados a rendimiento es cobrar un salario razonable y decente o, lo que es igual, librarse de la norma. Pero tan pronto como surge la utopía de una forma de propiedad que les permitiera decidir juntos sus objetivos así como la participación de cada uno en el trabajo y en su fruto, en seguida la rechazan.

«Cuando esté jubilado, quizás tenga tiempo de hablar de estas tonterías. Ni tú ni yo podremos decir nunca cuánto hay que trabajar: siempre habrá alguien para dar órdenes. Siempre ha sido así y siempre lo será», contestó a M... el que venía a coger el relevo. Las palabras de M..., que habían provocado su ira, no hacían más que repetir, sin embargo, una de las recriminaciones más frecuentes: M... había dicho que los cronometradores no entendían nada de su trabajo, no conocían exactamente las posibilidades de las máquinas ni las astucias del trabajo. Simplemente había afirmado que «la producción marcharía mucho mejor si se pudiera intervenir en el establecimiento de las normas», y había añadido: «Pero ellos se pasan el día pensando en cómo podrán hacernos trabajar más. Que se las arreglen solos. No estoy tan loco como para ayudarles». Y esto era lo que había puesto nervioso a su relevo.

Cada nuevo aumento del rendimiento por las normas provoca entre nosotros recriminaciones e ira. ¿Pero es cierto que la norma saca el máximo de nosotros? Los cronometradores se

(1) Economista, sociólogo, político, ministro de Agricultura y luego presidente del Consejo con Rákosi (1953-1956); uno de los personajes más importantes del régimen hasta 1956. Después de dejar toda responsabilidad política, se dedicó a trabajos de sociología y fue uno de los jefes de la oposición (tolerada) de izquierda. Expulsado del PC húngaro en junio de 1973. *(N. del T. francés.)*

complacen en la idea de que siguen de cerca, «científicamente», todas las posibilidades del desarrollo de la tecnología y del nivel de rendimiento de los obreros. De hecho, actúan a tientas, aumentan a ciegas y si no funcionan, rectifican (...).

No quieren confesar lo que todos saben, es decir, que no pueden contar con ninguna información que provenga de nosotros, de los que manejan las máquinas. Al revés: toda su «cientificidad» tiende sólo a oponerse a nuestro sabotaje instintivo y constante. En determinados campos, esta ciencia hostil tiene quizás los medios para evitar el sabotaje y medir nuestra capacidad, aquí y ahora, de trabajadores asalariados, dedicados a tareas que nos son extrañas. Pero no tiene ni idea de lo que seríamos capaces de hacer por nuestra cuenta. Nuestro sabotaje no es más que nuestra negativa a entregar nuestras informaciones o nuestra experiencia, a no ser que sea falsificándolas. ¿Pero puede ser lícito seguir hablando de cientificidad cuando los obreros ven en la ciencia un enemigo? No tenemos ningún interés en encontrar posibilidades de racionalización, y si acaso las descubrimos, las usamos a escondidas. Reducimos al máximo la eficacia de cualquier tecnología nueva, saboteamos su posterior desarrollo.

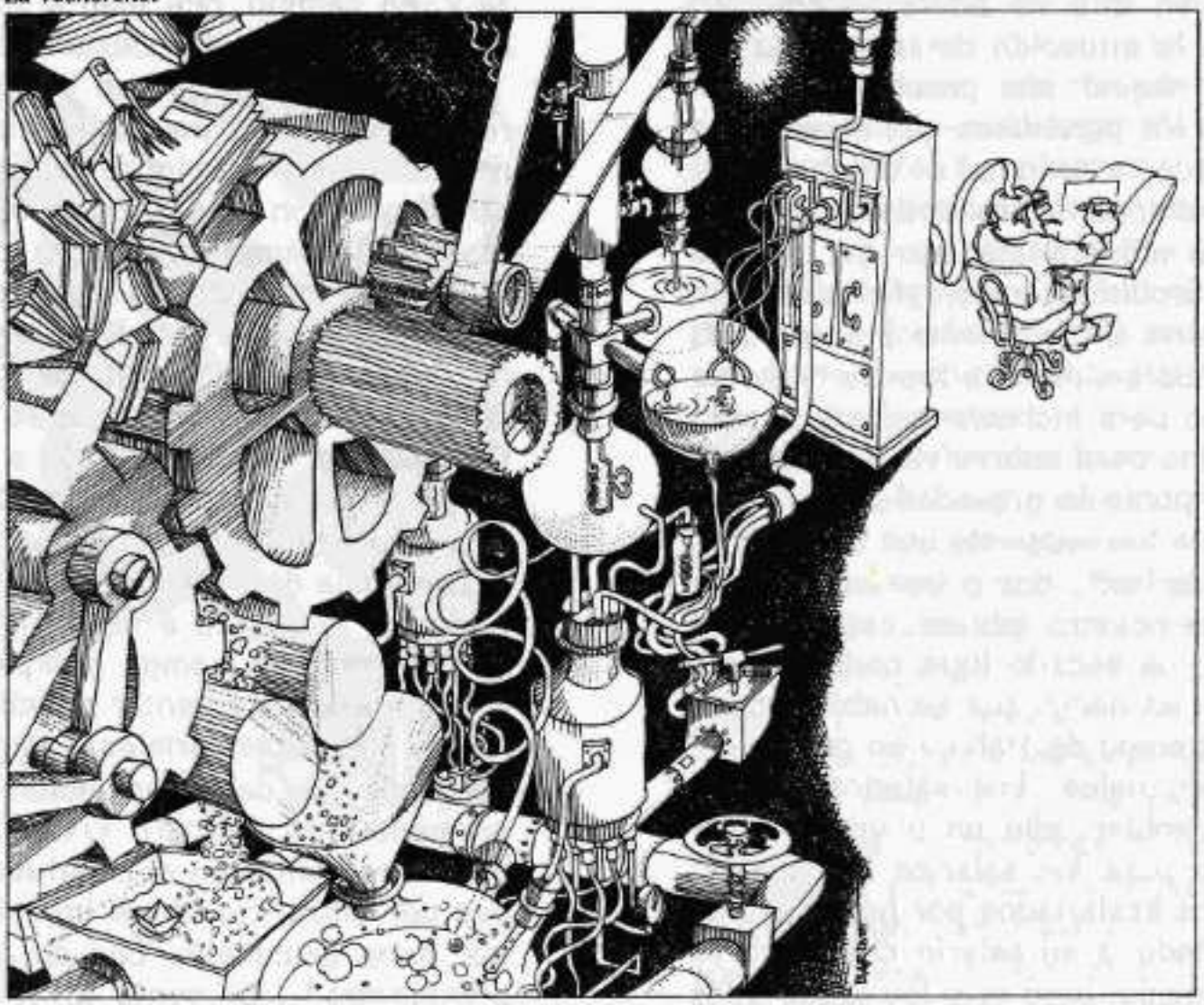
A mis compañeros no les gusta mucho que el trabajo se vuelva más fácil, pues esto acarrea siempre un aumento del rendimiento o, por lo menos, una caída del salario. En cuanto a métodos que atenuarían la coerción del rendimiento sin disminuir el salario, la tecnología de las normas ni lo piensa. Cuando hay menos trabajo en una nueva máquina, el obrero tiene que atender tres máquinas al mismo tiempo: si una máquina exige sólo media hora de trabajo, uno tendrá que trabajar con ella, además de hacerlo con la suya. Hay que trabajar durante ocho horas sin tregua, quiérase o no. Una ciencia tecnológica bajo el control de los obreros tendería, en primer lugar, a que la producción se viera acompañada por una disminución cuantitativa del trabajo. Por supuesto, esto sería factible sólo si los obreros controlaran también la utilización del beneficio.

Toda la cientificidad de la norma se agota en transformar, con métodos exactos, el rendimiento arrancado bajo el yugo del salario en un elemento de revaluación de este salario, y los resultados de esta ciencia de las técnicas costeada por el trabajo obrero son impuestos a la fuerza a los que si no fueran así las cosas, serían los mejores amigos de la ciencia.

Es difícil rechazar la idea de que la relación entre nuestros dirigentes y nosotros mismos, relación que encuentra en la norma su expresión acabada, no sea el mejor acicate, sino más bien el mayor obstáculo al desarrollo de una producción que estuviera al servicio de los hombres. El verdadero milagro que realiza la norma consiste en conseguir incrementar la producción justamente cuando la despoja de su sentido y de su motor principal: la identificación del obrero con el objetivo de su producción.

Las revisiones generales de la norma hacen reventar el absceso representado por el trabajo de la oficina

La recherche.



de normas y por todo el sistema de producción de la fábrica: los asuntos de la fábrica se solucionan siempre, sin la menor vacilación, en detrimento de los salarios (de los obreros), y ello no por simple disminución, sino por incremento general de las normas. La única defensa posible consiste en marcharse: los que presienten que con las nuevas normas no conseguirán mantener su antiguo salario, a pesar de la intensificación de su trabajo, piden la cuenta, al igual que los que no pueden resistir físicamente el nuevo ritmo impuesto. Y así, para evitar que la gente se marche en masa, pocas veces realizan verdaderas revisiones generales de normas; prefieren proceder por saltos progresivos, taller por taller, rama por rama. Según los obreros cualificados de más edad, intentan coordinar el endurecimiento general de las distintas fábricas, a fin de rodear con una cadena irrompible a quienes desen huir. Esta coordinación es posible gracias al hecho de que la crisis o la reactivación que provocan la revisión de las normas, afectan pocas veces a una sola empresa.

En nuestra fábrica, la última revisión importante tuvo lugar en una

época en que no podía tenerse en cuenta la situación de las demás fábricas. Aquel año proclamaban con orgullo los periódicos que el aumento del producto nacional se debía sólo al incremento de la productividad (o sea, que un número idéntico de obreros había producido más; ¿había subido su salario en la misma proporción?) Sin embargo, nuestra fábrica no había luchado para incrementar sus beneficios sino para sobrevivir. La solución que imponía la gravedad de la situación nos fue impuesta con mano dura.

Desde hacía dos o tres años teníamos en nuestra fábrica, como en las demás, un sábado libre cada dos semanas. Es decir, que se había reducido el tiempo de trabajo en cuatro horas semanales. Los salarios no debían cambiar: ello no planteaba problemas para los salarios mensuales; para los asalariados por hora bastaba con añadir a su salario cuatro horas por semana; pero para los asalariados a rendimiento, era necesario recurrir a un método más complejo. Habían calculado que la reducción del tiempo de trabajo disminuía las ganancias de los asalariados a rendimiento en una media de un 9,1 por 100. El departamento de salarios añadía, pues, a su paga una cantidad equivalente al 9,1 por 100 de su salario.

Esta forma de proceder no había molestado a nadie durante tres años; hasta que un día se anunció, a la vez que se anunciaba una nueva revisión de las normas, que esta «situación deplorable» por fin iba a cambiar, que iban a transformar todos los salarios a rendimiento incrementando en un 9,1 por 100 todos los *tiempos por pieza* y, en cambio, que iban a suprim la compensación del sábado libre.

Los obreros se olieron la jugada reaccionaron con una violencia ine perada. Las discusiones entre no otros incitaron a M... y a unos cua tos más a tomar la palabra en ur reunión de productividad, en forma *pregunta*, como es debido. Dijeron qu la gente del departamento de salari no corría el peligro de torcerse la m ñeca por dar una vuelta más a la m nivela de sus máquinas de calcula Y que si había que resolver en ser el problema de esta forma, en vez reajustar el salario a rendimiento crementando el tiempo por pieza, mejor sería incrementar sencillame te las tablas salariales: ¿qué ma daba, ya que de todos modos el cremento era formal? «¿Cómo pu den incrementar en el papel los tie pos por pieza, cuando el ingeniero los tiene calculados con su maldi cronómetro?», preguntó M..., respa dado por murmullos de aprobació De repente, los obreros tenían un m tivo excelente para defender est tiempos a rendimiento que habí considerado siempre hasta ahora, con mucha razón, como un camelo.

Al final de la reunión de produc vidad, los que habían intervenido merecieron, como es debido, una re puesta. El capataz jefe dijo que no e tendía muy bien las «preguntas», que en realidad nada iba a cambia los 9,1 por 100, hasta ahora sumad mensualmente, estarían integrad ahora en todas las series de pieza Se abstuvo de gastarse la saliva balde para defender el sistema de e tablecimiento de los tiempos a ren

miento, desenmascarado una vez más. Su respuesta no provocó más que silencio: cualquier objeción nueva habría quedado fuera de lugar. Ya habían informado: «Se ha informado ampliamente a los trabajadores y se les ha invitado a participar en la elaboración de las decisiones», escribió el periódico de la fábrica cuando todos los talleres hubieron realizado sus reuniones de productividad.

Si M... y los demás habían protestado tanto, era porque preveían cuáles podían ser las consecuencias prácticas de esta «solución». No se puede intensificar la dureza de la norma más que disminuyendo el tiempo a rendimiento, lo que provoca automáticamente una caída de los salarios a rendimiento. Pero M... y los demás se temían que el incremento aparente del tiempo por pieza condujera a un deterioro aún más grave de la norma, cosa que era menos probable que ocurriera con un mero incremento de los salarios a rendimiento.

Y de hecho, «ellos» recurrieron a una trampa descomunal. Cuando recibimos las nuevas «tarifas», sorpresa, nada o casi nada había cambiado. Para unos, los tiempos a rendimiento habían sufrido una disminución leve, otros gozaban de un pequeño incremento.

¿Qué había ocurrido? Simplemente habían contabilizado el complemento (formal) del 9,1 por 100 correspondiente al sábado libre al mismo tiempo que efectuaban un aumento real de las normas del 10 por 100 por término medio. Finalmente, toda esta maniobra equivalía a quitar a los asa-

lariados a rendimiento el salario de sus sábados libres.

La mayoría de los obreros habían decidido ya suprimir el sábado libre: venían a hacer horas extras. Trabajando así dos sábados al mes, eso representaba para ellos 16 horas extras. Estas les proporcionaban unos ingresos adicionales, mientras ahora apenas alcanzan su antiguo salario. «Las horas exras sólo son para los voluntarios», proclama, sin embargo, el capataz cuando pasa con su cuaderno a primeros de mes para apuntar a los que las quieren hacer.

En el taller, se habla (de manera prudente, grave, discreta) para saber a dónde merece la pena irse, y dónde se pueden encontrar «buenas colocaciones». Tantas precauciones se justifican: hace poco, el jefe llamó a su despacho a dos fresadores que salieron rojos de indignación. En el momento, nadie se atrevió a pregunta les lo que quería el jefe de ellos. E, i cluso después, contestaron lacónic mente y encogiéndose de hombros nuestras preguntas: «Dijo que aguantaba la propaganda y que, por no lo sabíamos, estamos aquí pa trabajar».

Y, sin embargo, las primeras soli tudes de abandono voluntario come zaron a llegar. El periódico de la f brica empezó a publicar artículos s bre la fidelidad a la empresa, caric turas sobre los «pájaros migratorios fotos de los veteranos debidamen condecorados. Y, sobre todo, hizo m cha publicidad al decreto de coloc ción forzosa, un decreto sacado Budapest y aplicable a los obrer con menos de un año en su pues de trabajo y deseosos ya de aband narlo...

M. HARASZTI

FLAVIO COCHO

la Taylorización de la actividad humana

En las páginas que siguen, Flavio Cocho extiende el análisis del taylorismo —restringido en los artículos anteriores al terreno específico de la organización del trabajo— a la descripción de su incidencia en ámbitos diversos de las sociedades actuales; esta incidencia es, a su juicio, tan importante, que permite caracterizar al taylorismo como un rasgo esencial del modo de producción capitalista, de tal manera que la lucha contra éste difícilmente puede separarse de la denuncia de la creciente «racionalización» taylorista de toda actividad humana.

El texto que presentamos constituye el guión de una de las conferencias pronunciadas en la Facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense dentro de un ciclo que, con el título global de «Ciencia y aprendizaje», y destinado indistintamente a profesores y estudiantes interesados en los aspectos sociales de la ciencia, impartió el autor, a invitación de las recientemente elegidas autoridades universitarias, durante los meses de octubre y noviembre de 1978.

El físico y matemático Flavio Cocho es uno de los principales impulsores del programa interdisciplinar de Ciencia y Sociedad **de la Universidad Nacional Autónoma de México, que aglutina en ese país a las corrientes de «ciencia crítica» que en Europa y USA están representadas por los colectivos anglosajones de** Ciencia para el pueblo **o por los grupos reunidos en torno a revistas como la francesa** Impascience **o la italiana** Sapere.

Taylor surge del fondo de la historia de la industrialización capitalista americana, como el hombre que «racionalizará» el proceso de trabajo industrial —limitando a un mínimo la iniciativa personal obrera, y cuya doctrina, con más o menos modificaciones superficiales, se extenderá, se aplicará, a toda actividad humana. Mucho se ha escrito sobre el taylorismo, pero no está de más decir que, como dice Braverman, si hoy no se habla ya tanto del tema ...se debe a que TODA la sociedad capitalista avanzada (los países periféricos van camino de ello) está, a todos los niveles, taylorizada.

Pero veamos en qué consiste la concepción taylorista:

a) fragmentar toda actividad en operaciones elementales y automáticas, realizar con el mínimo esfuerzo en el menor lapso posible de tiempo;

b) seriar y jerarquizar —en secuencia ordenada de operaciones elementales rigurosamente separadas unas de otras— la fragmentada actividad;

c) se hace preciso coordinar, controlar y definir objetivos a toda actividad sometida a los criterios anteriores: pero esto lo hará una *minoría* social *exterior* a la actividad taylorizada, a la que está sometida la *mayoría* social; resulta superfluo decir que es en función de los intereses sociales de la *minoría* mencionada que se definen objetivos.

Lleva esto, en lo que atañe a la *mayoría* taylorizada, a dos resultados:

1.° Enajenar a todo individuo (no identificable con la minoría coordinadora) del control de su propia actividad y del carecimiento de su finalidad —ya no digamos social—, sino aún de su limitada actividad local.

2.° El trabajo, la actividad realizada, se transforma así *en un fin en sí* ...trabajar por trabajar... ya se encargará la minoría social de saber por qué o para qué; en ese estado de enajenación mental se termina por creer que toda actividad es «renta», ahistórica, asocial.

Pero en todo lo anterior se ha mencionado la palabra «racionalizar», sinónimo, en la lógica anterior, de

«eficiencia». Por esta vía se pretende también, lo pretende el modo de producción capitalista —por coherencia lógica con todo lo anterior— en beneficio de sus propios fines, que es también la forma de aprender. En la medida de que toda actividad implica indisolublemente práctica y aprendizaje no puede ser de otra forma... un aprendizaje muy curioso ya que, como hemos visto, lleva aparejado la enajenación mental, la mediatización ideológica de todo individuo sometido al taylorismo. Habremos de insistir en esto más adelante.

Pero sigue aún en pie nuestra pregunta, que ahora formulamos explícitamente: Si taylorización implica volver eficiente todo proceso de práctica-aprendizaje... ¿qué entiende el capitalismo por eficiencia? La respuesta es simple: *producir más mercancías por unidad de tiempo, aumentar la productividad...* y *mercancía es hoy,* recordemos lo dicho en otra conferencia, *desde un zapato hasta la información, de cualquier tipo que ésta sea.*

Puesto que aumentar la productividad aumenta las ganancias —y no olvidar que al taylorizar el trabajo humano se *intensifica* el ritmo de trabajo pagando *el mismo* salario— todo esto lleva, en el lenguaje de los economistas, *a aumentar la plusvalía: acelerar la concentración capitalista, la acumulación del capital.* Siendo este el fin último del sistema en que vivimos, resulta que decir *taylorización es decir sinónimo de propiedad de estructura, esencial, del modo de producción capitalista.* Valga la frase, surgida la taylorización del fondo de la estructura productiva del capitalismo —es lo que la hace «productiva y/o eficiente»— será a su imagen y semejanza que se estructura toda actividad humana, todo proceso su práctica-aprendizaje.

Con lo anterior sólo hemos enunciado criterios generales para mayor claridad conceptual del público. Pero conviene ilustrarlos muy concretamente, a diferentes niveles sociales, con ciertos ejemplos prototipo:

Iniciemos la concretización con el *nivel económico:*

En esta —se han publicado ya infinidad de obras sobre este tema— se acentúa la tendencia a la concentración monopolista en un mismo capital social, sea en lo que atañe a la producción industrial, sea en lo respectivo a los circuitos de circulación y distribución de mercancías. Podrá así el capitalismo imponer su

racionalismo eficientista, a la taylor, a toda actividad que se desarrolle a nivel económico. Sucede básicamente esto a raíz de la segunda guerra mundial y en la época en que la informática y la cibernética son base de la automatización en industrias, bancos y comercios (incluso a nivel de instituciones jurídico-políticas). En este sentido, grandes sectores de la sociedad, y ya no solamente el proletario industrial, pasan a sufrir la misma enajenante explotación, puesto que la taylorización de sus actividades es un denominador común. Desde el «trabajador de uniforme azul» hasta el «trabajador de cuello blanco (oficinistas, etc.), como dice Braverman. Todos ellos pasan a tener en común:

— la realización de un trabajo descalificado (cada vez más);
— trabajo fragmentado en operaciones elementales a realizar a altas velocidades preestablecidas;
— ningún control, ni iniciativa, ni conocimiento de los objetivos de su propia actividad;
— están sometidos, por tanto, a un proceso de no-aprendizaje (en la práctica laboral) como resultado de realizar actividades autonómicas aisladas; claro está, hay brutal aumento de productividad: es «eficiente».

Hay, no obstante, alguna *variantes* interesantes de la noción taylorista, que se están hoy llevando a efecto. Tienen en común una misma base conceptal: evitar que la misma brutal cadencia taylorista, del proceso de trabajo, termine, a pesar de todo, por provocar la rebeldía social. Esto es, se tratará en ciertos casos de «suavizar» el taylorismo... manteniéndolo globalmente inalterado. *Se busca así, incluso a nivel ideológico, el acuerdo de la propia clase obrera sobre su propia explotación.*

Veamos una primera variante: la doctrina Elton Mayo. Consiste en dejar *cierta autonomía local y limitada* respecto al tipo de operaciones elementales y automáticas que se deban realizar. Si en un grupo de los trabajadores, por ejemplo, cada uno realiza un conjunto fijo de operaciones elementales prescritas de antemano (el tipo de trabajo en cadena), *ahora seguirá sucediendo* lo mismo... pero se dejará al trabajador elegir localmente,

por ejemplo, entre dos operaciones elementales a realizar, decidir cual realiza primero y cual después. Surge de aquí —tal como se pretende— la *ilusión* de que el trabajador controle su actividad. Ha dado ciertos resultados, por ejemplo, en la fabricación de aparatos telefónicos, en Norteamérica y en la República Federal Alemana.

Otra variante: el método musical MOZAK (siglas de un monopolio americano. Desde *un* centro de cómputo y emisión de información —música— se envían diferentes tipos de señales musicales a diferentes fábricas. Música sinfónica por ejemplo, «suave y dulce»... el trabajador parece así realizar su labor más satisfecho, contento. «Música para proporcionar felicidad a los obreros durante el trabajo». El ritmo fisiológico se adapta a la señal musical, esto es, el ritmo del trabajo se adaqta automática e inconscientemente a dicha señal. *Una vez logrado esto*... la señal MOXAK aumenta de frecuencia (pues, un disco de 33 1/3 r.p.m. comienza a pasarse a 40 r.p.m.). Resultado: es posible controlar, a voluntad (del capital), el ritmo de trabajo, la enajenante cadencia taylorista, y aún en nombre de «mejorar las condiciones de trabajo del obrero».

Hoy día, la llamada «ciencia» de la «administración científica de empresas», la psicología industrial, muchas investigaciones sobre el funcionamiento del sistema nervioso central, la informática y cibernética, van orientadas a «optimizar» el taylorismo de la actividad humana. Pero ¿qué sucede a *nivel de estructuras políticas?:*

A nivel de estructuras jurídico-políticas, a nivel del «Estado», encontramos gobierno —burocracia intermedia— simple empleado administrativo... habrá funciones, diferenciadas y precisas e internamente jerarquizadas unas respecto a las otras. El taylorismo a este nivel tiene las siguientes características:

— presencia de estructuras jerarquizadas en niveles;
— división precisa de funciones: alto nivel *solo se decide,* inferior *sólo se ejecuta;*
— en base a lo anterior, el proceso de decisión política-ejecución se fragmenta en una cadena secuencial *unidireccional:* el alto nivel decide, etc...

resulta obvio que la enajenación resultante llega a transformar (fenómeno de falsa conciencia) la propia actividad en *un fin en sí*, el caso de la burocracia es prototipo de esto;

Las variaciones entre el taylorismo político y el taylorismo económico son sólo secundarias de matiz. Su «técnica global» la misma, su fin «eficiente» análogo: producir más y más decisiones y ejecuciones (en el buen... o incluso en el mal sentido de la palabra) por unidad de tiempo.

A nivel de partidos políticos suele ser lo mismo: la clásica concepción de que:

el «cuadro dirigente»: es el que decide (1.ª operación secuencial)	la «correa de transmisión»: el cuadro intermedio que transmite la decisión (2.ª operación secuencial)	el «activista de base»: el que ejecuta (3.ª operación secuencial)

...y como el taylorismo es *inherente* y *propiedad de estructura* del capitalismo (sobre todo el contemporáneo) no es extraño que —independientemente de la plataforma *teórica* de tal o cual organización política— se produzcan los vicios políticos que hoy conocemos: el culto a la personalidad, al partido, etc... El capital ya lleva, *de antemano*, un tanto a favor cuando incluso sus organizados opositores de clase actúan a imagen y semejanza de la taylorista sociedad capitalista.

Pero no olvidemos tampoco lo que sucede a nivel ideológico:

El solo hecho de que en esta época la información de todo tipo (e información y producción de información es la ideología y la producción de ideología) se haya transformado masivamente en *mercancía* ya indica de antemano que será producida taylorísticamente. La producción de ideología (la del capital) se ajustará, obviamente, a idénticos cánones: tanto su producción, como su circulación y su distribución de mercancías. Pero hay cosas más concretas aún, en ese aspecto, que señalar:

a) *Se fragmenta, a nivel ideológico, la cultura en pre regiones aisladas e independientes:* se habla así de que UNA cosa es la filosofía, y OTRA las letras, OTRA

MAS las Ciencias Exactas y algo RADICALMENTE diferente el arte, y así sucesivamente... y aun dentro de cada región la sola fragmentación obviamente cada «especialista» (...nuestra época es la época de los especialistas en casi *nada* y los ignorantes de casi *todo...)* desconoce la porción de saber —llamémosle generosamente así— del otro especialista... termina así creyendo que «lo suyo» es extraño a todo lo demás, y por tanto, a todo lo social: surgirá así el criterio de la apoliticidad de la cultura y de la ciencia... la idea, baste este ejemplo, de que la ciencia es neutra, aséptica, apolítica, ahistórica, aideológica.

Terminarán así los «intelectuales» (de todo tipo) por considerarse al margen de la historia... ya se encargará el capital, facilitada así la tarea, de aprovecharlos y coordinarlos «eficientemente» como es debido (leer a Antonio Gramsci, «La formación de los intelectuales», sobre este problema, nos parece fundamental).

b) Consecuencia inmediata de la fragmentación y aislamiento de la cultura en regiones supuestamente independientes y, a su vez y en cada región, otra vez la subdivisión, es *la jerarquización interna de dichos «fragmentos culturales»* (en una sociedad internamente jerarquizada no puede suceder de otra forma) *de acuerdo al criterio de separar «lo intelectual» (lo «más» importante) VS «lo normal» (lo «menos» importante).* Vemos así aparecer la separación entre

lo abstracto *VS* lo concreto;

la ciencia *VS* la técnica... incluso la artesanía *VS la* técnica, la ciencia y el arte *VS* la artesanía;

las «grandes doctrinas» culturales *VS* todo el resto de la cultura; subdivisiones ideológicas burguesas sobre las que se apoyan *casi todas* las concepciones culturales de nuestra época, por ejemplo, en el caso de la Física (ya decir *solo* esta palabra *implica la automatización previa del conocimiento)* tenemos:

Física teórica (lo abstracto)	Física experimental (lo concreto)	manejo de aparatos (lo técnico)	trabajo del obrero de taller (lo que ni aun técnica logra llamarse)

cadena secuencial, taylorizada
de «mayor a «menor» importancia social

Acompaña, y es consecuencia inédita de lo anterior, el reduccionismo: jerarquizar internamente implica que hay un nivel fundamental al que (el «más importante») «hay que poder» reducir, lineal ymecánicamente, todo (las «grandes doctrina culturales» tendrían como objetivo ese nivel fundamental).

Por ejemplo:

En Matemáticas, reducir todo «a la más importante», Matemática abstracta de Bourbaki, y esta a su vez a las tres estructuras básicas-nivel fundamental llamadas de orden, topológicas y algebraicas.

En Física, reducir todo a lo «muy pequeño», y esto a su vez al dominio de las llamadas partículas elementales, cuyo estudio hoy es considerado« la física de mayor importancia».

Otros ejemplos, los puede fácilmente poner el público.

Pero puesto que la *producción de cultura* la llevan a cabo, socialmente, tales o cuales individuos, jerarquizar y subdividir la actividad, producirá el mismo efecto en los llamados intelectuales.

Habrá pues, sigamos criterios de Gramsci, una cadena secuencial del tipo siguiente:

1. el gran intelectual: creador de las «grandes

doctrinas»	ciencia, arte, letras, etc.	A partir de los intereses fundamentales de la clase social dominante

2. el intelectual *intermedio: popularizador* de la doctrina; el intelectual de *menor cuantía: transmisor* de la doctrina en términos vulgarizados; un proceso en el que se *produce* (1), se realiza la *circulación* (2) y se *distribuye;*
3. la *mercancía* cultural: la gran doctrina de origen se transforma, al final del proceso, en «filosofía del sentido común»... se mediatiza a toda la sociedad.

De más está decir que *todo lo anterior es coherente con los mecanismos de transmisión y comunicación cultural:*

Grandes medios de «comunicación de masas» (TV, Radio, Libros y Revistas) en manos del gran capital y, por tanto, construidos(la taylorización de la actividad no puede dar otro resultado) de tal suerte que el «receptor de cultura» no pueda ni cambiar la «emisión»:

EMISOR —«Irradicación cultural»→ receptor
SOLO UNA DIRECCION
proceso secuencial unidireccional
la «retroalimentación» no existe

...en cuanto a los centros educativos, ya en nuestra última conferencia veíamos como (el caso prototipo de la universidad de masas) también son coherentes con toda la sociedad capitalista al:

1. generar los cuadros que *el capital* quiere y necesita;
2. reproducir la ideología *capitalista;*
3. transformar la cultura en *mercancía;*

y realizar esto jerarquizando autoritariamente la transmisión del saber académico, esto es, *a la taylor.*

En el caso muy específico de la investigación científica, el caso prototipo —*impuso un patrón de comportamiento que hoy se sigue masivamente*— es el del famoso «proyecto Manhattan» de construcción de la bomba atómica en las postrimerías de la segunda guerra mundial:

> «proyecto científico» (lanzar bombas atómicas sobre Japón) realizado uniendo especialistas (proceso secuencial, taylorismo) y los que mutuamente *desconocían* las labores de los eslabones anterior y posterior de la cadena (lo que hacían otros especialistas); todo ello a «ritmo intensivo»: lucha contra el tiempo.

No necesita comentarios este ejemplo... en todo caso se debe añadir que es prácticamente desde entonces que surge la filosofía *productiva* científica: *publica o perece.*

Sobre el aprendizaje, y en particular, sobre la psicología del aprendizaje: el taylor moderno en uniforme de «pedagogo».

En toda actividad humana el *proceso* de práctica-aprendizaje (uno influye al otro) van indisolublemente unidos. En la medida en que la civilización capitalista, el taylorismo es la medida de todas las cosas a nivel de actividad, y esto implica la enajenación mental, el aprendizaje será deformante, acrítico, pero *se pretenderá que sea sinónimo de memorización de instructivos y que se limite —en cuanto a su función práctica— a desencadenar acciones preestablecidas (por el capital).*

Surgirá de lo anterior la idea de que el proceso de aprendizaje se limita a una cadena de operaciones «estímulo reflejo», secuencial, de tal suerte que: 1.° se emite una señal (visual, acústica, etc.) «adecuada» (al fin de la acción motora que se busca); 2.° la recibe y memoriza el cerebro humano, y 3.° se desencadena «automática y reflejamente» una acción motora... desde calcular el poder explosivo de una bomba, hasta el apretar una tuerca, y todo esto buscando en un «tiempo mínimo la respuesta». Taylor se vuelve hoy un moderno «pedagogo» y, ajustado estrictamente al simplificado esquema anterior (primer modelo... habrá otros más sofisticados que veremos, así como hay variantes «a la Elton Mayo» del proceso de producción industrial en cadena), surgirá el conductismo. Aún hoy creemos, *básicamente en Norteamérica*, es la más extendida doctrina sobre la llamada *psicología del aprendizaje.*

Pero hemos hablado de *memorizar*... lo distinguimos, pues, de la noción de *aprender.* En efecto, la filosofía conductista de «recibo de estímulo *lo memorizo*, reflejo lo anterior realizando una acción motora automática», no es lo mismo que decir «en mi actividad práctica y vía la experiencia (que es *social*, y no *individual)* me forjo un modelo, una idea, una concepción del mundo, en base a ésta trato de actuar, si mi actuación es erróneo *aprendo* esto y *critico* mi propia concepción, vuelvo entonces a la experiencia cuya realización está coordinada por una nueva concepción». En el primer caso se trata de un proceso secuencial unidireccional... en el segundo de un proceso de interacción mutua, y todo

esto a cada paso. Resulta esta cualitativamente diferente, por esta razón, si bien memorizar es *un* derecho del aprendizaje, no es sinónimo de aprender. *Grabar* mentalmente un instructivo (incluso un libraco de «ciencia abstracta») no es igual que *aprender críticamente* (cuestionando lo que se aprende).

Es por ejemplo, *muy conocido* el hecho (por psicólogos y fisiólogos) que *en estado de hipnosis* (condicionar, por ejemplo, la receptividad, a señales externas, del cerebro, mediante cierto tipo de drogas) no se aprende..., si bien sí se memoriza inconscientemente y en base a ello realizamos, involuntaria y automáticamente, acríticamente, tal o cual acción refleja y motora, en tal o cual momento fijado.

Si *el capitalismo* ha pretendido largo tiempo que, a nivel de psicología del aprendizaje, todo está dicho por el conductismo se debe a un motivo simple: No pretende enseñar a pensar, busca solamente instruir (etimológicamente, de *instructivo)* y provocar «acciones motoras» acordes a sus intereses sociales..., en última instancia es él el «emisor de señales» dirigidas a fajar y plegar a sus intereses la voluntad humana. En este sentido casi puede históricamente decirse que el conductismo tiene un padre honorario en las concepciones educativas jesuíticas, por ejemplo, en las de un Cerutti.

Pero algunos ejemplos son pertinentes sobre la filosofía conductista llevada a la práctica en la civilización capitalista:

a) Ante todo un conocido ejemplo histórico del pasado medieval: los fenómenos de «conversión religión súbita» se producían (el caso del protestantismo es típico al respecto), primero, excitando adecuadamente al público (preparación psicológica del sujeto); segundo, emisión de la señal (anatemas, etc.); tercero, el receptor la *graba* y su acción motora es el cambio de fe religiosa (la conversión)... claro está, se iba en línea directa al dogmatismo fanático (no aprendizaje, sí memorización, y consecuente adaptación activa del patrón social de conducta).

b) Pasemos ahora a algunos ejemplos más actuales: *en términos estrictamente idénticos al ejemplo anterior* procedió el fascismo europeo (un Goebbels es, en este

sentido, un precursor del conductimo); la prédica exaltada dirigida a un auditorio de sectores frustrados de la pequeña burguesía produce el fenómeno de masas —la «violación de las masas» han dicho algunos— del nazifascismo.

c) En nuestra época actual todas las llamadas técnicas del «lavado de cerebro» se ajustan a la misma práctica de los ejemplos anteriores, lo que aquí varía son los medios «científico-materiales» aplicados (no en vano estamos en la época de la cibernética e informática): hay verdaderos centros de investigación dedicados, por ejemplo, al estudio del comportamiento del sistema nervioso central..., pero no con la intención de *estimular su potencialidad, su capacidad de aprendizaje, sino para controlarlo;* éste es un ejemplo típico de «investigación interdisciplinaria» al servicio del capital:

d) Es conocida también la técnica conductista de «fajar la voluntad» en las escuelas e institutos y academias militares (formación de cuadros) y cuarteles: se ajusta muy precisamente al fenómeno de «violación de la voluntad de las masas» anteriormente mencionado; es objetivo primordial aquí ¡siempre la búsqueda de la acción motora refleja y acrítica!— la obediencia ciega al «estímulo jerárquico»... cualquiera que sea la monstruosidad represiva y social que implique.

e) Ciertas técnicas norteamericanas de «aprendizaje rápido del idioma», *realizadas* (son «top secret») *en centros de entrenamiento militar* de oficiales —gorilas de las dictaduras sudamericanas— permiten el «aprendizaje del inglés, *en menos de una semana*..., cuando es sabido que la capacidad de un gorila es limitada y que, aun en centros universitarios de enseñanza superior, el *aprendizaje* de un idioma es una tarea larga y penosa: claro está, se *memoriza automáticamente el inglés..., no se aprende a pensar en inglés.* No resulta lo mismo *memorizar* un instructivo antiguerrilla en inglés que *reflexionar* sobre las obras de un Bertrand Rusell.

f) *La enseñanza jerárquica y autoritaria en los centros académicos es otra aplicación de la metodología conductiva:* la «autoridad» del maestro «condiciona» al auditorio estudiantil, se emite entonces la «señal *instructiva*» que se *memorizará acríticamente, sin cuestionamiento:* existe así (y se actuará profesionalmente en

consecuencia de ello esta «acción mutua» buscada) la ciencia —que obviamente será neutra política, económica e ideológicamente— particularmente aquélla que *dicta* el jerarca magisterial en turno; no es trivial, por ejemplo, que se diga habitualmente que «se *dictó* tal conferencia...».

g) Conductismo es, desde luego, el proceso de comunicación de «ideas» (comercialización del sexo, bondades de la propiedad privada, exaltación del consumismo, etc.) utilizado por los grandes, centralizada capitalísticamente, y secuenciales medios de comunicación de masas; en nuestra época el primero de ellos la TV.

Pero por debajo de la concepción taylorista transformada en filosofía conductista a nivel de psicología del aprendizaje, subyace algo menos evidente que lo anterior, más sutil, pero creemos que tanto o más peligroso. Precisamente porque no se percibe fácilmente: el *conductismo es coherente* (con esto queremos decir que no lo inventó, obviamente, pero que sí le viene muy bien) *con el dogmatismo antiaprendizaje del «todo o nada», del algo es «absolutamente verdadero» o «radicalmente falso», coherente en fin con la práctica «intelectual» del principio angular de la lógica formal: Sólo hay, 1.º A, o su negación absoluta* (el llamado principio del 3.º excluido: negación de la existencia de contradicciones).

¿Por qué?

Creemos que la siguiente razón basta:

El reducir el proceso de (supuesto) aprendizaje a un simple mecanismo secuencial reflejo del tipo:

TODO PREDETERMINADO DE ANTEMANO

estímulo externo (al sistema nervioso central)	reacción automática y única surgiendo la idea (UNA... de otra suerte, ¿Cómo sería «previsible y controlable» la acción motora buscada?)	reflejo automático y acción motora deseada (LA acción... no cualquiera)

no dejar lugar para la hipótesis tentativa, intuitiva, a medio camino, y que se formula y reformula —*se niega y contradice incluso a cada paso del proceso de adquisición del conocimiento*— a lo largo de todos y cada uno de los pasos (no absoluto, sino provisionales, cam-

biantes, sustituibles) del aprendizaje... no se trata de esto puesto que el conductismo no pretende *enseñar* sino *imponer* una acción *preestablecida;* pero entonces habrá que admitir en el proceso (en la óptica conductista) de aprendizaje la inexistencia de la contradicción, la inexistencia de varias (por ejemplo, *más de dos)* «reacciones motoras» (...si hay realmente aprendibaje crítico, que cuestiona sus fines y así mismo, no habrá sólo dos respuestas «sí» o «no»...), todo eso lleva en línea recta a la lógica formal bivalente ya señalada: al dogmatismo del, «sí, esto es total y absolutamente cierto», o bien a su negación radical.

El ejemplo clásico de la enseñanza jerárquica, vertical y autoritaria, en que el maestro *dicta* (¡todo un compendio conductista la palabra!) y el estudiante asimila (graba, memoriza, empolla, etc.) automáticamente y acríticamente es ilustrativo de lo dicho..., no es de extrañar así que se le enseñe al estudiante a pensar rígida y dogmáticamente, en términos de un

> «sé todo, porque memorio todo, ya que me *dictaron* magisterialmente todo absoluta, total y exhaustivamente demostrado..., o bien impugno todo, si, otra vez, *me dan* todo magisterial, absoluta y exhaustivamente demostrado a la inversa»;

en fin, la tradición escolástica tomista en uniforme moderno conductista. Importa no obstante todo, señalar antes de seguir adelante que:

> La concepción taylorista de la actividad humana, el conductismo a nivel de psicológía del aprendizaje, y el dogmatismo escolástico de lo absolutamente verdadero o lo falso,

es un todo internamente coherente, consistente: de uno se desprende lo otro... y en última instancia todo eso justifica al capital..., perd ya que estamos hablando de conductismo, no debemos olvidar un primo-hermano suyo: las concepciones *positivistas* sobre el aprendizaje.

Si el conductismo pretende que a cierto estímulo corresponde, *secuencial, falta y unilateralmente,* la acción motora buscada..., el positivismo afirma, digámoslo en términos análogos a lo anterior, que la acción motora

(la práctica) induce, *secuencial, fatal y unilateralmente,* la idea: como dice la filosofía popular, el *mismo* perro con diferente collar. El positivismo es así prototipo de *empirismo, negación de toda «filosofía especulativa,* porque es idealismo filosófico». Pero el pretender lo anterior —conviene juzgar el positivismo por sus consecuencias sociales— pasa (o el proceso no es único, «no interpretable especulativamente», fatal y unidireccional) por considerar que

> no hay las *posibles* experiencias, condicionadas a las *diferentes* posiciones ideológicas, hay la experiencia, la realidad a secas..., lo que lleva en línea recta a considerar *nuestra* realidad como neutra, ahistórica, apolítica, aideológica, de donde se infiere que *nuestra* realidad social... ES, punto. En el marco de esta concepción, subproductos inmediatos de ella son: el culto a la neutralidad de la «ciencia» y la «técnica»: si esto es reflejo lineal de la realidad neutra, ¿cómo pudiera ser de otra forma?: ...lo que es más grave, vayamos ahora a un extremo global, la proclamación de la «inexistencia» (implícita o explícitamente) de la ideología —lógico puesto que sólo es «sombra» de la neutra realidad— y con ello entrega al capital *(incluso en los casos que pretende combatirlo)* de los mecanismos de control del *consenso social;*

conviene, respecto a esto último, hacer una crítica a *ciertas* posiciones progresistas que, implícita o explícitamente, conscientemente o no, manejan la *filosofía* positivista: el llamado culto al espontaneismo obrero. Se pretende, a veces, que sin trabajo prealable, sin combate y lucha de clases a nivel no sólo económico y político sino ideológico, surgirá por generación espontánea del seno del llamado «subjetivismo obrero», toda la nueva sociedad y civilización futura; la *exclusiva* práctica lo hará todo..., no deberá olvidarse aquí las lecciones de un Antonio Gramsci: el espontaneismo en tanto que reflejo automático de la práctica, en la medida que no se cuestione a sí mismo se hará de acuerdo a la llamada filosofía del «sentido común», que *no* es «individual y subjetivo», sino la vulgarización a toda la escala social de las concepciones de la clase social do-

minante. Ningún positivismo puede por ello, a su arbitrio, poner en el archivo del olvido el papel que juega aquí la conciencia de clase, que no es hijo de la espontaneidad empírica sino de una práctica (manual e intelectual..., la separación la introdujo, *hace milenios,* una sociedad *clasista:* el *esclavismo)* larga y penosa.

Es claro que, hoy día las posiciones conductistas no son ya tan fácilmente sostenibles por el capital, se ha investigado ya demasiado desde la psicología hasta el funcionamiento del sistema nervioso central para pretenderlo. Se optará, pues, por defender también otras posiciones más matizadas pero que, en el fondo y en *muchos* aspectos, vuelven a ser la traducción de la taylorización de la actividad humana a nivel de psicología del aprendizaje, a nivel de la concepción de como se aprende... de como *quisiera* el capital que se aprendiera.

Estas nuevas concepciones son más ambiguas y sofisticadas, incluso tienen ciertos rasgos positivos: recordemos al respecto, en conferencias pasadas, mostramos que toda clase social dominante es capaz de asimilar, recuperar, *remodelándolas,* toda concepción ideológica *cuando le conviene* (el separar práctica y teoría siempre permitirá tal cosa).

En este caso está toda la concepción del suizo Jean Piaget y su escuela; su importancia la podemos medir por el dato siguiente: en las últimas dos décadas un buen *tercio* de todo lo publicado en psicología del aprendizaje proviene de esta escuela (da cuenta esto de su importancia, no de la validez de sus concepciones..., no olvidar que hay, en los países *capitalistas* superindustrializados, un *tercio* de los productos nacionales brutos proviene precisamente del *manejo y control* de la Información).

La concepción piagetista es, esquemáticamente, la siguiente:

1. considera, *correctamente* (habremos de ver, en posterior conferencia, la prueba biológica de ello), que el cerebro humano aprende y se desarrolla en interacción con el medio: aprende de él al mismo tiempo lo modifica (y se modifica a sí mismo, debemos añadir..., lo veremos);

2. en este marco considera, *correctamente*, que se aprende. Contra un conocimiento adquirido: de ahí que, a su vez, lo modifique vía la práctica social;

Hasta aquí nada a objetar, es la base de lo que suele conocerse hoy como «aprendizaje activo». El ejemplo más brutal y sencillo resulta, quizá, el más claro:

Se reprime a un individuo, se politiza, se le sigue reprimiendo se radicaliza ...y termina cambiando sus concepciones anteriores y trata ahora de cambiar el medio social.

3. ...pero no acaba aquí el piagetismo (lo anterior, en última instancia, no es mérito exclusivo de esta escuela puesto que ya lo sabían los especialistas, por ejemplo, en neurofisiología cerebral, tendremos ocasión de comprobarlo), *se añade ahora que el cerebro humano, en su desarrollo inicial desde la infancia,* pasa rígida, secuencial, fatal y ordenadamente *por diversas etapas o estructuras «evolutivas» desde los balbuceos instintivos hasta alcanzar (hacia los 13 o 14 años) la capacidad de abstraer lógicamente, esto es,* lógico-formalmente.

Puesto que ya discutimos el significado —vimos que reducible estrictamente a la concepción taylorista humana— de la noción de «evolución única, secuencial y fatal» (y esto en numerosas conferencias pasadas), y del lugar que guarda en todo éste (coherentemente con todo esto) la lógica formal, nos abstenemos de hacer comentarios. Recomendamos los haga el público. Pero, no obstante todo, conviene señalar dos comentarios al piagetismo:

1.er comentario. La pretensión de reducir todo proceso de aprendizaje humano a una cadena secuencial de etapas o *estructuras*, fatales e inevitables, coloca a esta concepción en el seno del llamado *estructuralismo:* se reduce a suponer, si hay que decirlo en una frase, que existen, a pesar de la historia, categorías *inmanentes y metahistóricas...*, de ahí a suponer que las del capitalismo lo son, y por tanto «inevitables», no hay más que un paso; es mi opinión personal que a estas conclusio-

nes «científicas» llegó al piagetismo por haber realizado todos sus trabajos *en* (y condicionado *por)* el rígido medio capitalista avanzado suizo...

...pero etiquetar al piagetismo de estructuralistas advertía el segundo comentario como prueba de la afirmación anterior.

2.° comentario. La concepción piagetista de las «sucesivas etapas o estructuras evolutivas de conformación del pensamiento» se *concretizan* en términos como sigue: en alguna «etapa inicial» adquiere el cerebro la noción de «estructura de *orden*», en una «etapa intermedia» adquiere la noción de «estructura *topológica*», por último —en la cima del pensamiento racional logra adquirir la noción de «estructura algebráica» (grupos de la llamada Algebra Moderna); valga el ejemplo:

Un buen día el niño sólo sabe *ordenar* cubitos, más tarde hace figuras «abiertas» o «cerradas» (nociones *básicas* de la llamada topología) del tipo que sigue (por su falta de control neuro-motor);

«cerrada» «abierta»

...más tarde hace operaciones lógicas, de las que paulatinamente abstrae su contenido concreto (si antes contaba *cubos...* ahora *cuenta a secas),* y que organizará lógicamente hasta llegar «implícitamente» a la noción de «grupo» (conjunto de «elementos en sí» que se relacionan de tal o cual forma).

Ahora bien, *son precisamente las nociones de estructura de orden, topológica y algebraica la base conceptual de la famosa escuela matemática abstracta bourbakista, francesa* (una especie de reedición, a la francesa de la escuela alemana de Hilbert de 1900), escuela que *curiosamente* ejerce una enorme influencia en la educación escolar *suiza* (por ejemplo, en el cantón francés ginebrino). Vale la pena añadir que el bourbakismo [sale del marco de esta conferencia mostrar la *muy estrecha* relación existente entre bourbakismo y piagetismo) reposa sobre un principio filosófico último: la idea absoluta, a partir de la cual todo es lógico-formalmente deducible. A añadir también que *no* es la única escuela matemática: existe la *concepción platónica*

de la teoría de las catástrofes de un René Thom (el mundo es la realización de las formas), el retorno a Leibnitz y sus infinitésimos (retorno al infinito absoluto) con el Análisis no-Standard de un Robison, el positivismo de la llamada escuela neo-intuicionista de un Bishop con su Análisis Constructivo, y así sucesivamente. El mismo Chequet (principal expositor de las ideas bourbakistas), matemático francés, ha reconocido además que el baurbakismo *no* ha logrado aglutinar más que *parte* del saber matemático; mal podría, pues, el bourbakismo-piagetismo, una forma de estructuralismo, pretender explicar todo lo que sucede en el proceso de aprendizaje, bajo base tan endeble.

Hemos insistido en esta última aclaración específica sobre la escuela Piaget, porque, en más de una ocasión, la ideología de la burguesía nós la ha querido presentar como prototipo moderno de explicación de los procesos cognoscitivos cuando que, hemos visto, es sólo una versión sofisticada, en clave bourbakista, del taylorismo.

De todo lo dicho se desprende una conclusión simple, y con ella volvemos a los inicios de esta conferencia: la concepción taylorista de la actividad humana, «propiedad de estructura» del sistema capitalista, se ha filtrado —como bien dice Braverman— a todos los niveles de nuestra civilización.

A tal extremo que hasta la concepción de nuestras *máquinas*, tema de la próxima conferencia, ha sido penetrada por el taylorismo.

NOTA BIBLIOGRAFICA:

Dos obras han sido básicas en la redacción de esta conferencia:

Harry Braverman, *trabajo y capital monopolista*, Ed Nuestro Tiempo, México.

Flavio Cocho, *Actividad, Aprendizaje y Capitalismo*, Editorial Nuestra Cultural, Madrid, en prensa.

DEBATE A LA PRIMERA CONFERENCIA SOBRE ACTIVIDAD Y APRENDIZAJE

El público es muy reducido y la conferencia ha terminado sumamente tarde. Se reduce el debate a una pregunta, pero ésta es interesante:

Pregunta.—...has dado la idea de que ha sido Taylor *un individuo*, el responsable de que toda actividad humana haya sido en el capitalismo fragmentada, descalificada, etc., pienso que no es tanto Taylor o el taylorismo sino la particular división que del proceso de (todo) trabajo hace el capital; además me parece que división del proceso de trabajo siempre ha existido en toda sociedad clasista...

Respuesta.—Varias cosas: (se refiere el sentido del diálogo, no sus términos textuales).

a) No he intentado decir que sea el *individuo Taylor* el responsable de todo lo que ha sucedido, en cualquier actividad humana, en el mundo capitalista de nuestros días... el mismo Taylor, pienso, jamás hubiera soñado hasta dónde sería extrapolada socialmente su particular concepción de volver «eficiente» el proceso productivo industrial.

b) No obstante, todo es la «filosofía de taylor» la que gobierna tanta actividad capitalista de nuestros días, ya que la atomización, etc., de toda actividad en el sistema es condición de supervivencia: lo hace, al sistema, productivamente eficiente, acumula aceleradamente capital, fin último, supremo. De ahí que afirme que «el taylorismo es propiedad de estructura del capitalismo» (básicamente en la era de la automatización, transformación de toda información en mercancía, etc.).

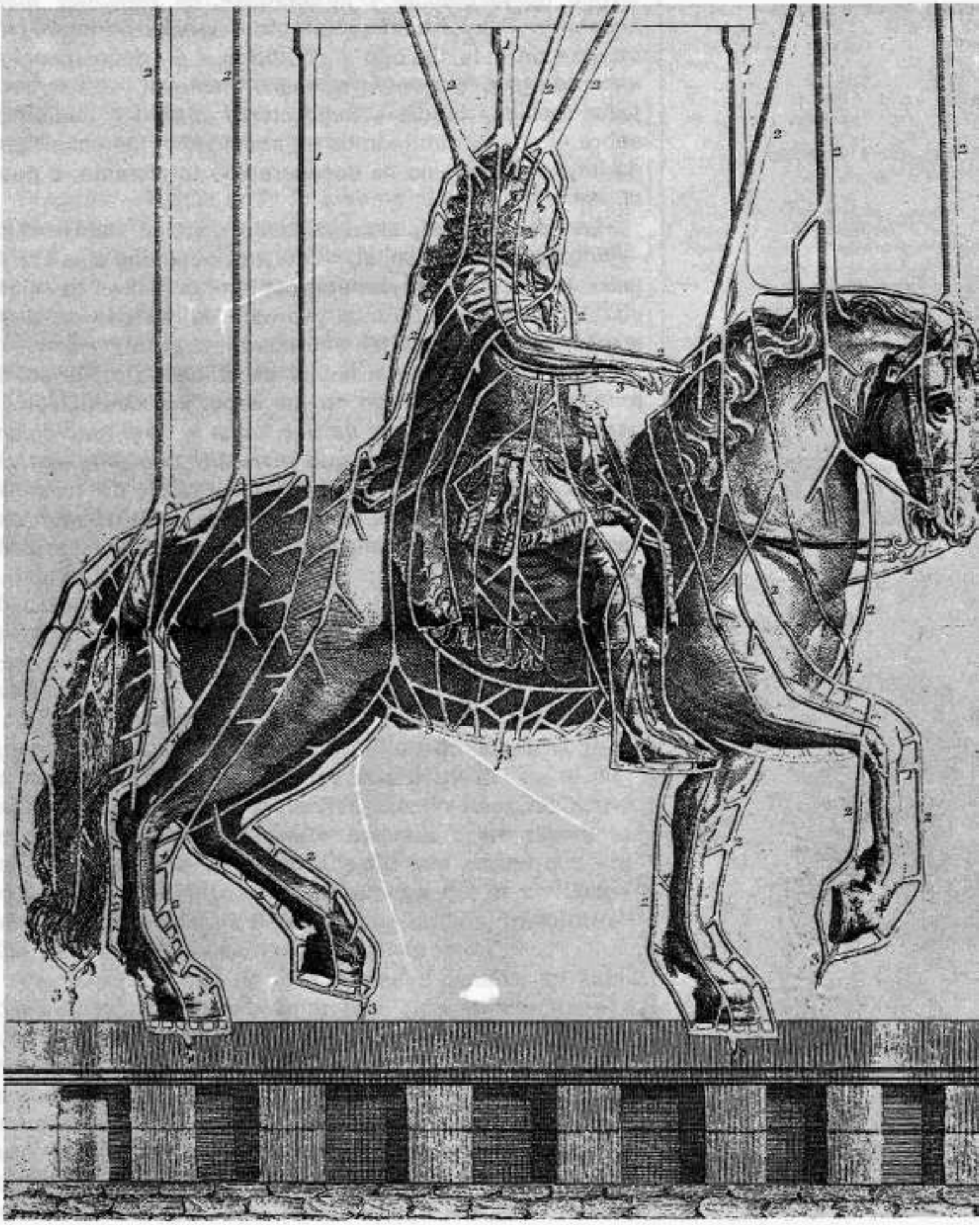
c) Es cierto que en *toda* sociedad *clasista* ha habido división del proceso de trabajo (los «intelectuales» que coordinan... los «manuales» que ejecutan): lo vemos en varias conferencias... pero hoy, en el estadio del capitalismo desarrollado (USA, etc.) insisto en que (con Braverman) hay un cambio cualitativo todavía: la tendencia a la descalificación de *toda* actividad (manual e *intelectual)*, el reducirla a «reflejos automáticos», etc. Esto incluso sale al paso al prejuicio de que «con el des-

arrollo de la ciencia y la técnica», es cada vez más necesario «mayor calificación profesional», es falso. (Al margen de este diálogo y posterior a él, debo mencionar, por ejemplo, que un artesano medieval —un «trabajador manual» feudal— tenía cierto control e iniciativa sobre el ámbito limitado de su actividad..., tal cosa tiende hoy, si es que no ha desaparecido totalmente, a desaparecer).

En resumen: sí, siempre hubo división del trabajo —«intelectual VS manual»— en toda sociedad clasista... pero la «manera taylorista contemporánea», es algo *cualitativamente* diferente y propio del estado de desarrollo del actual capitalismo superindustrial.

d) Es cierto que, al hablar de «filosofía taylorista a *todo* nivel», he insistido en los aspectos ideológicos... *pero es que también se da una lucha a nivel ideológico (de clases)*, y considero que *construir una perspectiva revolucionaria pasa por una crítica radical de todas y cada una de las manifestaciones del capitalismo de hoy*... que no se reducen al nivel económico y jurídico político (Estado).

Flavio COCHO GIL



JUAN CARRETERO

La división capitalista del trabajo en el debate actual marxista

Se puede situar a André Gorz como uno de los pioneros de la crítica contemporánea al marxismo convertido en materialismo vulgar, rompiendo de forma abierta con este «marxismo» dominante, en particular en las últimas décadas del movimiento brero internacional. Su texto *Technique, technicisme et lutte de cla* en las últimas décadas del movimiento obrero interna*sses*, que aquí presentamos (ver «Libros»), apareció en la revista «Temps Modernes» de agosto-septiembre de 1971, y se ha convertido junto con *¿What do bosses do?* de S. Marglin (1974) —del cual el propuio Gorz ofrecerá un avance en 1973—, en *dos referencias obligadas* para cualquier interesado tanto en una crítica radical a la división capitalista del trabajo, como en una crítica a cualquier concepción mesiánica sobre el «desarrollo de las fuerzas productivas».

Los primeros años de la actual década van a marcar un giro general en las posiciones sustentadas por una corriente de autores marxistas, protagonizando algunos de ellos autocríticas sonadas. Autores como Bettelheim

en su prólogo de *Les luttes de classes en URSS, 1917-22* (1974), al cual volveremos a hacer referencia, Christian Palloix en Francia, La Grassa en Italia..., van a avanzar y profundizar en el camino que a mediados de los 60 el grupo de Althusser y Balibar habían comenzado. Se iniciaba una profunda autocrítica marxista dispuesta a revisar radicalmente los postulados teórico-prácticos en que se había sustentado la política de la izquierda, especialmente la de los partidos comunistas europeos.

Desde sus inicios se va a marcar una estrecha unidad entre el avance y profundidad en la crítica de la construcción del socialismo en los países del Este y en especial el de la URSS y el proceso de reflexión sobre la naturaleza y características del proceso revolucionario en los países de capitalismo maduro. La necesidad de acabar-superar en todos los campos con la tradición de la III Internacional se hizo acuciante. Con estos inicios de crisis teórica de este «marxismo» dominante debemos tener en cuenta: el auge de la lucha de masas de los 66 al 69 en Alemania, Francia e Italia; los primeros síntomas de una crisis de acumulación del capital sin precedentes en más de 25 años; el auge de la lucha de liberación del Tercer Mundo, con un ejemplo clave, la lucha de liberación del Vietnam, que junto con la Revolución Cultural China se puede decir que marcaron a toda una generación. Es decir, todos estos elementos dispersos configuraron una globalidad que para muchos fue la vuelta de la «actualidad de la revolución».

Es fácil comprender qué fue lo que alentó a las numerosas escisiones que por esta época sufren los P.C. tradicionales. Se quiso contestar al stalinismo por la izquierda, devolviendo a la clase obrera su protagonismo, se quiso acabar con toda una beatería comunista que bajo el rótulo de «todo por el Partido» ocultaba privilegios escandalosos, se quiso acabar con la inevitabilidad del derrumbe capitalista que servía de tapadera a toda una práctica reformista.

Desde la perspectiva de diez años, y siguiendo a D. Lecourt, podemos señalar: *se quiso, pero no se pudo, ni se supo*. El ciclo que se abrió se está cerrando con la más profunda crisis de todos los partidos a la izquierda de los P.C. tradicionales, y lo que parecía una ver-

dadera crítica de izquierdas al stalinismo ha dado lugar a un gran vacío que ha propiciado una nueva crítica (recordemos el XX Congreso del PCUS) de derechas al stalinismo desde los aparatos de los viejos P.C.: el eurocomunismo. En estas condiciones continuar en la noria infernal de la «crisis del marxismo» es de la más pura lógica. Crisis de la impotencia revolucionaria por encontrar una teoría y una estrategia que hagan posible la revolución proletaria en los países industrializados.

En este «volver a empezar» del Lenin del 1921-22, al que la actual coyuntura histórica nos obliga, hay ya un camino sólido emprendido por diversos autores, entre ellos A. Gorz, sobre la naturaleza de la división capitalista del trabajo, las características del desarrollo económico, el papel de la ciencia y de la información como modernas fuerzas productivas, inicios de una caracterización de clase de los nuevos sectores que surgen del capitalismo maduro, las tranformaciones operadas en la propia clase obrera moderna, por solo dar cuenta de los campos en que Gorz se ha movido últimamente (1) y que el presente artículo junto con su labor desplegada formando parte del Consejo Director de «Temps Modernes» es un buen exponente. Señalemos a modo de complemento a este artículo, *Caractères de classe de la science et des travailleurs scientifiques* (1974). El lector catalán ha tenido oportunidad de conocer su obra *Stretegie ouvrière et neocapitalisme* (1964) en Edicions 62.

El debate al que hemos hecho alusión, no es algo circunstancial ni académico. El papel de las fuerzas productivas y su correspondencia respecto a las relaciones de producción y a la superestructura es un debate central (2) dentro del marxismo y da cuenta de muchos de los fracasos del movimiento obrero en su camino emancipatorio, tanto en los países que jurídicamente detenta el poder, como en los que éste está aún por alcanzar.

Podemos señalar que la corriente economicista dominante ha estado siempre presente en la historia del marxismo, incluso a la muerte de Marx y Engels; los más cercanos discípulos y futuros albaceas de su legado como V. Adler y Kautsky se encargarían de presentar un tipo determinado de marxismo (3), donde las

1) Ver en versión castellana, editorial Laia, *Crítica de la división capitalista del trabajo*, selección de textos y presentación a cargo de A. Gorz, 1977.

(2) Ver la obra de J. M. Vergara *Economía política marxista actual: un panorama*». Universidad Autónoma de Barcelona 1976 fotocopias), donde recoge, agrupa y comenta el debate marxista de estas dos últimas décadas. El tema que nos ocupa es uno de los cinco en que agrupa el debate.

(3) Recordemos las Incidencias con *Introducción a la lucha*

alusiones y argumentaciones de Darwin van a ser más usadas que las del propio Marx y en donde «los resultados recientes del desarrollo económico», es decir el ímpetu del desarrollo de las fuerzas productivas presentaba como inevitable el socialismo, como determinado por el curso de la historia.

Como señala acertadamente A. Gorz al comienzo de su artículo, al señalar la vinculación existente entre este tipo de marxismo y una práctica y concepción política determinada, la II Internacional presenta el marxismo que necesita para su práctica política: si tan irreversible es el proceso material que conduce al socialismo, limitémosnos a favorecer el clima ambiental —estricto respecto a la legalidad burguesa, en su letra y espíritu—, a favorecer las condiciones que aproximen este acontecimiento, y si antes hemos presentado el socialismo como algo humano y racionalmente superior al capitalismo y en el que prácticamente todos estamos interesados, para qué preocuparnos por las convulsivas reacciones del capital, de la activa participación de las masas en la vida social y política, de la profundidad de las transformaciones a operar. Es sencillo ver que «la lucha de clases» independientemente de su uso como adorno literario, cuando se tiene en cuenta, aparece como dependiente y sujeta al «desarrollo de las fuerzas productivas», como un acelerador o un freno, pero nunca como motor, *lo que supone una diferencia radical y cualitativa.*

Este tipo de materialismo vulgar, no dialéctico, tendrá un exponente máximo en lo que se conoce por el stalinismo, lectura del marxismo que desde el aparato institucional de la III Internacional dominaría práctica y teóricamente el movimiento obrero europeo. Herencia, aún no superada no sólo teórica sino principalmente con una práctica alternativa estable. Como señalará L. Coletti (4), el stalinismo ya en sus orígenes va a implicar un corte radical respecto de Marx y Lenin.

Tomemos por ejemplo el comienzo de uno de los libros que más generaciones de revolucionarios ha formado (o deformado, según se mire), los *Fundamentos del leninismo:* «Los fundamento del leninismo... el tema es vasto, para agotarlo haría falta un libro entero, más aún toda una serie de libros», dignas frases de toda

de clases en Francia por parte de Engels, también conocido como su testamento político, en el sentido de las mutilaciones de párrafos sustanciales del mismo por parte de la socialdemocracia alemana de su época.

(4) *La cuestión de Stalin,* L. Colleti. Ediciones Roja, pá na 18.

una concepción cerrada y lapidaria del marxismo y que no recojen más sabiduría que las de aquel hombre que se quejaba de no poder vaciar el río por falta de cubos. Bettelheim en el prefacio señalado sintetiza estas concepciones agrupándolas en tres proposiciones centrales:

— La identificación mecanicista entre las formas jurídicas de propiedad y las relaciones de clase, es decir, la abolición de la propiedad privada de medios de producción, condición necesaria y suficiente para la revolucionarización de las relaciones de producción. De hecho, conceptualmente se están reduciendo las relaciones de producción a un entramado de relaciones jurídicas, susceptibles, por tanto, de ser abolidas por decreto.

— Primacía del desarrollo de las fuerzas productivas, pasando a ser éstas el motor de la historia y en donde las relaciones de producción y la superestructura van a guardar relaciones de causalidad respecto de lo determinante (aunque sea en «última instancia» como señala Althusser). Evidentemente, en los autores más refinados aparecerán los «desajustes», desequilibrios que el proletariado (el Partido) tenderá a ajustar... ¡qué lejos todo esto de Gramsci!, cuando formula las condiciones materiales como el límite de viabilidad de la utopía.

— la posibilidad de estados por encima de las clases y la necesidad de su existencia. Si bien esta formulación hace referencia a Stalin (1936), es una de las tesis más desarrolladas por el actual eurocomunismo desde la óptica de las transformaciones sufridas por el estado, su penetración en la sociedad civil, las funciones sociales que ejecuta, etc.

Donde A. Gorz va a ser especialmente agudo es en su crítica a todas estas posiciones, desde el punto de vista de la crítica a la división del trabajo que el desarrollo capitalista comporta, división que no se va a circunscribir a la fábrica sino que por su propia lógica se extiende a lo «social», es más, diríamos que sólo a partir de unas ciertas condiciones sociales es posible

entender la evolución de ésta, y las recomposiciones de los procesos de trabajo.

De hecho, parte de los teóricos del eurocomunismo y de autores como R. Ritcha, plantean sus proposiciones a partir de la profundidad de los cambios operados en la base económica de la sociedad, en especial en el corazón del capitalismo: la producción y reproducción de plusvalía (fábrica), en donde ciertos elementos como el papel determinante de la ciencia en los procesos de trabajo, la aplicación masiva del automatismo, con su propia lógica interna, los procesos de cualificación y culturación popular, etc., atisban «elementos de socialismo» (5) susceptibles de iniciar (continuar» una dinámica de avance hacia él. Es por esto que las posiciones de Gorz van a ser especialmente importantes, pues es en este terreno «aparentemente objetivo y científico» donde va a llevar el debate (6).

Nos alejaría del tema abordar el papel que está jugando hoy la división capitalista del trabajo, como elemento determinante a la hora de *interiorizar* el irracionalismo de nuestra vida cotidiana, el grado de parcelación y de compartimentación en que nos encontramos, los absurdos del fin de semana, el ocio programado frente a semana de trabajo, la familia nuclear con sus pautas y comportamientos sexuales... elementos de esta crisis de «cotidaneidad» *que tienen su origen y refuerzan* la división capitalista del trabajo, que está dando lugar a este tipo de individuo tan bien definido por Roland Jaccard «Es el hombre de la tecnología fría y los afectos dispersos, el hombre del exilio interior.» Envuelto todo ello por esta democracia parlamentaria actual que nos aparece como la culminación de todo un proceso fetichista de separación de lo público y de lo privado, del individuo y del ciudadano, que tiene en la televisión un medio de incomunicación fundamental para alimentar individuos intransitivos, diálogos intransitivos.

Plantear la subversión de la división capitalista del trabajo implica subvertir los modos de vida, la relación entre las personas, sus formas de agrupamiento, etc. Sólo en esta dimensión totalizadora se puede plantear la superación de la división capitalista del trabajo, en la perspectiva del hombre integral, global, en distinta relación con la naturaleza y con sus medios de produc-

(5) Las alusiones de «elemen tos de socialismo» de uso co rriente hoy en medios euroco munistas hacen pensar más e un «socialismo por entregas, d folletín», que a la rica texis mar xiana que el capitalismo no des aparecerá y será sustituido si antes haber aparecido todas la formas de vida que están impl citas en sus relaciones.

(6) Es abrumador, incluso e una tradición netamente progre sista de izquierda, el no cuestio namiento de la ciencia y de l técnica en sí misma, ni su pro ducción, únicamente su utiliza ción, por ejemplo Fréderic Jolio Curie, Paul Langevin..., y es que en la década de los veint se empezó a configurar una co rriente marxista totalmente al jada de estas posiciones econ micistas; recordemos los do brillantes trabajos realizados po Luckas y Gramsci al *Manual d Materialismo histórico de Buj rin.* Jean Marc Lévy Leblond, e su discurso de recogida del pr mio Thibaud, se puede decir qu alumbra una nueva época; se las secuelas del mayo francé que hizo añicos el estrecho r cionalismo en que el marxism se refugió ya después de la P mera Guerra Mundial.

ción, en definitiva en la perspectiva de «hombre nuevo», del comunismo.

Desarrollo capitalista y procesos de trabajo

El doble movimiento de capital —acumulación, valorización— según se potencie una óptica de productividad o de rentabilidad, *necesita someterse* a un proceso de trabajo. El capital no puede producir directamente plusvalía, necesita transformar una serie de «inputs» en mercancías portadoras de un valor de uso como mediación de su objetivo.

Marx lo define en el capítulo sobre la «plusvalía relativa» como: «El proceso de trabajo es el lugar específico donde la actividad del hombre efectúa... con la ayuda de los medios de trabajo una modificación consciente de su objetivo; el puesto de trabajo es de esta forma el lugar donde se lleva a cabo "el cambio de forma" de los materiales naturales que son transformados en productos asimilables por el hombre: es decir, en valores de uso.»

Sabemos que este proceso de trabajo consta de tres elementos: la actividad propia de la persona (su trabajo), el objeto sobre el que se trabaja y los medios en un sentido amplio del término. A un cierto nivel de abstracción en todo modo de producción se dan estos elementos comunes en el proceso de producción; es una óptica que potencia la relación de la humanidad con la naturaleza. Cualquier autor economista, por ejemplo Oscar Lange, no verá en el desarrollo de las fuerzas productivas más que este tipo de dialéctica. Precisamente Marx en los inicios de los Grundrisse señalará. «Las determinaciones que valen para la producción en general son las que deben ser separadas a fin de que no se olvide la diferencia esencial (entre los diferentes modos de producción) por atender sólo a la unidad.»

Esto le llevará a separar las condiciones generales a toda producción, de las condiciones específicas en que esta producción actúa dentro, en este caso del modo producción capitalista, y esto implica preguntarse por la especial combinación que los distintos elementos del proceso de trabajo adoptan, es decir por las formas

ue adoptan estas combinaciones Marx señalará: «Cuaesquiera que sean las formas sociales de la producción, us factores son siempre dos: los medios de producción y los obreros. Pero tanto unos como otros son olamente, mientras se hallan separados, factores poenciales de producción. Para poder producir en realidad, tienen que combinarse. Sus distintas combinaciones distinguen las diversas épocas económicas de la estructura social.» (7)

Es por esto que el proceso de trabajo está íntimamente ligado a las necesidades de acumulación y valorización del capital por un lado, y a la evolución de las formas de la división del trabajo por otro, como reflejan las transformaciones que ha experimentado el proceso de trabajo dentro del modo producción capitalista, definido por Marx como el período histórico que va de la *sumisión formal* de los procesos de trabajo al capital, hasta su *sumisión real*, en otros términos, del tránsito de la hegemonía de la extracción de la plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa.

Estas grandes transformaciones: cooperación simple, manufactura, gran industria, con su culminación a principios de este siglo en el taylorismo y el fordismo para empezar a introducir el automatismo después de la Segunda Guerra Mundial, van a estar sometidos y orientados por la necesidad de generar plusvalía, es decir que el proceso de trabajo *es también y fundamentalmente* un proceso de producción de plusvalía:

«El proceso de producción es la unidad *inmediata* entre el proceso de trabajo y el proceso de valorización, tal como su resultado inmediato, la mercancía es la unidad *inmediata* entre el valor de uso y el valor de cambio. Pero el proceso a su vez en cuanto tal es esencialmente *producción de plusvalía*, esto es, *proceso de objetivización del trabajo impagado*. De esta suerte se halla determinado especialmente el carácter global del proceso de producción.» (8)

La extracción de plusvalía no es un problema *sola ni fundamentalmente* técnico, es un problema político, es decir, depende de la capacidad que tenga el capital para extraer este plustrabajo y de la evolución histórica de los procesos de trabajo —en donde *la forma* la revisten las diversas combinaciones de sus elementos y

(7) Carlos Marx, *El Capital*, tomo 2, pág. 37. Fondo de Cultura.

(8) Carlos Marx, *El Capital*, t mo 2, cap. Inédito (VI), pág. 2 Siglo XXI.

en donde la división del trabajo objetiviza la anterior combinación es la resultante de esta lucha de clases, es decir, son las relaciones de producción las que cuenta y orientan estos cambios, en las condiciones de producción, y las que de hecho «totalizan y concretan» (9) al capitalismo; es por ello que no podemos conservar nada de estas relaciones en el socialismo, pues están marcadas por el carácter de clase que las hace posible.

Así, no es «el progreso técnico», el azar el que ha hecho que todo haya evolucionado para despojar al productor directo de *hasta su oficio*, que haya sido parcelado hasta límites de locura (10), que sus relaciones con la máquina sean de servidumbre. Recordemos que ya Gramsci señaló que si algún milagro se producía cada día es de que un obrero taylorizado pudiese seguir pensando.

La lucha por superar el *límite físico y político* que opone el obrero a la mayor extracción de plusvalía explica lo más fundamental del desarrollo de la ciencia y de la técnica dentro del capitalismo, se le parceliza para desarmarlo, para su plena sustitución. La división capitalista del trabajo no es más que la búsqueda de eliminar subjetividades (autonomía del obrero) en el proceso de trabajo.

¿Es raro que autores como A. Gorz, Benjamin Coriat, Betthelheim... lleguen a formular *explícitamente* que existe un desarrollo específico de las fuerzas productivas dentro del capitalismo?:

«(Los autores de la Nouvelle Critique) no pueden admitir más que una sola forma del desarrollo de las fuerzas productivas: el modo capitalista, basado precisamente en la *acumulación de capital*. Por consiguiente, no pueden concebir que los trabajadores chinos, liberados de las trabas de la dominación del capital y dominando cada vez más, la técnica colectivamente (uniéndose a los técnicos, pero negándoles una posición dominante) hayan encontrado lo que los clásicos del marxismo habían previsto: la vía socialista del desarrollo de las fuerzas productivas, una vía que permite el pleno resurgimiento de la capacidad productiva e innovadora de las masas trabajadoras.» (11)

No es el problema preguntarnos qué hacer con el excedente de una sociedad, sino de averiguar *cómo* se

(9) Término e idea recogidos de la II Conferencia de M. Sacristán (1971), reproducidas recientemente por «Argumentos» en su número de noviembre de 1977. Hay traducción en catalán en «Nous Horizonts».

(10) Es sorprendente un argumento usado por escritores de influencia eurocomunista que para justificar su alianza «fuerzas del trabajo y de la cultura». Lo basan en el efecto tijera (convergente) que produce «el desarrollo de las f.p. y en especial la aplicación de la ciencia como f.p. directa» respecto a una mayor cualificación del obrero y a un acercamiento del técnico a la producción, y esto lo dicen cuando en Valencia la Ford produce en cuatro meses un producto de alta tecnología, con obreros arrancados del campo y con un importante sector de analfabetos. Al fin y al cabo hacen verdad las propias palabras del viejo Ford: «He conseguido no notar en la producción la diferencia entre un joven de 20 años y un tullido». Acaso el sistema escolar no se resiente de arriba a abajo de esta crisis. ¡Quién se cree hoy que la enseñanza obligatoria y gratuita sea aún hoy una necesidad del capital, y no un logro histórico, que, por cierto, pone condiciones más difíciles para la valorización del capital! Cuando los procesos de descualificación masiva y recualificación selecta empiezan a ser conocidos, comentarios como los señalados sólo hacen pensar en el desconocimiento de lo que es una fábrica moderna.

(11) Citado de Bettelheim por B. Coriat en *Ciencia, técnica y capital*, pág. 85, Ed. Blume.

genera este excedente, pues en el cómo ya está contestada en cierta medida la primera pregunta. Lo menos que se puede decir de las posiciones mantenidas por los marxistas vulgares es que echan por la borda la experiencia descomunal del fracaso en la construcción del socialismo en la URSS. Si queremos acabar con las clases sociales, acabemos con las condiciones de su reproducción, revolucionaricemos las relaciones de

producción, y en especial la división capitalista del trabajo, «lugar» donde se insertan, afirman y reproducen las clases.

Para qué sirve, y en el límite del ejemplo, un técnico que proceda de la clase obrera, de ideología comunista con sueldo similar al de un especialista, que en verano recoja zafra y que hasta se manche las manos de vez en cuando en la producción, si cuando está en el proceso de producción actúa como técnico burgués, es decir, manteniendo la división entre el trabajo manual e intelectual, si sigue encontrando *natural* esta división si todo su trabajo no va orientado precisamente a negarse como técnico, a desmitificar cualquier resquicio de objetividad ycientifismo a esta escisión-oposición que dentro del trabajo social ha abierto y profundizado la división capitalista del trabajo (es precisamente uno de los elementos que caracterizan el período histórico de la sumisión formal a la real, antes señalada) usando de la conversión del trabajo complejo en muchos trabajos simples como el elemento material que alimenta la división social entre el trabajo manual y el intelectual.

Pero todo es dialéctico, hasta el horror del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas tiene un lado positivo. No se trata de hacer terrorismo y oponerse al progreso o negar que nada de la burguesía nos sirve. No es la juventud de Marx lo que le hace alabar al capitalismo en el Manifiesto comparándolo con modos de producción anteriores, sino porque su desarrollo está preñado de contradicciones, que han llevado incluso al límite la del hombre con la naturaleza y en donde la opresión se ha convertido en cotidiana. No negamos el carácter progresivo que tiene la constante revolucionarización de las fuerzas productivas en el M.P.C. Cogiendo el mundo como es y no como quisiéramos, «Marx ha arrancado de esa concepción del maquinismo como fuerza productiva revolucionaria —concepción que hace tan implausible la lectura marcusiana del marxismo— para trazar la perspectiva histórica y política del movimiento obrero inspirado por él» (12). Sólo esta perspectiva abolición-superación de la división capitalista del trabajo permite una concepción seria de avance hacia el comunismo.

(12) Obra citada de M. Sacristán, pág. 42 de «Argumentos».

No obstante, los debates y las posiciones políticas siempre tienen una dimensión histórica y hoy este debate se da en unas condiciones en que son hegemónicas dentro de la izquierda las concepciones economicistas del marxismo, y lo que es peor en la práctica diaria del movimiento obrero desde hace muchas décadas y en muchos países. Hoy el sindicalismo se encuentra encerrado en una lucha reivindicativa (por la distribución) sin más horizontes. El movimiento consejista ya hace años analizó la esencia reformista de todo sindicato, pero ésta se ha visto acentuada en los últimos tiempos, parodiando que el socialismo se iba a imponer por ofrecer mejores coches que los del capitalismo, parodiando: «en el socialismo se consume mejor».

Lo anterior se ve muy parcialmente modificado por la introducción de la nueva política sindical italiana, que a través de la austeridad pretende introducir una reforma moral e intelectual dentro del movimiento obrero que separe a éste de la escala de valores burgueses. Tal posición, independientemente de la terminología, *no hace más que encubrir una política defensiva sin precedentes del eurocomunismo* puede la parodia del actual y nuevo reformismo es que no tiene nada que reformar, a lo sumo mantener. Basten las posiciones sobre la productividad de los dirigentes sindicales del P.C.I. (ver a Gorz en este punto del concepto de productividad), sobre las atribuciones en la organización del trabajo por parte del capital. Difícil reforma moral es ésta que en la práctica y ¡cuándo se dan las contrapartidas! *empieza fuera de la fábrica*, afirmando dentro la autoridad del capital, pues cómo si no se aumenta la productividad de que nos habla la patronal. ¿Se sabe algún otro sistema para el capital que no sea: desvalorizando aún más la fuerza de trabajo (t_n), descendiendo sus costes de reproducción, eliminando porosidades [variando la relación (T/t_v)] (13)¿ Lo que representa en palabras corrientes aumentos de intensidades y ritmos, mayor disciplina, e incluso en el caso del estado español, una disciplina más objetivizada, más determinada por la cadencia general técnica que la sostenida actualmente por medios «exteriores» al propio proceso, descenso en los costes del sector público en campos como la enseñanza, la sanidad, etc., es decir ¿qué reforma moral se puede

(13) La terminología emplead
es T=duración aparente del Tr
bajo.

tn=tiempo necesario para l
reconstrucción de la fuerza d
trabajo.

tv=tiempo de travajo soci
abstracto aplicado a la produ
ción.

La diferencia T—tv le llam
mos «porosidad» de la jornad
campo especialmente idóneo p
ra la «organización científica d
trabajo». Terminología extraíc
de Christian Balloix citando
Aglietta.

hacer en la sociedad cuando en la fábrica aceptamos la más feroz racionalidad del capital? Es más, pensamos que como marxistas no tienen sentido estos desgajamientos de la sociedad civil.

En el estado español los elementos de contrapartida *fuera* de la fábrica se ven acentuados por la situación en que se encuentran aspectos como la seguridad social, el sector público, etc., en un intento de normalizar el capitalismo español, de andar un camino europeo, camino que precisamente empiezan a desandar estos países de capitalismo avanzado.

Ni subvaloramos todos estos elementos dentro de una estrategia global, ni pretendemos entrar en los contenidos de esta discusión; sólo denunciar una política de renuncias, en donde la democracia parece más un «impuesto por la democracia» para la clase obrera. Denunciamos una concepción de la crisis económica actual sumamente idealista, pues no va a ser acentuando las contradicciones del capitalismo como saldremos pacíficamente de él.

Pensamos que la actual situación ha sido bien caracterizada cuando se ha señalado como de «disyuntiva histórica», en donde las condiciones de acumulación y valorización están tan afectadas que sin una gran derrota política de la clase obrera que abriese posibilidades para imponer el modelo que realmente necesitan y quieren, no se va a recomponer el proceso de acumulación. Pactos como los de la Moncloa a lo sumo hacen ganar el tiempo que necesitan las principales clases para acumular (o desacumular, según quien marque la iniciativa) fuerzas (14), no hay caminos intermedios. Es evidente que el razonamiento contrario, la victoria de una alternativa civilizatoria, es posible y ésta sólo podría ser la de la sociedad comunista, cada vez menos como un objetivo estratégico, largo, decorativo.

Volviendo a nuestro punto, en un momento que la hegemonía ideológica y práctica está del lado reformista, es lógico y ¡hasta marxista! que en el debate sobre la relación de las F.P.-R. de P. nos decantemos por uno de los polos de la contradicción de forma clara, por miedo a que mucha matización oculte lo nuevo.

Acentuaciones excesivas se encuentran en artículos como los de Marglin cuando ve proletarios incluso en el

(14) Es interesante cómo en la correspondencia de Marx y Engels se sitúa este problema y se es consciente que en ciertos momentos se está acentuando más unos aspectos que otros.

antiguo Egipto. Son consideraciones importantes para entender el debate actual en este campo. Por un lado los críticos radicales de la división capitalista del trabajo, que basan sus análisis en el papel dominante de las relaciones de producción respecto a las fuerzas productivas, que cuestionan la no neutralidad de la ciencia y del desarrollo económico, no forman un bloque homogéneo, presentando en otros campos serias diferencias a nivel teórico e incluso a nivel de militancia.

Por otra parte nos parece incorrecta la posición de los que a partir de ciertas acentuaciones excesivas pretenden generalizar la crítica a toda esta corriente de autores, *o que ponen a un mismo nivel* de error los excesos de, por ejemplo R. Ritch y los posibles de B. Coriat, deduciéndose un fácil y cómodo punto medio.

Un ejemplo positivo sobre lo señalado (sin estar de acuerdo en su totalidad) nos lo parece la crítica de R. Milliband al libro de Bettelheim sobre *La lucha de clases en la URSS, 1917-23*, señalando lo fácil que es explicar el fracaso de casi todo un siglo de revoluciones a partir de un solo concepto: el economicismo, y de peligros que entraña usar como elemento explicativo de todo a la lucha de clases, lo que es a la vez contradictorio con la tendencia a explicar la historia a través de personajes (en este caso Lenin).

Como ejemplo negativo tomemos el artículo reciente de J. Sempere en C.A.U. de noviembre-diciembre de 1977, refiriéndose al libro de Coriat, que conjuntamente con el de Magaline son dos pilares de estas posiciones:

«Coriat, por ejemplo, en su polémica contra la idea de neutralidad de la técnica, liquida la autonomía relativa de la esfera productiva respecto a la lucha de clases. Sin embargo, no puede ignorarse que cualquier fuerza productiva además de expresar una relación social (capitalista-obrera, por ejemplo), expresa una relación hombre-naturaleza, con sus leyes propias. La tesis de la no-neutralidad de la técnica, llevada a su extremo, entraña por otra parte una dificultad lógica si queremos seguir moviéndonos en el campo del marxismo: es incoherente con la tesis marxista de que los cambios sociales se producen por la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.»

Hemos extendido la cita por representar de una forma muy elaborada, matizada la posición a que hacíamos alusión más arriba.

¿Qué quiere decir «autonomía relativa de la esfera productiva» respecto a la lucha de clases? Esfera productiva parece señalar: donde se produce. Pero hemos visto que para producir cualquier sociedad se ve obligada a someter un proceso de trabajo, en donde medios, objeto y productor entran en especiales combinaciones, en *formas* especiales.

Las fuerzas productivas (en este sentido proceso de trabajo) separadas de las relaciones de producción, tienen el mismo sentido que hablar de un proceso de trabajo para producir valores de uso, y otro para producir valores de cambio.

Lo que determina las distintas estructuraciones de las fuerzas productivas son las relaciones de producción. Precisamente en el modo de producción capitalista la constante revolucionarización de las fuerzas productivas es una de sus características más fundamentales, y esto, porque hay una clase social: la burguesía para la que sus intereses de acumulación ampliada pasan por la constante revolucionarización de estas fuerzas productivas, lo que logra a través de las relaciones de producción por la que impone, transforma y reorganiza incesantemente los procesos de trabajo, buscando aquellas combinaciones que hagan más productivo el trabajo humano, dada una correlación de fuerzas determinada.

Parece claro que no podemos poner a un mismo nivel las dos determinaciones que se presentan: ¿qué es lo que da cuenta de forma determinante de la evolución de las fuerzas productivas, los intereses del capital incrustados ya en su propia configuración, o la dialéctica que guardan estas fuerzas productivas con la naturaleza? Si J. Sempere se refiere a una «autonomía relativa» de la esfera productiva respecto a la naturaleza, estaríamos de acuerdo, pero al referirse a la autonomía respecto a la lucha de clases es evidente que estamos en desacuerdo, pues la esfera productiva es ya una unidad dialéctica que en lo fundamental está expresando los intereses del capital y la relación de fuerzas que se establecen con el objetivo de imponerlos.

No basta con señalar estas dos dialécticas dentro de una fuerza productiva singularizada, sino que se deben presentar relacionadas ya que es así como aparecen. El grado de oposición antagónica que actualmente adopta la ciencia y la técnica respecto a la naturaleza es un buen ejemplo y señala cómo las necesidades de acumulación-valorización del capital en el estadio actual del M.P.C., pasan por la sumisión de las F.P. en su relación con la naturaleza a las F. P. como relación social. Marglin en el artículo citado señala claramente con este comentario lo dominante: «No fue la máquina de vapor la que nos proporcionó el capitalismo, sino el capitalismo el que engendró la fábrica de vapor.»

No se critica, ni se pretende subvertir cualquier división del trabajo, sino lo división capitalista del trabajo que introduce elementos específicos, y por consiguiente transitorios, a la división del trabajo preexistente al capitalismo. Para la producción de mercancías es condición imprescindible la división del trabajo, pero el argumento inverso sería incorrecto. Por consiguiente se puede tener una posición totalmente radical frente a la actual división del trabajo, negándonos a aceptar que la misma sea debida al desarrollo técnico, sin caer en el idealismo de que en el comunismo ninguna división existirá, aunque sea sólo por señalar la que parece más lógica de la división del trabajo social en ramas productivas.

En resumen pensamos que este debate que apenas hemos esbozado aquí, es uno de los centrales en el debate actual marxista e indudablemente se dista mucho de haberse llegado a una cierta síntesis de envergadura. No obstante el camino emprendido por esta serie de autores que hemos catalogado de críticos radicales a la división capitalista del trabajo, empieza a ofrecer explicaciones profundas no solo de «lo sucedido» en los países del Este, sino también de la naturaleza de las contradicciones en nuestro capitalismo avanzado. Cuanto menos, en el campo del materialismo histórico han restituido a su justo papel el concepto de lucha de clases, que si bien no lo explica todo, como nos recuerda Miliband, sin él no se puede explicar nada.

Juan Carretero

CHRISTIAN PALLOIX (1)

El proceso de trabajo. del Fordismo al Neo-fordismo.

El análisis de la evolución histórica del proceso de trabajo, de las formas complejas de su organización actual, y el intento de prevenir posibles evoluciones ulteriores, requiere partir de una *definición* previa del proceso de trabajo, así como de su *posición* en el seno del sistema productivo y del movimiento del capital.

El *proceso de trabajo* se define como el proceso por el cual se transforman *materias primas*, o *entradas* en general, en *productos*, con un valor de uso, proceso que combina tres elementos:

— la actividad personal del hombre, o *trabajo*, que se pone en práctica como *fuerza de trabajo;*
— el *objeto* (materias primas, productos semi-elaborados, etc...) sobre el que actúa el trabajo;
— el medio (o los medios, por lo general en forma de herramientas y de máquinas cada vez más complejas) a través del cual actúa el trabajo.

(1) El autor agradece la eficaz colaboración de B. Coriat, J. Perrin y R. Tiberghien para la discusión y redacción de este libro.

La evolución histórica del proceso de trabajo se da como un proceso ligado:

— por una parte, a la evolución del sistema productivo (o modos de organización de la producción) y del movimiento del capital (movimiento de acumulación y movimiento de valorización del capital);
— y por otra parte, al incremento de las formas de división del trabajo, tanto en el seno del colectivo de trabajadores (trabajo complejo/trabajo simple, división del trabajo por tipo de actividad, etcétera...) como en el seno de las relaciones sociales (trabajo intelectual/trabajo manual, etc...).

En primer lugar, la aprehensión del proceso de trabajo depende de la forma de aprehender el sistema productivo (o modos de organización de la producción) correlativamente al movimiento del capital.

Designamos por sistema productivo los modos de organización de la producción de los valores de uso y de las mercancías, efectuándose esta organización bajo un doble reagrupamiento de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en *sectores productivos* y en *ramas industriales*. El sistema productivo se limita a traducir materialmente, en lo que se refiere al proceso de trabajo, las exigencias del movimiento del capital.

El análisis del movimiento del capital evidencia la dualidad de tal movimiento (dualidad que refuerza la división del sistema productivo) que se expresa como proceso de *valorización* del capital y como proceso de *acumulación* del capital. Por valorización del capital se entiende el efecto que ejerce la reducción de la ganancia sobre la *inversión* en vectores constituidos de capitales individuales por una parte, y sobre el *comportamiento* del movimiento de puesta en valor de estos capitales individuales, por otra; la valorización expresa las condiciones de *eficacia* y de *rentabilidad* de los capitales colocados en las diversas ramas del sistema productivo.

La acumulación del capital expresa las exigencias del movimiento de las condiciones de producción con relación a la emergencia de un sobreproducto o excedente

o plusvalía, desde el punto de vista de la colocación del capital para producir *nuevas* condiciones de producción de la plusvalía de forma extensiva o intensiva; la acumulación del capital se refiere a las condiciones de *productividad*.

A la valorización del capital corresponde una división del sistema productivo en *ramas industriales*, productoras de «mercancías». A la acumulación del capital corresponde una división del sistema productivo en sectores productivos, productores de «medios» (bienes de producción, bienes de consumo) en cuanto a la formación de sobreproducto o plusvalía.

La producción del sobreproducto, así como la producción de las mercancías, combina los procesos de acumulación y de valorización del capital con el proceso de trabajo; según se siga un enfoque u otro, el de valorización o el de acumulación, se privilegiará un aspecto u otro del proceso de trabajo. Este ocupa un lugar central tanto en lo que se refiere al sistema productivo como en lo que se refiere al movimiento del capital; está estrechamente ligado a ambos y los especifica. Tanto el sistema productivo como el movimiento del capital están deliberamente dirigidos, orientados hacia el proceso de trabajo, auténtico «corazón» de la economía, es decir, hacia los elementos constitutivos de este proceso y su combinación específica y particular. Toda forma de sobreproducto supone cierta combinación de elementos del proceso de trabajo y de su inserción con relación al sistema productivo y al movimiento del capital: por ejemplo, toda producción de plusvalía de forma extensiva pone en marcha un proceso de trabajo caracterizado por el aumento del tiempo de trabajo aplicado a la producción (aumento de la duración del trabajo y de la intensidad del trabajo) lo que produce una serie de efectos tanto sobre la estructuración del sistema productivo como sobre el movimiento del capital. Igualmente, toda producción de plusvalía de forma intensiva establece un proceso de trabajo caracterizado por el aumento de la productividad del trabajo, lo que exige modificaciones importantes en lo que se refiere al sistema productivo y al movimiento del capital, esto se comprueba fácilmente sólo con tener en

cuenta, por ejemplo, las exigencias que plantearía un proceso de trabajo basado en el automatismo.

El proceso de trabajo, en tanto que «corazón de la economía» en sus interferencias con el sistema productivo y el movimiento del capital, no está aislado del conjunto de las relaciones sociales en la medida en que supone que su propio desarrollo está necesariamente correlacionado con la *división del trabajo* en el sistema capitalista.

El famoso ejemplo de la manufactura de alfileres de Adam Smith subraya la necesidad capitalista del principio de la división del trabajo, de la parcelación de las tareas en el propio seno de la actividad capitalista de producción. No obstante, este principio de la división de las tareas en el sistema capitalista se ha extendido al conjunto de las actividades sociales, participando de una división social del trabajo, especialmente de una división en ramas del sistema productivo, donde los procesos concretos de trabajo se diferencian entre sí dentro de la articulación «división de tareas en la actividad productiva de una mercancía-división social del trabajo en ramas coincidiendo con la diferenciación de las mercancías producidas e intercambiadas». Combinando todo ello con una diferenciación de los procesos de trabajo se asiste a la separación de trabajo complejo y trabajo simple (2), base de una jerarquización del *trabajo* en el proceso de trabajo, de una jerarquización de las remuneraciones y, al mismo tiempo, fundamento del principio de jerarquización dentro de la empresa, es decir, fundamento del propio proceso de trabajo.

El auge de la estratificación de las capas sociales y de su reagrupamiento en clases tiene lugar en el curso progresivo de la división del trabajo; la existencia de clases sociales diferenciadas supone una división pronunciada del trabajo, articulada con el proceso de trabajo en lo que se refiere al sistema capitalista.

Es más, la sumisión y la extensión del proceso de trabajo a la lógica del sistema capitalista no sólo requiere una división del trabajo *en* la actividad productiva y una división social, sino también en las relaciones sociales, con la separación entre trabajo intelectual/trabajo manual (3) que refuerza y sirve de apoyo a la separación trabajo complejo/trabajo simple, con

(2) Cf. Ramón Tortajada: *réduction du travail complexe travail simple* (La reducción trabajo complejo a trabajo si ple), Grenoble, Tesis comp mentaria, 1974.

(3) Cf. Yannick Maignien: *division du travail manuel et tellectuel*, Francois Maspero, rís, 1975.

efectos importantes sobre la cualificación/descualificación de los trabajadores: «sí, en la división tecnológica, el trabajo intelectual y el trabajo manual están sometidos a la misma ley general de máxima extracción de sobretrabajo con el mínimo de fuerzas individuales de trabajo, esta misma ley produce efectos contradictorios sobre el trabajo intelectual y manual: mientras conduce a la máxima descualificación al mayor número posible de trabajadores manuales, cualifica al máximo una proporción, lo más pequeña posible, de trabajadores intelectuales (Y. Maignien, p. 67).

EVOLUCION HISTORICA DEL PROCESO DE TRABAJO

La evolución histórica del proceso de trabajo ha sido jalonada por determinado número de fases, ligadas a las modalidades particulares de producción del excedente: la cooperación, la manufactura, el maquinismo y el advenimiento de la fábrica, cuya evolución culmina en el taylorismo y el fordismo, la automatización (4) que constituye hoy en día el interrogante sobre las posibles evoluciones del proceso de trabajo en el capitalismo contemporáneo.

De todas formas, sería ilusorio abordar la evolución histórica del proceso de trabajo al margen de su relación con las modalidades de producción del sobreproducto o excedente, tanto en la acumulación extensiva como en la acumulación intensiva.

PROCESO DE TRABAJO Y PRODUCCION DE SOBREPRODUCTO

Históricamente han aparecido dos formas particulares de excedente o sobreproducto dentro del sistema capitalista. Se trata de formas combinadas, pero sus fases históricas están marcadas por la dominación sucesiva de cada una de ellas, es decir, el excedente extensivo y el excedente intensivo (5), que corresponden, evidentemente, a las fases de acumulación extensiva y, después, de acumulación intensiva del capital.

(4) Michel Freyssenet, *Le processus de déqualification - surqualification de la force de travail*, Paris, C.S.U., 1974, distingue también estas cuatro grandes fases históricas, pero como fases de «división del trabajo», confundiendo «proceso de trabajo» y «división del trabajo» (página 26).

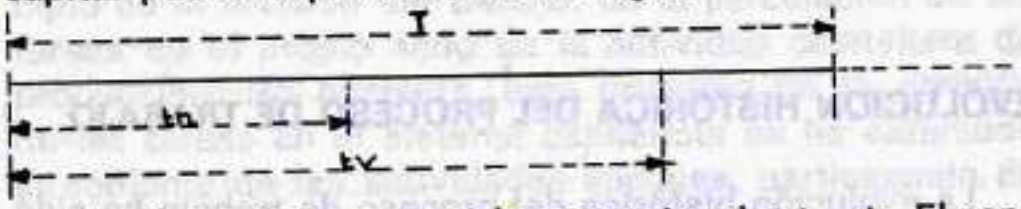
(5) El excedente extensivo designa la plusvalía absoluta y el intensivo la plusvalía relativa.

La producción del excedente intensivo (6)

Si denominamos:

— T, a la duración aparente del trabajo o tiempo de producción;
— t_n, al tiempo necesario para la reconstitución de la fuerza de trabajo;
— t_v, al tiempo *social* abstracto aplicado a la producción.

El esquema de aplicación de la fuerza de trabajo en el proceso de trabajo como proceso de valorización del capital puede expresarse como sigue:



El sobretrabajo, o excedente, es igual a $t_v - t_n$. El rendimiento de la fuerza de trabajo (e), puede expresarse:

$$e = \frac{t_v - t_n}{t_n}$$

La diferencia entre T y tv expresa cierta «porosidad» del proceso de trabajo; como explica Jesús Ibarrola: «Las jornadas de trabajo han seguido siendo durante mucho tiempo jornadas relativamente porosas, compuestas por momentos muy densos, es cierto, pero también por momentos de calma (por ejemplo, al término de un proceso de trabajo, el momento del reinicio, durante el mantenimiento).

Por su propia naturaleza, la máquina elimina sistemáticamente la porosidad...» (7).

La introducción histórica del maquinismo tiene por objeto, en su origen, aumentar la intensidad del trabajo (aumentar t_v) y no tanto la productividad del trabajo, mediante la disminución de t_n.

El tiempo $T - t_v$, empleado por la fuerza de trabajo, y que no crea excedente, no es indisociable de la producción de este excedente y de la organización del proceso de trabajo. Todo movimiento de las condiciones de producción tiene por objeto la transformación del proceso de trabajo a fin de aumentar el rendimiento de la fuerza de trabajo, es decir, la tasa de excedente. Esto puede lograrse mediante:

(6) Utilizo aquí la formalización desarrollada en la tesis de Michel Anglietta: *La regulation du mode de production capitaliste dans la longue période. Exemple des Etats-Unis*. Tesis de Doctorado, París, I, noviembre 1974, 738 páginas.

(7) Jesús Ibarrola: *Histoire du travail et des mouvements sociaux*. Curso de 1974-75 publicado en la Université des Sciences Sociales de Grenoble, tomo I, págs. 120-121.

— la disminución de t_n;

— el aumento de t_v, ya sea sin ninguna modificación de la *relación* de t_v con T (es decir: aumento de T que se traduce por aumento de t_v), ya sea modificando la relación de t_v con T (es decir: aumento de la relación de t_v con T).

Con la disminución de t_n aparecen los mecanismos de producción del excedente intensivo, mientras que el aumento de t_v designa los procedimiento de producción del excedente extensivo.

— Históricamente, la producción del excedente en forma de excedente extensivo, se ha obtenido aumentando la duración aparente del trabajo T, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX. Al tener en cuenta la organización de la clase obrera y el contenido histórico de la lucha de clases, el movimiento de las condiciones de producción ya no se lleva a cabo hoy en día, en lo esencial, mediante el aumento de la duración aparente del trabajo.

— La forma dominante de la producción del excedente extensivo se obtiene hoy en día mediante la modificación de la relación t_v/T, en el sentido de aumentarla. La organización del proceso de trabajo, para lograr un resultado semejante, se expresa en *la intensidad del trabajo,* donde se trata de subordinar el empleo de las fuerzas al *movimiento* más o menos continuo del sistema de las másquinas, tanto en la organización fordiana de la producción en masa y sus formas actuales de evolución (recomposición de las tareas industriales), como en la organización de la producción automatizada en masa, aunque hoy en día la organización *mixta* del proceso de trabajo evoluciona hacia una *combinación* de estas dos grandes formas de organización del proceso de trabajo.

La intensificación del trabajo suprime los tiempos de no-rendimiento de la fuerza de trabajo en el proceso de trabajo (8) y por tanto impulsa la producción del excedente extensivo; pero esta forma de producción del excedente extensivo, ligada a la producción en masa, está por tanto *correlacionada* con la producción del excedente intensivo. No obstante, los límites a la produc-

(8) Cf. Michel Anglietta, *op. cit.*, pág. 23: «La aceleración del ritmo de los gestos realizados por cada trabajador está ligada a la simplificación de la naturaleza de estos gestos y a su mejor coordinación dentro del colectivo de trabajadores».

ción del excedente extensivo están constituidos por la resistencia de la clase obrera al aumento de los ritmos.

La producción del excedente intensivo

En un modo de producción capitalista *acabado, constituido,* la producción del excedente intensivo mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario para la reconstitución de la fuerza de trabajo (disminución de t_n) depende entonces en lo esencial de la producción de mercancías producidas por el sector de bienes de consumo y destinadas al mantenimiento de la fuerza de trabajo, depende por tanto, de las *relaciones* en el seno de la acumulación del capital entre el sector de bienes de producción y el de bienes de consumo. Se trata entonces del aumento de la productividad del trabajo en consideración al desarrollo de las fuerzas productivas (mecanización del trabajo) teniendo como consecuencia el aumento de la composición orgánica del capital y lo que ello implica respecto a los mecanismos de la acumulación y respecto a las relaciones entre los sectores productivos 1 y 2. Efectivamente, la economía de las fuerzas de trabajo que participan en la producción (disminución de t_n) se traduce en un alza de la composición orgánica del capital que se expresa en transformación de la composición técnica, lo cual impulsa la necesidad de la producción de medios materiales de producción y esto conduce a la preeminencia del sector de bienes de producción. Pero el sector de bienes de consumo cubre por sí solo y de manera frontal el mantenimiento de la fuerza de trabajo, y ha sido necesario que el sistema capitalista desarrollara, incluso en el seno de un desarrollo desigual, el sector de bienes de consumo con las contradicciones que se desarrollan entre sector 1 y sector 2. Paradójicamente, el modo de consumo en masa está íntimamente relacionado con la economía de las fuerzas de trabajo (disminución de t_n) para la producción del excedente intensivo, lo que ha obligado al capitalismo a *situarse* de manera decisiva a favor de este modo de producción del excedente con las consecuencias que ello conlleva, tanto respecto a la acumulación de los medios de consumo, con una crisis actual *ejem-*

plar de la acumulación como consecuencia del *desarrollo desigual* de los sectores productivos.

LOS DIFERENTES PROCESOS DE TRABAJO QUE JALONAN LA HISTORIA DEL CAPITALISMO

Las dos primeras formas, cooperación y manufactura, caracterizan procesos de trabajo existentes en el momento de la transición del feudalismo al capitalismo. Con el maquinismo y la automatización, el proceso de trabajo se insertó plenamente en la organización capitalista del sistema productivo y en el movimiento del capital.

La cooperación (simple)

Michel Freyssenet la define como sigue: «Reunión, bajo la autoridad del poseedor del capital, de artesanos desposeídos de sus medios de producción, pero cuya fuerza de trabajo conserva todo su valor. El trabajador pierde el control del proceso de producción.» (9)

El principio de la cooperación reside en la *coordinación* de procesos de trabajo basados en el *oficio* (como principio social e instrumento desde el punto de vista técnico), y procesos reunidos (10) bajo la autoridad del poseedor del capital (11), que concentra en sus manos la concepción y la decisión de producir valores de uso. Esta coordinación de procesos de trabajo basados en el oficio reproduce, de forma alterada, la organización productiva jerarquizada del artesanado con las otras dos relaciones: maestro artesano/compañero (como relación principal) y aprendiz/trabajadores adultos (como relación secundaria).

La cooperación, como proceso de trabajo de transición, se inserta en el marco de la pequeña producción mercantil.

Desde el punto de vista de la fuerza de trabajo, el principio de cooperación esboza (pero únicamente esboza) la constitución del trabajador colectivo, donde cada trabajo individual es sólo la parte del todo sancionada por el tiempo de trabajo social (trabajo concreto/trabajo abstracto). Todavía no asistimos más que a la primera etapa de la disolución de la existencia social de trabajos concretos que constituyen la base del artesanado.

(9) Michel Freyssenet, *op. cit.*, página 26.

(10) Esta reunión puede adoptar dos modalidades:

— reunión en un mismo lugar dentro del taller;
— sub-atención o quasi-integración en lo que respecta a la dispersión de los talleres más o menos individualizados.

(11) Capital comercial y no capital industrial.

La manufactura (o cooperación superior)

El principio de la manufactura representa la extensión del principio de la cooperación simple, con una primera disolución del proceso de trabajo anterior, basado en el oficio. Efectivamente, la cooperación simple representaba la yuxtaposición y la adición de los diferentes procesos de trabajo basados en el oficio, sin que éstos quedaran alterados. Con la manufactura, las diferentes actividades de trabajo organizadas en torno al oficio se descomponen y reorganizan con una división del trabajo y parcelación de las tareas, incluso aunque el oficio siga siendo la base de la actividad de trabajo. En este proceso, las actividades de trabajo reorganizadas en torno al oficio pasan a ser interdependientes, esbozando la creación del trabajador colectivo que se impone sobre el individual. El *artesano* se convierte en *obrero,* con una codificación profunda de las relaciones sociales, localizada en los procesos de descualificación y sobrecualificación de la fuerza de trabajo reunida en el seno de la manufactura, en razón de la parcelación de las tareas.

Este proceso de descualificación-sobrecualificación ligado a la manufactura, según Michel Freyssenet, se caracteriza por:

«1. El comienzo de la descualificación del mayor número posible de trabajadores. Esta descualificación se consigue mediante:

— la reducción del campo en el que pueden ejercitarse y desarrollarse las habilidades del obrero...
— la supresión progresiva de parte del trabajo del obrero que consistía en prepararle para que luego lo realizara a su entender...
— la pérdida de la comprensión del conjunto del proceso de trabajo perdiendo su especialización concreta.

2. El inicio de la sobrecualificación de un número reducido. En este estadio, lo que se ha quitado al obrero en la extensión de su campo de actividad y en la organización inmediata de su trabajo, va a ser confiado por el capitalista a un número reducido de asalariados, a su vez divididos en categorías y sometidos a él:

— unos se encargan de sistematizar la parcelación del trabajo;
— los demás, de adaptar cada instrumento, que anteriormente era polivalente, a las nuevas tareas para aumentar su eficacia.» (12)

(12) Michel Freyssenet, *op. cit.*, págs. 35-36.

El objeto de esta disolución-recomposición de las actividades de trabajo en torno al *oficio* es aumentar la producción del excedente apoyándose en una mayor *intensidad* del trabajo (primera forma, más mercantil que capitalista, del excedente extensivo); el aumento de la intensidad del trabajo se obtiene esencialmente por el reagrupamiento de las fuerzas de trabajo en torno a un oficio, sobre la base de la promoción del *trabajador colectivo*, recomponiendo, reorganizando y jerarquizando los procesos de trabajo individuales y, a partir de este momento parcelados, cuyo rendimiento social es forzado al máximo teniendo en cuenta el nivel de las fuerzas productivas (la herramienta, el oficio).

Sin embargo, la manufactura tropezaba no solamente con la estrechez de su base productiva, sino también y sobre todo, con la base contradictoria de la fuerza de trabajo, siempre organizada en torno al oficio, con la exigencia del movimiento de una amplia capa de obreros hábiles, la longitud del tiempo de formación (aprendizaje), la autonomía de esta capa social de compañeros (convertidos en obreros de la manufactura), apoyándose en el medio de origen. Sin embargo, se imponía necesariamente la desvalorización de esta fuerza de trabajo que al mismo tiempo entraba en el proceso de la parcelación y de la descualificación, y esto se obtendrá con el maquinismo y la fábrica.

Trabajador colectivo, fábrica y maquinismo

Con la fábrica y el advenimiento del maquinismo, las dos debilidades de la manufactura, desde el punto de vista capitalista, serán superadas en parte debido a:

— la ampliación de la base productiva;
— el cuestionamiento de la autonomía de la reproducción de la fuerza de trabajo que a partir de entonces quedará sometida al capital.

La aplicación del principio mecánico en la fábrica sustituye el concepto de herramienta por el de máquina, la cual se descompone en tres partes fundamentales:

— el motor (o impulsión mecánica);
— la transmisión;
— la máquina de operación (varias herramientas).

Se debe entender por maquinismo la operación conjunta de varias herramientas (a partir de ese momento, autonomizadas de la destreza manual del obrero, cuya fuerza de trabajo se aplicaba a una sola herramienta) mediante mecanismos de transmisión y de una *fuerza* no humana sino de *impulsión mecánica*, el motor.

La herramienta, inserta en la complejidad de la máquina, se convierte en *máquina-herramienta*, máquina que *incorpora* las relaciones sociales. Efectivamente, el maquinismo no es neutro pues la máquina integra, al nivel del principio de *operación*, la destreza, la cualificación del trabajador individual, en lo sucesivo privado de su habilidad y sometido, desde el punto de vista de su rendimiento social, a la máquina, a la que únicamente sirve, pone en acción y dirige:

«Por el contrario, nos gustaría demostrar que la misma concepción de las máquinas está dictada por la utilización capitalista que se hará de ellas, es decir, por el modo de explotación de la fuerza de trabajo. La separación de la parte manual y la parte intelectual del trabajo se materializa en las propias máquinas y se impone a los trabajadores como fuerza exterior e intangible.» (13)

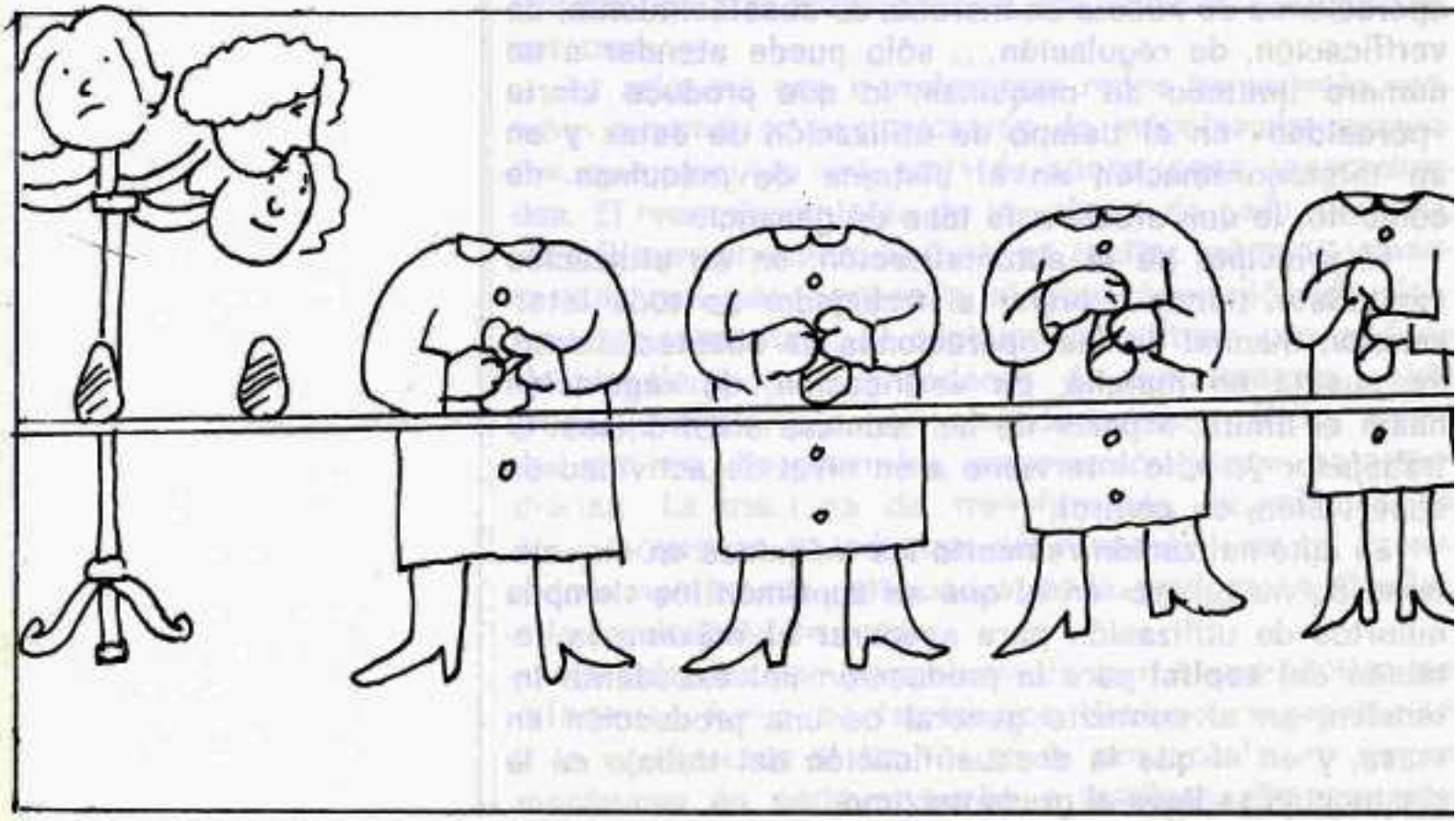
El desarrollo capitalista del maquinismo en la fábrica contribuye, por un lado, a una descualificación masiva del trabajo obrero de producción, con pérdida de autonomía de la reproducción de la fuerza de trabajo con relación a las exigencias estrictas del capital, y a una sobrecualificación de un reducido número de obreros ligados a un trabajo de concepción, de organización, de mantenimiento, de reparación, rectificación...; el proceso de descualificación caracteriza en lo sucesivo las modalidades prácticas de la reproducción de la fuerza de trabajo.

El maquinismo, en su utilización capitalista, tiene la función principal de incremento del excedente, sobre

(13) Michel Freyssenet, *op. cit.*, pág. 40. Sobre este tema, cf. Stephen A. Marglin, *Origines et fonctions de la parcellisation des taches*, en A. Gorz: «Critique de la división du travail», París, Seuil, 1973, págs. 41-48 («No es la máquina de vapor la que nos ha traído el capitalismo; es el capitalismo quien ha engendrado la máquina de vapor.»)

una base extensiva (incremento de la intensidad), haciendo depender cada vez más la reproducción de la fuerza de trabajo de la valorización y la acumulación del capital. Con respecto a las modalidades de aparición de excedente, el maquinismo incrementa significativamente *la intensidad* del trabajo aumentando el tiempo de trabajo social abstracto aplicado a la producción (t_v), *limitando* el trabajador colectivo cada vez más los márgenes de maniobra del trabajador individual. Durante este proceso, la producción de un excedente extensivo tiene como corolario una acusada parcelación de las tareas, coordinadas de forma autoritaria y jerárquica en el colectivo de trabajo. Esta parcelación va unida a una pérdida de cualificación de la fuerza de trabajo, por tanto, de su autonomía de formación y de reproducción respecto al medio de origen; la fuerza de trabajo se convierte exclusivamente en una «mercancía» y se ve obligada a venderse como tal.

Paralelamente, el maquinismo, al sustituir el trabajo muerto por trabajo vivo (limitado a la puesta en funcionamiento de la máquina, su alimentación, su recti-



productividad del trabajo *haciendo* uerza de trabajo (t_n). La descualización de la fuerza de trabajo van no de producción y reproducción, metidos a los mecanismos de pro- (tanto extensivo como intensivo), capital. La cuestión de la fuerza e en un imperativo capitalista.
siglo XX culmina el maquinismo, ta de los métodos de organización o para la máxima producción del e intensivo), en el taylorismo y de trabajo cuyos elementos ya ordinados en el «trabajo en cade- las primeras formas de automa-

ipal del maquinismo, al provocar aceleración del trabajador, se con- o de trabajador, el obrero especia- división capitalista del trabajo.

automatización

, el trabajador encerrado en las en marcha, de abastecimiento, de ación..., sólo puede atender a un máquinas, lo que produce cierta mpo de utilización de éstas y en en el sistema de máquinas de a a la tasa de ganancia.
automatización, en su utilización rivar al trabajador de toda inter- s operaciones de abastecimiento, a, de verificación, de regulación ir de las técnicas electrónicas. El erviene a un nivel de actividad de ol.
reinserta las máquinas en un «sis- n el que se suprimen los tiempos n para asegurar al máximo la ro- a la producción del excedente in- to general de una producción en descualificación del trabajo en la grado máximo.

Para hacer un análisis suficientemente preciso d
la automatización desde el punto de vista de sus efe
tos sobre el proceso de trabajo, es necesario distingu
la aplicación del automatismo:

— en discontinuo, en la producción duradera de bi
nes de producción y de bienes de consumo,
partir de la construcción mecánica y eléctric
operaciones de transformaciones mecánicas;
— en continuo, en la producción de bienes inte
mediarios (siderurgia, química y petroquímic
energía...): operaciones de transformación físic
químicas.

En discontinuo:

Desde el punto de vista de la construcción mecánic
y eléctrica se pueden distinguir dos tipos de aplicació
del automatismo en el sector de bienes de producció
y en el sector de bienes de consumo, con la generaliz
ción de las máquinas de transferencia automática (M
para la producción en masa por un lado, y con la gen
ralización de la máquina con mecanismo de contr
(MOCN) para la producción en serie pequeña y median
por otro.

La máquina con transferencia reúne en un solo co
junto automático una sucesión de máquinas-herramie
tas, que ejecutan una serie de operaciones especializ
das. El reemplazamiento de las piezas de cada máquin
para la conservación de ésta, se realiza automáticame
te, sin que sea necesaria ninguna operación de de
montaje y montaje. El conjunto constituye una *cade
de transferencia*. Las cadenas de transferencia est
unidas entre sí por transportadoras automáticas sob
las que se disponen las reservas de piezas interm
diarias. La máquina de transferencia, introducida e
un principio en la industria del automóvil, se ha exte
dido a numerosas actividades de la producción, ligad
a la *producción en masa*.

La máquina con mecanismo de control automatiza l
diferentes fases de fabricación (incluso la regulaci
y la verificación al límite) en la producción de piez
mecánicas en serie pequeña y mediana. Se presen

como una máquina-herramienta en la que se dirigen y controlan los diferentes movimientos necesarios para el funcionamiento de la máquina mediante un programa preestablecido, en lugar de realizarlos manualmente por un operario. Este tipo de máquina-herramienta, si bien supone una menor utilización de la mano de obra, al mismo tiempo, reduce todavía más la habilidad profesional del obrero y ésta tiende a desaparecer. Las nuevas necesidades ligadas a la máquina CN son: ingenieros adiestrados, programadores y personal de mantenimiento polivalente para asegurar el buen funcionamiento mecánico y electrónico del sistema. La fuerza de trabajo, cualificada para las operaciones de transformación mecánica, cede el paso a una fuerza de trabajo de programación y de control, cualificada para la electrónica.

Si se distingue entre máquina-herramienta convencional (MS), máquina de transferencias (MT), y máquina con mecanismo de control (MOCN), se pueden representar las cualificaciones del trabajo en la puesta en práctica del proceso de trabajo, como sigue (14):

máquinas-herramientas / *Operaciones*	*M. S.*	*M. T. (Producción en masa)*	*H. O. C. N. (Producción en serie pequeña y mediana)*
— Abastecimiento	OP/OS	Automatización+OS	OS
— Regulación	OHQ/OP	OHQ/OP	Orden.+OS
— Puesta en marcha y producción	OP/OS	OS	Orden.+OS
— Verificación control	OP	OP/OS	OHQ/OP (15)

Si la máquina-herramienta aseguraba ya la promoción del O.S. (obrero especializado), es decir, la descualificación del trabajador, la automatización por la máquina de transferencia, la máquina con mecanismo de control generaliza el estatuto del O.S. (16), el *desmenuzamiento* de la actividad de trabajo y la *parcelación* de las tareas.

(14) OHQ: Ouvrier Hautement Qualifié (Obrero Altamente Cualificado); OP: Ouvrier Professionnel (Obrero Profesional); OS: Ouvrier Spécialisé (Obrero Especializado).

(15) La sobrecualificación en las operaciones de verificación y de control permite a algunos avanzar en una óptica un tanto ideológica, «las perspectivas de la fabricación de series limitadas en diez años parecen sorprendentes: el obrero de fábrica se hará mucho más raro que el supervisor de las máquinas-herramientas o el hombre de mantenimiento cualificado» (Ronald Inédale, *Les liens avec l'usine de demain*, CECIMO, Comité Européen de Coopération des Industries de la Machine-Outil: Comité Europeo de Cooperación de las Industrias de la Máquina-Herramienta, 1975, pág. 4).

(16) Cf. *Usine Nouvelle*, junio 1975, pág. 135: «En el terreno de las series pequeñas, la dirección numérica permite resolver igualmente el problema de la mano de obra cualificada, siendo cada vez más difícil reclutar esta última en el sector de la mecánica. Efectivamente, se puede obtener la precisión especificada con operadores menos cualificados que lo que reclaman las máquinas-herramientas convencionales».

El carácter *discontinuo* de la producción se refiere

— por un lado a la producción automática de piezas en grandes series;
— y por otro al *montaje* y ensamblaje de estas piezas.

La utilización capitalista del principio automático *en la dirección* (previsión tecnológica de las operaciones de montaje y de ensamblaje, con *cadenas de transferencia* agrupadas y unidas entre sí mediante transportadoras automáticas, asegurará la realización de los procesos continuos de las actividades de transformación mecánica, lo cual no se ha conseguido todavía. La fábrica enteramente automática únicamente existe para los bienes intermediarios, donde las actividades de transformación son de naturaleza físico-química.

En cuanto al proceso continuo, mediante la aplicación del automatismo, únicamente se ha desarrollado en lo referente a las actividades de producción de bienes intermediarios (siderurgia (17), petroquímica, fabricación de cemento, centrales eléctricas) en las que domina, no un proceso de transformación mecánica, sino un proceso de transformación físico-químico. La unidad de producción consiste únicamente en un conjunto automático integrado, en el cual la función del trabajador se limita al mantenimiento y al control (tendencia).

La fábrica automática (fábrica-computadora) en esta actividades de producción se orienta hacia la producción en masa.

Aquí, la descualificación de los trabajadores sigue siendo extrema y a menudo desaparecen los puestos de trabajo en los que hasta ahora participaba el trabajador

(17) La siderurgia todavía está marcada por la discontinuidad de lalas operaciones de producción.

LAS FORMAS COMPLEJAS DE LA ORGANIZACION DE LOS PROCESOS DE TRABAJO EN EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO

A un proceso de trabajo orientado hacia la producción en masa, es decir, hacia la producción de un excedente intensivo mediante el descenso del valor de cambio de la fuerza de trabajo (t_a), se yuxtapone un proceso de trabajo orientado hacia la reproducción de la hegemonía de las capas dominantes, hegemonía ba

sada en el control de las relaciones mercantiles (control de la concepción, de la realización de las mercancías; control de la organización de la producción, de la gestión, de la fuerza de trabajo, etc...).

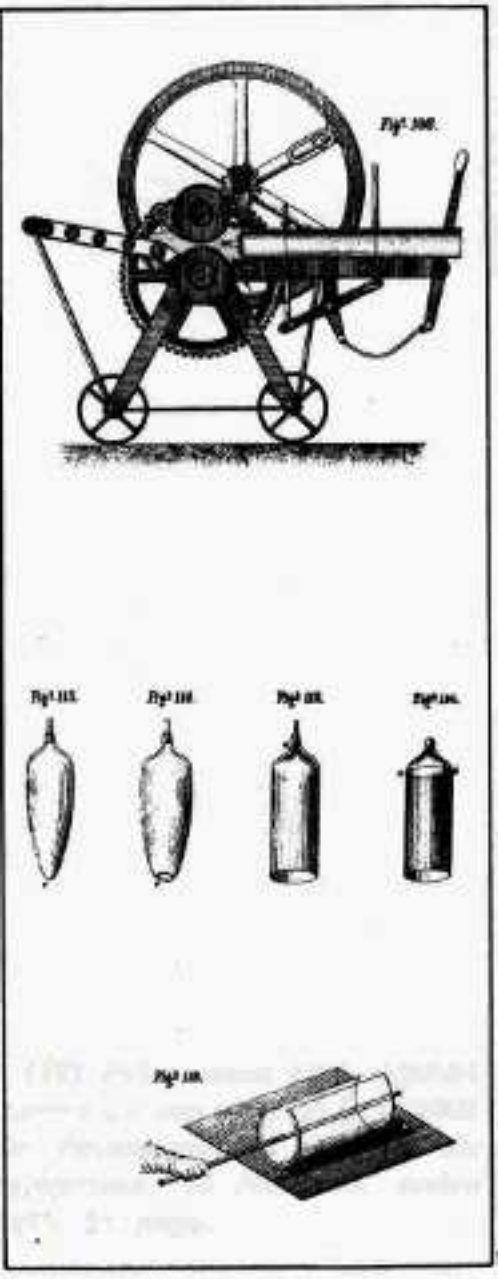
PROCESO DE TRABAJO Y PRODUCCION EN MASA

Es necesario recordar que las modalidades «técnicas» de los diferentes procesos de trabajo —o procedimientos de fabricación —han sido progresivamente e históricamente por las condiciones de la puesta en valor del capital, así como por las modalidades de la acumulación del capital, que siguen siendo los factores motrices a este nivel y los únicos que pueden dar cuenta de las modificaciones introducidas en la evolución del proceso de trabajo en las diferentes ramas y sectores de la producción social.

De esto se deduce que no se puede decir nada acerca de la evolución del (y de los) proceso de trabajo sin hacer cierto número de hipótesis (aunque estuvieran implícitas) sobre las modificaciones de la valorización y de la acumulación del capital. Por ello es preciso resumir rápidamente las tendencias *pesadas* (la observación de un siglo de práctica capitalista nos permite referirnos a ellas de este modo) concernientes a las condiciones de valorización y de la acumulación del capital, y por tanto, las modalidades del proceso de trabajo, antes de formular ciertas hipótesis sobre los factores que pueden influir sobre estas tendencias *pesadas* para modificarlas.

a) Los principales elementos que caracterizan las condiciones de la valorización del capital desde hace un siglo se refieren a las condiciones de producción-reproducción de un doble mercado de trabajo con:

— una mano de obra relativamente cualificada, capaz de negociar tasas de salario bastante elevadas, pero que representa una fracción cada vez más limitada del conjunto de las fuerzas de trabajo, por un lado;
— una mano de obra no cualificada (constituida en su origen a partir de los modos de producción precapitalistas) comprable a bajo o muy bajo precio.



Este doble mercado, interno a las formaciones sociales capitalistas avanzadas está ligado a las condiciones de valorización y de acumulación, tiende cada vez más a reproducirse únicamente a nivel internacional.

De este modo, a finales del siglo XIX, en USA, la mano de obra cualificada de «oficio», en relación con la inmigración de tipo sindical o político, libra una batalla política importante que bloquea las condiciones de valorización y de acumulación del capital, mientras que paralelamente, una masa de campesinos, también inmigrados (procedentes de Europa) ya no es incorporable al proceso productivo, de ahí la necesidad de adaptar los procesos de trabajo, por una parte a la descualificación de los obreros de «oficio», y por otra al empleo de obreros no cualificados y fácilmente descualificables. El taylorismo y el fordismo aportarán la solución mediante cierto proceso de trabajo para emplear tipos definidos de fuerzas de trabajo.

La reproducción de este doble mercado de trabajo, ligada necesariamente a dos procesos de trabajo en constante interacción, es una exigencia del sistema capitalista, exigencia que expresa, en lo que se refiere a la clase obrera, el doble movimiento del capital: tendencia a la igualización y tendencia a la diferenciación.

Las condiciones de reproducción de este doble mercado de trabajo, conectadas históricamente con las formas *internas* de producción precapitalistas, se han situado muy rápidamente en el plano internacional, y señalan, desde el punto de vista de la diferenciación de las condiciones de producción y reproducción de la clase obrera, el proceso de internacionalización y de división internacional del trabajo.

b) El doble mercado de trabajo, combinado con las nuevas formas de valorización del capital, con la utilización de nuevos conocimientos científicos con fines productivos (nucleares, informática, automatismo, etcétera...), con la utilización masiva de materias primas producidas en un 80 por 100 en la «periferia» y consumidas en un 80 por 100 en el «centro», determina un modo de valorización del capital basado en la *producción en masa* (o si se prefiere «la gran producción de plusvalía», extrayéndose ésta de los productos *fabricados en grandes series).* Esta producción en masa («The

global center shopping», retomando el análisis de autores americanos) (18) se apoya en la dominación del capital, cuya esfera de extensión y de dominación ya no se encuentra con límites técnicos (sino sociales).

c) Respecto a este doble mercado de trabajo, las dos formas principales del proceso de trabajo se expresan por:

— como proceso discontinuo, la organización tayloriana o fordismo (trabajo en cadena) del trabajo, organización repetitiva y parcelada que emplea gran cantidad de trabajadores no cualificados, procedentes bien de la inmigración extranjera, bien de las transferencias internas de mano de obra (campesinos, mano de obra femenina, capas de población marginadas): automóvil, electrónica, electrodomésticos, textil tradicional, etc...;

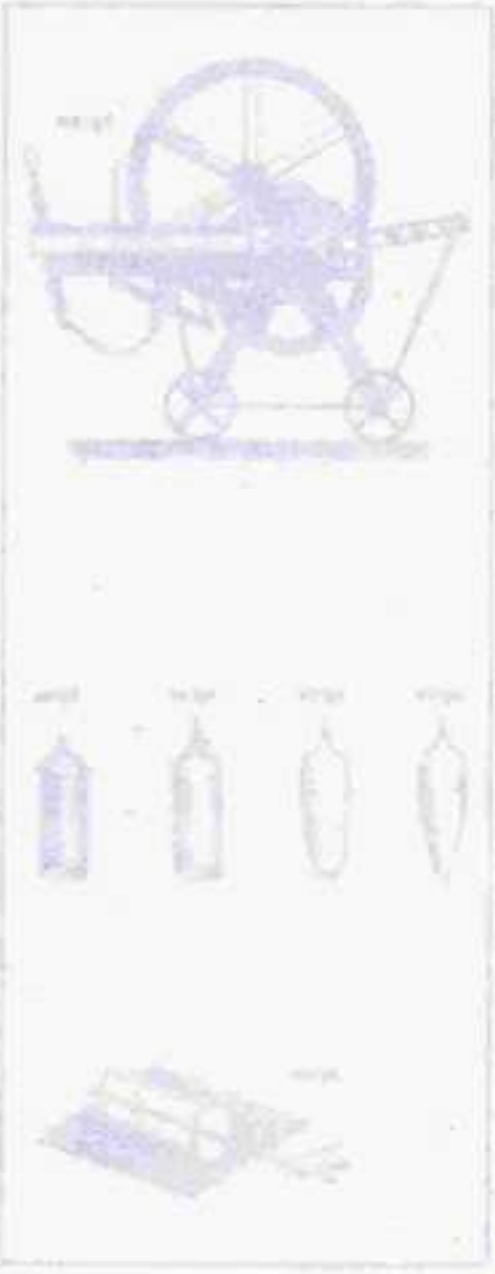
— como proceso continuo, la producción *automática* utilizando grandes inversiones de capital constante (y fijo), y muy pocos trabajadores, una parte de los cuales está relativamente *cualificada* (petroquímica, química, textiles sintéticos, etc...), sobre la base de *actividades de regulación, de control*, y la otra parte completamente descualificada.

d) En cuanto a la *localización de estos procesos de trabajo* diferenciados, es preciso hacer algunas observaciones.

En la organización tayloriana y fordiana (en cadenas), históricamente se ha visto sucederse una doble tendencia:

— en un primer momento, mientras que se llevaba a cabo la *expropiación rural* en los centros de los países imperialistas, asegurando la reproducción de un doble mercado de trabajo, completado con la importancián de trabajadores procedentes de las «periferias», los centros imperialistas se reservaban la transformación y la fabricación del producto en su propia área, dejando a los países subdesarrollados únicamente las tareas *de extracción de los productos naturales* (materias pri-

(18) Cf. R. J. Barnett y Ronald E. Muller, *Global Reach: The power of multinational corporations*, New York, Simon and Schulster, 1974.



mas y energéticas, algunos productos agrícolas). Esta división internacional del trabajo culmina en los años 70;

— posteriormente, cuando las condiciones políticas y sociales de la reproducción de este doble mercado de trabajo en relación con el sistema productivo ya no se aseguran en los centros imperialistas, se produce cierta deslocalización del proceso de trabajo y del sistema productivo que contribuye a la diferenciación de la periferia. Algunos elementos del proceso de fabricación se llevan a cabo en las formaciones sociales subdesarrolladas y los centros imperialistas se reservan las partes «delicadas» de la producción que requieren un «know-how», un conocimiento técnico de la *mano de obra cualificada*.

Se observa entonces, en los centros imperialistas un incremento de las industrias de «materias grises» (sociedades de servicios, engineering, etc...), mientras que las industrias de producción en masa (automóvil, electrodomésticos, transistores, cámaras fotográficas, textil, etc...) aparecen en «periferias» que se diferencian rápidamente.

La producción *automática* en masa, sigue localizándose fundamentalmente en los centros imperialistas o en algunos países intermedios, teniendo en cuenta exigencias de *financiación* (actualmente petro-dólares), condiciones de *polución* que influyen en estas actividades (petroquímica, siderurgia, etc...), mientras que la reducción de la mano de obra *cualificada* corre el peligro de impedir el desarrollo, con la amplitud alcanzada por algunos países (Francia) del movimiento de redespliegue.

e) Hay que insistir en el carácter innovador del fordismo frente al taylorismo, fordismo que todavía hoy caracteriza el proceso de trabajo. Como señala B. Coriat (19), si bien Ford retoma lo esencial del taylorismo (separación de las tareas de concepción y de ejecución, división y subdivisión de las tareas, adjudicación de un tiempo a cada gesto), lo supera al introducir dos principios esenciales:

(19) Retomamos aquí algunos puntos de una nota de B. Coriat: *Un développement créateur du taylorisme: le fordisme*, enero 1975, 21 págs.

— la introducción de medios de abastecimiento (transportadoras) que se concretizan en la «cadena»;
— un nuevo modo de gestión de la fuerza de trabajo.

En cuanto a la cadena, las «innovaciones» introducidas por el fordismo pueden caracterizarse como sigue:

— todas las tareas de abastecimiento se asumen en la medida de lo posible por el maquinismo (transportadoras, chasis móviles) y en cualquier caso suponen un servicio distinto del que asegura las tareas de montaje propiamente dichas. De este modo los obreros de la fabricación no necesitan realizar ningún desplazamiento en el interior del taller y permanecen en un puesto de trabajo fijo.
— y por otra parte (y este aspecto es complementario del primero) la velocidad de desplazamiento de las piezas, es decir, el ritmo de trabajo, se regula de manera mecánica, exteriormente a los obreros, aspecto que les viene impuesto.

Este principio (el fordismo) adopta la forma de dos proposiciones contradictorias:

— por una parte, se establece un sistema mecánico basado en el movimiento y la circulación constante de las piezas, herramientas y materiales de trabajo;
— por otra parte, toda esta circulación está pensada y concebida para «fijar» al trabajador en un puesto de trabajo preciso, «de manera que nunca pueda alejarse de él ni un paso» (20).

(20) B. Coriat, art. cit., páginas 5-6.

Con respecto al modo de gestión de la fuerza de trabajo, Ford introduce una innovación con el salario por jornada de trabajo (en lugar del salario por piezas) a fin de «regular» la gestión exterior de la fuerza de trabajo con el famoso «Five Dollars Day» (F.D.D.), como algo totalmente necesario en el nuevo proceso de trabajo establecido. Sin detenernos en esta cuestión, diremos que el F.D.D. cumple la función, como modo de gestión, de la fuerza de trabajo:

— «de asegurar al capital un abastecimiento continuo de fuerza de trabajo;
— de prevenir, "saneando" la población obrera y controlándola por medio de inspectores, las grandes revueltas obreras que han jalonado el siglo XIX en Europa...;
— asegurando de este modo, en buenas condiciones, el auge de la producción en masa y de la acumulación del capital (21).»

(21) B. Coriat, art. cit., pág. 20.

f) Los procesos de internacionalización del capital y de internacionalización de la producción, soportes del desarrollo de las firmas multinacionales, recurren cada vez más a una producción automática en masa a escala mundial, definiendo y caracterizando los procesos de trabajo a escala internacional, de donde surge una nueva caracterización del obrero cada vez más descualificado (el obrero especializado), a saber, el *obrero-masa* (22), ligado al movimiento de las multinacionales, es decir, al movimiento de la internacionalización del capital.

(22) Cf.: S. Bologna, P. Carpignano, A. Negri, *Crisi e organizzzione operaia*, Milano, Feltrinelli, 1974, 199 págs.; S. Bologna, C. P. Rawick, M. Gobbini, A. Negri, L. Ferrari-Bravo, F. Gambino, *Operai e stato*, Milano, Feltrinelli, 1973, 63 págs.; L. Ferrari-Bravo, *Imperialismo e classe operaia multinazionale*, Milano, Feltrinelli, 1975, 362 págs.

PROCESO DE TRABAJO Y CONTROL DE LAS RELACIONES MERCANTILES

La reproducción de las relaciones de producción capitalistas sigue el camino de la producción de «mercancías»; el concepto de mercancía es un concepto *central* del sistema capitalista. Para las capas hegemónicas y desde su propio punto de vista, el control de la reproducción *pasa por el control de la mercancía*, y esto no sólo con respecto a las condiciones de producción de las mercancías (organización del proceso de trabajo respecto a la producción en masa), sino respecto a la reproducción de las *relaciones mercantiles* (es decir, reproducción de la dominación de las capas hegemónicas).

Frente a esta exigencia, el proceso *social* de reproducción de las «mercancías» se divide en tres etapas distintas (esta división genera contradicciones crecientes): concepción, producción y realización. Esto plantea el problema del análisis del trabajo productivo y del *trabajo improductivo.*

Ciertos análisis (Stephen Marglin, A. Gorz, Dominique Pignon y Jean Querzola, etc.), no distinguen la existencia de un proceso doble de trabajo, uno de ellos centrado en la producción del sobreproducto y abocada a la producción en masa, y el otro, centrado sobre el control capitalista de la reproducción de las relaciones mercantiles, querrían deducir de ello que la parcelación y subdivisión de las tareas no tendría nada que ver con la emergencia del sobreproducto, sino que se referiría únicamente a la dominación de clase, a la reproducción de las capas hegemónicas:

«Para una producción eficaz no son necesarios ni la parcelación y la especialización de los trabajos, ni la división del trabajo intelectual y manual, ni el monopolio de la ciencia por unas "élites", ni el gigantismo de las instalaciones y la centralización que de él se deriva. En cambio, todo ello es necesario para perpetuar el dominio del capital (23).»

Sin duda, existe una perpetuación de la dominación del capital (mediante el control de las relaciones mercantiles), pero ésta pasa por la producción de un sobreproducto, es decir, el movimiento de las condiciones de producción y el necesario *trastorno* del proceso de trabajo, abocado a la producción en masa.

La búsqueda del trastorno del proceso de trabajo parece llevarse a cabo en las diversas prácticas de «enriquecimiento de tareas», ya sea en el campo industrial (recomposición de las tareas industriales) o en el campo de las actividades de servicios (dirección por objetivos).

LA CUESTION DEL ENRIQUECIMIENTO DE TAREAS: EL NEO-FORDISMO

La crítica del taylorismo y del fordismo, crítica que a menudo no hace más que seguir las prácticas de luchas que cuestionan la organización actual del trabajo, se ha desarrollado ampliamente a partir de los trabajos, ya antiguos, de G. Friedman (24). En general, se expresa en los siguientes términos:

«La organización científica del trabajo conduce a la implantación del trabajo en serie en las empresas, den-

(23) André Gorz, *Critique de la división du travail*, París, Seuil, 1973, pág. 112. También de André Gorz, pág. 254: «Los trabajadores de la ciencia y de la técnica tienen, en el seno de su función técnica, la función de reproducir las condiciones y las formas de dominación del capital sobre el trabajo».

(24) Georges Friedman, *Problemes humains du machinisme Industriel*, París, Gallimard, 1956, 419 págs.; Alain Touraine, *L'évolution du travail ouvrier aux usines Renault*, París, C. N. R. S., 1955, 202 págs.; Ph. Bernoux, D. Motte, J. Saglio, *Trois ateliers d'Ors*, París, Les Editions Ouvrieres, 1973, 215 págs.; *Condiciones de trabajo, el taylorismo en cuestión*, «Sociologie du travail», octubre-diciembre, n. 4; A. Wisner, A. Laville, E. Richard, *Les conditions de travail des femmes O. S. dans la construction electronique*, París, C. N. A. M., 1973.

tro del cual el trabajo en cadena es la forma más opresiva: este trabajo, desprovisto de inteligencia, de responsabilidad y de creatividad, fuente de insatisfacción y de degradación de la personalidad, tiene como contrapartida una tasa considerable de absentismo y de *turnover*, un alto volumen de fraude y despilfarro y un desarrollo del sabotaje y de "frenado" en el trabajo. La elevación del nivel de instrucción de los trabajadores acentúa las contradicciones del trabajo parcelario (25).»

Dicha formulación elude tanto el tema de la explotación como el de la reproducción de las capas hegemónicas, y en lo que se refiere al cuestionamiento del taylorismo y del fordismo se apoya únicamente en una base humanista (trabajo desprovisto de inteligencia, de responsabilidad y de creatividad, fuente de insatisfacción y de degradación de la personalidad) para constatar sus efectos sobre la *rentabilidad* del capital (tasa considerable de absentismo y de turnover..., despilfarro..., fraude..., sabotaje).

De ahí la pregunta: las prácticas de enriquecimiento de las tareas, más que una *revolución radical* del proceso de trabajo, ¿no suponen una *adaptación* del taylorismo y del fordismo a las nuevas condiciones de luchas en la producción, para *mantener* la rentabilidad del capital?

A nivel del proceso de trabajo, el enriquecimiento de tareas indica unas prácticas que cuestionan el taylorismo y el fordismo en lo que se refiere a la parcelación de las tareas. No sólo se reúne un amplio abanico de diversas operaciones de la misma naturaleza en un mismo puesto de trabajo, en lugar del reducido número de operaciones implicadas en el trabajo en cadena que alargan la duración del ciclo de trabajo (de medio minuto a más de 15 minutos), sino que además los mismos trabajadores asegurarían las operaciones de control-verificación de su propio trabajo (recuperación muy parcial de las operaciones de regulación, de verificación-control, de mantenimiento). El enriquecimiento de las tareas conduciría a la desaparición de la cadena.

Dichas experiencias se han llevado a cabo en Estados Unidos en grandes firmas multinacionales, como Texas-Instrument, Polaroid, Corning Glass, IBM, Chrysler, Ford, General Motors. En Europa se han intentado ex-

(25) Claude Durand, *Les politiques patronales d'enrichissement des taches*, «Sociologie du travail», n. 4, 1977, pág. 366.

periencias de este tipo en Volvo, ICI, Phillips, Olivetti, Fiat, etc.

Los grupos semi-autónomos no son otra cosa que la prolongación de las prácticas de enriquecimiento de las tareas, delimitando pequeños colectivos de trabajo libres para organizar y planificar su trabajo por sí mismos...; por supuesto, partiendo del respeto de objetivos generales de producción.

Maurice de Montmollin descubre, bastante sutilmente, el fundamento del enriquecimiento de tareas, un neotaylorismo, más que un anti-taylorismo, de la clase de los managers, con un contenido ideológico que permite reinsertar el taylorismo y el fordismo en las nuevas condiciones de gestión de la fuerza de trabajo (especialmente nuevas condiciones de gestión de un doble mercado de trabajo):

«Es preciso rebautizar este movimiento. El antitaylorismo, con la excepción, importante, de las investigaciones sobre los grupos semi-autónomos, es un neotaylorismo. ¿Por qué no se ha dado este movimiento hasta hoy en día? Porque no se trata de un movimiento nuevo; porque, en efecto, el neo-taylorismo es la respuesta del taylorismo a condiciones nuevas del mercado de trabajo, pero no se trata de una respuesta realmente nueva. Es una adaptación interesante que, sin embargo, no suprime los antiguos métodos de organización. Su aparición no es tan repentina como parece. No cuenta con los antecedentes profundos de una revolución, precedida durante mucho tiempo de tensiones subterráneas, sino que procede de la evolución tranquila y oportuna de una reforma.» (26)

En efecto, las prácticas de la recomposición de tareas no cuestionan jamás la división del trabajo (trabajo manual/trabajo intelectual, la jerarquía), sino que se proponen únicamente *interiorizar* en pequeños colectivos de trabajadores el hecho de que no son más que una parte dominada del trabajador colectivo.

En cuanto a los grupos semi-autónomos, un estudio de Ph. Bernoux y Jean Ruffier concluye:

«Parece que en lo sucesivo habrá que distinguir grupos de trabajadores que son conscientes de vender su fuerza de trabajo frente a una obediencia pasiva en la fábrica, otros grupos que viven un intercambio (el pro-

(26) Maurice de Montmolli
Taylorisme et antitaylorism
«Sociologie du travail», n.
1974, págs. 400-401.

ducto de su trabajo por un precio)... Mientras que para el primer grupo los G.S.A. pueden conllevar una alienación suplementaria en la medida en que obligan a una implicación superior en un trabajo que de todos modos seguirá siendo repetitivo y monótono, para el segundo los G.S.A. volverían a dar un sentido al trabajo permitiendo recubrir una acción visible sobre el producto. Sin embargo, parece bastante claro que, sea cual sea la evolución de este sentimiento de alienación en unos o en otros, la noción de explotación, tanto en su realidad objetiva como en su representación en los operarios, no cambiará.» (27)

Por ejemplo, en la industria del automóvil, como señala Yves Debost para el caso Renault, la recomposición de las tareas no es más que una adaptación, *sobre la base de nuevos medios de manutención*, del fordismo:

«Desde los años setenta el carrusel aéreo se ha dividido en secciones; se han llevado a cabo derivaciones a lo largo de éste para poder separar de la cadena, desde los puestos de trabajo, los motores y las cajas. De este modo se transportan los motores o las cajas de cambios a lo largo del carrusel, se separan de éste en los puestos de trabajo y se sitúan sobre un bucle donde se realizan las diferentes operaciones de montaje, después el obrero los vuelve a colocar a lo largo del carrusel, que los lleva a otro puesto de trabajo. De este modo, a lo largo de los bucles de derivación esperan diferentes motores o cajas, mientras que el propio obrero regula el ritmo de las diferentes operaciones que tiene que realizar. Así, en Renault y Fiat se han puesto en práctica diferentes tipos de carrusel, según las unidades, con diferentes técnicas de abastecimiento del puesto de trabajo, de organización de las fases de trabajo (los obreros repartidos en sub-grupos pueden elegir entre realizar cada uno las diferentes operaciones de montaje para un motor o cada uno una o varias operaciones determinadas)...

«Estas implantaciones se han llevado a cabo en la fábrica de motores de Termoli, en la fábrica de cajas de cambios de Cléon, en la fábrica de motores de Douvrins... En Mans, para el ensamblaje de los trenes de suspensión, las experiencias de ampliación de las tareas, efectuadas por primera vez en 1972, han llevado

(27) Ph. Bernoux y J. Ruffier, *Sociologie du travail*. Los grupos semi-autónomos de producción, núm. 4, 1974, págs., 400-401.

el tiempo individual de intervención a unos 15 minutos, y la experiencia se extendió a todo el taller.» (28)

En Kalmar, en la Volvo la experiencia de la recomposición de las tareas industriales se realiza sobre la base de nuevos tipos de carros, sustitutos de la cadena, para *el montaje* del modelo 164 de Volvo:

«Cumplen (los carros) tres funciones simultáneamente:

— transmiten las informaciones destinadas a los cuatro ordenadores de la fábrica,
— transportan las carrocerías y los chasis,
— sirven a los montadores de plataformas de trabajo.» (29)

La cuestión del enriquecimiento o de la recomposición de las tareas industriales parece limitarse a una adaptación de los procesos de trabajo abocados a la producción en masa (taylorismo y fordismo) a las nuevas condiciones de gestión de la fuerza de trabajo, a las nuevas condiciones de reproducción de la dominación del capital con relación a las condiciones de producción del sobreproducto, definiendo una nueva práctica capitalista: *el neo-fordismo*.

El neo-fordismo corresponde a un intento puramente formal de *desmenuzamiento del trabajador colectivo*, teniendo en cuenta las tensiones sociales que implica el auge del despotismo absoluto de la coordinación de los procesos de trabajo a partir de la automatización, en *varios colectivos de trabajadores*, aparentemente autónomos, pero que se ven obligados a someterse a la lógica del capital, es decir, someterse a la lógica del trabajador colectivo, en el modo de producción capitalista.

(28) Yves Debost, *L'évolution de la manutention dans l'industrie automobile*, dans Yves Debost et Bernard Réal, *Les rapports des industries de la manutention avec l'évolution des processus de production et des moyens de transport dans les cours de l'internationalisation du capital*, Grenoble, I.R.E.P., Departamento de «Industrialización», marzo 1975, pág. 130.

(29) «Le Monde, 19 junio 1974.

elaborado por
CARLOS PRIETO y J. J. CASTILLO

Centrales sindicales ante la organización capitalista del trabajo en la coyuntura actual

1 **A la hora de hablar de la organización capitalista del trabajo, el primer problema que salta a la mente en la coyuntura actual, es el de la organización capitalista del mercado de la fuerza de trabajo. ¿Hasta qué punto la crisis presente, además de su aspecto cuantitativo-económico (el millón y medio de parados) no responde a un intento objetivo de debilitamiento de la fuerza de la clase obrera? ¿En qué medida la cifra de paro y la amenaza de un incremento de la misma como consecuencia de los expedientes de crisis y de regulación de empleo afectan la capacidad de respuesta, tanto en el terreno social como político, de los trabajadores?**

Ya dentro de las empresas, los capitalistas parecen plantear, como una exigencia ineludible e inmediata para salir de la crisis, la cuestión de la productividad. Se trataría, por encima de todo, de incrementar el rendimiento por trabajador. ¿Se están planteando realmente así las cosas en las empresas? ¿Qué consecuencias tiene o pued tener este planteamiento para el trabajo obrero y para los propios trabajadores? ❷

Durante el franquismo la clase obrera se ha visto sometida a una dura represión tanto fuera como dentro de las empresas. Con el proceso de cambio y reforma, los empresarios han empezado a quejarse de un relajamiento en el trabajo que ahora quieren vencer volviendo a una rígida disciplina de fábrica. ¿Es eso lo que estáis observando vosotros? ¿En qué aspectos se manifiesta? ¿Cómo valorais este comportamiento empresarial? ❸

Por lo que respecta a los procesos de trabajo, la historia del capitalismo es la historia de un control cada vez mayor de la fuerza de trabajo por medio de un control de las tareas de los trabajadores. Este control se ha venido manifestando, particularmente, en una parcelación acentuada del trabajo. Esta cuestión, como todas las cuestiones claves en relaciones de producción capitalistas, se agudiza en los momentos de crisis. ¿Vamos realmente hacia una división un mayor del trabajo obrero? ¿Qué consecuencias puede traer? ❹

Por último, ¿cuál ha de ser, a vuestro modo de ver, la práctica de la clase obrera, en el terreno de la organización capitalista del trabajo, desde una perspectiva de transformación de la sociedad burguesa? ❺

COMISIONES OBRERAS

Carlos Vallejo

1. En estos momentos de crisis económica yo creo que lo que realmente se dirime es el tipo de desarrollo y el precio que la clase obrera va a pagar en la reconversión. Es evidente que para oponerse al modelo monopolista es necesario contraponer un movimiento sindical muy compacto. Hay que escapar, por lo tanto, de la política defensiva en que fácilmente podrían caer sectores de la clase obrera defendiendo corporativamente sus intereses de grupo frente a los intereses generales.

En una situación de crisis es fácil caer en la contraposición trabajadores ocupados-desocupados, trabajadores de la gran empresa frente a la pequeña y trabajadores frente a otros sectores populares.

La capacidad de respuesta yde movilización creo que depende de la articulación de ese amplio frente de alianzas que, nucleado por los sindicatos de clase, lucha por nuestro modelo de desarrollo frente a las respuestas sectorializadas.

Creo que situando en este plano el potencial de lucha de los parados, de los trabajadores de las empresas en crisis y de los sectores populares afectados por la crisis, se puede crear una correlación de fuerzas favorable al tipo de reconversión que propugnamos.

2. Creo que se trata de arrebatar el poder de control de organización del trabajo y, por lo tanto, de la productividad.

Con las negociaciones desarrolladas a partir de los Pactos de la Moncloa hemos negociado con masa salarial y teniendo en cuenta las condiciones de homogeneidad que han implicado su control global de la productividad.

Vemos, al mismo tiempo, casos como el de la Ford, que niega la existencia de productividad, ya que, según su criterio, contrata a los trabajadores por horas. Y casos como el de Chrysler, donde existe un control sindical estricto y la empresa no puede dar un paso sin el consentimiento sindical.

En esta fase me da la impresión de que se va a dar más que un incremento físico de la productividad, un intento a través de la reconversión industrial de descontrol sindical de la misma.

3. La misma dinámica de la lucha de clases bajo el franquismo ha creado situaciones absolutamente dispares. Desde empresas donde se ha creado un vacío real de poder, ya que los trabajadores han conseguido establecer su criterio, hasta situaciones de endurecimiento disciplinario hasta extremos insoportables.

Creo que se trata de negociar normativas de vida laboral, que es a lo que realmente se opone la patronal argumentando la ingerencia en su autoridad.

4. Lo veo muy desde el sector del automóvil, que conozco directamente. La tendencia en la organización del trabajo va a depender mucho de la situación económica de este país, del tipo de producto y del costo de la mano de obra. La colocación en la división internacional del trabajo de nuestro país va

a influir en el tipo de organización del trabajo. Si nos convertimos en el taller de montaje de automóviles del Mercado Común, iremos a las grandes cadenas de producción de coches como churros. Así iríamos a una enorme parcialización. Si nos colocamos en un desarrollo más sofisticado será más fácil (y necesario) un tipo distinto de organización del trabajo. En cualquier caso, la misma lucha por una organización del trabajo más humanizada (por llamarla de algún modo) va a incidir en todo lo anterior.

Hemos de plantearnos la lucha por la ampliación de tareas, por la rotación de los puestos, en definitiva, por el desarrollo de todos estos aspectos que impliquen un desarrollo de la profesionalidad. Estamos en una fase muy elemental; en el automóvil, por ejemplo, hay que conquistar todavía una reglamentación del trabajo en cadena y, en estos momentos, cada empresa es un mundo aparte.

5. En definitiva, en el futuro, la lucha por la organización del trabajo, por el tipo de organización del trabajo va a suponer la lucha por la correlación de poder en la fábrica. Se tratará de contestar diariamente la organización del trabajo, desmitificando cualquier objetividad científica, retomando el protagonismo directo a nivel de puesto, de equipo, de sección. Para el futuro esto supone la defensa de determinado tipo de sindicalismo. Implica la existencia de estructuras unitarias en la fábrica con representación a partir del grupo homogéneo como única forma de poder controlar la organización del trabajo en la fábrica.

UNION GENERAL DE TRABAJADORES

Guillermo S. Fernández

1. En general responde a una crisis estructural del sistema de producción capitalista, agudizado a su vez por la crisis energética. Si bien en nuestro país intervienen otra serie de factores, entre los cuales podemos destacar el cambio político. La intención de los cuales podemos destacar el cambio político. La intención de debilitar a la clase trabajadora se puede tomar como una de las razones, pero no como la fundamental (esta es una tendencia típica de la burguesía). En definitiva ese objetivo no se ha cumplido en absoluto, ya que la clase obrera en este período de transición ha venido conquistando instrumentos de acción que le habían sido arrebatados, tales como el derecho de huelga, organización política y sindical, etc...

Dichos instrumentos (partidos y sindicatos) han permitido a los trabajadores llevar a cabo acciones dentro del contexto general de la lucha de clases, que vienen a demostrar, que la capacidad de respuesta de la clase obrera de nuestro país ha estado a la altura de los países más avanzados de Europa.

2. Dentro del panorama actual en nuestro país observamos en determinados sectores, la aparición de un caballo de batalla tan debatido como es el tema de los rendimientos. En la realidad, más bien responde a los

intereses políticos que a la racionalización de la producción, de una parte del empresariado de este país, que a través de posturas intransigentes tratando de encubrir su negativa al cambio social impuesto por la propia sociedad. De no ser así realmente, el enfoque hubiera partido de los principios básicos y fundamentales de la organización científica del trabajo, donde claramente se recoge «las técnicas de hoy están orientadas a producir más y mejor, pero tendiendo a dignificar el trabajo del hombre». «Aumentar la productividad consiste en hacer más eficaces las técnicas de la producción». La productividad es la relación existente entre las técnicas empleadas y los resultados obtenidos». Partiendo de estos principios fundamentales que a su vez exigen contar con factores decisivos como la organización, programación, planificación, condiciones técnicas y fisiológicas, ambientales, coordinación, etc. Realmente se puede decir que los rendimientos son necesarios con el fin de poder disponer de un medio más para el cálculo de los precios de coste e incluso para la reducción de los mismos, así como para el control de producción y plusvalía.

3. Las instituciones creadas durante el franquismo propiciaron la creación de negocios fáciles y la acumulación rápida de capital a costa de la miseria de los trabajadores, que estaban sometidos a un sistema de opresión y barbarie. Pero estas instituciones han dejado de servir a los fines previstos por el sistema dentro de esta nueva situación de democracia. Aunque en realidad, el sistema capitalista sigue hoy haciendo uso de su habitual totalitarismo a través de su aparato político de U.C.D.

Los intentos de cierto sector de empresarios para ante la sociedad aparecer como víctimas, no es más que la consecuencia lógica de su inadaptación a la competitividad empresarial de los tiempos actuales. Es decir son víctimas de su propia clase.

4. Como quiera que el capital no es sino «trabajo acumulado» y el objetivo del capitalista, acumular el mayor beneficio en el menor tiempo, todo ello a su vez sujeto a la ley de la oferta y la demanda, el sistema de producción capitalista pone en marcha una serie de mecanismos inherentes a su sistema de producción, de los cuales forma parte el control de la producción y dentro de éste el del propio trabajador, que si bien es cierto que es una mínima parte de la totalidad del proceso y por consiguiente no se puede decir que sea el causante exclusivo de la crisis actual.

En cualquier caso, el sistema de producción capitalista asume constantemente el proceso científico y tecnológico, incorporándolo a la producción para la obtención de un mayor lucro, sin tener en cuenta las necesidades humanas.

Se trata de un fenómeno que ha de ser tenido en cuenta por igual, tanto en un sistema capitalista como en un sistema socialista, considerando que en este último la finalidad de la producción está en razón de las necesidades de la sociedad. La diferencia con el primer caso, radica en que el beneficio en la sociedad capitalista es privilegio de unos cuantos, mientras que en la sociedad socialista es redistribuido entre el conjunto de la sociedad.

5. Trabajar y producir en función de las necesidades de la sociedad. Lo cual requiere una constante planificación de la producción en la que se habrá de tener, evitando la progresiva desertización de la superficie cultivable que hoy origina el sistema capitalista, el deterioro constante del medio ambiente, etc. Es decir, se trata de producir lo necesario para el bienestar social.

CONFEDERACION DE SINDICATOS UNITARIOS DE TRABAJADORES

Manuel Fdez. Soniedo y José A. Millán

1. Lo que el capitalismo se plantea, en cualquier coyuntura, no es la organización del mercado de la fuerza de trabajo, sino la manera de invertir que le garantice los máximos beneficios en el plazo de tiempo más corto.

En la coyuntura actual, de crisis estructural esto se ve con más claridad. Ante la bancarrota de un modelo de acumulación que ha perdurado desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo se plantea sentar las bases de un nuevo modelo que le permita superiores tasas de beneficios. Y lo hace orientando los recursos financieros hacia sectores que precisan de una tecnología altamente sofisticada y de empleo de escasa mano de obra —centrales nucleares, electrónica, petroquímicas, bienes de equipo, etc.— y retirando la inversión de los sectores de la producción que generan más mano de obra. La consecuencia en la «organización» de la fuerza de trabajo empieza a estar a la vista: un sector reducido de trabajadores bien pagado y altamente cualificado de un lado y de otro un gran número con un nivel de vida decreciente y entre los que el paro es cada vez mayor.

El capitalismo no se plantea, pues, la organización de la fuerza de trabajo. Si esto hiciese tendría que enfrentarse a un aprovechamiento cada vez mejor de todos los recursos humanos, financieros y naturales para superar los efectos de la crisis, beneficiando de esta forma al conjunto de la sociedad en perjuicio de sus intereses, lo que va contra su propia naturaleza. El carácter egoísta e irracional del capitalismo le obliga a defender la anarquía en el sistema de producción de la sociedad.

Es evidente, por otra parte que cuando los trabajadores están siendo conducidos a una situación con un nivel de vida cada vez más bajo y un paro estructural que crece día a día, no se les ofrece otra alternativa que una oposición cada vez más amplia y resuelta tanto para conseguir una ampliación de los derechos democráticos y disponer de mejores medios para defender sus intereses: puestos de trabajo, mantenimiento del poder adquisito, mejores de vida y de trabajo, etc., como en la lucha directa por solucionar estos problemas.

Para la CSUT, esta crisis no es, pues, una maniobra de cara a debilitar la fuerza de la clase obrera, ni esta crisis va a disminuir su capacidad de respuesta, sino, por el contrario, lo que esta crisis mundial está haciendo es poner de manifiesto la debilidad e irracionalidad de un sistema incapaz de satisfacer las mínimas aspiraciones de la sociedad en su conjunto y está, también, generando ya un amplio movimiento progresista contra sus consecuencias.

2. Efectivamente, los empresarios plantean «como una medida para salir de la crisis» el aumento de la productividad. Lo que la CSUT nos planteamos es que si la crisis se manifiesta en una saturación de los mercados y en un aumento de los stocks ¿Para qué aumentar aún más la producción?, ya que incrementar la productividad, dentro de

la «lógica» a la que nos quieren acostumbrar los capitalistas, supone aumentar la producción. Lo que realmente está haciendo, que no es lo que pregonan, es disminuir la producción, bajando los salarios para que haya menos demanda, y reducir los puestos de trabajo aumentando el rendimiento de los que quedan, todo ello para seguir incrementando su famosa tasa de beneficios.

Las consecuencias inmediatas son: aumento deliberado del paro, ofensiva de la patronal en la negociación colectiva de cara a fijar índices de rendimiento y modificar los tiempos y las primas, superior control por parte de los mandos intermedios, congelación de los salarios, disminución de las garantías sindicales, etc.

3. El cambio producido en el país en el terreno político todavía no ha provocado, en lo sustancial, cambios en las relaciones dentro de las empresas siendo éstas similares a las que existían durante la dictadura. Las «lamentaciones de los empresarios» son injustificadas pues su rigidez sigue siendo la de siempre.

Lo que si es verdad es que necesitan, por todo lo que hemos explicado anteriormente, ser más rígidos que antes. En este sentido están al orden del día las sanciones graves, amenazas de despidos, despidos, etc., contra aquellos trabajadores que se resisten a aceptar incrementos de productividad arbitrariamente decididos por los empresarios.

La CSUT quiere dejar de manifiesto que la media por rendimiento en el país se sitúa entre el 130 y 140 por 100 con los sistemas actualmente en vigor.

4. Pensamos, que en efecto se tiende a un mayor control y especialización del trabajo y esto en dos sentidos. Desde una perspectiva global, como al principio decíamos, se va hacia dos sectores diferenciados entre los trabajadores, uno reducido bien pagado y altamente cualificado y otro mayoritario cada vez peor pagado y amenazado de un paro creciente.

Desde una perspectiva menos global a nivel de centro de trabajo, se está produciendo una mayor especialización del puesto de trabajo lo que trae como consecuencia reducción de plantillas e incremento de la productividad y, a medio plazo, consecuencias sobre la capacidad física y psíquica del trabajador. Por eso el capital no controla mejor la producción sino que genera nuevos elementos de conflictividad.

Nos viene a la memoria que recientemente en la General Motors de los EE. UU. han sido despedidos 6.000 trabajadores por ir a la huelga. Suponemos que en esta empresa se ha acentuado la «parcelización del trabajo» lo que no ha supuesto el control sobre los trabajadores que, a pesar de no disponer de un sindicato de clase organizado, según nuestras informaciones, se han opuesto a las medidas restrictivas que pretendía imponer la empresa.

5. La CSUT no creemos que se pueda llegar al socialismo «transformando» la sociedad capitalista, sino que como se dice en nuestro carnet y en nuestros estatutos: la emancipación de la clase obrera sólo vendrá mediante la expropiación de los medios de producción a los capitalistas.

Entendemos que la lucha constante contra el capital por el mantenimiento y mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo —entre las cuales está la organización del mismo— no sólo supone la conquista de mejoras inmediatas y el aumento de la conciencia y voluntad de oponernos a las manifestaciones de la explotación capitalista sobre los trabajadores, sino que nos permite comprender la irracionalidad del capitalismo y nos educa para conseguir el socialismo.

SINDICATO UNITARIO

José L. Martín

1. *a)* Las crisis del sistema capitalista no son provocadas adrede por los capitalistas aunque sí hay muchos que se aprovechan de ellas y contribuyen a su profundización. Las crisis del sistema capitalista son inevitables y consustanciales al propio sistema por la sinrazón de sus planteamientos.

Por ello, yo diría, que más que responder a un intento objetivo (a una estrategia preconcebida) responde a uno de sus objetivos prioritarios una vez desencadenada la crisis. Es un aprovechamiento de la crisis.

b) Por supuesto que el paro afecta a la capacidad de respuesta. Hay que tener en cuenta que la macrocélula básica organizativa de los trabajadores, son las fábricas y los tajos. Si se les priva de ellas, y se les dispersa, su capacidad de respuesta desaparece. De ahí la gran importancia de que los parados se organicen.

Así lo ha entendido siempre el S.U. y ha trabajado y sigue trabajando con ese objetivo.

La amenaza del incremento del paro y los expedientes de crisis y de regulación de empleo no afectan por sí mismas a la capacidad de respuesta de los trabajadores siempre que haya por parte de estos un objetivo común y una unidad en la lucha. Por poner algún ejemplo: El raso de Auhti, el más reciente de Sarrió y nuestra lucha por derrocar al fascismo; lo que sí afecta es la falta de un frente común de las fuerzas organizadas de izquierda y las posturas conciliadoras. Hay experiencias nefastas y si no, que se lo pregunten a los trabajadores de SEAT.

2. Estamos contra las mejoras de productividad logradas a costa de las espaldas de los obreros.

La cuestión de la productividad es manejada interesadamente por los empresarios. Al incrementar el rendimiento por trabajador no se aumenta sustancialmente la productividad. Se aumenta sustancialmente la productividad mejorando los procesos, los equipos, los métodos y las condiciones de trabajo y por tanto las instalaciones y los útiles de trabajo. Todo esto supone inversiones y más trabajo. Curiosamente todo el año pasado ha habido huelga de inversiones a pesar de que les ha favorecido el Pacto de la Moncloa.

a) Es una constante en el empresario el procurar aumentar los ritmos de trabajo. En momentos como los actuales donde, además, se dan la división sindical y las posturas conciliadoras, una experiencia es de que hay un claro intento de incrementar estos ritmos.

b) Si se cae en el juego de este planteamiento las consecuencias siempre serán negativas para los trabajadores por que no se atacan los problemas de fondo que ya se ha explicado. Los ritmos de trabajo van siempre unidos a sistemas de valoración de tiempos creados por los propios capitalistas; es bueno conocerlos para evitar los abusos pero nunca para conciliar con ellos o pactar.

3. Yo no he visto un relajamiento en el trabajo ya que los propios sistemas de incentivos impuestos lo impiden. Sí he visto

ganar posiciones a los trabajadores en su lucha contra la disciplina férrea heredada del sistema y régimen anterior.

a) Mi experiencia es de que sí hay un intento de volver a la disciplina rígida.

b) Se manifiesta fundamentalmente en imponer ritmos más altos y en un aumento de las sanciones. En los dos casos bien arropados por la legislación vigente y por su propia organización (CEOE) y por el Gobierno de UCD.

4. *a)* Creo que en las empresas modernas se está cerca de tocar techo en cuanto a una mayor división del trabajo. Sí hay un mayor y desmenuzado control burocrático.

Actualmente existen experiencias de formación de equipos de trabajo. No se piense que su finalidad es favorecer las condiciones de trabajo. Su objetivo principal es aumentar la productividad, la calidad y formar islas de trabajadores donde sea más difícil el entendimiento del conjunto de los mismos, de las islas entre sí.

b) Las consecuencias ya están: Ser máquinas repetitivas muy hábiles y nada más. No desarrollar la propia iniciativa, sentirse instrumentos, enfermedades profesionales, absentismo...

5. El objetivo de todo trabajador inmerso en un sistema capitalista debe ir dirigido a mejorar sus condiciones de vida y de trabajo y a preparar las condiciones para la toma del poder y la erradicación de dicho sistema.

El mejorar las condiciones de vida y de trabajo no supone el hundir fábricas. Supone el conseguir una parte de la plusvalía que nos sustrae el empresario. obligando a éste a pagar más y haciendo que mejore sus instalaciones.

Por lo que respecta a la productividad, mientras la plusvalía se la lleve el empresario no tenemos interés en aumentarla. Sí tendremos interés cuando las pluvalía redunde en beneficio de todos y esto sólo se dará en un sistema socialista y en mayor medida en el comunista. Tampoco nos oponemos a ella siempre que esté plenamente justificada por una mejora de la metodología.

Somos también partidarios de no mezclar en las discusiones de convenios los temas de productividad e incentivos con los sueldos y otras reivindicaciones. Cada cosa por su lado

BIBLIOGRAFIA

A. *En lengua castellana*

J. M. Segara: *La organización científica del trabajo, ¿ciencia o ideología?,* Barcelona, Fontanella, 1971.

J. Molsosa: *La organización científica del trabajo,* Barcelona, Avance, 1976.

A. Gorz y otros: *Crítica de la división del trabajo,* Barcelona, Laia (Col. Bolsillo), 1978.

R. Panzieri y otros: *La división capitalista del trabajo,* Buenos Aires, Cuadernos del Pasado y del Presente, 1974.

G. Friedman: *El Trabajo desmenuzado,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958.

F. W. Taylor: *El management científico,* Barcelona, Oikos-Tau, 1969.

C. Bettelheim: *Revolución Cultuural y organización industrial en China,* Madrid, Siglo XXI, 1976.

CFDT: *Los costes del progreso.* Madrid, Blume, 1978.

F. Miguelez: *La SEAT, empresa modelo del Régimen,* Barcelona, Dopesa, 1977.

B. Coriat: *Ciencia, técnica y capital,* Madrid, Blume 1976.

F. Modigliano: *Los fraudes de la productividad,* Barcelona, Nova Terra, 1968.

B. *En lenguas extranjeras*

B.1. *Francés*

Freyssenet: *La división capitaliste du travail,* París, Savelli, 1977.

C. Durand: *Le travail enchainé,* París, Due Seuil, 1978.

C. Palloix: *Travail et production,* París, Maspero, 1978.

B.2. *Inglés*

H. Braverman: *Labor and monopoly capital,* Nueva York-Londres, Monthly Review Press, 1974. (Existe traducción francesa: *Travail et capital monopoliste. La degradation du travail au XX siecle,* París, Maspero, 1976.)

B.3. *Italiano*

M. Lichtner: *L'Organizzaziones del lavoro in Italia,* Roma, Ed. Riuniti, 1975.

A. Anfossi: *Prospettire sociologiche dell'organizzaziones aziendale,* Milán, Angeli, 1971.

M. La Rosa: *Lavoro manuale e lavoro intellectuale tra scienza e società,* Roma, Sapere, 1974.

M. Regini y E. Rayneri: *Lotte operaie e organizzaziones del lavoro,* Padua, Marsilio, 1971.

G. Primo Cella: *Divisione del lavoro e iniziativa operaia,* Bari, De Donato, 1976.

M. Ancona y F. Stery (Eds): *Proletariato industriale e organizzazione del lavoro,* Roma, Savelli, 1977.

SABIDURIA DEL PODER. POR UNA LECTURA MATERIALISTA DE MICHEL FOUCAULT

GABRIEL ALBIAC

¿Para qué una lectura marxista *de Foucault? Para quienes insisten en la situación crítica de la teoría marxista, encuentran en ella cánceres y pústulas por doquier y auguran toda suerte de cataclismos al marxismo, la pregunta se plantearía en todo caso al revés: una lectura foucaultiana (o deleuziana, entre otras) del marxismo revela la bancarrota definitiva de esto, pone el dedo en la llaga de sus impotencias, redacta su epitafio. Una* lectura marxista *de Foucault no sólo carece de todo interés, sino que es simplemente imposible.*

La respuesta, por así decirlo, «institucional» del marxismo a esa pregunta no ha sido tampoco muy edificante. Hete aquí que terminan por darse la mano, de un lado, quienes proclaman abiertamente su deserción del marxismo, y de otro, quienes pretenden presentarse como sus más fiables depositarios. Los intelectuales que, de una forma u otra, representan oficiosa u oficialmente a los Partidos Comunistas europeos han contestado tajantemente que «los muertos que vos matáis gozan de buena salud» *y han condenado a Foucault al fuego eterno reservado a los «nuevos filósofos». Su caso queda, así, definitivamente archivado y listo para sentencia* (1).

(1) Para ver qué posiciones mantienen frente a Foucault los intelectuales de los PC's europeos vale de muestra el artículo «Poder, teoría, deseo» de Massimo Cacciari, militante del PCI, seguido de la respuesta de Foucault «Lo que digo y lo que dicen que digo», ambas publicadas en *El Viejo Topo*, núm. 29. Febrero 1979.

No es extraño. Tiene razón Foucault cuando responde que, en estos casos, parte de la táctica que siguen los PC's (2) *consiste en* «la asimilación del enemigo con el peligro. Cada vez que se presenta algo que, respecto a situaciones dadas, a tácticas consagradas, a temas ideológicos dominantes, representa un peligro, es decir, el planteamiento de un problema o la necesidad de dar un viraje en el análisis ¡no hay que tomarlo como un peligro o como un acontecimiento!, sino denunciar o inmediatamente como un adversario... si es nuevo, representa un peligro y, por lo tanto, un adversario» (3). *En efecto, para los reformistas no se trata de debatir un nuevo problema, plantearle nuevas preguntas a la teoría marxista, sino de* preservar una situación de poder que se ve constantemente amenazada. *Lo suyo no es ceguera, sino contraataque. Y de la misma manera que se aprestan a convertirse en los mejores defensores del Estado burgués frente a la «amenaza terrorista», quieren ser los mejores defensores de un «marxismo no marxista» frente a la amenaza del terrorismo verbal «venga de donde venga».*

Y entre unos y otros ¿qué queda? Reconozcamos la ostensible debilidad de las posiciones revolucionarias, de las posiciones marxistas y leninistas, frente al reformismo en el campo de la teoría. Y en el de la política, desde luego. No obstante, esta debilidad teórica no sólo es explicable como expresión de la propia debilidad política de los marxistas-leninistas frente al revisionismo. Es fácilmente comprobable que la respuesta que los marxistas-leninistas han dado a las nuevas preguntas teóricas que se le han planteado, que se le están planteando, a la teoría marxista, no ha diferido en muchas ocasiones de las que ofrecían los propios representantes de los PC's europeos. Para los marxistas-leninistas, las más veces, la defensa de la teoría marxista frente a las agresiones teóricas de tipo idealista o revisionista, se ha reducido a la conservación y repetición de los textos clásicos. En ocasiones, ciertamente, por razones de fuerza mayor. En otras, por no entender que la defensa de la teoría marxista frente a esas agresiones no puede hacerse más que desarrollando la propia teoría marxista. *Y así, los marxistas-leninistas han (hemos) sido más hábiles a la hora de esgrimir la vigencia de una buena parte de los textos clásicos, o de llevar a cabo una especie de «readaptación» no dogmática de los mismos a los nuevos datos históricos, políticos, sociológicos... que la realidad social actual arroja, que a la hora de hacer avanzar el marxismo* en el propio terreno de la teoría.

---

(2) En realidad, Foucault no habla de PC's, sino de comunistas, pues, con la miopía habitual de los intelectuales europeos no marxistas, para él *PC* y *comunismo* son equivalentes. De esta forma, sus críticas a «los comunistas» resultan ser en ocasiones una confusa amalgama de crítica a los marxistas y críticas a los revisionistas... lo cual le permite, dicho sea de paso, a Cacciari ironizar sobre la irritación que le produce a Foucault ser comparado con los «nuevos filósofos», puesto que tiene de «los comunistas» la misma imagen siniestra que Gluckmann, Bernard-Henri Lévy y Cía.

(3) Foucault, «Lo que digo y lo que dicen que digo». *El Viejo Topo*, núm. 29. Febrero 1979.

Eso, paradójicamente, ha quedado en manos frecuentemente de intelectuales ligados a los PC's europeos de una u otra forma (4), *o incluso han sido teóricos declaradamente no-marxistas los que, por la vía indirecta, han impulsado respuestas marxistas —o embriones de respuestas— a nuevos problemas teóricos. Sin escándalos de ningún tipo, podemos afirmar con toda impunidad que el caso de Foucault es uno de ellos.*

Bueno es recordar, a estas alturas, un texto de Federico Engels (Las guerras campesinas, *1874) recogido por Lenin en el* ¿Qué hacer?, *donde se afirma que hay tres formas de lucha de clases: la política, la económica y la* teórica. *La lucha de clase del proletariado debe, pues, ser llevada a cabo y dirigida por el partido, en el campo de lo político, de lo económico, y de lo* teórico. *De otra forma, la teoría marxista no se desarrolla —ninguna teoría lo hace— de manera lineal, siguiendo un camino marcado por verdades y errores, enfrentada simplemente al ancho campo abierto del saber. Sino que se desarrolla, constantemente, en* lucha *contra las posiciones desarrolladas en el campo de la teoría por la burguesía y por el reformismo. La teoría marxista, pues, sólo existe en lucha,* «en crisis».

Y en ese espinoso campo de batalla que es la teoría, el proletariado debe tomar posiciones de fuerza. De ahí la necesidad —por ejemplo— de una lectura marxista *de un teórico como Foucault —ex-marxista— que, en estos momentos, plantea al marxismo una pregunta delicada: la pregunta del* poder. «Las relaciones de poder ¿no representan, quizá, respecto por ejemplo de las relaciones de producción, un nivel de realidad al mismo tiempo complejo y relativamente (aunque sólo sea relativamente) independiente?» (5). *Ciertamente, no resulta difícil señalar la importancia* política, *no sólo* teórica, *de la respuesta que demos los marxistas a tal pregunta, si tenemos en cuenta que el materialismo dialéctico e histórico se enfrenta desde hace varios años con la imperiosa necesidad de dar una respuesta convincente a los procesos de «degeneración» que han sufrido distintos «Estados socialistas» que se han dado históricamente a lo largo del presente siglo. En efecto, como recuerda Althusser, toda tesis filosófica* «provoca efectos en las prácticas sociales y, entre ellas, en la práctica científica y la práctica política» (6).

(4) Casos como el del intelectual marxista-leninista Charles Bettelheim no son, efectivamente, los más representativos. De ahí, en parte, que los impulsos que ha recibido recientemente la teoría marxista estén huérfanos de un proyecto político revolucionario paralelo y adopten no pocas veces apariencias meramente teoricistas.

(5) Foucault, art. citado.

(6) Louis Althusser, «Para una teoría de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis». Siglo XXI ed. Madrid, 1974.

La referencia a Louis Althusser —filósofo y militante del PCF*— es obligada, toda vez que pocos como él han expuesto en los últimos años la necesidad de tratar a la teoría como lo que es:* un escenario de la lucha de clases. *Pero también porque el texto de Gabriel Albiac que presentamos a continuación, al recorrer tres cuestiones esenciales para una* lectura marxista *de Foucault (el* sujeto, *el* poder, *el* saber*) comienza por señalar —y no es casual— las aportaciones que cabe extraer de los textos de Foucault para acabar con la figura del* sujeto, *empresa que ocupa buena parte de la obra teórica de Althusser y elemento en el que se han cimentado buena parte de las posiciones idealistas y revisionistas en el campo de la producción teórica. Frente a quienes han buscado continuamente un* sujeto *a la Historia, encontramos en los textos de Althusser, Foucault y varios otros las armas para restituir al marxismo en su lugar afirmando tajantemente, por ejemplo, que* la Historia es un proceso sin sujeto, *cuestión, por otro lado, que el propio Marx se encargó de subrayar:* «La lucha de clases es el motor de la Historia» (7).

La aportación de Gabriel Albiac a una lectura marxista *de Foucault se centra, pues, en uno de los caballos de batalla en torno al cual se ha desarrollado recientemente el combate del marxismo contra las posiciones filosóficas humanistas e historicistas: el tema del* sujeto. *Para después tocar las originales aportaciones de Foucault a una teoría del poder y finalizar con el problema de la relación entre saber y conocimiento científico.*

En lo que a nosotros se refiere, algo que añadir al positivo valor polémico del texto de Albiac y su voluntad declarada *de realizar una lectura de Foucault desde el marxismo-leninismo. El hecho de que constituye un intento más —y estos intentos escasean— de no dejar campo libre el enemigo en el terreno de la* Teoría.

(7) Karl Marx, Federico Engels, «El Manifiesto Comunista». Ed. Lenguas extranjeras. Pekín, 1973

¿Cómo evitar, al comenzar a escribir sobre Foucault, el recuerdo de aquel Pierre Menard del hermoso relato borgiano, que, empeñado, en 1918, en cumplimentar, fiel y aplicadamente, la imposible tarea de reescribir, línea a línea, palabra por palabra, el *Quijote*, habría de acabar dando a la luz precisamente un texto, en cuya literal repetición de la escritura cervantina, su *sentido enunciativo* había quedado no ya sólo transformado, sino, tal vez, incluso subvertido?

Quizás toda la obra de Michel Foucault no sea más que un comentario erudito y minucioso de esta historia alucinante y rigurosa del maestro bonaerense.

¿No es eso, al fin, lo que viniera a confesarnos Gilles Deleuze, al saludar la *Archéologie du Savoir* como el esbozo de ese nuevo proyecto archivero que permita establecer «en qué casos es posible decir que existe un mismo enunciado, aun cuando las frases de enunciación difieran, o enunciados diferentes, aun cuando la frase sea idéntica» (1)?

La *Arquéologie du Savoir* (que, junto con la *Volonté de Savoir*, forma el díptico de los grandes textos metodológicos de M. Foucault) resulta hoy, leído con casi diez años de distancia, apenas menos desconcertante de lo que pudo serlo (y, de hecho, fue) allá en el momento de su aparición en el ocaso de los años sesenta. Concebido como formulación general de los presupuestos metodológicos que sus tres importantes textos anteriores (2), lo primero (y, tal vez, lo más importante) que el texto de Foucault cumplimentaba, resultaba ser, muy precisamente, el prácticamente total arrumbe de aquella categoría de *épistéme* que en ellos jugara el papel estratégicamente decisivo. Con ello, justamente, todo el campo conceptual foucaultiano se lanzaba a bailar, para verse finalmente sometido a la apremiante constricción de una reestructuración general que hace de la *Arqueología* un texto decisivo en la génesis de nuestro propio e ineludible horizonte de pensamiento. Porque, creo que todos hemos sido, somos, inevitablemente foucaultianos, un poco a la manera en que podría decirse de los «marxistas» de la II Internacional que fueron todos inevitablemente darwinistas.

De ahí, pues, la importancia para nosotros hoy, marxistas, o más bien, marxistas-leninistas —para dejar bien clara nuestra rotundamente explícita voluntad de anacronía—, de ahí, digo, la importancia de la apuesta en juego en este comprender los desajustes que el discurso de Foucault introduce, discplicentemente, en la homogénea superficie calma de nuestro sopor más o menos dogmático.

Lecourt lo había puesto, con justeza, en claro, en un estudio (3) que es, quizás, junto con el de Deleuze ya citado, el más inteligente de los trabajos suscitados por la aparición de *L'Archéologie du Savoir* (este libro de Foucault que, a diferencia de lo que ocurriera con los anteriores y de lo que está ahora sucediendo con *La Volonté de Savoir*, suscitara tan escasa literatura crítica): si en la *Arqueología*, Foucault se ha sentido impelido por la necesidad de abandonar esa categoría esencial de su anterior trabajo que es la de *épistéme*, no ha sido ello, en modo al-

(1) Deleuze, G.: *Un nouvel archiviste*. París, Fata Morgana, 1972, p. 22.

(2) *Naissance de la clinique, Histoire de la folie, Les mots et les choses.*

(3) Lecourt, D.: «Sur l'Archéologie et le savoir», en *La Pensée*, núm. 152, agosto de 1970.

guno, dentro de la perspectiva de una renuncia a aquellas críticas centrales contra toda concepción *antropologista* o *humanista* de la historia, que constituían, sin duda, lo más hermoso y sugerente de, por ejemplo, *Les mots et les choses,* sino, muy por el contrario, tal operación ha sido precisamente cumplimentada *para mejor reafirmarlas.*

Es aleccionador, al respecto, releer aquel texto, en cierto modo prefigurador de la *Archéologie du Savoir* que es la *Respuesta* de M. Foucault a las cuestiones que le fueran planteadas por el *Círculo de epistemología* de la E.N.S. Porque, si, efectivamente, algo ha de quedar claro en este debate, es precisamente el hecho de que si resulta innegable la eficacia del papel jugado por el concepto de *épistéme* en *Les mots et les choses,* de cara al ejercicio demoledor de la crítica de la categoría de *sujeto,* no es menos evidente su capacidad para inducir, simultáneamente, tales problemas a la hora de trazar la caracterización de una historia de las formaciones discursivas que no sea ya la «historia del sujeto» —que su funcionalidad teórica resulta, cuando menos, muy socavada.

Obra dedicada a romper con la inadecuada concepción de la historia de las configuraciones discursivas que, bajo el imperio del concepto de *épistéme,* tendía a reducir a ésta al triste juego aleatorio de las «mutaciones» imprevisibles o los «desgarramientos» bruscos, la *Arqueología* no dejaba por ello —como bien lo realzase Lecourt en su momento— de prolongar hasta sus consecuencias más radicales el proyecto foucaultiano de destrozar la «historia del sujeto», para pasar a construir ahora un nuevo proyecto de historia (no antropológica) del discurso. Doble esfuerzo de rematar al hombre y rescatar la historia (una historia diferente, de la que, por ahora, sólo nos es dicho que no podrá ya nunca más ser concebida como historia *del* hombre), la *Arqueología* formula el protocolo de una ruptura estricta con todo «estructuralismo»; una ruptura, cuya culminación, creo, puede hoy ser señalada en el tomo primero de la anunciada *Historia de la sexualidad, La Volonté de Savoir,* este breve texto que tan amargamente hiciera a Bernard-Henry Lévy lamentar el deslizamiento notorio de Foucault hacia el «goulagiano» materialismo histórico. Me temo que la preocupación del «nuevo filósofo» esté —en este caso y sin que sirva de precedente—, al menos en parte, bastante justificada.

Y, en lo que a mí concierne, añadiría, tal vez, que, en forma estrictamente inevitable, toda elaboración de una teoría marxista del poder, que trate de escapar al espejismo jurídico, ha de pasar hoy, con todas sus consecuencias, a través de una lectura rigurosa (esto es, materialista) de la obra de Michel Foucault. Esta obra que —cito, de nuevo, a Deleuze— nos sitúa —y ése es su arte supremo— ante «una destrucción fría y concertada del sujeto, un vivo hastío hacia las ideas de origen, de origen perdido, de origen encontrado, un desmantelamiento de las pseudo-síntesis de la consciencia, una denuncia de todas las mistificaciones de la historia operadas en nombre del progreso de la consciencia y del devenir de la razón...» (4).

Crítica radical del viejo fantasma ilustrado (mil veces maquillado, en nuestro siglo, más o menos a fondo, con toda la gama verbal que va del rosa tierno al rojo

(4) Deleuze, G.: *O. c.,* p. 30.

más bien desteñido) según el cual el hombre es el autor de su propia historia, la *Arqueología* se abría, bien provocativamente, con el exabrupto displicentemente lanzado a los rostros clericales de todos los filántropos defensores de *lo humano* frente al suave y anónimo disolverse del hombre entre los pliegues del saber occidental tras sus apenas dos siglos de existencia, que anunciara *Les mots et les choses*. «Se pretenderá con ello denunciar un atentado contra los derechos imprescriptibles de la historia y contra el fundamento de toda posible historicidad. Pero no hay que dejarse engañar: lo que con tanta fuerza lloriquean no es ladesaparición de la historia, es el desdibujamiento de esta forma de historia que estaba, en secreto pero por completo, referida a la actividad sintética del sujeto...; lo que tanto echan de menos es ese uso ideológico de la historia mediante el cual se ha tratado de restituir al hombre todo aquello que, desde hace más de un siglo no ha dejado de escapársele. Se había amontonado todos los tesoros de antaño en la vieja ciudadela de esta historia; se la consideraba sólida; se la había sacralizado; se había hecho de ella el último lugar del pensamiento antropológico; se había creído poder capturar en ella a aquellos mismos que se habían encarnizado contra ella; se había creído poder hacer de ellos guardianes vigilanes» (5).

¿Guardianes de la fortaleza? —sin duda los «historiadores de las ideas» lo han sido. Ellos que han tratado, a todo coste, de preservar, tras la unidad del sujeto pensante, la homogeneidad de las disciplinas. Pero, ¿no lo han sido también —y, en este caso, paradójicamente— aquellos que tenían entre sus manos el instrumento con que pulverizar la ciudadela: los historiadores marxistas? Largo camino, en efecto, a través de «humanismos socialistas» y otras múltiples zarandajas, el que nos ha llevado, rodeo tras rodeo, a construir una *doctrina edificante* sobre los fundamentos de lo que no podía dar pie más que a una tarea de demolición sin precedente. Aunque sólo fuera por lo que contribuye a recordárnoslo la obra de Foucault sería ya por ello preciosa.

Será, por tanto, preciso prestar buena atención a esta crítica demoledora del sociologismo propio a toda *teoría del reflejo*: cara oculta del mismo subjetivismo subyacente a las formas más tradicionales del culturalismo histórico. Pues, en la medida misma en que toda interpretación reflexista ve en el discurso «la superficie de proyección simbólica de acontecimientos o procesos situados en otra parte», en la medida en que trata de «encontrar un encadenamiento causal que pudiera ser descrito, punto por punto, y que permitiera poner en relación un descubrimiento o un concepto con una estructura social», toda problemática del «reflejo», en el fondo siempre empirista o sensualista se ve obligada a darse como «punto fijo» una categoría de sujetos y se encuentra, por ello, teñida de antropologismo.

No es tolerable pensar la historia de las formaciones discursivas bajo la categoría de «reflejo» de «lo» social. Esto que pudiéramos denominar la práctica foucaultiana de la descontextualización, está sin duda en la base del atractivo que la *Arqueología* había de ejercer sobre sectores marxistas muy determinados (el artículo ya citado de Dominique Lecourt

(5) *L'Arquéologie du savoir*. París, Gallimard, 1969, p. 24.

es, sin duda, paradigmático), como del rechazo que pudo inspirar en otros —en la medida misma en que tal práctica nos aparecía como única vía transitable para evitar la caída en esa *práctica cerrada de la contextualización,* cuya caricatura sociologista nos ha venido sistemáticamente a ser servida como la esencia misma de la concepción marxista de la «historia de las ideologías».

Lo que venía a aportarnos a finales de los años sesenta, a nosotros marxistas, la propuesta de Foucault, era, ante todo, algo muy elemental, y que, sin embargo, una persistente fijación en el progresismo iluminista (que, con tanta frecuencia, hemos confundido con el propio marxismo) nos imposibilitaba, por completo, para comprender que la lectura de un texto supone, antes que nada, el estricto *atenerse al texto,* en el rigor de la materialidad discursiva que le es propia. Lección a que nos remitía esta «arqueología», que no quería ser «nada más ni nada menos que una reescritura: es decir, en la forma mantenida de la exterioridad, una transformación, una transformación regulada de lo que ha sido ya escrito. No ... el retorno al secreto mismo del origen; sino la descripción sistemática de un discurso objeto» (6).

Y ante todo, la *Arqueología* nos planteaba la necesidad estricta de abandonar toda interpretación de los textos ligada a la comprensión del *autor,* sujeto *de* la *obra,* aun cuando fuere bajo la forma edulcorada de sus «condicionamientos» sociales o psicológicos.

Toda la *Arqueología* está girando continuamente en torno a esta idea: la categoría de autor no es sino un acto de discurso que surge en un intento de clasificación e interpretación, y, como tal acto de discurso, no puede escapar a la necesidad de ser analizado como cualquier otro. El «autor» no es nunca otra cosa que la calificación literaria, filosófica o científica de un *sujeto,* al que se erige en correlato «creativo» de la unidad del *libro* y de la *obra.* Pero ni *libro* ni opus pueden, en sentido estricto ser considerados como esas *unidades* que se nos propone designar. «Los márgenes de un libro no son jamás nítidos ni rigurosamente recortados: más allá del título, las primeras líneas y el punto final, más allá de su configuración interna y de la forma que la autonomiza, se halla preso en un sistema de referencias a otros textos, a otras frases: nudo en una red» (7). Con mayor el *opus,* la obra, que «no puede ser considerada ni como unidad inmediata, ni como una unidad cierta, ni como una unidad homogénea» (8), y cuya pretendida *unidad,* «lejos de ser inmediatamente dada, se halla constituida por una operación... interpretativa» (9). Con lo que toda la tarea de la *Arqueología* habrá, muy precisamente, de centrarse, una vez la fina trama que refiere la unidad de la obra a la del sujeto autor destruida, al establecimiento de las «relaciones de los enunciados entre sí (aun cuando escapen a la consciencia del autor; aun cuando se trate de enunciados que no tienen el mismo autor; aun cuando los autores no se conozcan entre sí); relaciones entre grupos de enunciados así establecidos (aun cuando estos grupos no conciernan a los mismos dominios, ni a dominios vecinos;

(6) *Ibid.,* p. 183.
(7) *Ibid.,* p. 34.
(8) *Ibid.,* p. 36.
(9) *Ibid.,* p. 35.

aun cuando no tengan el mismo nivel formal; aun cuando no sean el lugar de intercambios asignables); relaciones entre enunciados o grupos de enunciados y de acontecimientos de otro orden completamente distinto (técnico, económico, social, político). Hacer aparecer en su pureza el espacio en que se despliegan los acontecimientos discursivos, no es tratar de restablecerlo en un aislamiento que nada pudiera sobrepasar; no es encerrarlo sobre sí mismo; es hacerse libre para describir en él juegos de relaciones» (10).

Será, pues, preciso pasar a la tarea de «definir *objetos* sin referencia al *fondo de las cosas,* sino remitiéndolas al conjunto de las reglas que permiten formarlos como objetos de un discurso, constituyendo así sus condiciones de aparición histórica» (11). Estudio, por consiguiente, de los enunciados, en la materialidad de las relaciones que entre ellos se establecen, ¿no sería, a fin de cuentas, la *arqueología,* más que (una *lingüística?* —No. Precisamente porque «la cuestión que plantea el análisis de la lengua acerca de un hecho discursivo cualquiera, es siempre: ¿según qué reglas ha sido construido tal enunciado?, y, por consiguiente, ¿según qué reglas podrían ser construidos otros enunciados semejantes? La descripción *[arqueológica]* del discurso plantea una cuestión totalmente diferente: ¿cómo ha sido posible la aparición de tal enunciado y no la de ningún otro en su lugar?» (12). La irrepetibilidad, la singularidad impermutable del enunciado —tal es el círculo cerrado de la Arqueología, lo que es posible hablar en una práctica frente a toda ilusión lingüística, referent a la infinita posibilidad de las variantes no hay variantes, sólo un hecho bruto irrepetible de enunciación, cuyas cond ciones de existencia es preciso establecer De nada nos valdrá el decir que tal otr enunciado hubiera podido ocupar el luga enunciativo del que ha sido, *de facto* enunciado. Nuestro problema parte de l constatación de que es, en efecto, éste y no otro el enunciado que ha sido produ cido, para tratar de comprender en fun ción de qué implacable necesidad es ést y no otro el enunciado. «La cuestión pro pia al análisis *[arqueológico]* podría ser formulado así: ¿cuál es, pues, esta irregular existencia que viene a la luz en lo que se dice —y en ninguna otra parte?» (13). O bien, por emplear las palabras mismas de la *Arqueología del Saber,* diremos que «de lo que se trata es de captar el enunciado en la estrechez y la singularidad de su acontecimiento; de determinar las condiciones de su existencia, de fijar, con la mayor justeza sus límites, de establacer sus correlaciones con los demás enunciados que pueden estarle ligados, de mostrar qué otras formas de enunciación excluye» (14).

A este efecto de pensar las reglas que rigen tal inintercambiabilidad de los enunciados, propone Foucault, desde la *Archéologie du Savoir,* una categoría que vemos reaparecer justamente desde el título mismo de su último libro, y que es fijada como el objeto propio de la *arqueología* la categoría de *saber.*

¿Qué es un *saber?* Aquello que fija históricamente los lindes del delirio, al

(10) *Ibíd.,* p. 41.
(11) *Ibíd.,* p. 65.
(12) «Réponse au cercle d'Epistémologie de l'ENS», en *Cahiers pour l'Analye,* núm. 9, París, verano de 1968, p. 1.
(13) *Ibíd.*
(14) *L'Archéologie du savoir,* ed. cit., p. 40.

marcar los de lo enunciable: «aquello de discursiva que se halla, por ello mismo, especificada: el dominio constituido por los diferentes objetos que adquirirán o no un estatuto científico» (15). O, lo que es lo mismo: «el espacio en el cual el sujeto puede tomar posición para hablar de los objetos con los que tiene que vérselas en su discurso» (16). Un «saber», pues, aparecerá, al fin, como un campo de coordinación y de subordinación de los enunciados en el que aparecen, se definan, se aplican y se transforman los conceptos» (17).

He aquí por qué, a la inversa del proceder de la epistemología de raíz bachelardiana, que busca definir la aparición de una ciencia en función de su ruptura con el mundo de sus presupuestos discursivos, la arqueología insiste en la necesidad de recorrer el «eje práctica discursiva-saber-ciencia», consciente de que «entre la ciencia y la experiencia hay el saber... el saber determina el espacio en que pueden separarse y situarse una respecto de la otra, la ciencia y la experiencia» (18). Y es, con tal planteamiento foucaultiano, la categoría de *corte epistemológico* la que queda, aquí, de entrada, cuestionada en su estatuto, precisamente por su tendencia a eludir la instancia del saber, la instancia de estas relaciones reguladas, cuya existencia material constituye la base sobre la que una ciencia se instaura. Frente a ella, lo propio de la *Arqueología* es justamente la consideración inicial de que lo que hay que poner de manifiesto es «cómo se inscribe y funciona una ciencia en el elemento del saber» (19). «La ciencia, sin identificarse al saber, pero sin borrarlo ni excluirlo, se localiza en él, estructura algunos de sus objetos, sistematiza algunas de sus enunciaciones, formaliza tales de sus conceptos y de sus estrategias» (20). Crítica ésta, en la que es, sin duda, ante todo, la concepción expuesta por los primeros escritos de Althusser, acerca de la oposición *ciencia/ideología* o *verdad/falsedad,* la que es apuntada, en tanto que concepción en la que la ideología es presentada a modo de prehistoria de la ciencia, como el conjunto de errores tenaces de los que la ciencia se despojaría, como de un traje viejo, mediante la citada *ruptura.* Una ciencia, por el contrario —vendrá a decir Foucault—, no hace jamás en ruptura con las regalas del saber propio a una época dada; en sentido estricto, hasta tal punto son estas reglas irrebasables que constituyen el marco mismo de lo *impensado* que actúa como soporte de lo *pensable;* y, así, «si, por ejemplo, ha sido preciso esperar a finales del siglo XVIII para que el concepto de vida pase a ser fundamental en el análisis de los seres vivos, o si el rastreo de las semejanzas entre el latín y el sánscrito no ha podido dar origen antes de Bopp a una gramática histórica y comparada, o incluso si la constatación de las lesiones intestinales en las afecciones «febriles» no ha podido dar lugar antes del siglo XIX a una medicina anatomo-patológica, no hay que buscar la razón de ello ni en la estructura epistemológica de la ciencia biológica en general, o de la ciencia médica; ni tampoco en el error en que se hubiera obstinado durante tanto

(15) *Ibíd.,* p. 238.
(16) *Ibíd.*
(17) Ibíd.
(18) *Réponse au cercle d'épistémologie,* loc. cit., p. 39.
(19) *L'Archéologie du savoir,* ed. cit.
(20) *Ibíd.,* pp. 241-242.

tiempo la ceguera de los hombres; reside en la morfología del saber, en el sistema de las positividades, en la disposición interna de las formaciones discursivas. Es más, es en el elemento del saber donde se determinan las condiciones de aparición de una ciencia» (21).

El saber, pues, no debe ser, en modo alguno considerado como excluyente de la cientificidad, sino, *sensu stricto,* como la mecánica de precisión a través de la cual el sujeto es históricamente constituido, y con él el espacio delimitador de los discursos posibles, aquel fuera del cual, con la figura del sujeto perdemos la de la inteligibilidad, para penetrar en el ámbito opaco de lo inarticulable, de lo insignificante, de aquello que es tan sólo designable en la locura. Pero, ¿cómo dar cuenta de esta capacidad inconmensurable de separar los reinos de la razón y el delirio, propia al saber que cohesiona la frágil entidad de los sujetos a través de los cuales toda práctica discursiva es ejercida? ¿Có-

(21) *Réponse...;* loc. cit., p. 233.

no pasar a pensar una nueva teoría de *función-sujeto,* que, sin recaer en la insostenible pendiente de la problemática del *sujeto de,* nos ponga en el camino de la justa comprensión de esas categorías que nos permitan designarlo, no ya en tanto que sujeto creador, sino precisamente en tanto que *constructo,* sede, punto nodal transitoriamente consistente, en el cual, por el cual, a través del cual el discurso es dicho, como unidad aparente en que el cúmulo anárquico de los significantes —siempre prestos a la disolución, a la *dessujección*— quede, al menos, provisionalmente constreñido a la norma de una inteligibilidad preestablecida, conforme a una estrategia discursiva bien delimitada, aquella respecto de la cual el sujeto es tal? ¿Cómo captar, en fin, la mecánica propia de estas tácticas dispersas, que imprimen las reglas y el orden del discurso, conforme a una estrategia difícilmente definible, que religue su unidad, impuesta como forma propia de ejercicio de una historia del discurso, que no sea ya una historia del Sujeto y/o sus condicionantes? Y, en verdad que es una extraña *estrategia* ésta que rige, según Foucault, la formación de los discursos, como lugares en que «poder y saber vienen a articularse» (22): «grandes estrategias anónimas, casi mudas, que coordinan tácticas locuaces cuyos 'inventores' o responsables son, con la mayor frecuencia, carentes de hipocresía» (23). Estrategias, en fin, independientes de nada que pudiera designarse como un «autor consciente», llámesele casta, clase o Alto Estado Mayor. Y que, sin embargo, tienen siempre como función la producción y reproducción de un *poder*: y no de un poder cualquiera: de un poder de clase: producción y reproducción que no funciona de forma idílica o lineal, ya que «el discurso vehícula y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo vuelve frágil y permite destruirlo» (24).

Poder. Todo el problema se encierra en esta pequeña palabra que la crisis profunda del final de los sesenta parece haber impuesto a Foucault como la pieza clave del endiablado rompecabezas del discurso. Esta crisis radical que enseña, súbitamente, con la irrupción intempestiva del curso de la historia, que «el papel del intelectual... es el de luchar contra las formas de *poder,* allá donde aquél es al mismo tiempo objeto e instrumento de éste: en el orden del 'saber', de la 'verdad', de la 'consciencia', del 'discurso'» (25).

La voluntad de pasar a comprender el papel central que el poder, que las relaciones de poder, para ser más estrictos, ejercen sobre la articulación estratégica de las propias positividades discursivas constitutivas de un saber, atraviesa todo el impulso teórico de los últimos escritos de Foucault. En particular, de esos dos grandes intentos de trazar los hitos de una arqueología del saber burgués que son *Surveiller et punir* (estudio del surgimiento y desarrollo del discurso carcelario y *Histoire de la sexualité* (análisis del discurso de la sexualidad).

El viejo proyecto foucaultiano queda aquí recogido en los términos mismos en

(22) *La volonté de savoir.* París, Gallimard, 1976, p. 133.
(23) *Ibid.,* p. 125.
(24) *Ibid.,* p. 133.
(25) Entrevista Deleuze-Foucault en *L'Arc.* París, 1972.

que fuera formulado en la declaración de principios y proyectos de 1970, en la «lección inaugural» del *Collège de France*:

> «... no ir del discurso hacia su núcleo interior y oculto, hacia el corazón de un pensamiento o de una significación que se manifestarían en él; sino, a partir de él mismo, de su aparición y de su regularidad, ir hacia sus condiciones externas de posibilidad, hacia aquello que da lugar a la serie aleatoria de estos acontecimientos y fija sus límites» (26).

Pero, desde este momento, un concepto nuevo da a Foucault la posibilidad de comprender los ejes mismos a través de los cuales tales condiciones de existencia se unifican en una estrategia ordenada (aunque contradictoria y difusa) —concepto de *poder*, que remite a lo que Foucault denominaría, en alguna ocasión, la necesidad de pasar a construir una *microfísica del poder*, una *analítica del poder*, que será preciso construir de tal modo «que no tome el derecho como modelo y código» (27). Una *teoría no jurídica del poder* —ese mismo que ha sido el proyecto central (mil veces frustrado, mil veces desdibujado o trivializado) de todo lo que de revolucionario ha podido tener el proyecto marxista.

Porque, en efecto, si algo debe rehuir el arqueólogo, ello es precisamente la idea de que el poder sea un elemento particular, diferenciado y con sede en no se sabe qué arquitectural superestructura; «el poder no es una institución ni una superestructura, no es una determinada facult
de la que algunos estuvieran dotados:
el nombre que se otorga a una situaci
estratégica compleja en una sociedad d
da» (28). Y el lugar privilegiado a trav
del cual, en el cual, el poder se ejer
es precisamente el discurso, por el cu
y a través del cual los propios *sujet*
humanos son construidos, en tanto qu
sujetos, en el doble sentido del término
como punto nodal a partir del cual toc
práctica (discursiva o no) es ejercida, per
también (y por ello mismo) como luga
de materialización de las relaciones d
dominio y sumisión que hacen de él
lugar de la *sujección* (del *assujettissemen*
a las estrategias y tácticas implacables de
discurso, de la sumisión a los límites, ab
solutamente irrebasables que marcan l
intransgredible frontera de lo inefable.

De ahí, claro está, la función asignad
a la *arqueología*, concebida ahora com
«analítica del poder»:

> «... saber bajo qué formas, a tra
> vés de qué canales, desplazándose
> a lo largo de qué discursos accede
> el poder hasta las más ténues e in
> dividuales conductas... buscar las
> instancias de producción discursiva
> (que, por supuesto conllevan tam
> bién silencios) de producción de
> poder (que, a veces, tienen la fun
> ción de prohibir), de las producciones de saber (que nacen circular,
> frecuentemente, errores o desconocimientos sistemáticos)» (29).

Tratar, así, de comprender cómo este mecanismo mediante el cual «en toda so-

(26) *L'ordre du discours*. París, Gallimard, 1971, p. 55.
(27) *La volonté de savoir*, ed. cit., p. 119.
(28) *Ibid.*, p. 123.
(29) *Ibid.*, pp. 20-21.

iedad la producción del discurso es a a vez controlada, seleccionada, organizada redistribuida, mediante un cierto número de procedimientos que tienen como papel el de conjurar los poderes y los peligros, el de controlar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad» (30) —cómo este mecanismo para el que «el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello mediante lo cual y por lo cual se lucha, el poder que se trata de poseer» (31)—, cómo este mecanismo —repito—, del que la *resistencia* misma no es sino un momento interno, no podría ser simplificadoramente concebido como simplemente productor de *engaño, distorsión* o *fantasmagoría* falseadora, sino también —y quizá fundamentalmente— *productor de verdad*. Verdad y poder no son términos excluyentes, como una cierta tradición iluminista pudiera hacernos tender a pensar. La verdad como el error, la consciencia (verdadera o falsa) lo es siempre *de clase*, lo es siempre en función de *dispositivos de poder*. De ahí la necesidad perentoria (en la que se inscribe toda la obra de Michel Foucault) de pasar a elaborar algo que recompone todos los empeños de quienes tratamos hoy de abrirnos paso, como sea, desde el seno de la tremenda crisis actual del materialismo histórico:

> «una 'historia política de la verdad' [que muestre] que ni la verdad es libre por naturaleza ni el error siervo, sino que su producción está enteramente atravesada por relaciones de poder... Inmensa obra a la que Occidente ha plegado generaciones enteras para producir —mientras otras formas de trabajo aseguraban la acumulación del capital— la sujección *[assujettissement]* de los hombres; quiero con ello decir, su constitución como 'sujetos' en los dos sentidos de la palabra» (32).

Habremos con ello, quizás, perdido para siempre el hermoso aforismo gramsciano de acuerdo con el cual *la verdad es siempre revolucionaria,* para volver más desencantadamente los ojos hacia esa imagen hipnótica de Maquiavelo que ha sido, de siempre, el amor juvenil de cuantos nos queremos hoy marxistas.

Consolémonos pensando que, tal vez, a cambio nos haya sido dada, al fin, la clave de lectura y comentario de ese texto, comentario de un texto inexistente, que es el hermoso relato de Borges que nos habla de un Pierre Menard que no logra, porque *no puede,* reescribir el Quijote:

> «Es una revelación cotejar el don Quijote de Menard con el de Cervantes. Este, por ejemplo, escribió (*Don Quijote*, primera parte, noveno capítulo):
>
> *... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.*
>
> Redactada en el siglo XVII, redactada por el 'ingenio lego' Cervantes, esa enumeración es un mero elogio

(30) *L'ordre du discours,* ed. cit., pp. 1011.
(31) *Ibid.*, p. 12.
(32) *La volonté de savoir,* ed. cit., pp. 80181.

Quijote.

de la historia. Menard, en cambio, escribe:

... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

La historia, *madre* de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales —*ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir*— son descaradamente pragmáticas» (33).

Gabriel ALBIAC

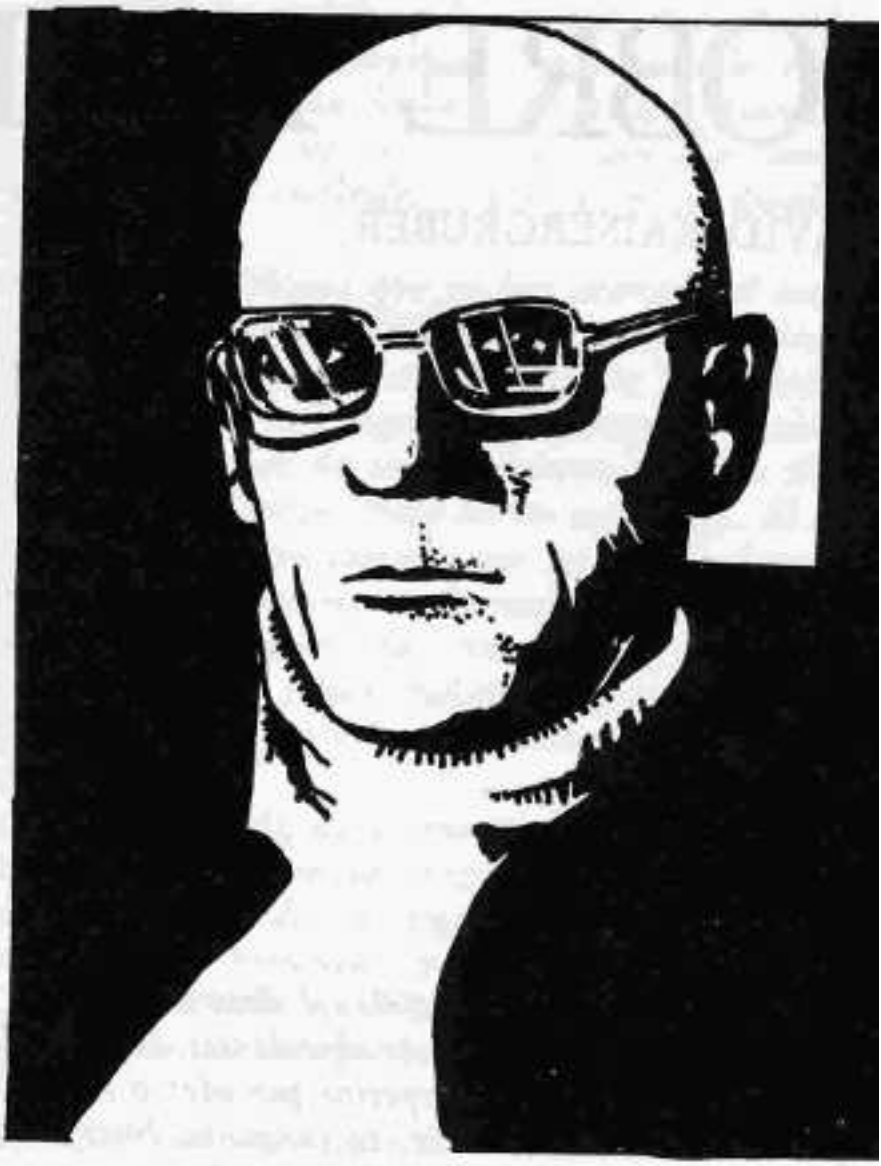
(33) Borges, J. L., *Pierre Menard, autor del*

de la historia. Menard, en cambio, escribe:

... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

La historia, *madre* de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales —*ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir*— son descaradamente pragmáticas» (33).

Gabriel ALBIAC



(33) Borges, J. L., *Pierre Menard, autor del*

SOBRE LO TEATRAL

DAVID KAISERGRUBER

Si echamos una vista atrás, al desarrollo de la teoría sobre la práctica teatral, podremos comprobar que han sido más abundantes, incluso de una abundancia más que estimable, los textos que se refieren a aspectos parciales o relativamente concretos de esa actividad cultural (puesta en escena, montaje, escenografía, interpretación, «literatura teatral»...) que las obras que se ocupan de desvelar lo que es el teatro como «medio de comunicación», «práctica significante»... (sea la terminología que se prefiera utilizar).

Particularmente, la tendencia que aúna de forma predominante los estudios teóricos sobre prácticas culturales en los últimos años, es decir, el empleo de la semiología *(como ciencia de los signos, sentidos, significaciones...) rara vez ha realizado con éxito una incursión en el terreno de lo teatral. En efecto, las dificultades para analizar el teatro como lenguaje (no otra, es la pretensión de ese tipo de estudios teóricos) son múltiples. En esa especie de pereza o impotencia de la semiología para abordar tal tarea de forma convincente, ha influido sin duda el hecho de que las investigaciones realizadas según dicha disciplina se han polarizado más hacia estudios sobre la imagen o la literatura propiamente dicha, que como prácticas culturales ocupan sin duda en estos momentos un lugar principal, mientras que, de manera un tanto apresurada, muchos consideran que el teatro es poco más que un vestigio cultural del pasado sin relevancia ninguna.*

No obstante, hay otro tipo de razones que explican esta «pereza». Razones derivadas esencialmente de la propia dificultad que presenta el teatro para ser reducido a términos de lenguaje. La movilidad de los espectáculos es desbordante. No sólo porque de un mismo texto base puedan surgir variaciones infinistas que dan lugar a montajes concretos a veces esencial y radicalmente diferentes. No sólo porque un espectáculo teatral es irre-

petible (un montaje se realiza prácticamente de arriba a abajo cada vez que es consumido; el teatro no puede ser enlatado como un film, fotocopiado o impreso como una novela, reproducido como un cuadro... cada montaje teatral es en última instancia irrepetible). Sino también por la propia movilidad del signo teatral (¿o de los signos teatrales, dado que parecen ser siempre combinaciones de signos de otras prácticas culturales?), por la imposibilidad de «congelarlo», de «aislarlo»...

Estas dificultades son tales que muchos de los semiólogos que se han acercado al teatro han terminado por preguntarse, perplejos: «pero, en realidad, ¿qué es lo teatral, *desde un punto de vista semiológico?» Umberto Eco, en una de sus escasas incursiones en el terreno teatral, intentaba dar un comienzo de respuesta a estos interrogantes francamente ingenioso: «El signo teatral es un signo ficticio. No porque se trate de un fingimiento o de un signo que comunique cosas que en realidad no existen, sino porque finge no ser un signo... El elemento primario de una representación teatral viene proporcionado por un cuerpo humano que se deja ver y que se mueve. ...Pero el elemento propiamente "semiológico" del teatro consiste en que ese cuerpo humano ya no es una cosa entre otras cosas, puesto que alguien lo* muestra *separándolo del marco de los acontecimientos reales, constituyéndolo como signo y haciendo de los movimientos que realiza y del espacio en el que los realiza auténticos significantes».*

El texto que presentamos a continuación tiene interés, desde nuestro punto de vista, no porque dé ninguna respuesta, sino porque plantea una serie de preguntas aún sin resolver. En él, David Kaisergruber, además de proponer una vía de investigación para investigar «lo teatral» en los textos dramáticos (las relaciones entre personajes, y entre personajes y espectador, que el texto teatral plantea), llama la atención sobre la dificultad actual que existe a la hora de poder encarar coherente y correctamente la interpretación, y posteriormente la puesta en escena, de un texto clásico.

El texto original incluye, a modo de ejemplo, una interesante disección de la obra Mitrídates, *de Racine. Suponiendo que dicho texto resulta posiblemente muy familiar para el lector francés, pero no tanto para el lector del Estado español, hemos preferido suprimir esos párrafos. En ellos, David Kaisergruber, a través de un análisis de las relaciones entre los personajes de la obra, señala los mecanismos a través de los cuales estas relaciones, en la coyuntura histórica concreta en que fue realizada la obra (la Francia de finales del XVII), se convierten en una reflexión en cierto sentido crítica sobre los fundamentos ideológico-filosóficos del poder de la monarquía absoluta.*

(*) Texto extraído de una conferencia realizada en Burdeos en el Centro de Estudios e Investigaciones Teatrales. Publicado originalmente en *Dialectiques*, número 14. París. Verano, 1976.

¿Qué es lo teatral? ¿Qué tienen de específico esos textos extraños que tienen que ser «puestos en escena»? ¿Cuál es la especificidad igualmente de ese conjunto que se produce, precisamente, a lo largo de la representación teatral? A estas cuestiones, francamente complejas, se suele dar respuestas de tipo fenomenológico. Yo querría aportar aquí algunos elementos de respuesta (en efecto, dado el estado actual de la reflexión teórica sobre la práctica teatral, no puede tratarse más que de *elementos de respuesta*), determinados por el hecho de situarse desde el punto de vista de una aproximación semiótica.

Probablemente, no es casual que el desarrollo —relativamente reciente— de la semiótica como reflexión sobre la producción y funcionamiento de las significaciones y efectos de sentido, se haya centrado en primer lugar sobre textos propiamente dichos, es decir, sobre textos literarios que no tienen necesariamente la dimensión de la representación en escena. En efecto, el hecho mismo de la representación teatral, de la puesta en práctica de un texto, constituye una de las dificultades principales con las que se enfrenta una semiótica del teatro. Y al mismo tiempo, esta mayor dificultad es quizá la etapa necesaria que debe franquear la semiótica para poder dar cuenta no solamente del funcionamiento del texto, sino también de los efectos de sentido que él mismo produce. En otros términos: no sólo de la escritura, sino también de la lectura. *El teatro es una lectura puesta en práctica*, esto es esencial para quien quiere intentar hacer investigaciones de semiótica general.

Por ello, también, toda perspectiva de semiótica teatral debe establecerse en un doble sentido: por un lado, de la teoría hacia la práctica teatral (de eso se trata esencialmente en las líneas que siguen a continuación) y, por otro, de la práctica hacia la teoría (camino que conduce a la constitución de una semiótica de la propia representación teatral y que tropieza con dificultades del mismo tipo que las de una semiótica del cine: concebir en términos semióticos el espacio, los objetos, los colores, los sonidos y no ya solamente los términos lingüísticos propiamente dichos).

A fin de encarar provisionalmente la especificidad de algunos textos teatrales, determinados históricamente por su origen, puede resultar necesario centrar el análisis sobre aquello que determina, a partir del texto mismo, las relaciones (esta noción de relaciones es absolutamente esencial al teatro) entre los personajes (noción provisional que empleo aquí voluntariamente) y el espectador, tenido en cuenta como parte comprometida en el funcionamiento semiótico de la práctica teatral. Lo determinante es la búsqueda de especificidades teatrales, a partir de la determinación de las relaciones forzosas entre personajes, y entre personajes y espectador, en la estructuración del *texto mismo*. La finalidad de esta labor es doble: comprender la relación entre teatro y texto (en el sentido de que el teatro es una práctica que engloba al texto, a no ser que todo texto sea teatro); y alcanzar una especie de periodización de las estructuraciones textuales de las obras teatrales.

¿UNA HISTORIA DEL TEATRO?

Voy a dar un rodeo pasando por Brecht, o más precisamente por el modo en que Brecht se representa y reflexiona sobre la historia del teatro, al estilo en que toda «vanguardia construye» la historia de determinada manera para poder situarse en ella como vanguardia. En el *Pequeño Organon*,

en particular, Brecht trata de alcanzar una periodización de los textos teatrales a partir de las *relaciones* determinadas por el *texto* entre, por un lado, los personajes y, por otro, entre los personajes y el espectador. ¿Cómo encara esa tarea? Brecht parte de un punto de vista no histórico, lo cual quizá sea propio de todo trabajo no historicista. Parte de un punto de vista resueltamente moderno (incluso de vanguardia): la noción de distanciamiento. Brecht se da cuenta de la existencia de un distanciamiento que califica de *hinótico* (en términos más modernos podríamos traducirlo por mágico y religioso): el distanciamiento del teatro griego, por ejemplo, o el distanciamiento del teatro japonés, que se trataba de un distanciamiento útil para el juego del actor (a través de máscaras, por ejemplo). Ahora bien, este distanciamiento es hipnótico y mágico porque quiere imponer la imagen de algo sin provocar en el espectador una actitud crítica. Brecht describe a continuación el teatro llamado «de identificación»: por diferentes procedimientos el espectador se ve empujado a identificarse con lo representado. Empero, resulta que lo representado es casi siempre el orden establecido, el orden social, el orden religioso, el orden político, el identificarse con aquello que reproduce las orden sexual: se empuja al espectador a relaciones sociales existentes. Se trata, en este caso, aunque Brecht no emplee el término, de «teatro burgués», que según él abarca visiblemente desde el teatro clásico al teatro naturalista. Por último, y en algún modo como última etapa, está el teatro del distanciamiento crítico, del teatro de la era científica —dice Brecht. Se trata, en consecuencia, de una tentativa de periodización histórica, que crea problemas desde dos puntos de vista:

— Presenta unidades históricas de una amplitud que resulta excesiva para ser satisfactoria: hay que suponer, más bien, que las cronologías culturales e ideológicas son más bien cronológicas *coyunturales* que se actúan sobre períodos a veces extremadamente cortos.
— Se trata más de las exigencias de la constitución del «teatro científico» que Brecht quiere realizar (exigencias que determinan toda la utilización de recursos presentes en el *Pequeño Organon*) que de las exigencias de una transformación revolucionaria del pasado, y en consecuencia de las obras del pasado, entre las cuales hay que incluir al teatro clásico.

¿Cómo se puede actualmente interpretar, escenificar, es decir, «poner a trabajar» a los textos clásicos (teatro griego, teatro isabelino, clásico...)? Si Brecht responde de modo extremadamente interesante al problema de la producción teatral moderna, la periodización histórica del teatro que proporciona no es un instrumento adecuado para concebir la lectura actual de los clásicos, o en otros términos, la relación entre la cultura actual y el pasado.

Las exigencias que deben presidir una semiótica actual del teatro están ya expresadas, por la vía negativa, en estas dos críticas dirigidas a Brecht: tener en cuenta la especificidad histórica de los textos que leemos; y concebir nuestra lectura actual como un movimiento complementario de esas especificidad histórica.

PARA LEER EL TEATRO CLASICO

Es posible apreciar modos de estructuración específicos, por ejemplo del teatro clá-

sico, a partir de un estudio semiótico absolutamente detallado y minucioso (no obstante, exigido por la noción misma de semiótica ,que se niega a interpretar solamente un texto a la vista de uno o varios significados globales). Estos modos de estructuración del texto obligan en particular a establecer relaciones bien determinadas entre personajes —por continuar utilizando este término— y entre esos personajes y el espectador. ¿Qué es lo que determina el texto en lo que a esas relaciones se refiere? Aún diría más ¿qué tipo de teatralidad específica tienen estos textos? (lo que equivale a decir lo mismo).

(...)

A MODO DE CONCLUSION

A partir del ejemplo que hemos puesto (1), podemos, pues, extraer un modo *histórico* específico de estructuración del texto teatral, que determina y da lugar a relaciones originales y complejas entre los personajes, y entre personajes y espectador.

Este modo específico de estructuración del texto teatral es característico de un momento histórico concreto, de un período corto, de una *coyuntura*.

¿Qué tipos de «representación» teatral de la política podían, pues, funcionar en los años 1660-70 en Francia? La representación podía realizarse sobre el modo de la teoría política, a través de lo que probablemente se podría llamar un texto de filosofía (Hobbes, Spinoza, Locke...): era una salida de tipo discursivo:

Podía hacerse a través de una ficción, mediante el discurso específico de la representación teatral. Una representación del propio enigma, naturaleza y función del poder absoluto.

Por tanto, esta representación teatral debe la misma forma que se analiza un texto como por ejemplo los *Pensamientos* de Pascal (...) ¿No debe ser, pues, un análisis serio sobre la coyuntura política, «textual», «discursiva» en la que un texto surge la base obligada para poder hacer de él una lectura válida en la actualidad?

DAVID KAISERGRUBER.

(1) Se refiere al análisis de *Mitrídates* al que hemos hecho referencia en la introducción a este artículo. *(N. de la R.)*

EL DILEMA ENERGETICO

ANGEL PESTAÑA

El lento desarrollo de la tragedia de Harrisburg, cuyo incierto desenlace ha mantenido a la opinión pública mundial en una tensa espera, ha venido a situar el tema de la seguridad ciudadana en el primer plano del dilema energético de nuestros días. Este hecho me ha movido a redactar las siguientes líneas, como complemento informativo para el debate nuclear, que en el artículo central se contempla desde la perspectiva de la economía política y modelos de sociedad.

El tema de la seguridad es el punto de referencia popular ante las centrales nucleares, el que más hondo cala en el ciudadano medio, el móvil inmediato de las manifestaciones antinucleares. Y no en vano.

Efectivamente, el núcleo de un reactor nuclear —500 Tm de dióxido de uranio empastillado en largas barras de circonio alojadas en un calderín de acero— tiene almacenada una inmensa cantidad de energía: el equivalente a 20 Tm de TNT sólo en la energía mecánica del agua circunlante y 50 a 100 veces esta cantidad en forma de energía térmica de origen nuclear (1). El control sobre esta respetable cantidad de energía gravita sobre el sistema de refrigeración hidráulico, que a su vez, proporciona la energía mecánica para el generador eléctrico. ¿Qué consecuencias tendría una avería grave del sistema de refrigeración, conocido en el argot técnico como LOCA (loss of coolantfluid accident)?

La predicción de los expertos es que, en cuestión de 5-10 segundos la temperatura del núcleo del reactor subiría a 800° C en cuestión de minuto a minuto y medio. A estas alturas,

(1) Datos tomados de *Science* (1972), vol. 117, pág. 773.

pretender enfiarlo con el sistema de emergencia, sería tan ingenuo como un vaso de agua contra un incendio forestal. A los dos minutos comenzaría el colapso del núcleo del reactor, convertido en una masa fundente, que se hundiría varias decenas de metros en la corteza terrestre (lo que un dudoso humor negro tecnocrático ha convenido en denominar el «síndrome chino» por la posibilidad de que, prosigiendo su avance hacia las antípodas, irrumpiera en territorio chino). Simultáneamente se podría producir una violenta explosión de gases a presión, lanzando a la atmósfera los productos de fisión nuclear en forma de nube radioactiva (2).

Las consecuencias de un accidente de este tipo, que en Harrisburg ha estado más cerca que nunca, serían terribles. Según el informe Broockhacen, elaborado en 1957 por encargo de la AEC (la agencia para la energía atómica estadounidense) y mantenido en secreto durante diez años, hasta que fue desvelado por un grupo antinuclear, un accidente de este tipo («accidente máximo previsible» en el argot técnico) ocasionaría 3.400 muertos, 43.000 heridos y daños a la propiedad evaluados en siete mil millones de dólares.

La gravedad de este escenario probable, su impacto sobre el movimiento ciudadano y grupos interesados, sólo podía contrarrestarse con un estudio científico «serio», que demostrara de forma irrebatible la imposibilidad de un evento de este tipo. Así, en 1975, la AEC dio a la publicidad los once volúmenes de un estudio estadístico realizado por un equipo de expertos, encabezado por N. Rassmusen, profesor de ingeniería nuclear del M.I.T. La principal conclusión del informe Rassmusen (también conocido como WASH-1400) establece que la probabilidad del accidente máximo es sólo de una entre un millón al año; es decir, un acontecimiento 100.000 veces más improbable que una catástrofe aérea del tipo de la de Los Rodeos, sólo comparable en cuanto a frecuencia estadística con el impacto de un gran meteorito sobre el planeta Tierra. Un acontecimiento, en suma, con categoría de imposibilidad estadística.

Aunque la seriedad e independencia del informe Rassmusen ha sido puerta recientemente en entredicho, al desvelarse la intromisión de intereses políticos y la falta de discusión crítica de su hipótesis de trabajo (3), su argumentación estadística ha sido la gran barrera de contención utilizada por las instancias pronucleares frente al miedo irreflexivo de la ignorancia o las críticas de los intelectuales comprometidos. El accidente de Harrisburg —aparte la tragedia humana que conlleva— tiene la virtud de desvanecer el mito de la infabilidad tecnológica que sustenta a la ideología dominante. Por que,, cuando lo imposible ha estado a punto de suceder ¿qué nuevos argumentos les quedan por esgrimir?

(2) R. E. Lapp, *Economics of Energy*, The Darwin Press, 1975, pág. 373.

(3) Science (1977), vol. 197, pág. 29 (comentario editorial). Para más información sobre el tema de la seguridad de las centrales nucleares recomiendo el estudio de M. Barrere en *La Recherche* (1975), núm. 55, pág. 305.

EN EL PRINCIPIO ERA LA ENERGIA SOLAR (1)

El sol es, desde todos los puntos de vista, nuestra principal fuente de energía. De él dependen, por ejemplo, todos los fenómenos climáticos y meteóricos —especialmente el ciclo del agua— tan importante en el asentamiento y expansión de las diferentes civilizaciones.

La energía fotosintética —fracción de la energía solar utilizada para la fijación del CO_2 y síntesis de materia orgánica por las plantas verdes— es particularmente interesante en este contexto. La fotosíntesis representa el primer eslabón de la cadena biológica alimenticia, esencial para el mantenimiento y propagación de todas las formas de vida, a través de la energía bioquímica que se extrae de los alimentos mediante reacciones especiales (oxidaciones biológicas), que tienen lugar en las células de todos los organismos.

Pero, además de esta energía (bioquímica) de los alimentos, la fotosíntesis genera una notable cantidad de energía química (la que se obtiene por oxidación de los enlaces de carbono a partir del oxígeno atmosférico en el proceso de combustión) en forma de materia orgánica o biomasa, cuya magnitud es interesante conocer. Se calcula que la capacidad fotosintética total de nuestro planeta —incluyendo toda la vegetación, bosques, plantas cultivadas, plantas acuáticas y algas verdes— representa una cifra de 164 mil millones de toneladas de materia seca, cuyo contenido energético (4.000 Kcal po Kg) es similar al de los lignitos de mejo calidad. Esto constituye una reserva de una 80.000 MTec (millones de toneladas equ valentes de carbón, tomando como referen cia la hulla y antracita, con un contenid energético de 7-8 mil Kcal por Kg) al año Pensemos que con esta energía se podri satisfacer las necesidades de una población de 8 mil millones de personas y a un nivel de consumo próximo al actual en los Est dos Unidos (2).

Esta capacidad fotosintética, actuando través de millones y millones de años, g neró inmensas cantidades de materia org nica, que, en parte, sufrió una evolución e pecial, originando los depósitos de *combu tibles fósiles*— carbón, petróleo y gas nat ral— en cuya explotación intensiva se ha fundamentado las modernas sociedades i dustriales.

EL ESCLAVISMO COMO FORMA ELEMENTAL DE UTILIZACION DE LA ENERGIA

Durante los milenios que precedieron la revolución industrial, la mayor parte las necesidades energéticas sociales se c brieron mediante la energía bioquímica los alimentos. Esto, de acuerdo con las no mas actuales de nutrición, representa un 2.000 Kcal per cápita al día, algo men de un vaso de petróleo al día para una m

(1) El objetivo de este artículo es ofrecer una perspectiva general de las diferentes formas históricas de utilización de la energía, poniendo en evidencia su íntima relación con la formación social. Para su elaboración me he basado en buena parte del libro de G. B. Zorzoli, *El Dilema energético* (Ed. Blume, 1978), al que remito al lector inte sado en una mayor profundización del tema.

(2) Datos tomados de G. M. Woodwell, «T energy cycle in the biospher», en *Scientific Am can*, de septiembre 1970, p. 64 y de W. J. Ch cellor y J. R. Gross, «Balancing energy an fo production», en *Science*, vol. 192, p. 213, 1976.

quina maravillosamente versatil, capaz de ocomoción y tracción, de todas las operaciones de labranza, máquina textil y herramienta entre otras, y además, autoprogramada.

Sin embargo, desde el punto de vista cuantitativo, una máquina de escasa potencia, inferior a los 100 Watios, de forma que harían falta unos 200-300 personas para igualar la potencia de un coche de cilindrada mediana. La energía bioquímica —expresada en forma de contracción muscular representa, pues, una forma de energía de baja densidad. Este problema no se mejora sustancialmente con los animales domésticos, cuya potencia muscular no supera en más de 5-6 veces a la humana, siendo por otra parte mucho peores en cuanto a versatilidad como máquinas.

Por ello, cuando el desarrollo en complejidad de las civilizaciones, hizo necesaria una mayor utilización de energía, la solución técnicamente más fácil, más inmediata, fue el aprovechamiento al máximo de la fuerza muscular del hombre. Pero para ello, había que privarle de su libertad, había que transformarlo de *auto*programable a programable a secas. De esta forma, las antiguas civilizaciones pasaron a ser sociedades de esclavos, obligados a utilizar su propia energía al servicio de un reducido número de hombres libres.

La introducción de la esclavitud, si bien dio satisfacción a las necesidades sociales más urgentes, con el transcurso del tiempo actuó como freno para el desarrollo de la sociedad. Efectivamente, las disponibilidad de abundante mano de obra barata, suprime todo incentivo para desarrollar nuevos medios de producción aptos para reducir el trabajo humano, sucedáneos energéticos para la energía humana.

LA PRIMERA GRAN CRISIS ENERGETICA

Por ello, cuando la decadencia del Imperio Romano lleva a la desaparición del sistema de reclutamiento de esclavos —que no era otro sino los prisioneros de las campañas militares victoriosas— la sociedad civil de la época conoce la primera crisis energética de la historia. Una grave crisis, con profundas implicaciones económicas y sociales, en la que la muerte por inanición llegó a ser un fenómeno endémico.

Con la quiebra del sistema de la esclavitud desaparece un importante impedimento para la aplicación del conocimiento científico y técnico disponible en los procesos productivos, a la vez que la crisis energética reclama sustitutos para la energía humana. De esta forma se asiste durante el medioevo a un progresivo avance de la inventiva humana y cambio tecnológico, que en muchas ocasiones representan redescubrimientos de invenciones ya conocidas de antiguo; tal es el caso de la rueda hidráulica, cuyos principios fundamentales ya eran conocidos 3000 años antes de Cristo, o el molino de viento, usado en Persia 1000 años antes de Cristo, y descubierto por los Cruzados.

La gran difusión alcanzada por la rueda hidráulica —de la que se contaban 50.000 en la Inglaterra del siglo XI— y el molino de viento, tipifican una respuesta a la crisis energética, basada en la utilización de nuevas fuentes de energía. Por otra parte, la introducción del pectoral en los aparejos de los caballos —con lo que se triplica su potencia—, la sustitución del trineo por la carretilla para el arrastre de materiales y la introducción de poleas y cabrestantes para la elevación, representan medidas de conservación de energía, mediante una mejora en la eficiencia de los procesos pro-

ductivos. En la actual crisis energética volveremos a encontrar estas dos medidas, conservación y desarrollo de nuevas fuentes de energía, como las directrices básicas para su solución.

LA REVOLUCION INDUSTRIAL Y LA ERA DEL CARBON

Las profundas transformaciones operadas en la sociedad medieval, como consecuencia de las cambiantes condiciones materiales y técnicas, culturales e ideológicas, conducen a la formación de los estados nacionales como base de operación de una naciente burguesía comercial y financiera. Burguesía que, devenida industrial, verá en la técnica un instrumento para ampliar su riqueza y poder.

El extraordinario desarrollo de la industria textil, particularmente en la Inglaterra del siglo XVIII, hizo necesaria la sustitución de la madera por el hierro, con objeto de mejorar la eficiencia de los telares. A su vez, la expansión de la siderurgia determina una demanda de carbón, cuya minería experimentó un gran crecimiento a lo largo del siglo. Las técnicas extractivas intensivas a base de galerías y pozos, crearon a su vez la necesidad de máquinas para bombear el agua de la mina, y la respuesta tecnológica vino en forma de la máquina de vapor. Desde este momento, el desarrollo de la Revolución Industrial tiene un efecto multiplicador sobre el consumo de carbón: máquinas de vapor para accionar todo tipo de ingenios-más carbón; ferrocarril y navegación a vapor-más siderurgia, más carbón; conquista de mercados, maquinaria bélica, industria pesada-más siderurgia y más carbón, etcétera.

Toda esta cadena causa, conduce a que el consumo de carbón se duplique cada 16

años, ininterrumpidamente, desde 1860 a 1920, de forma que en menos de 100 años se multiplica 40 veces el consumo de carbón por habitante y año.

EL PETROLEO EN LA ERA DEL IMPERIALISMO

El descubrimiento de los múltiples derivados de destilación del petróleo, mediados el siglo XIX, abrió unas perspectivas de negocio, que el joven John D. Rockefeller no tardaría en explotar. Nació así la Standard Oil, que habría de servir de modelo de integración vertical a las demás grandes compañías petrolíferas, en su mayor parte originarias de Estados Unidos; país que, hasta la segunda guerra mundial representó el principal productor y exportador de petróleo (3).

Las grandes del petróleo (5 norteamericanas, con Exxon, principal heredera del emporio Rockefeller, a la cabeza, más las «europeas» BP y Shell) controlaban en 1972 más del 95 por 100 del petróleo iraní y de Kuwait; conjuntamente con las compañías «independientes» o menores norteamericanas, las cinco grandes de base USA poseían también en el 72, 4/5 del crudo y 3/4 de la capacidad de refinado del mundo occidental. Pero el control de la industria petrolífera no afecta sólo al crudo o al refino, sino que se extiende a otra serie de sectores próximos tales como el transporte y distribución; la industria petroquímica e incluso textil; la red hotelera y áreas de servicio de las autopistas, etc. Esta integración vertical, que permite un control integral del ciclo del petróleo, junto al carácter multinacional, régimen de oligopolio y fuerte control norteamericano, constituyen los rasgos fundamentales de una industria que va a ejercer una notable influencia en todo el mundo occidental en las últimas décadas (4).

Especialmente importante en este contexto ha sido la política de precios estables de petróleo practicada por las grandes del petróleo, con una finalidad estratégica clara: aumentar el control sobre el mercado energético mundial, favoreciendo el rápido y progresivo desplazamiento del carbón, frenando el desarrollo de otras fuentes de energía y forzando a más y más países al monocultivo del petróleo. En la década de los 60, y como consecuencia de esta manipulación de los precios, el petróleo desbancó al carbón de su posición privilegiada, hasta representar más del 60 por 100 de toda la energía primaria a nivel mundial. En estas condiciones, las políticas energéticas nacionales quedan en manos de las multinacionales del petróleo, reforzando, por supuesto, la posición hegemónica de Estados Unidos.

PETROLEO Y MODELO DE CRECIMIENTO

Las ventajas intrínsecas del petróleo con respecto al carbón son innegables, comenzando por unas mejores posibilidades de transporte. Estas ventajas, sin embargo, no son razones decisivas para el triunfo del petróleo, ni para el alejamiento entre pozos petrolíferos y zonas industriales. Estas habrá que buscarlas en el gran poder de las grandes del petróleo, y en la adecuación del petróleo como instrumento óptimo para maxi-

(3) Véase a este respecto el artículo del colectivo URPE, «Energy crisis: oiling the profit making machinery», en *Science for the People*, enero 1975, p. 8.

(4) La mayor parte de los datos utilizados en éste y los párrafos precedentes, procede de B. T. Allen y A. Melnik en *Economics of Energy*, The Darwin Press, Princenton 1975, p. 389.

mizar el beneficio a través de la división internacional del trabajo, acentuación de las diferencias entre desarrollo y subdesarrollo y expansión de la ideología consumista. El triunfo del petróleo depende, en suma, de su funcionalidad ante las exigencias del sistema, y muy especialmente en la política de precios comentada en la sección anterior.

Efectivamente, la superación de la crisis recesiva de la economía, tras la segunda guerra mundial, está vinculada a unos derroches energéticos, que sólo podían haberse dado gracias a la existencia de precios políticos para la energía. Así, el tirón decisivo de los Estados Unidos para superar la recesión mundial está vinculado a una «economía de guerra»: carrera armamentista, intervenciones militares y programa espacial, que suponen un enorme despilfarro en materiales y energía.

En el sector civil, el automóvil, los electrodomésticos y la petroquímica, se configuran como los sectores punta para el relanzamiento de la economía, a la par que configuran todo un modelo de crecimiento basado en el despilfarro energético, estrechamente vinculado a su vez con una energía barata.

No es posible, dada la naturaleza de este artículo, dar un tratamiento más amplio a este importante tema del despilfarro energético. Contentémonos con señalar sus rasgos más importantes, que serán tratados más en extenso en otra ocasión. Así, la electrificación masiva, asociada al desarrollo de la industria de electrodomésticos, representa un considerable despilfarro energético, dado el bajo rendimiento termodinámico de la generación (térmica) y transporte de la electricidad. Por otra parte, la industria automovilística que está en el centro de la ideología consumista— ha conducido a un desproporcionado crecimiento del transporte privado frente al público (siendo el rendimiento energético de este último 4-7 veces superior al del automóvil), al desarrollo, por muchos motivos injustificado, de la red de autopistas (cuyo contenido energético es 3- veces superior al de la red ferroviaria), y las formas reprobables de ordenación territorial y configuración urbana que se van imponiendo. Por último, la industria petroquímica, tercer pilar del modelo de crecimiento ha conducido a una creciente e indiscriminada sustitución de productos naturales, por otros de mucho mayor contenido energético y mucho más perjudiciales desde el punto de vista del ecosistema (así, la sustitución del jabón por detergentes, la madera por plásticos, las fibras naturales por sintéticas, abonos naturales por fertilizantes químicos etcétera). Un desarrollo que confirma ampliamente el análisis de Marx acerca de la tendencia creciente del sistema capitalista a aumentar la composición orgánica del capital; a emplear, en definitiva, más capital (energía y tecnología) por igual fuerza de trabajo humano.

A consecuencia de este desarrollo, el consumo energético mundial se ha venido duplicando en término de 12 años, a lo largo de las últimas décadas. Esto ha conducido a un aumento espectacular del consumo energético por habitante, hasta cifras actuales del orden de 1,5 Tep (toneladas equivalentes de petróleo, unos 15 millones de Kcal) por habitante y año, una cifra 20 veces superior a la de principios del siglo XIX.

Pero al mismo tiempo se ha asistido a un reparto desigual. Así, mientras que Canadá y Estados Unidos hacen un consumo por habitante 5-6 veces superior a la media mundial, y los países de la CEE consumen 2,5 veces este promedio, los países subdesarrollados se conforman con un décimo ó un veinteavo del promedio mundial. Estas dife

rencias en consumo específico hacen que los países de la OCDE (Estados Unidos y Canadá, Europa Occidental y Japón) junto con la Unión Soviética, que representan alrededor de una cuarta parte de la población mundial, contribuyen conjuntamente a un 75 por 100 del consumo energético mundial.

LA ENCRUCIJADA ENERGETICA DE LOS SETENTA

Hacia el comienzo de la década de los 70, la situación en los países industrializados de occidente podía caracterizarse desde el punto de vista de la energía por: unas tasas de consumo altas y en continuo aumento, y una gran dependencia con respecto al petróleo que, con la excepción de Estados Unidos y Canadá, procedía en su casi totalidad de importaciones procedentes del área de la OPEP; un modelo de crecimiento que tiende a reproducir y ampliar esta situación por el alto contenido energético de los procesos productivos y productos de consumo. Como ya hemos señalado anteriormente, a esta situación se ha llegado en virtud de una política de energía barata, practicada por los diferentes gobiernos nacionales y posibilitada, a nivel internacional, por la estabilización de los precios del petróleo por parte de las grandes compañías petrolíferas. Este iba a ser también el punto flaco del sistema.

La crisis energética, iniciada en 1973, que viene en definitiva a romper con este orden de cosas, al propiciar un vertiginoso aumento de los precios del petróleo, gira toda ella en torno a los intereses de las multinacionales del petróleo. Efectivamente, la decisión de los países de la OPEP de ajustar el precio de los crudos a las fluctuaciones del dólar —una defensa justa de sus recursos naturales— no es sino la pantalla legal tras la que se esconden las opciones de los grandes de la industria del petróleo y del hegemonismo norteamericano, dominantes en el sector.. Pero ¿cómo se justifica una acción de este tipo, encaminada por su propia naturaleza a poner en peligro todo un orden económico, y también político y social, tan cuidadosamente levantado? La respuesta es múltiple y resultante de soluciones a problemas inmediatos y de opciones estratégicas a más largo plazo.

Para empezar, la estructura financiera de las grandes del petróleo comenzaba a hacer agua a consecuencia de una baja considerable en la tasa de beneficios que limitaba enormemente la capacidad de autofinanciación. Esto, evidentemente, ponía en peligro al monopolio del petróleo, haciéndolo depender del mercado de capitales y de unas tasas de interés fuera de control de la propia industria. Las causas de esta baja en las tasas de beneficios hay que buscarla en la firme defensa de los países de la OPEP de sus propias tasas de beneficios y en problemas domésticos USA, tales como el creciente encarecimiento de la extracción del petróleo, por agotamiento de los campos petrolíferos más rentables, la competencia de los productores y distribuidores independientes que empezaba a ser lesiva para los grandes, y el freno del movimiento ecológico a grandes proyectos, tales como el oleoducto de Alaska o las perforaciones marinas.

En segundo lugar, hay que destacar que los nuevos precios del petróleo revalorizan inmensas reservas energéticas estadounidenses en forma de petróleo a grandes profundidades o en arenas y esquistos bituminosos, así como de carbón. Estas reservas, hechas rentables en virtud de los nuevos precios, dotan a USA de una gran ventaja estratégica frente a terceros países carentes de re-

cursos energéticos. Por otra parte, suponen un reforzamiento del imperio de las grandes del petróleo, que aumentan sus beneficios en un momento histórico en que parece que se iba alcanzando el techo de consumo de petróleo (una encuesta realizada para la Exxon en 1972 muestra una progresiva disminución del petróleo en el consumo mundial de energía primaria, a partir de 1980). Por otra parte, estos beneficios les permiten extender su control a otros sectores de la energía, tales como el carbón, ciclo del combustible nuclear y la propia energía solar, convirtiéndose así en verdaderos imperios de la energía.

Finalmente, la crisis del 73 supone un refuerzo considerable del hegemonismo USA frente a sus rivales de la OCDE (especialmente Japón y Alemania), cuyas economías van a resentirse gravemente por el gran impacto de los nuevos precios de la energía sobre su balanza de pagos. Sin embargo, este ajuste de cuentas, aunque se salda con una victoria táctica USA, es una victoria pírrica, que ha puesto en evidencia la gravedad de la crisis del sistema —inflación, estancamiento y paro— cuyas consecuencias, al generalizarse a todo el área de su hegemonía, se volvieron como boomerang contra los propios Estados Unidos.

RESPUESTAS A LA CRISIS; LA VIA NUCLEAR O EL RETORNO AL PARAISO

La crisis energética aparece pues como un episodio que ha venido a poner en evidencia la gravedad de la crisis de acumulación capitalista, iniciada hace una década. Al igual que en crisis anteriores, el sistema necesita una completa reorganización económica y tecnológica y, por supuesto, político-social. Para los países industrializados de Occidente, la respuesta inmediata a la crisis energética vino dada en forma de ambiciosos planes de nuclearización del abastecimiento energético, alentados de manera especial por la OCDE para su área de influencia. La idea presente tras de estos planteamientos —tendentes a pasar del «todo petróleo» al «todo nuclear» en el menor tiempo posible— reposa sobre la presunta recuperación del «paraíso perdido» de energía abundante y barata. ¿Responde la energía nuclear a estos planteamientos? Para responder adecuadamente se impone antes que nada repasar brevemente los avatares de la industria energética nuclear.

Los actuales reactores nucleares tienen su origen en el programa de propulsión de submarinos para la armada estadounidense (los reactores de agua ligera a presión de la Westinghouse) y en el de reactores para la producción de plutonio con destino a la producción armamentista (el modelo de agua ligera a ebullición de la General Elctric), ambos subvencionados por el gobierno estadounidense, a través de la Comisión de Energía Atómica. Hacia 1955, dicho organismo subvencionó un programa de 11 plantas electronucleares que, bajo la etiqueta de «usos civiles», escondía una operación mixta, sirviendo a la industria nuclear como plataforma de exhibición de la nueva tecnología, a la par que suministraba material fisionable —especialmente plutonio— para el programa de bombas nucleares. A partir de 1963, las compañías eléctricas comienzan a encargar plantas electronucleares, atraídas por los precios de «lanzamiento» ofertados por la Westinghouse y General Electric, en una operación encaminada a extender el mercado y eliminar los competidores menores.

Hacia 1968, estas dos compañías han conseguido dominar el mercado estadounidense, con contratos superiores a los 45 MW de potencia electronuclear instalada (que representa el 80 por 100 de los pedidos hasta la fecha) y un volumen acumulativo de ventas del orden de 10.000 millones de dólares. Por estas mismas fechas, estas dos grandes de la industria nuclear inician una ofensiva multinacional, amparada por el gobierno estadounidense bajo el lema de «átomos para la paz», que subvenciona la instalación de plantas de demostración en diversos países europeos (a esta operación corresponden las centrales de Santa María de Garoña —General Electric—, y Zorita de los Canes —Westinghouse—). Esta ofensiva habría de dar sus frutos en el período 1973-74, cuando al amor de la crisis energética, los programas energéticos nacionales en el área de la OCDE adoptan la vía nuclear. Efectivamente, no sólo los países carentes de tecnología nuclear propia —como España—, sino la misma Francia y Alemania adoptan los reactores de agua ligera bajo licencia Westinghouse y General Electric, quienes pasan de esta forma a dominar el mercado mundial de reactores electronucleares. Sólo Canadá, con su sistema de uranio natural y agua pesada (Candu), y en parte Inglaterra, parecen haber eludido este monopolio tecnológico.

Otra nota característica de la industria nuclear es su integración vertical, que abarca la industria de los generadores de turbina acoplados a los reactores, y el ciclo del combustible nuclear, especialmente la etapa de fabricación de los elementos combustibles de uranio enriquecido. Hay que destacar que la carga inicial de combustible y los elementos para las sucesivas recargas representan un mercado 2 a 3 veces superior al de las propias centrales electronucleares. No es de extrañar por tanto el que tanto General Electric como Westinghouse busquen dominar este mercado mediante cláusulas que les garantizan la venta de cargas completas de combustible junto con la licencia del reactor.

Integración vertical, régimen de oligopolio, carácter multinacional y fuerte control norteamericano, son las características dominantes de la industria nuclear, que ya hemos encontrado antes al considerar la industria del petróleo. Pero General Electric y Westinghouse son sólo la parte visible del iceberg. Detrás de la industria nuclear, con consejeros comunes en las juntas directivas, se encuentran los grandes bancos (el Chase Manhattan, el First National City o el Mellon) y, por medio de ellos, los grandes del petróleo, como la Exxon y Gulf, con sus subsidiarias en la industria nuclear (Exxon Nuclear y General Atomic) y las grandes compañías eléctricas (Pacific, Gas & Electric, Southern California Edison, entre otras). Las industrias y las compañías eléctricas dependen de los bancos, los bancos quieren que las industrias y las compañías sean rentables, y viceversa. Conjuntamente, constituyen el Gran Monopolio de la Energía (5), que hoy está presionando por una rápida expansión de la energía nuclear. Su brazo armado propagandístico lo constituye el poderoso Forum Atómico Industrial, en cuyo consejo de dirección se sientan los presidentes o vicepresidentes de las grandes industria, compañías y bancos antes citados y que cuenta con sucursales o réplicas a escala nacional en todos los países industrializados con mercado potencial o actual para la energía nuclear.

(5) El gran monopolio de la energía norteamericana se describe en los libros de N. Medvin, *The energy cartel*, Vintage Books, 1974 y J. Rigdeway *The last play*, New American Librery, 1973.

EL MITO DE LOS RECURSOS NATURALES Y EL FETICHISMO DE LOS COSTES (6)

Después de esta breve excursión por la economía política de la energía nuclear, estamos en condiciones de retomar la cuestión planteada al comienzo de la sección anterior.

Los propagandistas oficiales y «compañeros de viaje», presentan la energía nuclear como la única capaz de sustituir a las fuentes convencionales de energía que tienden a agotarse. Efectivamente, la Conferencia Mundial de la Energía estableció hace cuatro años que los depósitos de uranio y torio recuperables, representan una reserva energética diez veces superior a los de petróleo y gas natural. Pero hay que señalar que esta abundancia energética sólo es posible obtenerla con la tecnología avanzada de los reactores regeneradores rápidos, lo cual, de generalizarse, situaría a la humanidad al borde del abismo. En efecto, los reactores regeneradores suponen la puesta en circulación de cantidades industriales de plutonio (4.000 Kg por reactor de 1.000 MW); una sustancia de extremada toxicidad, de una extraordinaria potencia explosiva y con una prolongada vida media (24.000 años), que exige disponer de almacenamiento seguro para más de 500.000 años.

Sin embargo, con los reactores nucleares convencionales, hoy en uso, los recursos mundiales de uranio representan un potencial energético equivalente al 50 por 100 de la energía que se puede obtener de los depósitos conocidos de gas natural. Una conclusión ciertamente decepcionante a la vista de los enormes recursos económicos que se están destinando a nivel mundial al desarrollo e implantación de este tipo de tecnología. Esta patente irracionalidad sólo es posible comprenderla sobre la base de los intereses a corto plazo de los grandes monopolios de la energía, analizados sumariamente en la sección anterior.

Por otra parte, la rentabilidad económica de las centrales nucleares convencionales, que fuera en su día el principal reclamo para su adopción en gran escala por los diferentes planes energéticos nacionales, empieza a ser puesta en entredicho. De un lado, los costes de capital están en alza continua, a un ritmo 5-10 veces superior a la tasa de inflación mundial (así, las centrales que en 1973 se vendieron a 700 dólares por MW de potencia instalada, se vendieron por 1.250 dólares en 1976). Del otro, se asiste a una escalada igualmente rápida en los costes del uranio natural (40 dólares la libra en 1977, frente a 7 dólares en 1973), enriquecimiento (70 dólares en 1977, 34 dólares en 1973) y tratamiento de los residuos (evaluado actualmente en 150 dólares la libra, frente a 15 dólares en 1973). Eso sin contar con los costes no evaluados del desmantelamiento de las centrales y otros costes ocultos tales como primas de seguros y subvenciones estatales para la investigación y desarrollo tecnológico, que ya fueron comentados en una sección anterior. No está lejano el día en que los monopolios internacionales de la energía, habiendo logrado imponer la vía núclear con precios de «lanzamiento», decidan un reajuste de precios (y beneficios) en una operación similar a la que hemos considerado para el caso del petróleo.

Como resumen de esta situación cambiante, merece especial atención la conclusión de un reciente informe de la Comisión *ad hoc* del Congreso estadounidense, donde se establece taxativamente que la energía nuclear ha dejado de ser una fuente barata de ener-

(6) Basado en mi artículo aparecido con el mismo título en el diario *5 Días*, de 17 de junio de 1978.

gía y que, muy próximamente, dejará de ser económicamente competitiva con la energía solar (7).

EL DILEMA ENERGETICO: ENERGIA NUCLEAR Y SOLAR FRENTE A FRENTE

La conclusión de este informe nos encamina —cerrando un dilatado círculo— al punto de partida de este artículo, principio también de lo que puede ser una nueva era tecnológica basada en la utilización de la más antigua fuente de energía. La clave está en las nuevas tecnologías o tecnologías alternativas, que al multiplicar el rendimiento en la captación de la energía solar, permiten superar el problema de su baja densidad; problema éste que, según vimos al comienzo del artículo, fue el factor limitante para el desarrollo de las antiguas civilizaciones.

El tecnocratismo imperante en las modernas sociedades industriales, el alto contenido energético de los combustibles fósiles o nucleares y la eficacia del aparato propagandístico de los monopolios de la energía han logrado orear una imagen bucólica y pastoril de la energía solar, concediéndole a lo sumo una contribución inferior al 10 por 100 de la demanda mundial de energía para el año 2025. Por ello, urge en primer lugar una evaluación cuantitativa de las posibilidades reales de la energía solar. En este sentido merecen especial atención las estimaciones aparecidas en recientes informes que, por su procedencia oficial, deben ser valorados «seriamente». Mencionaremos los dos más significativos por su procedencia y conclusiones.

El primer informe que comentamos, ha sido elaborado conjuntamente por la Universidad de California y dos Laboratorios Nacionales, dependientes del Departamento de Energía del Gobierno norteamericano. Este estudio, publicado en mayo del pasado año, responde al reto lanzado por el físico Amory Lovins (8), del grupo de Amigos de la Tierra de Londres, acerca de la conveniencia de pasar de la actual vía energética «dura» (alto consumo energético a base de combustibles fósiles y nucleares) a una vía «blanda» (racionalidad termodinámica en la utilización de la energía y utilización de la energía solar). Partiendo de unos supuestos realistas acerca de la evolución futura de la sociedad californiana —duplicación de la población, triplicación de la actividad económica, cuadruplicación de los precios de la energía— para el año 2025, el informe concluye que «los análisis indican que es posible en términos puramente técnicos, abastecer de energía a una sociedad postindustrial avanzada como California, utilizando exclusivamente los recursos autóctonos autorrenovables» (9).

El otro informe, elaborado por un organismo oficial sueco (el Secretariado para estudios futuros) describe dos alternativas energéticas para el año 2015; ambas cuestan lo mismo y proporcionan una energía per cápita similar a la que actualmente consume el 10 por 100 más privilegiado de la sociedad sueca. La alternativa nuclear contempla la instalación de 70 reactores nucleares, siendo la mitad de ellos del tipo regenerador a base de plutonio. La alternativa solar se fundamenta en la utilización de la biomasa, directamente o previa conversión a metanol (50

(7) Citado por D. Dickson en *Nature,* 11 mayo 1978, p. 91.

(8) Véase mi artículo «Modelos energéticos, Modelos de desarrollo» de próxima aparición en la revista C.A.U. (Barcelona).

(9) Tomado de D. Dickson, *op. cit.*

por 100 de la demanda de energía), placas solares fotovolteicas (10 por 100) o térmicas (13 por 100), generadores sólidos (5 por 100) y energía hidráulica (12 por 100) (10).

Dejando a un lado los aspectos económico y técnico de estas dos opciones energéticas, cuestión ésta que ya ha sido tratada sucintamente y que permite situarlas en pie de igualdad para un futuro próximo; el aspecto indudablemente más importante, el rasgo más nítidamente diferenciador entre la vía nuclear y la solar, reside en su impacto sobre el contexto sociopolítico.

La vía nuclear, basada en los sistemas centralizados de energía, refuerza el sistema de oligopolios y capitalismo de estado, el centralismo frente a las autonomías, y la tendencia creciente a la concentración urbano-industrial y a la desigualdad entre ciudad y campo. Su alto contenido en capital y técnica, reforzará el predominio político de élites tecnocráticas y burocráticas, que consolidará de forma ampliada la división entre trabajo manual e intelectual característico del modo de producción capitalista. Finalmente, el alto riesgo implícito en la utilización generalizada de combustibles nucleares, implica un sistema político de una gran rigidez jerárquica, la restricción de las libertades públicas y la tendencia creciente a suplantar la democracia por un burocratismo tecnocrático.

La vía solar se sitúa, desde el punto de visto sociopolítico, en las antípodas de la vía nuclear. Efectivamente, la energía solar significa ante todo la generalización de sistemas descentralizados de energía, adaptados en escala y distribución geográfica a las necesidades del consumo final. Ello implica la supresión de algunas de las bases materiales que hacen posible el centralismo administrativo, las diferencias regionales y el régimen de monopolios, especialmente energéticos. El carácter flexible y relativamente sencillo de las tecnologías para la captación de la energía solar, las hace fáciles de comprender y utilizar sin habilidades especiales; y, siendo accesibles a todos, se elimina uno de los elementos que hacen posible los elitismos tecnocráticos. La vía solar permite configurar así una sociedad libre, solidaria y pluralista, que por su propia dinámica puede encaminarse hacia el establecimiento del equilibrio entre industria y agricultura, entre la ciudad y el campo, y a la eliminación del despilfarro y las diferencias de desarrollo regional. Una sociedad en suma en marcha hacia el socialismo.

(10) Datos tomados de *Nature*, 22 de junio de 1978, p. 584.

EPILOGO PARA OPTIMISTAS

Estas últimas consideraciones nos han llevado a situar el dilema energético en la problemática más amplia y transcendente del modelo de desarrollo. La formulación deliberadamente esquemática y maniquea de las dos opciones, pretende situar el debate en el terreno de los sistemas de valores en juego, sorteando la exultante infalibilidad tecnocrática, perceptible especialmente entre los que sostienen la posición pronuclear (11). Sin embargo, sería de una ingenuidad imperdonable olvidar la capacidad de maniobra de quienes se benefician de uno de los sistemas de valores en juego: la ley del máximo beneficio del gran capital.

La energía solar difiere radicalmente de todas las otras formas de energía. Es autorrenovable, inocua para el ecosistema y esencialmente democrática, puesto que cae libremente sobre cada uno de nosotros, y puede ser aprovechada por individuos o comunidades pequeñas. Pero esta promesa reside, como hemos señalado anteriormente, en su idoneidad para abastecer sistemas descentralizados de energía. Y éste es precisamente el punto de ataque en que se han centrado los esfuerzos asimiladores del gran capital. Caso típico, ¡cómo no!, es lo que está sucediendo en los Estados Unidos (12), donde el presupuesto estatal para la investigación de la tecnología solar, una pequeña fracción de lo dedicado al a energía nuclear, se ha logrado mantener gracias a la sostenida presión popular.

La mayor parte de este magro presupuesto (60-70 por 100 del total) está siendo di-

(11) Véase a este respecto el artículo «The nuclear debate is about values», por David Pearce, profesor de Economía Política de la Universidad de Berdeen, aparecido en *Nature*, 20 de julio de 1978, p. 200.

(12) Datos tomados de una serie de tres artículos sobre el estado de la investigación de la energía solar en USA, publicado en *Science*, 15, 22 y 29 de julio de 1977.

rigido por la agencia estatal de la energía, ERDA (Energy Research and Development Agency) en asociación con el consorcio de investigación de las compañías eléctricas, EPRI (Electric Power Research Institute) hacia el desarrollo de centrales térmicas solares (una caldera en la cúspide de una torre alta que recibe los rayos solares concentrados por un sistema de espejos en su base) con unas pautas calcadas del modelo nuclear. Para este proyecto se han contratado a las grandes industrias aeroespaciales (Martin-Mariette, Honeywell, McDonnell-Douglas y Boeing), que previsiblemente acabarán siendo el equivalente a la Westinghouse y General Electric en lo nuclear, y se ha establecido un programa en cuatro etapas de potencia creciente (de 5 a 100 MW) a desarrollar en 20 años. De esta forma, la mayor parte del programa solar estadounidense se pone al servicio de las compañías eléctricas, y con un margen de tiempo suficiente como para no interferir con la industria nuclear.

El programa olvida prácticamente a la energía derivada de la fotosíntesis —biomasa— que es el mayor y más versatil recurso energético, y dedica una pequeña fracción del total (un 8 por 100) a la energía eólica, que es hoy por hoy la más competitiva. Párrafo aparte merece la energía fotovoltaica que, aunque desatendida por el ERDA, está siendo objeto de una extraordinaria competencia tecnológica por parte de la industria de semiconductores (13), a la espera de un prometedor mercado futuro. Para entonces, y mediante mecanismos con los que ya nos hemos familiarizado al considerar el petróleo y la energía nuclear, podremos comprar energía solar en la forma y cantidad que nos estipulen las nuevas multinacionales de la energía, haciendo realidad aquel tópico del «Sol de España embotellado», esta vez bajo licencia... Nuestro país, rico en recursos autorrenovables, merece mejor destino, que habremos de ganar paso a paso, rompiendo entre otras cosas con las amarras de la dependencia tecnológica.

(13) Bell Laboratory, Dow Corning, Union Carbide, Texas Instruments, RCA, Motorola, Mobyl-Tyco, IBM, Varian y Solar Energy Systems, subsidiaria de la Shell Oil, entre otras.

libros

Crítica de la división del trabajo (K. Mark, S. Marglin, A. Gorz, D. Pignon, J. Querzola, M. Maccio, Il Manifesto, A. Lettieri, seleccionados y presentados por A. GORZ.)

(Barcelona, Editorial LAIA, 1977, 312 páginas.)

Es conocida la interacción existente entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas y el papel que juegan en la teoría marxista así como las contribuciones, las tesis y los debates que en torno a este tema se han venido sucediendo a partir de los años 30, tésis que en aquellos años venían animadas por las diferentes secciones nacionales de la III Internacional.

Los cambios operados en la jerarquía soviética a partir de la muerte de Stalin, la publicación en 1969 de los textos del colectivo dirigido por Richta, el impacto de la —ahora ya lejana— Revolución Cultural China, la agudización de la lucha de clases en los países de capitalismo avanzado en la segunda mitad de la década de los 60 y la aparición en algunos de estos países de la alternativa eurocomunista relanzaron de nuevo el debate, aunque esta vez con unas perspectivas diferentes que en gran parte se desmarcaron de las posiciones enraizadas en ciertas concepciones marxistas convencionales heredadas del estalinismo. Este cambio de orientación de algunos teóricos marxistas es evidente —por citar sólo un ejemplo— en la obra de Bettelheim y así, en su introducción al primer volumen de «Las luchas de clases en la URSS» (1974), analiza las insuficiencias de sus textos comprendidos entre 1962 y 1967 remarcando que» el desarrollo de las FP *no puede nunca, por sí sólo,* hacer desaparecer las formas capitalistas de la división del trabajo ni las demás relaciones burgueses» (pág. 8).

Esta consideración de Bettelheim podría resumir muy bien el libro que presentamos y que recoge un conjunto de trabajos publicados en su versión original entre 1969 y 1972 (excepción hecha de las páginas extraídas del Libro I de *El Capital* sobre la manufactura y la fábrica) y recopilados por A. Gorz en 1974

Para S. Marglin («Orígenes y funciones de la parcelación de tareas. ¿Para qué sirven los patronos?») que abre la serie de intervenciones, no fueron razones de superioridad técnica las que empujaron a los patronos a adoptar toda una serie de medidas que como el desarrollo de la división parcelaria del trabajo en la industria a domicilio, primero, y la organización centralizada y jerárquica del sistema de fábricas después, despojaron, en el transcurso del desarrollo capitalista, al productor directo del control sobre el producto y el proceso de producción. La organización del trabajo que se instaura y sus posteriores innovaciones no son producto de una tecnología superior ni tienen como función social la eficacia técnica, sino la acumulación y, en este sentido la división capitalista del trabajo permite al empresario —al controlar el proceso de producción— coordinar y combinar el trabajo parcializado de sus obreros con vistas a la obtención de una mercancía que realizará en el mercado.

Marglin argumenta históricamente cómo el capitalista que en el régimen del trabajo a domicilio logra el control sobre el producto, pasa, con el sistema de fábricas, a controlar el proceso de trabajo. A partir de este momento y gracias al sistema de disciplina y vigilancia que la fábrica posibilita, el capitalista se impondrá como una figura indispensable en razón del control que ejerce sobre el producto y el proceso de producción —y por tanto sobre la fuerza de trabajo— y será él quien fije mediante la organ

zación industrial las proporciones entre trabajo y tiempo libre.

La esencia de la fábrica capitalista es la disciplina y las posibilidades de dirección y de coordinación del trabajo que ofrece, siendo ésta una de las razones que incitaron a los patronos a adoptar tal sistema. Su éxito —sin negar los cambios tecnológicos que se producen a partir del siglo XVIII— poco tenía que ver con el progreso técnico ya que la disciplina y la vigilancia podían disminuir los costes en ausencia de una tecnología superior. Será, pues, la organización industrial la que modele, configure y determine las formas particulares que adoptará el cambio tecnológico y la frase —que ha hecho fortuna— según la cual «no fue la fábrica de vapor la que nos proporcionó el capitalismo, sino el capitalismo el que engendró la fábrica de vapor» resume muy bien todo un pensamiento que, dentro de la polémica FP-RP, se ha convenido en llamar de crítica radical a la división capitalista del trabajo.

La historia del desarrollo y consolidación del capitalismo industrial está ligada no sólo a la pérdida de la propiedad de los medios de producción por parte de los trabajadores, sino también —y hoy, bien que en otros campos de la vida social, hay ya una buena sistematización gracias a los trabajos de los genealogistas en general y de Foucault en particular— al control sobre el funcionamiento de esos medios, al control-expropiación del saber obrero, en definitiva. La organización jerárquica del trabajo es el pivote sobre el que ha descansado el largo proceso de expropiación ampliada del saber obrero, saber dividido y subdividido en las sucesivas formas de organización del proceso de trabajo que el capitalismo ha ido imponiendo a partir de la introducción del sistema de fábricas.

Para A. Gorz *(El despotismo fabril y su futuro)* «la historia de la tecnología puede leerse, en su conjunto, como la historia de la descalificación de los agentes directos de la producción» (pág. 101), historia que no debe leerse en forma lineal, sino como un proceso que expresa una tendencia general. ¿Cuál es el límite de este proceso continuo de descualificación y con qué contradicciones se enfrenta el Capital? «La contradicción de fondo con que tropieza el capital procede del hecho que la *descalificación* del *trabajo* corre pareja, al mismo tiempo, con una calificación social acentuada de los *trabajadores* y con la *descalificación* (o devaluación) social de todo trabajo como fuerza productiva» (pág. 102).

Y no es precisamente la escolarización la que acrecienta la calificación social de los trabajadores desde el momento en que la misión de la escuela consiste en enseñar la sumisión, la disciplina y el respeto de la jerarquía «impartiendo» una cultura previamente codificada, entre las cuales la cultura del trabajo, cuya finalidad es la desculturalización del trabajador con el propósito de adaptarle al despotismo de la fábrica, a la división jerárquica y parcelaria del trabajo militarizado. Como bien señala A. Lettiere *(La fábrica de la escuela)* es imposible atacar la división del trabajo sin atacar la escuela ya que el capitalismo no rehúsa hoy el derecho a la escuela; lo que rehúsa es cambiar la función social de la escuela. El despotismo en la escuela, vía la enseñanza de un saber previamente elaborado y codificado es la antesala del despotismo de fábrica y la crisis de la institución escolar prepara el rechazo del despotismo de fábrica y de las formas opresoras de organización del proceso de trabajo.

Son ya conocidos los diferentes intentos que de forma puntual se han ido ensayando por parte del capital para tratar de reconciliar a los trabajadores con el despotismo fabril mediante una suavización del mismo y que con diversos nombres se han ido vendiendo en el mercado: «democracia industrial», «enriquecimiento de tareas», «revalorización del trabajo manual», etc. Los fines, no por obvios, hay que dejar de señalarlos: se trataría de invertir la tendencia y enfrentarse a la crisis de rechazo del trabajo así como a los costes que comporta para el Capital (sabotajes, absentismo, defectos de fabricación, abandonos, aumento del porcentaje de piezas defectuosas, etc.), tendencia que, recordémoslo, se ha generalizado en los países de capitalismo avanzado.

Como señalan D. Pignon y J. Querzola *(Dictadura y democracia en la producción)* «...desde hace unos años la decoración ha cambiado en el escenario ideológico de Occidente. La vida cotidiana aparece a plena luz. Las condiciones concretas del trabajo —no sólo el industrial— que hasta estos últimos años habían sido casi totalmente excluidas del campo de la lucha de clases, tienden ahora a ocupar su centro. Cosas que antes se aceptaban, llegan a ser en muy poco tiempo socialmente intolerables» (pág. 110).

Es a través del ejemplo de la industria americana del automóvil como se nos muestra la desafección de los obreros jóvenes hacia el trabajo y las manifestaciones de la resistencia obrera a los métodos de organización y dominación en ésta y otras ramas industriales. Ahora bien, ¿cómo combatir esta resistencia y sus consecuencias, en especial la baja de la productividad? La respuesta empresarial es la represión, la intimidación y el terror generalizado: policías privados, vigilantes, informadores, sindicatos amarillos, etc. Pero estos métodos represivos tradicionales no bastan y hay que combinarlos con

toda una serie de nuevas políticas participativas que induzcan a los trabajadores a adoptar una actitud positiva de cara a un trabajo industrial que se les presenta embrutecedor, agotador, carente de interés y cargado de descrédito, políticas cuyo paradigma pionero y más conocido fue el Plan Scanlon y cuyas primeras experiencias en su aplicación así como sus prolongaciones y derivaciones en diferentes empresas USA ocupan una buena parte del texto de referencia.

El interés que se deriva de la lectura de dichas experiencias es evidente por cuanto señalan en su aplicación concreta y en su ejemplaridad los esfuerzos del Capital, sus contradicciones y sus limites para remontar la crisis profunda en que está sumida la organización del trabajo heredado de Taylor.

Escaso interés presenta, a nuestro entender, el texto de M. Maccio *(Partido, técnicos y clase obrera en la Revolución China)* por cuanto dicho trabajo oscila entre la hagiografía china y la consabida retahila de citaciones del santoral tan grata a cierto tipo de análisis marxista. En cualquier caso su lectura no deja de recordarnos los acontecimientos que se han venido sucediendo en aquel país desde hace unos años y que han obligado a los ensalzadores de antaño —quitadas rabiosas excepciones, de un lado, y nuevos filósofos, de otro— a reconsiderar análisis anteriores. Mayor interés poseen, sin mbargo, las consideraciones del grupo II Manifesto *(Para impugnar el papel de los cuadros técnicos)* ya que suponen un intento de conceptualización y análisis de la división capitalista del trabajo en aquellas actividades que llevan a cabo las personas empleadas en la transmisión de informaciones y que para los autores son «fabricantes de bienes no materiales dotados de cierto valor económico» (pág. 209). La taylorización de las actividades de este amplio grupo de personas (vendedores, representantes, visitadores, etc.) a través de la definición detallada de gestos simples, reducción de actos a realizar, predeterminación del vocabulario a utilizar nos muestra la objetivación de sus funciones.

Ahora bien, es la franja de personas que constituyen la categoría que convenimos en llamar «técnicos» y «científicos» los que presentan una realidad mucho más compleja no sólo por la naturaleza de las funciones y la especificidad de las operaciones que realizan, sino también por la multiplicidad de las mismas.

El análisis que de una forma general pretende cuestionar «lo positivo» del desarrollo de las FP en el seno del MPC como base material para la edificación del socialismo, se concreta y se centra en el análisis del papel de la técnica y la ciencia como fuerzas productivas directas incorporadas en los medios de producción y en la división y organización del trabajo capitalistas. Así A. Gorz *(Técnica, técnicos y lucha de clases)* tras constatar cómo una parte considerable de los conocimientos y de la investigación científica y técnica se desarrolla en función de las demandas de la industria y del Estado capitalista señala que la hipótesis según la cual «las ciencias y las técnicas de producción llevan el sello de las relaciones de producción y de la división del trabajo capitalistas en su orientación, su especialización, su práctica e incluso su lenguaje» (pág. 268) cobra autenticidad, lo que supone tener que plantear un cambio radical de los medios y las técnicas de producción si se quiere acabar con las relaciones capitalistas de producción. E igualmente admitir que los trabajadores técnico-científicos tienen la función de reproducir las condiciones y formas de dominación del capital sobre el trabajo.

Con respecto a estos últimos, s posición en el seno del trabajador colectivo no puede analizarse únicamente bajo el ángulo de su relación frente al Capital con el que estarían a igual título que el resto de «trabajadores parciales» explotados por el mismo, sino que hay que precisar su relación con el resto de los trabajadores. Y es a este respecto que propone distinguir entre «a) situaciones en que los trabajadores técnico-científicos vigilan, controlan o mandan grupos de trabajadores manuales... b) situaciones donde el proceso de trabajo descansa única o principalmente sobre la actividad parcelada de los trabajadores técnico-científicos, que no poseen ninguna autoridad o privilegio jerárquico sobre otro tipo de trabajadores empleados en la misma unidad de producción» (pág. 281).

Los del primer grupo no sólo tienen por función el organizar y planificar el proceso de trabajo, sino además, el de perpetuar la jerarquía empresarial y reproducir las relaciones de producción. Si bien estos trabajadores «objetivamente» no pertenecen a otra clase que no sea la obrera, «es imposible» incluirlos automáticamente, ya que han sido condicionados a no sentirse parte de ella. Por lo que respecta al segundo grupo, sólo su resistencia «como» proletarios contra la división jerárquica y contra la organización represiva del trabajo sienta las bases objetivas para una unificación política e ideológica de los trabajadores técnicos y manuales.

Salvador Peiró

libros

Le travail enchainé (El trabajo encadenado), de Claude Durand *

(París, du Seuil, 1978)

Desde los Manuscritos de 1844 los marxistas no han dejado nunca de tratar y definir el trabajo asalariado en relaciones de producción capitalistas como un trabajo alienado. Pero el modo de enfocar, analizar y valorar las formas concretas de esta alienación ligada al propio proceso productivo ha sufrido no pocos vaivenes.

El último, y quizás no el menos importante, es aún de una cruda actualidad política. A finales de la década de los 60, Radovan Richta y su equipo de colaboradores nos anunciaban la nueva aurora que se abría ante los ojos de todos los revolucionarios: la Historia había parido su último Prometeo, la «Revolución Científico-Técnica»; una revolución que, en su misma raiz, portaba, de cara al futuro, la tan esperada liberación de la alienación del trabajo. No pocos marxistas se lo creyeron: las razones que daba su profeta eran sólidas y casi contundentes. Algunos, cada vez menos, siguen manteniendo la fe.

De entonces a aquí, la dura y cotidiana realidad del trabajo obrero parece empeñada en desmentir las bellas palabras del autor checo y de sus epígonos; porque, de entonces a acá, en nada ha mejorado. El trabajo obrero sigue perfectamente «encadenado» por el capital; incluso más encadenado que nunca: hasta ahora la llamada Revolución Científico-Técnica, en manos de aquél, no ha hecho más que incrementar su capacidad y su poder de dominación.

El libro de Claude Durand nos habla, de un modo concreto, de la realidad del trabajo obrero en Francia (y que, sin duda alguna, no lo es sólo en Francia).

El interés de sus páginas se halla en el enfoque y en la forma de tratar dicha cuestión. Su estudio pivota en tres ejes:

1. El autor no ha querido especular en abstracto. De ahí que toda su reflexión teórica parta «de una descripción práctica del modo de funcionamiento de la organización del trabajo en las empresas» (pág. 10). Para hacerlo se ha aplicado a observar detenidamente siete empresas de producción en serie.

2. Considerando como un elemento determinante de aquella organización las ideas (ideologías) acerca de la cuestión de los diversos sectores sociales que inciden directamente en ella (empresas de ingeniería, personal de los departamentos de investigación, desarrollo, de la oficina de métodos, etc.), ha entrevistado a un número elevado de ellos para así poder analizar y valorar sus opiniones al respecto.

3. Sólo después de haber establecido con precisión los puntos anteriores, C. Durand se plantea la cuestión del significado global de la organización capitalista del trabajo, así como su evolución y la crítica a interpretaciones como la de R. Richta.

Este modo de enfocar la cuestión ha dado por resultado una obra digna de ser leída con detención. Su conclusión general es la que viene indicada en el propio título del libro y que ya hemos señalado: el trabajo obrero es, sigue siendo, un trabajo «encadenado» por el capital.

Pero el autor no sólo nos dirá que lo está, sino, también, cómo lo está. Y lo está porque se halla dividido y atomizado, con lo que el trabajador se halla

* Editorial Blume ha anunciado su próxima aparición en castellano.

desposeído —y se le desposee cada vez más— de todo control del proceso de trabajo. Y lo está —y ésta es una idea más relevante— porque la organización de la división del trabajo se ha materializado en una división orgánica en la empresa e, incluso, interempresarial (pensemos en las sociedades de consulting de ingeniería técnica o de «human engeneering») que, por sí misma, produce, reproduce y acentúa la división existente. Y lo está porque esta materialización se ve acompañada por la ideología de sus actores (los ingenieros, por ejemplo, en términos generales, creen a pies juntillas en el «one best way» tecnológico) que hace prácticamente imposible cualquier replanteamiento real de la cuestión, por limitado que sea, desde su perspectiva. Y lo está, finalmente, porque las organizaciones del movimiento obrero y, en particular las sindicales, acaban, como quien dice, de empezar a plantearse en serio el problema.

Si la organización capitalista del trabajo es la que es, no se explica exclusivamente por la fuerza y el interés del capital. Se debe, también, a un planteamiento pobre, en general, del problema por parte de las organizaciones obreras. Lo cual no deja de ser relativamente sorprendente a poco que observemos las relaciones de trabajo en las últimas décadas. Si desde hace unos diez años la literatura sobre la organización del trabajo obrero (mas, hay que reconocerlo desde el otro lado que de éste) no ha hecho más que aumentar (piénsese en los estudios de Trist, Wisner, de la Rosa, Gorz...) es porque, de un modo u otro, los trabajadores están planteando claramente el problema. Ahí están, si no, a título de prueba, sus comportamientos de absentismo, de abandono del puesto, de sabotajes, de despilfarros del material, de huelgas de peones especialistas, etc. Son ellos los que están poniendo en crisis el viejo taylorismo y obligando al capital a pensar en alternativas como las llamadas nuevas formas de organización del trabajo: rotación, enriquecimiento de tareas, equipos semiautónomos...

Claude Durand pasa revista a las experiencias que de este tipo se están llevando a cabo en algunas de las empresas por él estudiadas. El capital parece hallarse en una encrucijada. Por una parte, «la mayoría de las empresas ha llegado a la conclusión de la inutilidad (actual) de estimular la producción por medio de un sistema de salario a rendimiento» (pág. 50); la tendencia es a despojar al taylorismo de este carácter, que le es esencial, para no conservar más que su carácter de control de la producción. Por otra, no acaba de decidirse por nuevas formas de estimulación (que conllevarían nuevas formas de control). Por ahora, las empresas, pocas, no hacen más que experimentar algunas de ellas (todas ellas ligadas al así llamado «enriquecimiento de tareas»). Su reticencia se basa en dos puntos: en peligro de un descenso en la rentabilidad económica —peligro que se ve acentuado por la crisis— y el temor a tener que ceder una parte de su poder en la organización del trabajo, considerado como un elemento clave de su poder total.

Pero si la crisis de la organización capitalista del trabajo como consecuencia de los comportamientos obreros frente a la misma está obligando a las empresas a experiencias y tanteos en otras direcciones a fin de seguir manteniendo su poder de explotación, ha de servir, también, para que las organizaciones de la clase obrera se replanteen, de un modo radical y concreto, el rechazo de dicha organización así como la elaboración de una alternativa socialista a la misma. La tarea no es fácil, pero parece importante. La crítica práctica de la organización capitalista del trabajo implica una nueva forma crítica práctica de la sociedad capitalista en sus condiciones actuales y una nueva —y antigua, tan antigua como Marx— formulación de la socialista, que nada tiene que ver con las especulaciones richtianas ni con «las experiencias históricas de socialismo». El libro de C. Durand puede ayudar a ello.

Carlos Prieto

información bibliográfica

CONSIDERACIONES SOBRE EL MARXISMO OCCIDENTAL

de Perry Anderson

Acaban de cumplirse los primeros veinte años de esa importante revista teórica de nacionalidad inglesa, que es la «New Left Review», y coincide tal aniversario con un «boom» en España de las publicaciones de su director Perry Anderson. «La cultura represiva: elementos de la cultura nacional británica», «Consideraciones sobre el marxismo occidental», «Las antinomias de Antonio Gramsci» o los anunciados «El Estado absolutista» y «Transiciones de la antigüedad al feudalismo», son algunos de los títulos que hacen noticiable este retazo de cultura marxista británica, y su obra puntual —cada libro— y continua —la revista.

«Consideraciones sobre el marxismo occidental», libro del que damos información, fue escrito en 1974 e intentaba ser la introducción de una colección de ensayos de varios autores sobre los teóricos recientes del marxismo europeo. Por circunstancias fortuitas, tal colección no llegó a ser publicada y Anderson ha lanzado su ensayo autónomamente, en forma de libro, con un epílogo actualizador que pone en duda algunas aseveraciones hechas cuatro años antes. Tal es la dinámica con la que el autor investiga el marxismo. El ensayo parte de la unidad estructural del marxismo occidental, más allá de la diversidad de los pensadores individuales. Las distintas generaciones de pensadores marxistas y sus diferencias, marcan el hilo conductor del libro. A partir de la cuarta generación (tras Marx y Engels, Labriola, Mehring, Kautsky, Plejanov, Lenin, Rosa Luxemburgo y Hinferding, etc.) surge el marxismo occidental, que Anderson analiza como producto de la derrota situada en el entorno del fascismo y el stalinismo, más una acumulación capitalista sin precedentes. Una cultura marxista surge, según Anderson, cuando existe una clase obrera combativa y una «intelligentsia» marxista pensante, y se pregunta por qué no surgió esta cultura en España e Inglaterra, especialmente. La ruptura de la unidad entre praxis y teoría dada en el período de entreguerras, origina la aparición de los marxistas occidentales. Es decir, la falta de lo que Bettelheim llama el «marxismo históricamente constituido». Gramsci será la excepción de la regla, y encarna la grandeza de la unidad entre la teoría y la práctica revolucionaria.

Anderson dedica un capítulo aparte de los marxistas occidentales al trotskismo, corriente con la que él se identifica. La diferencia de los trotskistas (Deutscher, Rosdolsky, Mandel...) con sus contemporáneos se basó en su estudio de la economía y de la política, y no en la filosofía, en su internacionalismo, en la claridad de su lenguaje y en su falta de academicismo.

La gran ausencia del libro de Anderson es la corriente denominada marxista-leninista, o más simplificadamente maoista, cuya principal figura sería Bettelheim, que es totalmente olvidada en la obra.

(Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1979, 150 págs.)

¡nformación

COMUNICACION E IDEOLOGIAS DE LA SEGURIDAD

de M. y A. Mattelart

Casi todos los trabajos publicados en España por los Mattelart, causan un impacto en los estudiosos de la comunicación superior al que cualquier autor origina sistemáticamente con sus publicaciones en otras temáticas. Los Mattelart, que han conocido las estrategias y los efectos del imperialismo en materia de comunicación, en América Latina, y especialmente en Chile, han emprendido una tarea de divulgar y analizar esa estrategia con una metodología marxista. Y dichos trabajos quedan bastante cerca de la sociedad española donde, cada vez con mayor arraigo, la ideología imperialista americana penetra explícita o subliminalmente a través de multitud de canales que pretenden obtener una apariencia aséptica.

Dos trabajos componen este libro. El primtero de ellos, «Las mujeres y el orden de la crisis», estudia el estrechamiento del control de las desviaciones individuales y colectivas del orden establecido, en relación con la mujer. La autora define la «democracia con macho», derivada directamente de las tesis de la «democracia controlada», contenidas en los estudios de la Comisión Trilateral y que definen el fin de la democracia, por los mismos excesos de esa democracia. Michele Mattelart intuye una vuelta de la mujer al hogar, sacándola de la cadena de producción, o interpreta este hecho con los intentos de movilización que hace el Estado dominante de acuerdo con las nuevas necesidades que se quieren instaurar. La mujer representará entonces los papeles de madre, esposa, guardiana de la familia y pilar del orden moral.

El segundo trabajo, «Ideología, información y estado militar» está referido a Latinoamérica preferentemente y estudia la doctrina de la «seguridad nacional». Armand Mattelart dice que la era de los tiranuelos tradicionales ha concluido, y que se va hacia un militarismo fascistoide de inspiración norteamericana. Es el cambio de Nixon, a los «derechos humanos» de Carter. Las fuerzas armadas toman el control del conjunto del Estado. También este trabajo da claves para entender el famoso decreto de «seguridad ciudadana» español, aunque en este caso las claves sean más indirectas. Las teorías de la «seguridad nacional» insisten en el enemigo interior —el comunismo— y dan protagonismo a los militares, ya que «de estrictamente militar, la guerra se ha convertido en guerra global». Se borran las diferencias entre guerra civil y guerra militar. Todo ciudadano se implica en uno de los dos bandos. No hay hlempo de paz y tiempo de guerra. A la política de la seguridad nacional no se le ponen límites.

(Editorial Anagrama, Serie Documentos, Barcelona, 1978, 133 págs.)

bibliográfica.

LOS COSTES DEL PROGRESO. LOS TRABAJADORES ANTE EL CAMBIO TECNICO

de J. P. Faivret, J. L. Missika y D. Wolton

«... es gracias a nuestra capacidad de llevar adelante acciones eficaces en ruptura muy profunda con los hábitos del pensamiento del movimiento obrero francés como crearemos las verdaderas condiciones del cambio». Con estas significativas palabras termina el interesante trabajo que comentamos.

El debate planteado no se circunscribe al área de interés exclusivo de los sindicalistas, aunque a éstos, posiblemente, les haga poner en cuestión la coherencia de la filosofía que ha venido informando sus planteamientos reivindicativos.

¿La informática, la automatización liberan a los trabajadores, les hacen más dueños de su trabajo? ¿De qué forma el trabajador que vigila el cuadro de mandos de una central nuclear está más cerca de ese trabajador-miembro de la clase que va a «emancipar a toda la sociedad»? ¿Basta con nacionalizar, con cambiar los gerentes de los supersofisticados medios técnicos para hacer más próxima la felicidad, el bienestar? ¿En qué medida la implantación de tecnologías duras hipotecan la capacidad de decisión, determinan, de alguna forma, el camino a seguir?

Estas y otras importantes cuestiones son las que ponen encima de la mesa los sindicalistas franceses, recogiendo testimonios de las secciones sindicales de las federaciones de banca, metalurgia, químicas, etcétera, de la C.F.D.T.

«Los Costes...» contribuye de una manera contundente a la desmitificación de esa concepción sacralizada del progreso, patrimonio común de toda la izquierda desde la segunda mitad del pasado siglo hasta los modernos exégetas de la Revolución Científico Técnica.

No exentas de contradicciones, con vacilaciones pero con la rotunda cabezonería de los hechos, se están imponiendo las tesis contrarias a ese ingenuo optimismo desarrollista del que participan en buena medida los partidos y sindicatos de la izquierda histórica.

Que todo este debate, abierto de forma simultánea en tan diversos frentes (en esta ocasión en el terreno sindical), se plantee en estos momentos de CRISIS generalizada no es casualidad. Lo nuevo, adonde parecen apuntar algunos de los interrogantes aquí planteados, es que lo que está empezando a ponerse en cuestión no son tanto las distintas terapias para salir de la crisis como el propio modelo de sociedad diseñado y controlado muy lejos, no sólo de los centros de trabajo, sino de los Parlamentos y Consejos de Ministros de unos países supuestamente soberanos.

¿Es posible un nuevo modelo de crecimiento? ¿Estamos abocados a elegir la «menos mala» de las únicas alternativas «realistas»? ¿La utilización de tecnologías blandas en armonía con la naturaleza y arraigadas en el marco cultural y regional es algo más que una bella propuesta naïf?

La clave, el instrumento que puede abrir perspectivas de un futuro distinto quizás sea esa «capacidad de llevar adelante acciones eficaces en ruptura muy profunda con los hábitos de pensamiento del movimiento obrero...» a la que hacían referencia los cefededistas y con las que se iniciaba esta reseña.

H. Blume Ediciones, Madrid, 1979)

transición

economía
trabajo
sociedad

N.º 7.—Revista Mensual.—Abril 1979

SUMARIO

TRANSICION SOCIALISTA

«Las contradicciones de la URSS», de H. Tickin.

CAPITAL Y TRABAJO

«Internacionalización, dependencia y sector público», de A. M. Tablas.

«Las luchas obreras en el cambio», de I. Fernández de Castro.

«Viejos poderes, nuevas censuras», de M. Ruipérez.

«Absentismo laboral: una dudosa reivindicación empresarial», de J. Iglesias.

«Lectura económica de las nuevas Cortes», de Joaquín Estefanía Moreira.

TEORIA ECONOMICA

«Capitalismo, moneda y crédito (I), de S. de Brunhoff y J. Cartelier.

SALUD Y SOCIEDAD

«Medicina y poder (entrevista con Vicente Navarro)», de X. Bosch y P. Subirós.

ECOLOGIA Y MEDIO AMBIENTE

«Trasvase del Ebro y centrales nucleares», de J. L. Fandos.

H. BLUME EDICIONES

CIENCIA, TECNOLOGIA Y SOCIEDAD

CIENCIA TECNICA Y CAPITAL
Benjamín Coriat
Crítica a la Revolución Científico-Técnica

LO PEQUEÑO ES HERMOSO
E. F. Schumacher
Por una Sociedad y una técnica a la medida del hombre

TECNOLOGIA ALTERNATIVA
D. Dickson
Políticas de cambio tecnológico

CIENCIA EN CHINA
Informe de "Sciencie for the People"
(En preparación)

ECONOMIA

LOS COSTES DEL PROGRESO
Confederación Francesa Democrática de Trabajadores
Los trabajadores ante el cambio técnico

LA INTERNACIONALIZACION DEL CAPITAL
Ch. Palloix

INFLACION Y CRISIS MONETARIA INTERNACIONAL
Ph. Zarifian

EL TRABAJO ENCADENADO
Claude Durand
Organización del trabajo y dominación social
(En preparación)

Rosario 17, Madrid 5 Tel. 2659200

DIALECTIQUES

Avril 1979 **au sommaire N.° 27**

Dossier:

La gauche devant la social-démocratie

Robert FOSSAERT:
Les frontières du socialisme.

Jean RONY:
Quelques notes pour ajouter à la confusion ambiente.

Patrick VIVERET:
Sur la social-démocratie.

Serge LEWISCH & Yves ROUCAUTE:
Histoire de mots.

Christine BUCI-GLUCKSMANN:
Stalinismos et social-démocratie.

Henri LEFEBVRE:
A propos d'un nouveau modèle étatique.

Jean-François CORALLO:
Lefebvre / fossaert, Etat / société: sur un dialogue possible.

* * *

Anne CAUQUELIN:
La métaphore hurlante.

Etienne BALIBAR:
Etat, parti, transition.

Jean-Marie VINCENT:
Sur Rudolf BAHRO: les contradictions du socialisme réel.

* * *

DIALECTIQUES N.° 27: 112 p., 30 F (étranger: 35 F)

DIALECTIQUES - 77 bis, rue legendre 75017 - PARIS - 229 41 22 et 263 55 76

SOCIOLOGIA DEL LAVORO
Analisi e Documenti-Trimestrale
Direttore: Michele La Rosa

N.° 4 - dicembre 1978

L'ORGANIZZAZIONE DEL LAVORO NEI PAESI DELL'EST:
Cina, Russia, Ungheria
— *Presentazione.* Ferdinando Chiaromonte.
— *L'organizzazione scientifica del lavoro nello stabilimento automobilistico del Volga.* Filippo Bucarelli.
— *Strutture e principi organizzativi nelle imprese cinesi prima e dopo Mao.* Cosetta Pepe.
— *L'organizzazione del lavoro in Ungheria.* Zsuzsa Hegedus.

CONTRIBUTI, MATERIALI
— *Il ciclo della qualificazione.* Pierre Rolle.
— *Il problema dei marginali: un possibile approccio meetodologico di analisi.* Antimo Farro.
— *Marginali «per scelta» e marginali «per destino»: ovvero della improduttività.* M. Luise Pellegrin.

RICERCHE
— *Assenteismo e condizione di lavoro operaio nella grande industria.* B. Sacco, W. Fogagnolo, F. Toma.

NOTE CRITICHE
— *L'organizzazione in un recente manuale.* Antonio Vitiello.
«Sociologia del lavoro»: Le tematiche dei prossimi numeri.
— *Summary.*
— *Resumé.*

COMITATO DI DIREZIONE:
G. Bonazzi, A. Bonzanini, F. Butera, G. Canavese, A. Carbonaro, D. de Masi, G. Elia, G. Gattei, M. La Rosa, M. Lelli, E. Minardi, F. Novara, G. Pellicciari, L. Visentini, M. Vianello.
CORRISPONDENTI ESTERI:
Svon Bourdet, Juan José Castillo, Mauro De Grazia, Nicole Eizner, Michel Makarius, Pierre Rolle.
COMITATO DI REDAZIONE:
L. Altieri, M. Gori, U. Lancioni, R. Raimondi, U. Serra, A. Signorelli, P. Zurla.

DIREZIONE, REDAZIONE:
Casella postale 413-40100. BOLOGNA.
AMMINISTRAZIONE:
Franco Angeli Editore, c.p. 4294 - 20100 MILANO.
SUSCRIPCION ANUAL: 14.000 liras.

Un número, £ 3.500. Los pagos se efectuarán a la cuenta corriente postal n.° 3/17074, a nimbre de F. Angeli - Milano.

CONTRACAMPO

Revista de cine

N.º 1 - ABRIL

JAIME CAMINO y *La vieja memoria* (entrevista)

ENTREVISTA CON LUIS BUÑUEL

I CONGRESO DEMOCRATICO DE CINE ESPAÑOL

HOLLYWOOD: UN DISCURSO DOGMATICO

El CINE Y EL ARTE POPULAR, por André Bazin

N.º 2 - MAYO

CINE SURREALISTA, por Román Gubern

CINE ESPAÑOL AMORDAZADO (1): *Con uñas y dientes, Con mucho cariño* (entrevistas con Paulino Viota y Gerardo García)

EL TELEFILM AMERICANO

ENTREVISTA CON ROLAND BARTHES

Y las habituales Secciones de Crítica y Actualidad.

Redacción y administración: Chamberí, 3 - Madrid-10 - Tel. 447-06-63

el cárabo

EDITOR: Servicio de Ediciones Científicas, S. A.

DIRECTOR: Joaquín Estefanía Moreira.

CONSEJO DE REDACCION: Juan José Castillo, Joaquín Estefanía Moreira, Luis Fernández Galiano, Alberto Fernández Torres, José Gómez Navarro, Teresa González Calvet, Angel Martínez G. Tablas, Carlos Prieto.

CONSEJO ASESOR: Gabriel Albiac, Enrique Bustamante, Jesús Leguina, Mario Muelas, Enrique Pañeda, Rafael Pardo, Julio Pérez Perucha, Pablo Ródenas, Francisco Tauste, Juan Zapata.

DISEÑO GRAFICO: Roberto Turégano.

P.V.P.. 275 pta

EL CARABO no se identifica necesariamente con l opiniones de los artículos firmados, que pertenec a la responsabilidad de sus autores. ★ EDITA: SE SA. ★ INSCRITA EN EL REGISTRO MERCANTIL MADRID HOJA 30.187.F.156.T.3.209. General 3.0 SEL. 3.ª ★ APTDO. 1315 - MADRID. ★ Depós legal: M. 28.268 - 1976. ★ Compuesto en Fern dez Ciudad, S. L., Pasaje de la Fundación, 15 - M drid-28. ★ Imprime: Hijos de E. Minuesa, S. L., Ro da de Toledo, 24 - Madrid-5.